

John White
y Ken Blue

Restauración
de los
Heridos

*El costoso amor
de la disciplina
eclesial*

El amor es costoso.

Queremos restaurar a los que están heridos por el pecado, pero preferimos no pagar el precio. Con mucha frecuencia satisfacemos el llamado que Cristo nos hace para que confrontemos a los pecadores, pasando por alto el pecado o reaccionando con medidas extremas. John White y Ken Blue vuelven a colocar la disciplina de la iglesia en su equilibrio bíblico. Así nos ayudan a mostrar preocupación e interés por nuestros amigos que están en pecado. Una disciplina como la de Cristo significa una amorosa confrontación de tal manera que pueda haber sanidad, reconciliación y restauración.

En este libro de espíritu compasivo, los autores se enfrentan a las preguntas difíciles y frecuentemente olvidadas que tienen relación con la disciplina eclesial.

- ¿Qué ocurre si la persona no reconoce que ha obrado mal?
- ¿Qué debe hacerse si persiste en el pecado?
- ¿Qué debe hacerse con respecto al chisme?
- ¿Cómo se debe proceder si el pastor se niega a colaborar?
- ¿Cómo se debe hacer si el problema es con el pastor?

A través de todo el libro, los autores destacan la necesidad de restaurar a los hermanos a la comunión y liberarlos. Esta es una obra para todos los que quieren restaurar a los heridos.

**John White
y Ken Blue**

**Restauración
de los
*Heridos***

Prólogo de
Ray C. Stedman

**EDITORIAL
Vida**

Indice

Primera parte: El problema

1. ¿Qué es la disciplina eclesial? 11
2. Barreras que se oponen a la disciplina de la iglesia 25
3. Jesús y el poder 35

Segunda parte: Las metas de la disciplina correctiva

4. El ministerio de la reconciliación 45
5. La esposa santa y sin mancha 59
6. La restauración de los caídos 73
7. La disciplina que libera 81
8. El pasaje de Mateo 91
9. Los pasajes que se hallan en las Epístolas a los Corintios 107

Tercera parte: Consideraciones prácticas

10. Reconsideración de los tres pasos 119
11. La historia de José 141
12. El regreso del hijo pródigo 155
13. El arrepentimiento 165
14. Los pecados que no desaparecen 175

EX LIBRIS ELTROPICAL

ISBN 0-8297-0398-5

Categoría: Vida cristiana

Este libro fue publicado en inglés con el título *Healing the Wounded* por InterVarsity Press-USA

© 1985 by InterVarsity Christian Fellowship of the USA
Traducido por M. Francisco Liévano R.

Edición en idioma español
© 1991 EDITORIAL VIDA
Deerfield, Florida 33442-8134

Reservados todos los derechos.

Cubierta diseñada por Ana Bowen

15. La confesión del pecado	193
16. Cuando los líderes cometen errores	201
17. Un planteamiento de cambio	213
Apéndice: El significado de atar y desatar por John Howard Yoder	227
Notas	257

Prólogo

Cuando el apóstol Juan escribió su relato sobre las últimas palabras que pronunció Jesús en el aposento alto, destacó un hecho diferente del que señalaron Mateo, Marcos y Lucas. Estos enfocaron la última cena. Pero Juan destacó el lavamiento de los pies de los discípulos (Juan 13).

Cuando Jesús volvió a sentarse, de una manera impresionante les dijo a sus discípulos: “Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros.” Las palabras que le dirigió a Pedro indican que no quiso simplemente instituir un lavamiento ritual: “Si no te lavare, no tendrás parte conmigo”.

Pedro entendió instantáneamente que el Señor se refería a algo más que al simple hecho de no tener los pies lavados. Con su característica impetuosidad, Pedro exclamó: “Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza.” El significado simbólico de ese acto queda claro en la respuesta de Jesús: “El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos.” Posteriormente agregó: “Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis.”

Esas palabras echan sobre vosotros la responsabilidad de ayudarnos los unos a los otros a mantener limpia vuestra vida diaria. ¿Qué perdemos cuando no las obedecemos? Perdemos

6 Restauración de los heridos

el sentido del compañerismo con Jesús (una “parte conmigo”) y cosechamos una relación restringida los unos con los otros (“vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros”). El hecho de no observar la acción de la disciplina amorosa y bíblica los unos para con los otros da como resultado debilidad en nuestra adoración y lucha en el cuerpo de Cristo.

Afortunadamente todavía es cierto: “. . . porque vendrá el enemigo como río, mas el Espíritu de Jehová levantará bandera contra él.” El pueblo de Dios está descubriendo de nuevo la creciente vitalidad y las relaciones amorosas que produce la cuidadosa disciplina bíblica. He visto eso personalmente. La iglesia en todas partes debe aceptar con profunda gratitud el estudio bíblico, cuidadoso, completo y espléndido sobre la disciplina eclesial que nos ofrecen John White y Ken Blue. Es el mejor que haya visto jamás. Su espíritu es amoroso y sensible; sin embargo, refleja una erudición meticulosa respaldada por estudios de casos prácticos actuales. Todo el que esté enfrentándose a la necesidad de lavar humildemente los pies sucios de un hermano o de una hermana recibirá ayuda de este libro.

Ray C. Stedman

Prefacio

Este libro nació mientras compartíamos nuestras preocupaciones con respecto a la iglesia. Varias veces descubrimos que nuestras ideas estaban saltando como ranas cada vez que discutíamos lo relacionado con la disciplina eclesial. Más tarde, Ken realizó una investigación en la universidad Regent de Vancouver, Canadá, y los dos hicimos estudios de campo, y discutimos nuestros hallazgos.

El empeño de este libro se relaciona con lo que llamamos *disciplina correctiva* de la iglesia, el lado desagradable de la disciplina eclesial. La disciplina correctiva de la iglesia sanaría mejor a los heridos y sería menos desagradable si todos tuviéramos un entendimiento más amplio de la disciplina: su valor y su propósito. La disciplina correctiva comienza a tener sentido cuando se ve en un contexto más amplio.

Algunos lectores tal vez queden desilusionados porque, habiendo llevado este asunto a un contexto más amplio, no lo hemos seguido hasta el punto de explorar su aplicación de una manera más completa. Si hubiéramos hecho eso, el libro, que ya de por sí es largo, se habría alargado mucho más. Este tema de la aplicación exige por sí solo un libro entero y aunque la disciplina correctiva por sí sola no hará que la iglesia se ponga a derecho, representa la necesidad más inmediata.

Debido a que la disciplina eclesial puede prestarse a abusos

8 Restauración de los heridos

los autores y la casa de publicaciones no pretenden ofrecer asesoramiento legal mediante este libro. Tampoco estimulamos la negación de los derechos legales de los miembros de las iglesias. Los cristianos que emprendan la aplicación de la disciplina eclesial, primero deben buscar asesoramiento legal y pastoral con respecto a las implicaciones de cualquier acción que quieran realizar o de cualesquiera declaraciones que puedan hacer. Las acciones y las palabras tienen efectos legales. Los autores aconsejamos que estudien con más detenimiento los materiales que hemos citado y los principios bíblicos que aparecen en el contexto de los problemas específicos. Los ejemplos que de tales problemas aparecen en este libro son relatos ficticios, así que cualquier similitud con situaciones de la vida real no fue la intención de los autores y es pura coincidencia.

Otro problema que ha surgido al escribir este libro (y también ya se ha presentado en este prefacio) es el que se refiere al empleo del pronombre de primera persona plural. ¿Debíamos usar el verbo en primera persona del plural para referirnos a Ken Blue y a John White? En ese caso, ¿cómo nos distinguiríamos de “nosotros los cristianos”, o “nosotros los seres humanos”? Puesto que John fue el que escribió toda la obra en consulta con Ken, decidimos que John empleara la primera persona de singular cuando las ilustraciones son personales, y nombrara a Ken cuando éste estuviera implicado en tales ilustraciones. Hemos tratado de establecer en el contexto que los verbos de la primera persona en singular significan: “nosotros los autores”, “nosotros los cristianos”.

Ya no es posible negar la necesidad del poder sanador de la disciplina eclesial. Está surgiendo lentamente el cuadro asombroso de una iglesia parálitica y comprometida con toda clase de pecado. Se han probado muchos remedios que han fracasado. Ha llegado la hora de que todos los cristianos ejerzan el costoso amor de la disciplina correctiva de la iglesia, para devolverle a la disciplina el lugar que Cristo le dio.

Primera parte

El problema

1

¿Qué es la disciplina eclesial?

Primer caso. Se descubrió que el pastor de una congregación se estaba llenando los bolsillos con los fondos misioneros de la iglesia. Un grupo de preocupados miembros de la iglesia lo llamaron para hablarle de ese asunto; pero el pastor fue muy sagaz. Convocó a una reunión extraordinaria de la directiva e hizo que se les suspendiera la condición de miembros de la iglesia por causa de “espíritu divisionista”.

Los líderes de la organización eclesiástica llegaron, procedentes de la sede, especialmente para limar asperezas. Propusieron la solución del problema mediante la construcción de un nuevo edificio que sirviera de templo para el grupo que había sido echado de la iglesia. El grupo rechazó esa solución. Les pareció que un nuevo edificio era sólo un engaño moral.

El pastor continuó predicando y orando desde su púlpito original por algún tiempo. Posteriormente fue nombrado para un cargo de mayor prestigio en otra organización eclesiástica.

Segundo caso. Una iglesia que tiene una posición más bien

rígida con respecto a la disciplina solicitó que Rita, una enfermera de veinticuatro años de edad, se reuniera con los líderes con el propósito de tratar algunos asuntos relacionados con la vida de ella. Ella tenía alguna idea de la razón por la cual había sido llamada, puesto que la iglesia estaba volviendo a poner en vigor las antiguas normas con respecto a la mundanidad. Dos de sus amigas ya habían sido “disciplinadas”. Sólo tenemos la versión que ella nos contó de su historia. Los líderes de su iglesia no nos concedieron la entrevista.

Aunque el liderazgo de la iglesia estaba constituido por ocho parejas que se sentaron alrededor de una mesa con ella, sólo hablaron tres de los hombres. Los demás solamente le echaban miradas ocasionales a Rita, y el resto del tiempo lo pasaron mirando la mesa o la pared, mientras tres voceros hablaban con ella. Estaban preocupados porque ella tenía un auto de color azul claro y un televisor. Tener un automóvil era una cosa, ¿pero tenerlo de color azul claro?

Ella se sintió confundida, aterrorizada y culpable. Ellos le dijeron que esperara fuera del salón mientras discutían su caso. Cuando regresó, el moderador del grupo le dijo que ella tendría que irse de la iglesia. Ella era mundana y necesitaba la disciplina eclesial.

Tercer caso. El pastor asistente (casado) de una iglesia tenía una relación amorosa con una seminarista que estaba realizando sus prácticas de estudio. El chisme se esparció por todo el grupo que era una iglesia bautista grande. Eso puso de manifiesto la insípida trivialidad que los miembros habían llegado a tomar como la esencia de la vida eclesiástica.

Realmente nadie había sorprendido en el lecho a la pareja que se había hecho digna del chisme (en realidad, hay considerables dudas en cuanto a si esa aventura se discutió alguna vez con ellos); pero la pareja se portaba el uno con el otro de una manera indiscreta. Las condiciones de la iglesia empeoraron cuando ella regresó al seminario.

Pero a la iglesia le esperaba algo más emocionante. Cuando terminó sus estudios, ella solicitó que se le diera un cargo en el personal de esa iglesia. La directiva se reunió para discutir la situación de ella. Un miembro de la directiva presentó el asunto de la aventura amorosa que ella había tenido, pero sus

preocupaciones no fueron tomadas en cuenta, pues con indignación fueron consideradas como mojigatería. Se le dio el cargo.

Casos como esos se pudieran multiplicar sin fin. Ofreceremos muchos. ¿Hay métodos bíblicos para tratarlos? ¿En qué consiste la disciplina eclesial? ¿Tiene algún lugar en la vida contemporánea de la iglesia? Si es así, ¿cuál es el lugar que le corresponde?

La manera de aprender a nadar bien

La disciplina es preparación. La disciplina cristiana se logra mediante un adiestramiento en santidad. La santidad no consiste sólo en ser sacudido por el Espíritu Santo. Las experiencias espirituales, las crisis, los momentos de revelación tienen su lugar. Pero sus efectos no durarán a menos que una preparación piadosa equipe a los cristianos con energía espiritual.

Aprendí a nadar mediante una bonita experiencia. En la parte menos profunda de una piscina, vi una moneda que se movía sobre el piso de azulejos. Sumergí el pecho profundamente en el agua. Para poder agarrar la moneda, tendría que sumergir todo el cuerpo en el agua. Bajo el agua, no podía ver muy bien, pero después de varios intentos tuve éxito. Lo que recogí fue algo más valioso que una moneda.

Descubrí que no podía mantener los pies en el fondo. Cada vez que me sumergía lo suficiente para buscar a tientas, mis pies perdían contacto con el piso y comenzaban a levantarse. Al principio eso me desconcertó. Pero de repente comprendí que *yo había comenzado a flotar*. Tan pronto como pude tener un poco de tranquilidad, descubrí que mi rostro estaba aún debajo del agua, pero la parte posterior de mi cabeza y los hombros estaban en la superficie. Mi cuerpo estaba suspendido en el espacio acuático, liberado de las ataduras de la gravedad como el de un astronauta. Aquel fue un momento glorioso. Esa mañana nadé de un lado a otro de la piscina sin tocar el fondo ni una vez.

Mi experiencia era válida. Realmente floté. La flotación mía no era imaginaria. Había aprendido a confiar en que el agua me sostendría. Mi experiencia también era transformadora. Entré en la piscina como un luchador derrotado. Salí de ella como un nadador.

Pero mi experiencia, aunque demostró que yo era un verdadero nadador, no me hizo un buen nadador. Yo necesitaba un rígido entrenamiento y una dura práctica. Incluso posteriormente tuve momentos de más iluminación en cuanto a la natación, logros en los cuales experimenté más libertad dentro del agua. La mayoría de ellos me vinieron durante el proceso de entrenamiento. Sin el entrenamiento, ninguno de esos logros me hubiera dado la habilidad que tengo actualmente dentro del agua.

Lo que ocurre con respecto a los buenos nadadores y a la natación también se aplica a los cristianos y a la vida piadosa. El conocimiento bíblico y los logros espirituales no son suficientes. La santidad también exige preparación. Cuando empleamos el término *disciplina cristiana* o *disciplina* nos referimos a esa clase de preparación.

Sin embargo, nunca aprendí a nadar al estilo crol hasta que persuadí a un rudo instructor de la Asociación de Jóvenes Cristianos a que me guiara por la mano. Tan pronto me tuvo en el agua, me pareció que se le había olvidado el respeto que se debe a un profesor de edad mediana. El me gritaba. Tronaba: “¡Sumérgase! ¡No, así no! Sumerja el brazo izquierdo. . . ¡Vamos! Deje que la parte superior de su cuerpo gire. . . ¡y deje de doblar esas rodillas!”

El me hacía repetir el mismo ejercicio vez tras vez. Me fastidiaba con reclamos cuando mis pulmones estaban jadeantes y mis músculos temblorosos. Pero él me había juzgado muy bien. El proceso duró varias semanas durante las cuales tuve que practicar diariamente por mi cuenta. El me elogiaba de cuando en cuando, y finalmente quedó satisfecho.

¿Quién prepara a los cristianos? En teoría, los prepara el Espíritu Santo. Pero está claro que no podemos culpar al Espíritu Santo de la falta de cristianos bien preparados que le hagan frente a la patética corrupción moral de muchos creyentes en la iglesia. Así que la pregunta es: ¿Quién prepara a los cristianos? Algunos hacen un gran hincapié en que haya un discipulado de persona a persona, que los cristianos que sean discípulos hagan discípulos. Eso es excelente, pero escaso.

La mayoría de los cristianos que se iniciaron bien saben que

la iglesia no es lo que debiera ser. Así que atacamos su debilidad con remiendos y paños tibios. Organizamos conferencias y semanas especiales de profundización espiritual. Contratamos organizaciones eclesiásticas que enseñan habilidades especiales, como el adiestramiento para la evangelización personal y los métodos de estudio bíblico. Agregamos asesores pastorales al personal de nuestra iglesia. Pero no reconocemos que el remedio tiene que estar a un nivel más profundo, en la preparación o disciplina eclesial local. En el último capítulo examinaremos cómo puede comenzarse ese proceso. Primero tenemos que asegurarnos de que vale la pena comenzarlo.

Aunque Dios nos ha dado diferentes dones, el adiestramiento nos lo da por medio de nuestros hermanos en encuentros diarios. *La disciplina eclesial es el adiestramiento de la iglesia por la iglesia*. Los profesionales bien preparados tienen su lugar, pero no pueden ser un sustituto de todo el cuerpo, y nunca tuvieron el propósito de serlo.

Pablo exhorta, no a los líderes, sino a los *miembros en general* de la iglesia de Tesalónica: “. . . que amonestéis a los ociosos, que alentéis a los de poco ánimo, que sostengáis a los débiles, que seáis pacientes para con todos” (1 Tesalonicenses 5:14). Como miembros de la comunidad cristiana, cada uno debía aceptar la responsabilidad de la salud espiritual de los demás.

En muchas mentes, la idea de la disciplina eclesial se confina a lo que pudiéramos llamar disciplina catastrófica, una disciplina que espera hasta que suceda algo malo. El caso de no aplicar la disciplina, como con frecuencia ocurre, puede explicarse en parte porque instalamos alarmas contra incendio después que ha comenzado el fuego. Eso no quiere decir que nunca funciona la disciplina extrema contra los pecados serios. Pero sí quiere decir que funcionaría mucho mejor si fuera parte de un todo, si fuera componente de un adiestramiento continuo.

Usted pudiera objetar que muchas iglesias dedican gran parte del tiempo y de la energía a preparar a los nuevos creyentes en el discipulado. Eso es cierto. Sin embargo, ese adiestramiento, aunque valioso, no equivale a lo que describimos con la expresión “el adiestramiento en santidad por la iglesia

en la iglesia". En primer lugar, la instrucción de Pablo abarca a todos los miembros de la iglesia en un proceso continuo, y no sólo se refiere a los nuevos convertidos en una instrucción de tiempo limitado. En tales programas de instrucción uno puede obtener un certificado cuando termina. Con el adiestramiento continuo uno puede recibir el certificado en la gloria.

Esa clase de discipulado para nuevos creyentes está orientada hacia el contenido, hacia la instrucción bíblica, en doctrina y en otros aspectos prácticos. Aunque el adiestramiento se dé fuera del aula, consiste en asuntos prácticos como, por ejemplo, la evangelización (que consiste en impartir el contenido del evangelio y el contenido del método que nos sugiere para instar a las personas a que crean en El). La instrucción didáctica orientada hacia el contenido no fue lo que el instructor de la Asociación de Jóvenes Cristianos me daba desde la orilla de la piscina cuando aprendí a nadar: El estaba inspeccionando mi conducta con el fin de censurarme. Eso era algo muy distinto.

Las dos clases de adiestramiento son complementarias. Pero la instrucción orientada hacia el contenido por sí sola no puede hacer santos a los cristianos. Y sin un proceso continuo en cuanto a la conducta piadosa, probablemente la disciplina catastrófica resultará infructuosa.

La disciplina eclesial es cualquier cosa que hace el cuerpo de Cristo para adiestrar a los cristianos en santidad, y llamarlos a seguir más de cerca a su Señor. Hay una categoría especial (e impopular) de adiestramiento que llamo disciplina correctiva de la iglesia. Y la disciplina eclesial es el tema de nuestro libro.

Pero surgen preguntas con respecto a lo que he escrito. Si a los cristianos se les adiestrara de la manera en que a mí se me enseñó a nadar el estilo crol, ¿no podría esperar que tal adiestramiento elimine o minimice la disciplina correctiva de la iglesia, esa clase de disciplina que es fea, embarazosa e inconveniente? A las personas que están en el período de adiestramiento se les descubren los errores de inmediato. En ese caso no habría disputas con respecto al adulterio, al hurto o a la borrachera.

¿Hay algunas iglesias en las que el adiestramiento en santidad forma parte íntegra de la vida eclesiástica? Son escasas, pero existen. Esas congregaciones vigorosas y crecientes proceden en gran parte de grupo sociales que no solían asistir a la iglesia. Y el adiestramiento que tales congregaciones dan es amoroso, pero riguroso.

¿El adiestramiento elimina o minimiza la necesidad de la disciplina correctiva? Uno sólo puede juzgar por lo que ocurre. En esas iglesias la disciplina correctiva en realidad tiende a ocurrir con más frecuencia que en las iglesias tradicionales e influyentes. La disciplina piadosa no elimina la necesidad de la disciplina correctiva de la iglesia. Más bien forma el contexto en el que puede aplicarse con más utilidad la disciplina correctiva. En la mayor parte de las iglesias se evita la disciplina correctiva por el hecho de que es incompatible con el tenor de la vida eclesiástica y con su agenda oculta.

Nos gustaría desarrollar el amplio tema de la disciplina. Es un tema glorioso que pudiera constituirse en una corriente de aire fresco y celestial que barra el estancamiento que debilita a nuestras iglesias. Es el todo del cual la disciplina correctiva de la iglesia no es sino sólo una parte, esencial tanto para el entendimiento como para la práctica de la disciplina correctiva. Pero el tema real y necesario que vamos a estudiar en este libro es la disciplina correctiva.

Así tiene que ser. No podemos esperar cambios radicales en nuestras iglesias si no hacemos frente al pecado. El pecado prospera entre nosotros, y pide corrección. Aunque reconocemos que la disciplina correctiva no es sino un primer auxilio para los heridos de una iglesia indisciplinada, tenemos que abordarla primero.

"La iglesia casi no le causa hoy ninguna impresión al mundo secular — escribe John Stott —. Hay un gran alejamiento de las normas cristianas de la moralidad. Mientras la iglesia tolere el pecado en sí y no lo juzgue . . . ni manifieste visiblemente el poder de Jesucristo que salva del pecado, nunca atraerá al mundo para Cristo." Stott tiene razón. A pesar de las renovaciones y los avivamientos, el mundo no se siente impresionado. Casi ha muerto la disciplina eclesial que toma en serio el pecado (especialmente en las iglesias tradicionales) y la

moralidad de la iglesia con frecuencia está empañada. Muchos nuevos creyentes tienen un concepto muy vago de lo que es la disciplina correctiva en la iglesia y se interesan muy poco por ella. Las personas menores de cuarenta años no acuden a oír discursos sobre ese tema. Ese tema deja la mente en blanco. Las personas mayores de cuarenta años prefieren no pensar en ese asunto.

Los peligros de la disciplina correctiva

¿Por qué se descuida tanto la disciplina correctiva eclesiástica? Se halla en las Escrituras. Se halla en la historia eclesiástica ¿Qué ha ocurrido? Muchas razones explican su declinación. La primera tiene que ser el hecho de que se ha abusado de ella. La disciplina eclesial dura, y mal orientada, ha hecho que en tiempos pasados los líderes cristianos de mayor trayectoria retrocedan con respecto a ella.

Desde sus primeros años, la iglesia ha fluctuado entre la indulgencia y la severidad; ha alternado entre una maliciosa ingenuidad en lo que se refiere a acusar a los ofensores y una irresponsabilidad al cerrar sus ojos a los pecados de ellos.

John McNeill escribe:

San Gregorio, el Obrador de Maravillas, obispo de Nueva Cesarea en Ponto, alrededor del año 260 d.C. . . . indica cuatro grados o clases de penitentes antes de su restauración a plena comunión. “Los llorones” o “lamentadores” están fuera de la puerta rogando a los fieles que intercedan por ellos; los “oyentes” que están colocados en el atrio (un pasillo que había entre la puerta y la nave del templo); “los que se arrodillan” dentro de la nave en medio de la congregación que está de pie; “los que están de pie” normalmente en el culto con los demás, excepto que no pueden tomar la comunión.²

A medida que el tiempo pasó, el sistema de disciplina se hizo más complejo y más severo. El concilio de Ancira tuvo que resolver el problema de los cristianos que se debilitaban a causa de la persecución y negaban a su Señor. Para ellos la disciplina consistía de “un año como oyentes, tres años arrodillados, y dos años de pie sin tomar la comunión”.³ Aun más

tarde San Basilio de Cesarea, en cartas que escribió entre 374-376 d.C., prescribió para el pecado del adulterio un total de quince años de disciplina: cuatro con los llorones, cinco con los oyentes, cuatro de rodillas y dos con los que estaban de pie.

Mientras estamos cómodamente sentados en nuestras butacas, nos parece fácil reconocer lo absurdo de tales medidas. Sin embargo, aún se presentan medidas igualmente inadecuadas, y no hay garantía de que no se producirán excesos.

En el siglo diecisiete, John Owen escribió:

La disciplina se ha transformado en un horrible monstruo, una máquina de denominación y tiranía, para . . . el terror de las almas de los hombres, y la destrucción de sus vidas con toda su preocupación terrenal, para constituirse en un imperio tiránico.⁴

La disciplina puede ser una palabra horrible. Las novelas de Charles Dickens describen la injusta disciplina que se infligía sobre los pobres y los débiles de la Inglaterra victoriana y de la Francia revolucionaria. Solzhenitsyn describe una opresión similar en Rusia. Y aunque nosotros calificamos tales medidas como opresivas, los líderes políticos de aquellos lugares y tiempos las consideraban necesarias para la preservación de la sociedad.

Nuestra era es más iluminada. Hay internados en los cuales los estudiantes tiemblan cuando piensan en las perversas medidas que se ponen en vigor en nombre de la disciplina; hay prisiones en muchos países en los cuales los presos políticos son reducidos hasta que se vuelven unos imbéciles que tiemblan antes que se les permita morir. Vivimos en una era de barbaridad técnicamente avanzada.

Y la iglesia no está inmune. Esta es la era de Jonestown y del lavado cerebral. La disciplina es peligrosa porque algunas personas, incluso cristianas, sienten la necesidad de controlar a los demás. No tenemos que ser ingenuos con respecto a las tremendas posibilidades. Las víctimas de la disciplina correctiva de la iglesia claman desde las páginas de la historia de ella. Los mismos peligros amenazarán a otras víctimas si se vuelven a introducir. Tenemos que considerar los peligros an-

tes de adoptar esa clase de disciplina.

Hace algunos años los televidentes de Pensilvania se asombraron por un documental sobre un estallido de disciplina en un pequeño grupo de iglesias rurales. Más de cincuenta miembros habían sido separados o excomulgados. La mayoría de los miembros expulsados pertenecían a dos grupos: personas que tenían más de sesenta años de edad y personas que tenían menos de veinticinco. Los funcionarios de la iglesia se negaron a hacer comentarios. El programa televisado enfocaba principalmente la situación de un grupo de débiles ancianos que habían sido expulsados de un asilo de ancianos, porque poseían televisores (lo cual era una señal de mundanalidad). Los ancianos con gusto hubieran abandonado sus televisores, pero indicaron que la calidad de su arrepentimiento no había satisfecho a las autoridades de la iglesia.

En todos los tiempos, los líderes (tantos religiosos como gubernamentales) han considerado la disciplina para funciones sociales valiosas, la creación del orden en vez del caos, de la previsión en vez de la confusión. Podemos decir que la disciplina, aunque sea cruel, es el menor de los males. En su forma más tiránica probablemente sea mejor la disciplina que la anarquía. La libertad es imposible sin alguna disciplina, puesto que muy pocos somos capaces de autodisciplinarnos. Se necesita alguna forma de persuasión externa si hemos de tener una sociedad libre y eficiente.

Pero tenemos que temer a los abusos de la disciplina, y no a la disciplina misma. ¿Hay alguna cosa buena de la cual no se abuse? ¿Qué diremos del matrimonio? ¿Qué diremos de la cirugía? ¿Debemos abandonar el matrimonio o la cirugía a causa de los abusos? Se abusa de la ley. ¿Debemos entonces optar por el caos? La única razón por la cual no hay más abuso de la disciplina correctiva de la iglesia es sencilla: no se practica lo suficiente para que se presenten muchos abusos.

Sí, el volver a introducir la disciplina correctiva de la iglesia traerá consigo peligros. Algunas personas pudieran ser gravemente heridas. *Pero los peligros de no restaurarlas serán incalculablemente mayores.*

Cuatro metas

Algunas veces la disciplina correctiva de la iglesia se ha practicado bien. Cuando ha fallado, se ha debido a que el

pueblo de Dios ha tenido un entendimiento muy reducido. Ellos han percibido dos metas. Sólo dos: la pureza de la iglesia y la restauración del pecador a la justicia.⁵ Las dos son importantes.

Pero nos parece que se han descuidado dos principios aun más importantes, que vienen del mismo corazón del evangelio: la reconciliación y la libertad. El pecado produce alejamiento tanto de Dios como de los hermanos. Cristo murió y resucitó para que fuéramos reconciliados con Dios y el uno con el otro. La disciplina eclesial tiene como objetivo la reconciliación entre los hermanos.

Cristo murió para libertarnos de la esclavitud y tanto de la culpa como del complejo de culpa. Los cristianos deben estar libres del temor a las críticas de los hermanos. El propósito es el de que sólo temamos a Dios y al pecado. La disciplina correctiva, cuando se aplica de manera adecuada, debe librarnos de toda clase de temor, menos del temor a Dios y al pecado.

En la segunda parte de este libro, que se refiere a las metas de la disciplina correctiva de la iglesia, dedicaremos un capítulo a cada uno de esos aspectos: reconciliación, pureza de la iglesia, restauración de los pecadores y libertad.

Sería rara una libertad eclesiástica en la cual no se tema a nada, sino a Dios y al pecado. En la práctica, la creación de tal comunidad amorosa y preocupada por los demás debiera ser el punto para reiniciar la disciplina correctiva. Porque la disciplina eclesiástica necesita un suelo para echar raíces y un clima que facilite su crecimiento. Sólo puede prosperar en una comunidad en que las personas no sólo se conozcan sumamente bien, sino en la que confíen y se amen mutuamente de manera suficiente para confrontarse.

En una iglesia grande es imposible que todos se conozcan profundamente. También es imposible confiar en personas que usted no conoce bien y amarlas. Por lo tanto, cualquiera que sea el punto de vista eclesiológico de la congregación, tal iglesia tiene que hacer provisión para esa clase de comunión íntima en que los miembros puedan participar, animarse, exhortarse y orar con amor y confianza los unos por los otros. Planeamos estudiar más de cerca los problemas que obstaculizan tal comunión en la tercera parte de este libro, donde

veremos el lado práctico de la disciplina correctiva de la iglesia.

El costo

Cristo nos advirtió que no debemos construir torres sin calcular el costo. Ya hemos mencionado que la disciplina correctiva de la iglesia ha sido abandonada por causa de que se cometieron abusos. También hemos declarado que, si la introducimos de nuevo, tal introducción pudiera estar acompañada de errores que pudieran causar daño espiritual en vez de ayuda espiritual. Por lo general no hacemos nada perfectamente al principio. Pero hay otros dos factores que tenemos que mencionar antes de proseguir. El primero es un asunto fundamental para todas las formas de disciplina.

Parece que la disciplina se hace a la fuerza. Al fin y al cabo, el instructor que me enseñó a nadar en la Asociación Cristiana de Jóvenes, ¿no me obligó a hacer cosas, no me empujó más allá de mis frágiles límites? ¿O sí me empujó? Cuando me acuerdo de eso, se despierta mi gratitud. Y al fin y al cabo, yo lo obligué primero.

Lo que realmente sucedió fue que los dos reconocíamos que teníamos metas paralelas. Yo quería nadar bien al estilo crol, y lo quería de tal manera que no me importaba el costo. El quería enseñarme adecuadamente. Yo sabía que él no me estaba gritando por malicia ni para humillarme. Yo tampoco quería particularmente complacerlo a él. Yo quería *hacerlo bien*.

Sin pensarlo, habíamos entrado en un convenio implícito: él me entrenaría y yo sería entrenado. Supongo que si hubiera sospechado que yo le estaba respondiendo con un tremendo esfuerzo (no me cobraba un precio exagerado), él habría podido decir: "Mire, olvidémonos de esto. ¿Está bien? Usted no está realmente interesado en lo que yo le ofrezco." Pero yo quería aprender, y tenía confianza en ese tipo. Casi me mataba yo mismo, sabiendo que él me estaba dando exactamente lo que yo quería y necesitaba.

El último paso de la disciplina eclesial, que algunas veces se llama excomunión, es el último paso de lo que parece ser coacción. Es la manera que tiene la iglesia de decir: "Olvidémonos de esto. ¿Está bien? Usted realmente no está intere-

sado en lo que le ofrezco. Si estuviera interesado, seguiría mejor las instrucciones, o por lo menos trataría de hacerlo. Sin embargo, si usted quiere probar de nuevo alguna vez, vuelva y hablaremos sobre el particular." En ese momento usted hubiera abandonado el compañerismo con la esperanza de que fuera sólo por un período temporal.

Debido a que la disciplina es un contrato mutuo, también puedo decidir poner fin a la relación. Voluntariamente puedo ponerme a salvo de la autoridad de la iglesia, como también puedo sostenerme a ella. La iglesia no me obliga. Pero si quiero lo que la iglesia ofrece (como quería aprender a nadar), soportaré la disciplina. De igual manera, las iglesias necesitan aprender que no pueden ejercer la disciplina sin la cooperación de la persona que es disciplinada. No pueden obligar a nadie a que haga alguna cosa. El hecho de comprender eso, más un nuevo énfasis en los objetivos de reconciliación y libertad, proporcionan el antídoto contra el abuso de la disciplina.

El segundo factor es el costo del amor. La disciplina eclesial es costosa porque los asuntos de mi hermana y mi hermano llegan a ser los míos. En un sentido, yo soy guarda espiritual de ellos, y ellos de mí. Si ellos enferman, estoy llamado a derramar las artes sanadoras del Espíritu Santo en sus vidas. No manifiesto amor al no tener en cuenta a un hermano en Cristo que tiene dolor espiritual. No. Tengo que responder. Como miembros de la iglesia, somos responsables por el bienestar de los demás. Eso coloca sobre mí la responsabilidad de exhortar, amonestar, alabar, ejercer paciencia y aun reprender (no sólo de orar y, por supuesto, no sólo de chismear). También significa que tengo que atender las exhortaciones que se me hagan. De esa manera llego a ser una persona menos privada de lo que sería de otro modo.

¿Hasta dónde debe llevarse ese principio? ¿Cuánto debo revelar de mí mismo? ¿Hasta qué punto debo estar preocupado por los detalles de otras personas? ¿Otras personas tienen el derecho de decirme a mí lo que debo hacer? ¿Tengo el derecho de decirles a ellas lo que deben hacer? ¿Qué autoridad tiene la iglesia sobre nuestra vida privada?

Todo depende de la manera en que veamos las cosas. ¿Hasta

dónde necesita ser santa la iglesia como un todo? ¿Hasta dónde deseamos llegar a ser piadosos?

Yo quería nadar al estilo crol. Lo deseaba tanto que soporté lo que alguno que estuviera mirando hubiera considerado como intimidación, humillación y sadismo. Yo no lo sentía así. Yo sólo me sentía feliz de pagar un precio para obtener lo que quería. Y mi deleite se fue transformando en gratitud a medida que fui dominando lentamente la facilidad y agilidad del estilo crol.

¿Hasta dónde quiere usted llegar a la práctica de una vida santa?

2

Barreras que se oponen a la disciplina de la iglesia

Al calcular el costo de la disciplina correctiva de la iglesia, comenzamos a ver las razones por las cuales se practica muy poco. Vamos a considerar varias en detalle. Otros temores pueden importunarnos, pero éstos por lo menos deben considerarse desde el principio.

Un punto de vista limitado

Tenemos la tendencia de no considerar la disciplina correctiva de la iglesia en el contexto más amplio de la disciplina general de ella. Olvidamos la amplia función del mutuo adiestramiento en una vida santa. La disciplina comienza por el adiestramiento.

Jesús preparó a sus discípulos, o si usted prefiere, los disciplinó. El no los entretuvo con números especiales de música. Vivió con ellos, comió con ellos, compartió el dormitorio y los sitios donde vivían. Los conoció íntimamente. Probablemente lo oyeron predicar los mismos sermones muchas veces (sermones tan llenos de contenido que había que oírlos repetidamente).

También les concedió tutorías privadas. Los envió a cumplir

alguna misión. Los escogió. Les reveló su propia vida, se igualó a ellos, los exhortó, oró por ellos. Permitted que lo crucificaran ante la mirada aterrorizada de ellos; luego se levantó de los muertos y se reveló a ellos. Reprochó sus temores y la incredulidad con la más absoluta bondad, y luego los envió a conquistar al mundo.

De igual manera, cuando adiestramos al pueblo de Dios, no podemos limitarnos a sermones semanales, cultos de oración y conferencias sobre la obra misionera o proyectos de evangelización. El adiestramiento en santidad tiene que ser completo. Tal como Pablo escribió a los Tesalonicenses: "... hubiéramos querido entregaros no sólo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas" (1 Tesalonicenses 2:8). Toda nuestra vida debe revelarse y estar a disposición de los que deseamos que sigan a Cristo más de cerca.

Individualismo y crítica

Una segunda barrera consiste en que estamos ciegos con respecto a los juicios y temores de nuestra cultura. Hace algunos años, un grupo de misioneros de las *Nuevas Tribus* estaba empeñado en la difícil, delicada y peligrosa tarea de hacer contacto con una tribu primitiva de la selva de Bolivia. Pronto después del contacto inicial, en un punto que los dos grupos de temerosos hombres: los misioneros y los indígenas, estaban tratando de comunicarse, un misionero sacó del bolsillo una pluma para escribir los sonidos que el indígena desnudo estaba pronunciando. De inmediato huyeron los nativos. Su mundo era un mundo de magia y demonios. Nunca habían visto una pluma. ¿Quién sabe qué terrible fuerza podría contener? Tenían un concepto del mundo que era común a la cultura que los había moldeado, un concepto del mundo que no tendría sentido para nosotros.

Por otra parte, al parecer nuestro concepto del mundo no tenía sentido para ellos, por más aterrador e impresionante que fuera. Nos gusta pensar que lo que creemos con respecto al mundo no sólo es bíblico, sino también lógico y razonable. Muy poco entendemos hasta qué punto hemos sido moldeados por la cultura en que vivimos. Cuando viajamos por países extraños, no sólo estamos inclinados a admirar, sino también a tener lástima y a criticar, y olvidamos todo el tiempo que

usamos anteojos invisibles, que son los anteojos de la cultura en la cual se han formado nuestros valores.

Se nos hace el lavado cerebral en conformidad con el pensamiento occidental. Los que hemos crecido en el mundo occidental, particularmente los educados en los Estados Unidos, hemos sido programados para comportarnos como individualistas. Las antiguas civilizaciones estaban más inclinadas a pensar que eran partes integrales de unidades. Sus valores eran diferentes. Para ellos el grupo era más importante que para nosotros.

El ya fallecido Thom Hopler nos cuenta una historia:

Quando realicé las primeras pruebas de eficiencia en Kenia para una competencia de atletismo, no pude lograr que los estudiantes compitieran unos con otros.

— Seleccionaremos al corredor más rápido — me informaron —. El correrá contra la otra escuela.

— ¿Por qué? — les pregunté.

— Si escogemos al que puede correr mejor entre nosotros — contestaron —, todos podemos aplaudirlo hasta que logre la victoria contra la otra escuela. Pero jamás podríamos aplaudirlo hasta la victoria si él se hubiera seleccionado a sí mismo según sus cualidades. Si competimos contra nosotros mismos, nos dividiremos, y no podremos competir contra la otra escuela.

Eso es lo que se llama trabajo corporativo. Esa es la manera en que funciona una sociedad tribal.¹

Pudiéramos sorprendernos de que los valores de Kenia se correspondan más estrechamente con los valores bíblicos que con los valores nuestros. Los juicios del Antiguo Testamento no sólo caen sobre los individuos sino contra los pueblos. Israel y Judá fueron juzgadas por las naciones. Los judíos justos fueron al cautiverio junto con los judíos rebeldes y perversos, cuando la nación fue llevada a Babilonia.

No estamos conscientes de que tenemos conceptos diferente de la vida, y damos por sentado que nuestros conceptos son la norma. Así en nuestras iglesias como también en los clubes

y en las sociedades, tenemos sentimientos instintivos en el sentido de que debemos preocuparnos por lo nuestro y no interferir en los asuntos de otras personas. Pero esas costumbres sólo son culturales, no superiores.

Somos producto de la cultura occidental. Uno de los valores clave que la cultura occidental ha implantado es el individualismo. Nos valemos por nosotros mismos, nos preocupamos por nuestros asuntos y nos disgustamos cuando alguien amenaza con quitarnos nuestra libertad. Vivimos y dejamos vivir. Nuestro concepto de libertad, aun nuestro pensamiento cristiano con respecto a la libertad, surge del individualismo occidental. No proviene de las Sagradas Escrituras.

Nuestro individualismo (como también nuestra pecaminosidad) milita contra el ejercicio de la disciplina correctiva de la iglesia. Ser miembros de la iglesia de Dios significa que nuestro bienestar físico y espiritual llega a ser un asunto que le incumbe a nuestro hermano, y su bienestar llega a ser el nuestro. Pero tales actitudes son tan extrañas a la iglesia occidental que somos criticados cuando optamos por la disciplina bíblica. John Stott comenta:

Hay muchas razones que se levantan contra la aplicación de la disciplina más estricta. La moderna búsqueda de unidad en la iglesia; el odio a toda clase de intolerancia (que no distingue entre una correcta intolerancia del pecado y una incorrecta intolerancia de espíritu); una idea equivocada de que tal disciplina pública es una señal de orgullo, animosidad o gazarería; un horror a cualquier cosa que se acerque a las reuniones de acusación pública que promueven los gobiernos comunistas; una interpretación equivocada de la parábola del trigo y la cizaña en el sentido de que ella prohíbe todos los intentos de separar lo malo de lo bueno en la iglesia visible; un temor al escándalo público en estos días de medios masivos de comunicación. Se esgrimen esos y otros argumentos para impedir la restauración de una adecuada disciplina en la iglesia.²

Daniel Wray está de acuerdo:

Hoy la iglesia se enfrenta a una crisis moral dentro de sus propias filas. El no tomar una firme posición contra el mal (aún en su propio medio), y su tendencia a preocuparse más por lo conveniente que por lo correcto, le han quitado integridad bíblica y poder.³

Las iglesias que ejercen la disciplina correctiva pudieran, aunque injustamente, ser llamados sectas. Eso pudiera tener serias consecuencias en este día en que los gobiernos están más inclinados a sentirse responsables por tratar a los grupos religiosos aberrantes. El Tribunal Supremo de los Estados Unidos de América sostiene el principio de libertad religiosa, pero nunca se ha tomado la molestia de dar una amplia definición del término *religión*. La disciplina de la iglesia pudiera verse como una violación discriminatoria de los derechos individuales, tanto en Canadá como en los Estados Unidos. En un reciente caso que se presentó en un tribunal, en Tulsa, éste le concedió 390.000 dólares a una mujer que había sido acusada por su iglesia de fornicación y posteriormente había sido separada de ella.⁴ Pero no debemos dejarnos aterrorizar para apartarnos de la disciplina de la iglesia sin importar cuáles puedan ser las consecuencias políticas o económicas. Las iglesias siempre han sido blanco de las críticas durante el período de mayor fidelidad.

Predicación, poder y santidad

La disciplina correctiva de la iglesia también es tergiversada por la creencia de que la predicación de las Escrituras inspirada por el Espíritu producirá de por sí congregaciones santas. Las congregaciones pueden atascarse cómodamente en la retórica familiar mientras los corazones se endurecen a la solitud del Espíritu. La misma semilla que produce una mazorca llena de granos también puede producir tallos verdes, frágiles, infructíferos y ahogados por la maleza.

Podemos organizar campañas evangelísticas y reuniones especiales, tener experiencias de renovación espiritual, concentrarnos en el conocimiento de las Escrituras; pero la iglesia sólo experimentará cambios temporales, aunque sean genuinos. (La Palabra es poderosa, pero algunos huimos de ella.)

Los demonios se sientan silenciosos y cómodamente entre la congregación, y su señor sembrará su propia semilla. Esa semilla crecerá y florecerá porque estamos buscando alguna solución más fácil que el camino de la obediencia; en este caso la obediencia a los mandamientos de Cristo en el sentido de que ejerzamos la disciplina correctiva de la iglesia.

El conocimiento puede aumentar mientras que el orgullo abunda. Los dones espirituales pueden derramarse generosamente y ejercerse libremente mientras se tolera el incesto (1 Corintios 5). El diablo puede producir sus propios prodigios y señales, de tal manera que ni los prodigios y señales producidos por el Espíritu atraen la atención del mundo por mucho tiempo. Sólo Dios puede producir santidad. Dios ha ordenado un medio por el cual la congregación puede experimentar la purificación continua. No es un avivamiento episódico. Es la acción por la cual la iglesia le hace frente al pecado mediante la disciplina.

El temor a la exposición, el temor a la confrontación

En cuarto lugar, la disciplina correctiva de la iglesia es rara porque tenemos el temor de confesar sinceramente nuestros pecados a los demás. ¿Cuántos de nosotros escondemos secretos vergonzosos que incesantemente se conmueven ante la posibilidad de ser revelados? ¿Pudieran otros llegar a conocer nuestros vicios, vergüenzas y esclavitudes?

Seamos claros con respecto a una cosa antes de proseguir. Jesús no nos convirtió en detectives para que descubramos las faltas secretas de los demás. Más bien, como lo veremos más tarde, nos comisionó para que establezcamos una comunidad comprensiva y perdonadora donde podemos hallar perdón, sanidad y fuerza.

No es fácil admitir las faltas y debilidades ante nuestros hermanos, pero llega a ser más fácil cuando descubrimos que ellos son vulnerables y están necesitados, y por tanto, podemos ser comprensivos. Sin embargo, ¿pueden las iglesias llegar a ser comunidades de esa clase? Está claro que se necesita liderazgo, si se ha de establecer tal cualidad de compañerismo cristiano. ¿Pero de dónde vendrá tal liderazgo?

Se publicó de manera anónima un testimonio conmovedor del orador de una conferencia que a la vez era adicto a la

pornografía, en una edición de *Leadership* en 1982.⁵ Hablaba sobre una aflicción extrema que había sido sanada, pero también confirmaba lo que muchos ya sabemos, que el pecado sexual es común aún entre los pastores y líderes cristianos. ¿Y cómo puede comenzar la disciplina si no comienza allí?

Otra barrera es nuestro temor a enfrentarnos con otros que posiblemente están actuando mal. No es fácil hablar a una persona con respecto a su pecado. Llegará a ser más fácil si adquirimos el hábito de animar y bondadosamente exhortar a nuestros hermanos. Pero el paso de la animación a la exhortación no es nada si se compara con el paso de la exhortación, a la confrontación y a la represión. ¿Quién quiere confrontar a su hermano con respecto a su pecado? Sin embargo, ¿la santidad del pueblo de Dios tiene que ser deformada por nuestra cobardía y el sonrojo de nuestro rostro? Necesitamos estar convencidos de que es correcto hacer eso. Podemos saber que contamos con la ayuda del Espíritu Santo para cumplir nuestra responsabilidad. Hablaremos más acerca de eso en la tercera parte.

El cambio y la conciencia entenebrecida

La siguiente barrera que se levanta contra la disciplina es la tradición y el temor al cambio. Podemos ser demasiado rudos contra los fariseos. Su celo a favor de la Palabra de Dios superaba el nuestro. En su generación, ellos constituían un bastión contra el liberalismo de los saduceos. Sin embargo, exageraban algunas partes de las Escrituras y descuidaban otras. Además, agregaban a las Escrituras sus propias tradiciones. En esos dos aspectos somos como ellos. Con frecuencia nos aferramos a ciertas tradiciones que existen en nuestra iglesia, a causa de la seguridad psicológica que inconscientemente derivamos de ellas. Esa seguridad hace que nos sintamos cómodos.

El cambio es una amenaza, y el cambio radical es aterrador. Nuestro temor con respecto a la disciplina eclesial se parece al temor que Jesús despertó en los escribas y los fariseos, por lo que a ellos les pareció que era un alejamiento radical de sus tradiciones. Porque tal como nos sucede a nosotros, ellos suponían ingenuamente que todas sus tradiciones estaban en conformidad con la voluntad de Dios. Se entienden nuestros

temores, pero tenemos que hacerle frente teniendo en cuenta lo que son. Cristo acudirá a ayudarnos, si estamos dispuestos a admitir su verdadera naturaleza.

Nuestra falta de sensibilidad ante los horrores del pecado es otro impedimento que aparece en el camino. Nos resistimos a hacer frente al pecado en los demás, porque nuestra conciencia está endurecida, y tal vez entenebrecida. Seleccionamos los pecados que mencionan las Escrituras. Despreciamos a los cristianos que luchan con la homosexualidad (aunque no todos luchan, por supuesto), mientras alegremente pasamos por alto pecados como el hecho de vivir para ganar dinero o adquirir posesiones materiales. Toleramos el orgullo y el chisme, y no sabemos cómo hacerle frente a la falta de sinceridad.

Ken Blue supo de una iglesia de Dallas que se enfrentaba a una severa situación embarazosa. Uno de sus miembros prominentes quedó en bancarrota y había caído en la práctica de cobrar dos veces a sus clientes. Por lo menos esa era la historia que circulaba en la iglesia. Y eso tenía a la iglesia horrorizada.

— Eso se parece al caso típico de ir al hermano para hablar con él, que se halla en Mateo 18 — le dijo Ken a Miguel, un amigo suyo.

— Pero ese no es un pecado *moral* — replicó Miguel.

Rápidamente llegó a ser evidente que lo *moral* para Miguel significaba sexual, y aparentemente la disciplina de la iglesia sólo se aplicaba al pecado sexual.

Nada pudiera estar más lejos de la verdad.

Seis cosas aborrece Jehová, y aun siete abomina su alma: Los ojos altivos, y la lengua mentirosa, las manos derramadoras de sangre inocente, el corazón que maquina pensamientos inicuos, los pies presurosos para correr al mal, el testigo falso que habla mentiras, y el que siembra discordia entre hermanos.

Proverbios 6:16-19

El pecado sexual no aparece en esa lista. El orgullo y la mentira aparecen primero. Aun el espíritu divisionista figura en ella. Eso no quiere decir que no sea grave el pecado sexual. Pero lo decimos desde el principio, porque no queremos dar

la impresión de que el pecado sexual es más grave de lo que realmente es. Esa impresión pudiera deducirse de la frecuencia con que aparece en este libro el pecado sexual. Eso refleja la frecuencia con que se produce entre los cristianos el pecado sexual, y no la gravedad que tiene para Dios. No trataremos complejos asuntos éticos, ni intentaremos ofrecer una jerarquía de pecados; pero que no haya duda desde el principio de que el pecado es pecado.

Nuestra conciencia está adormecida a causa de que está demasiado acostumbrada a tantos pecados. El hecho de ver un cadáver tiene un profundo efecto sobre la mayoría de nosotros. Pero los estudiantes de medicina que disecan los cuerpos humanos, pocas semanas después de haber comenzado sus disecciones, se vuelven duros y descuidados. De la misma manera hemos llegado a estar adormecidos con respecto a la horrorosa naturaleza del pecado.

Debido a que se nos ha endurecido la conciencia, no se apodera de nosotros la urgencia de que la iglesia discipline al que peca. Estamos engañados por nuestra prosperidad material, nuestros hermosos santuarios, nuestras grandes congregaciones y nuestro creciente prestigio social. Mientras tanto, el pecado se pasea majestuosamente por nuestras congregaciones, riéndose mientras inflige devastadoras bajas en nuestras filas. No vemos esas bajas porque no sólo se ha endurecido nuestra conciencia, sino que nuestros ojos miran en la dirección equivocada.

El ejército diezmado

La última barrera es la idea de que la disciplina correctiva de la iglesia reducirá nuestras filas. En realidad, lo que ocurre es lo opuesto. Las filas de nuestra tropas de combate se están diezmando por falta de la disciplina correctiva. Tome nota, por favor, de que estamos hablando de tropas de combate, no sólo de personas cuyos nombres están en los libros de registro de la iglesia. La disciplina correctiva de la iglesia no hará que se reduzca la iglesia, sino que crezca no sólo en número sino también en poder de combate.

Las personas son atraídas a la iglesia donde hay disciplina genuina, pero la ironía consiste en que hemos supuesto que el crecimiento en número de miembros significa que las filas

del ejército cristiano están creciendo, cuando en realidad el número de las tropas de combate se están reduciendo. Las iglesias han llegado a ser hospitales donde a las personas enfermas de pecado se les dan aspirinas y entretenimiento para distraerlas de las enfermedades de que padecen sus almas. Que Dios nos perdone por preocuparnos más por los números que por la santidad.

El crecimiento de la iglesia es en gran parte un crecimiento canceroso, y ni siquiera lo sabemos.

3

Jesús y el poder

Si le digo a mi perro que se siente, él se sienta. Tengo autoridad, y la empleo. Ejercicio poder. La felicidad de mi perro dependerá en gran parte de la clase de persona que soy yo: débil, fuerte, bondadosa, cruel o alguna mezcla de esos elementos. Lo que yo soy determinará la manera en que veo a mi perro y cómo ejerzo mi autoridad y mi poder.

Ya hablamos sobre la coacción con relación a la disciplina eclesial, sin decir nada con respecto a la autoridad y al poder. Por ahora tenemos que incluir esos elementos, puesto que también entran en la disciplina.

Ya dijimos claramente que cualquier elemento coercitivo en la disciplina de la iglesia tiene que ser benigno. Tiene que ser un fenómeno que impregne toda la estructura de la iglesia desde su fundamento mismo. Eso pudiera sugerir que la disciplina ideal de la iglesia eliminaría el liderazgo en ella, así como se supone que el marxismo elimina el gobierno centralizado. Sin embargo, Dios usa el liderazgo humano. En la Biblia, los líderes humanos alternadamente ejercieron y abusaron tanto de la autoridad como del poder. La historia de la iglesia nos emociona cuando seguimos las luchas épicas entre los valientes *David*es y los malignos *Goliath*s de la iglesia. Por tanto, no tenemos que portarnos como avestruces cuando se trata de cosas como la autoridad y el poder. Tampoco debemos permitir

que se nos deje atormentados, atrapados y perplejos en un mundo de conceptos abstractos. En este libro enfocaremos más a los líderes que al liderazgo, y la manera en que se ejercen la autoridad y el poder, y no en lo que exactamente son esos elementos. Pero por lo menos tenemos que intentar definir nuestros términos.

La autoridad y el poder son como los esposos en la sociedad moderna. Idealmente debieran estar unidos, pero en la práctica con frecuencia no lo están. Si usted tiene autoridad, tiene el derecho de hacer alguna cosa. La autoridad le ha dado a usted el derecho, bien al elegirlo o al investirlo con alguna clase de oficio. El poder, por otra parte, le da a usted una *capacidad* para controlar. Si usted controla a las personas, puede hacer que ellas hagan lo que no quieren hacer. Intentamos enfocar la dimensión moral tanto del poder como de la autoridad. Daremos un vistazo a la vida de los pecadores y de una persona impecable en el ejercicio de la autoridad y del poder.

El que ejerce la autoridad

Toda autoridad lícita viene de Dios. Cualquier autoridad que no viene de Dios es una autoridad usurpada o ilícita. Habiendo declarado ese principio general, evitaremos sin rigor algunos asuntos intrigantes y controversiales que el tema presenta por lo menos en este momento. Al fin y al cabo, Jesús también hizo tal cosa. Así que nosotros también podemos decir: “Demos a las autoridades lo que les corresponde a ellas y a Dios lo que le corresponde a El”, y dejemos el asunto allí. Este libro se refiere a la disciplina de la iglesia. Aunque podamos vernos obligados a pensar un poco más sobre el tema relacionado con el enfrentamiento entre Cesar y Dios, eso tendrá que esperar para más tarde. Más bien, nos haremos la pregunta: ¿Cómo emplea Dios su autoridad y su poder? Y como una respuesta parcial estudiaremos al Dios hecho carne, nos preguntaremos cómo administró Dios su autoridad y su poder, y el hecho que El y sus apóstoles nos recomendaron hacer lo mismo.

El hijo del hombre pudo afirmar que tenía autoridad suprema. En muchas ocasiones El la demostró. Su predicación y su enseñanza tenían el carácter de la autoridad. Después del Sermón del Monte, “la gente se admiraba de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los

escribas” (Mateo 7:28, 29). El también mereció la atención y el respeto de aquellos a quienes habló. En la sinagoga de Capernaúm, donde su enseñanza estuvo acompañada por una demostración de poder, la gente exclamó: “¿Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina es esta, que con autoridad manda aun a los espíritus inmundos, y le obedecen?” (Marcos 1:27). Su fama se extendió de inmediato.

La reacción de la multitud era significativa. Los rabinos judíos echaban fuera demonios. Practicaban el exorcismo, para lo cual usaban el Nombre sagrado (por lo cual cobraban dinero). Pero sus rituales exorcistas consumían tiempo. Cuando las multitudes observaban a Jesús, de inmediato notaban la diferencia. Jesús *mandaba*. Ejercía autoridad, y los demonios obedecían prontamente. Así que sus oyentes atribuyeron a su enseñanza la misma autoridad que los demonios reconocieron en sus órdenes.

Pudiéramos calificar su enseñanza como autenticada por el poder o autenticada por Dios. Tal enseñanza produce convicción. La persona de un maestro está investida de autoridad, cualquiera que sea su posición oficial. Pablo afirmó que su predicación era de esa clase. No fue “con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder” (1 Corintios 2:4).

Autoridad suprema

Algunas personas pudieran argüir que la autoridad de Cristo era análoga a la autoridad que atribuimos a los médiums y a los que vaticinan las condiciones meteorológicas. El impresionó a las personas de tal manera que ellas le dieron la autoridad y le atribuyeron un poder que de otra manera no habría tenido. Era como si hubiera surgido espontáneamente en la mente de sus oyentes.

No hay dudas de El se benefició del apoyo de la multitud.

“¿Con qué autoridad haces estas cosas? ¿y quien te dio esta autoridad?” le preguntaron los principales sacerdotes.

Cristo desdeñó las preguntas de ellos y los obligó a hacer frente a su propia cobardía.

“El bautismo de Juan ¿de dónde era? — les preguntó —. ¿Del cielo, o de los hombres?”

Cuando los principales sacerdotes vieron la posibilidad de

una trampa política, la comprendieron y, por lo tanto, astutamente evadieron comprometerse.

“No sabemos” (Mateo 21:23-27).

Sin embargo, la autoridad de Cristo se basa en algo más grande que la astucia política y la atracción de las masas. El se refirió a Satanás con estas palabras: “el príncipe de este mundo”. Y correctamente afirmó: “. . . él nada tiene en mí” (Juan 14:30). James Kallas tal vez haya simplificado demasiado el misterio de la soberanía de Dios y el sufrimiento humano, pero él tiene razón cuando ve la venida de Cristo a la tierra como un choque poderoso. Una autoridad mayor demostró poder sobre una menor para anunciar la condenación final de Satanás.¹

No sólo como Dios, sino como el Hijo del Hombre, Jesucristo penetró en un reino hostil cuando vino a la tierra. Pero por el hecho de que “el príncipe de este siglo” dominaba mediante el poder del mal, y puesto que no había ni huella de mal en el Hombre Jesús, Satanás no podía tener poder sobre El. La santidad era lo que lo vestía a El como una armadura. El Espíritu de santidad era lo que irradiaba de El en ardiente e irresistible autoridad.

No había ni hay límite para su autoridad. Sin embargo, ¿cómo la ejerció El? ¿Lo hallamos abusando de ella? ¿Impuso El su ventaja para destruir el poder político de sus adversarios? Fuera de alguna severa reprobación ocasional, ¿cuándo trató a sus discípulos con algo que no fuera ternura, cortesía y respeto?

Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.

Mateo 20:25-28

El fue el Maestro, el Señor. Sabiendo que estaba a pocas horas de su muerte, El reconoció que era tanto lo uno como lo otro. “Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien,

porque lo soy” (Juan 13:13). Sin embargo, ¿cómo demostró El la autoridad? Lo hizo dando a la palabra un nuevo contenido. La autoridad y el poder debían emplearse con mansedumbre para mejorar la pureza y consolar a los demás. No como un gesto teatral, sino en una genuina demostración profética, tomó para sí el papel de un esclavo. El lavó los pies a once discípulos y a un traidor (Juan 13:3-20).

Esa conmovedora acción es consecuente con sus palabras y obras a través de su carrera pública. Desde el principio, mientras estaba de pie junto con los pecadores esperando el bautismo (Lucas 3:21, 22), subsiguientemente al enfrentar la tentación de Satanás (Lucas 4:1-12) y hasta sus horas finales, se negó a emplear su poder y autoridad para lograr fines personales. Durante su arresto, reprendió la violencia de Pedro con las palabras: “Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán. ¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles? ¿Pero cómo entonces se cumplirían las Escrituras. . .?” (Mateo 26:52-54). A pesar de todo su poder, Jesús nunca perdió la capacidad de comunicarse con el pueblo. El no exhibió el deseo de poder. Nunca tuvo el deseo de ser jefe. Su enseñanza no requirió que ejerciera dominio. Nunca ningún hombre enseñó como El.

Los buenos líderes producen buenos líderes, y los malos líderes producen malos líderes. Los dictadores y los tiranos producen policías brutales. Cristo produjo a Pedro, que a pesar de su impetuosidad, algún día escribiría:

Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos. . . Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonestas, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey . . . estad . . . todos, sumisos unos a otros.

1 Pedro 5:1-5

El abuso de la autoridad

Sin embargo, es triste decir que la disciplina correctiva de la iglesia (o lo que se ha puesto en práctica como la disciplina

de la iglesia) se ha caracterizado más por el abuso de la autoridad que por la clase de autoridad que enseñó y ejemplificó Cristo. La ira carnal, la arrogancia y aun la brutalidad y el asesinato manchan las páginas de la historia de la iglesia.

El poder de Cristo le vino del cielo. Algunos líderes eclesiásticos se deleitan en recordar eso y se proclaman como canales de ese poder. Pero recordemos que el hecho de que Satanás no tuvo ni poder ni control sobre Jesús no se basó tanto en la divinidad de El sino en lo impecable de su humanidad. Muchos líderes olvidan eso. Por tanto, con frecuencia Satanás ha ejercido poder sobre ellos, cuando pensaban que estaban actuando en el nombre de Cristo. Satanás ha hecho lo que ha querido en el pueblo de Dios, porque el pecado en la vida del pueblo y de los líderes por igual le dieron un poder que nunca Satanás pudiera reclamar sobre nuestro Maestro.

Hay una tensión entre los cristianos que surge de lo que pudiéramos llamar un *elevado concepto de la iglesia* y un *elevado concepto de las Escrituras*. Los dos tienen sus peligros. El primero destaca la autoridad de la iglesia sobre la vida del pueblo de Dios. Del mismo modo, un elevado concepto de las Escrituras recalca la necesidad de que las Escrituras controlen la conducta de los creyentes. Los dos énfasis están en la Biblia. No hay tensión entre ellos. La tensión surge en la mente de los líderes que tratan de usar la iglesia o la Biblia, o ambas, para controlar al pueblo de Dios. Los líderes eclesiásticos mismos están bajo la autoridad de las Sagradas Escrituras, pero su autoridad nunca debe ser coercitiva. Ella no convierte a los líderes en gobernantes.

A pesar del heroísmo y de la piedad de Watchman Nee, a causa del alto concepto que tiene de la iglesia, él cometió un error en este punto. Al escribir sobre la autoridad de Cristo, Nee declaró: "Por tanto, usted [debe] reconocer no sólo a la cabeza, Cristo, sino también a aquellos a quienes Dios ha colocado en el cuerpo para representar la cabeza. Si usted está en desacuerdo con ellos, también estará en desacuerdo con Dios."² El peligro está en la última oración: "Si usted está en desacuerdo con ellos, también está en desacuerdo con Dios." Barrs dice: "Lo que Nee enseña es que cuando los cristianos están en desacuerdo con sus líderes ipso facto están en de-

sacuerdo con Dios."³ Las implicaciones de la enseñanza de Nee a través de la historia se han llevado más allá de lo que Nee pudiera haberse imaginado. En algunos grupos se enseña actualmente hasta infantilizar y someter a los cristianos a una forma de "tiranía espiritual" y algunas veces física.

Y la misma tiranía se ejerce por el pueblo que tiene un elevado concepto de las Escrituras. En el caso de ellos, el egocentrismo toma la forma de un mal entendimiento de lo que Dios dice en las Escrituras para favorecer su tendencia particular de interpretarla.

Los líderes cristianos, debido a que son seres humanos, pueden dar lugar al pecado y al orgullo. No siempre están enterados cuando hacen esas cosas, y han olvidado que la total inmunidad de nuestro Maestro (como Hijo del Hombre) al control satánico surgió de su conducta humana impecable. Los líderes humanos que hacen pronunciamientos en el nombre de Dios o de las Escrituras quizá no estén enterados del poder de Satanás sobre ellos en ese momento. El pecado menos grave que pueden cometer sería el de hacer declaraciones carnales en el nombre de Dios o de las Escrituras, mientras que en el peor de los casos merecerían la misma represión que una vez Jesús le dio a Pedro: "¡Apártate de mí Satanás!"

La iglesia

Hemos hablado de la autoridad. También hemos reflexionado sobre la disciplina. Hemos evadido presentar una discusión con respecto a la iglesia. Comúnmente se conviene que en el Nuevo Testamento sólo hay dos conceptos de ella: El de las iglesias y el de la iglesia. Las primeras fueron cuerpos de creyentes ubicados en específicas localidades geográficas; la última es la iglesia universal, la esposa de Cristo, que está compuesta por todos los creyentes.

Veinte siglos después del Nuevo Testamento nos enfrentamos a una situación más compleja. Ahora las iglesias son ubicuas, ampliamente variadas e institucionalizadas. Ha habido la división de la iglesia del oriente y la iglesia del occidente, seguidas muchos siglos después por la Reforma en la iglesia occidental. La Reforma ha sido seguida por una fragmentación que se ha exportado a todo el mundo (con frecuencia sin in-

tención y junto con el mensaje de las buenas nuevas) por el moderno movimiento misionero.

La reacción entre algunos grupos cristianos ha sido la de esperar una renovación de la unidad. Eso requiere un pensamiento más vigoroso y teologizante con respecto a la iglesia y nuevos intentos para formular una eclesiología mutuamente satisfactoria. Pero la práctica de la disciplina correctiva de la iglesia no exige, y no puede esperar, una adecuada eclesiología. Para que haya un comienzo sólo es necesario reconocer, en primer lugar, que el cuerpo de Cristo tiene que expresarse por lo menos en alguna forma local y visible y, en segundo lugar, que las iglesias y organizaciones eclesiásticas reconozcan la existencia de las otras y se relacionen con mutuo respeto. Ni siquiera es necesario esperar que se presente esto último. Donde ya existe el respeto, tenemos que aprovecharlo. Donde no existe, debemos esforzarnos por lograrlo.

Ya tenemos iglesias locales y organizaciones eclesiásticas. Necesitamos y tenemos líderes. Tal vez no satisfagan nuestros ideales, pero esos son los únicos que tenemos.

Los líderes de las iglesias necesitan nuestras oraciones. Como todos nosotros, tienen que ser responsables ante Dios y ante los cuerpos de los cuales forman parte. Jerram Barrs dice lo mismo en otro contexto: "Tenemos que reconocer la fallibilidad humana. El pecado afecta el funcionamiento de cualquier don."⁴

Los líderes están para ser ayudadores, no déspotas. Su papel es esencial. Pero tienen que usar su autoridad como la usó Jesús. Y no deben olvidar que (como todos nosotros) aunque ellos tienen una línea abierta hacia el cielo, a diferencia de Jesús, están abiertos a las estrategias del diablo. Necesitamos tales líderes, para que guíen al pueblo de Dios por el camino de la libertad disciplinada.

Segunda parte

Las metas de la disciplina correctiva

4

El ministerio de la reconciliación

Algunas parejas de casados dicen que vale la pena tener un buen pleito por la pura diversión de volverse a reconciliar. Tal vez todos no estén de acuerdo con eso, pero muchos o todos hemos experimentado el calor y la dulzura de una genuina reconciliación que viene después de una pelea. Y los cristianos que hemos experimentado la dulzura de la reconciliación que viene después de la aplicación de la disciplina correctiva de la iglesia están dispuestos a aceptar que tiene su propia dulzura.

Los desacuerdos entre amigos íntimos son muy dolorosos. Las víboras del resentimiento muerden agudamente cuando nos abrazamos. Y, aunque es triste decirlo, podemos tirar las víboras sin ser sanados. Algunas personas optan por el olvido. Se niegan hasta el punto de que su vida es arruinada por el resentimiento. La amargura da lugar a la separación. La antigua relación queda sellada detrás de una puerta de piedra.

Pero la solución nunca es ideal. Si la reconciliación es posible, es infinitamente mejor que se produzca. La reconciliación produce crecimiento y restauración de algo que es tan

precioso que no debe quedarse sellado detrás de una piedra. Pero la seudorreconciliación no será suficiente.

— Roberto y Rosa se reconciliaron otra vez — observa un chismoso.

— ¿Por cuánto tiempo en esta ocasión? — se oye la reacción de un cínico.

La reconciliación nunca ocurre sin que haya cambio en las dos partes que se han enemistado. Y la reconciliación verdadera y costosa está en el corazón del evangelio, al cual Pablo llama “el ministerio de reconciliación”. ¿Qué es el evangelio, si no es reconciliación?

Y todo esto (el hecho de ser nuevas criaturas) proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de reconciliación; . . . y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, . . . os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios.

2 Corintios 5:18-20

En este capítulo tenemos varias metas. En primer lugar, queremos definir lo que es reconciliación; demostrar que está en el corazón del evangelio. En segundo lugar, queremos demostrar que es la más fundamental de las cuatro metas de la disciplina correctiva de la iglesia (las otras tres son: la pureza de la iglesia, la restauración y la libertad, cada una de las cuales ocupará uno de los tres capítulos siguientes). En tercer lugar, queremos demostrar que si la reconciliación es la meta primordial en la disciplina correctiva de la iglesia, estaremos protegidos de los excesos crueles. Concluimos brevemente hablando sobre los costos y los beneficios de seguir el modelo bíblico de corrección.

Guerra y paz

¿Está la reconciliación en el corazón del evangelio?

“Cualquier teología que sea fiel a la iglesia de Jesucristo . . . no puede ser otra cosa que una teología de reconciliación, porque la reconciliación pertenece a la naturaleza esencial y a la misión de la iglesia en el mundo”, escribe Tom Torrance.¹ Reconciliación significa reemplazar un estado de guerra por

uno de paz. Así como la hostilidad y la desavenencia separan, la reconciliación respalda la armonía y la cercanía.

Estamos en guerra. Cada uno de nosotros estamos en guerra dentro de nosotros mismos. También estamos en guerra el uno con el otro, y finalmente, estamos en guerra con Dios. El colapso comenzó en la alborada de la historia, cuando pecamos y caímos.

La reconciliación es el proceso mediante el cual queda abolida la hostilidad y restaurada la paz. Es el acto mediante el cual Dios sustituye la guerra por la paz, la desavenencia por la amistad y la intimidación.

Pero recalquemos que la desavenencia tiene muchas consecuencias. Cuando Adán perdió la paz con Dios, perdió la paz consigo mismo. Cuando Eva pecó, perdió tanto la paz como la cercanía a Adán. Como lo veremos más adelante, eso también es cierto a través de la historia bíblica. La paz con Dios, con nosotros mismos y con nuestro prójimo (hasta la paz con nuestro ambiente físico) están inseparablemente vinculadas. Se pierde una, se pierden todas. Volver a tener esa paz (la paz con Dios) es comenzar a tenerlas todas.

La historia de la relación de Dios con la nación de Israel es la historia de un Dios que quiso morar en medio de un pueblo. Así que El inventó los medios para hacer eso sin comprometer su santidad. Ejercitó paciencia y resignación con relación a la rebelión y a la idolatría de su pueblo. Se apesadumbró por ellos y predijo que habría un tiempo en que su ira sería aplacada, sus demandas justas serían satisfechas y la relación con su pueblo sería completamente restablecida.

Para que fuera restablecida la paz, El tuvo que hacerle frente al pecado. Pero la santidad no era en sí un fin. Era una condición necesaria sin la cual Dios y su pueblo no podían reconciliarse. Las palabras más citadas en el Evangelio según Juan no dicen: “Porque de tal manera odió Dios el pecado, que dio a su hijo unigénito para que todo aquel que en El cree, pueda ser declarado justo.” Tal declaración sería cierta. Pero Dios está más preocupado con respecto a los pecadores que con respecto al pecado. El amó “al mundo” de pecadores. El es el pastor que está desesperado por causa de la oveja perdida, representado por la mujer que busca la moneda de plata que

se le perdió y por el padre que delira frenéticamente en espera del regreso de su hijo errante (Lucas 15:1-32).

El evangelio es la historia de un Dios amoroso que se acerca a su pueblo. Pablo, como siervo de Dios, nos dice que el predica el evangelio, porque el amor lo constriñe (2 Corintios 5:14). El amor, nos dice, nos reconcilia con Dios (2 Corintios 5:18). En realidad, si Dios nos reconcilió consigo mismo, mientras teníamos los puños levantados contra El, ¿cuánto más ahora, habiendo sido reconciliados, nos tratará con misericordia? (Romanos 5:9-11).

Tal amor hace que nuestra salvación sea más que un rescate de un castigo que merecíamos. Algo nos ha sucedido. Se nos ha dado corazones que instintivamente claman: “Abba” (mi propio y querido Padre) (Romanos 8:15; Gálatas 4:6). Dios nos dice: “Y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas” (2 Corintios 6:18). Recibimos la adopción de hijos (Gálatas 4:5).

Tal es la misericordia de Dios. Y tan grande es el amor que nos tiene que “juntamente con El nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros” (Efesios 2:6, 7).

Aunque una vez estábamos lejos, hemos “sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque El es nuestra paz”. (Efesios 2:13, 14). Cristo nos predicó paz, a nosotros sus enemigos, así que, en vez de estar distanciados de El, llegamos a ser miembros de su familia (Efesios 2:17-19).

¿Necesitamos más pasajes bíblicos para demostrar que la reconciliación es precisamente el evangelio, y que la justificación y la redención son los costosos medios por los cuales se logró la restauración de nuestra paz con Dios?

Paz en la comunidad de los santos

Puesto que el pecado creó desavenencia y hostilidad en muchos sentidos (por cuanto nos aleja de nosotros mismos, de la relación los unos con los otros, de Dios y aún de nuestro ambiente), parece lógico que el plan de Dios revierta el proceso. Eso es precisamente lo que enseña Pablo. Los versículos que acabamos de citar hablan de que somos miembros de la familia de Dios y conciudadanos con los santos. Ahora bien, no haría

mucho bien el hecho de estar uno reconciliado con una familia que esté en guerra continua consigo misma, o que se le dé la ciudadanía de una ciudad en tumulto. Así que la reconciliación tiene el propósito de restaurar la paz entre el pueblo de Dios.

Ahora bien, si la disciplina de la iglesia, incluida la disciplina correctiva, consiste en adiestrar en santidad, necesariamente se deduce que tiene el propósito de crear y mantener la reconciliación entre los cristianos. Sin embargo, los libros que se han escrito sobre este tema durante dos mil años no demuestran que la iglesia estuvo enterada de eso. Ken Blue dedicó meses de estudio a un cuidadoso repaso de los escritos de teólogos contemporáneos y remotos para averiguar si hubo alguna referencia a otro objetivo que motivara la disciplina correctiva de la iglesia, que no fuera la pureza de ella y el propósito de enderezar a los pecadores. Como resultado, él escribe:

Hoy, como siempre, los dos valores que se destacan con relación a la disciplina son la pureza de la comunidad y del individuo, mientras se descuida la salud de las relaciones. Aunque estos dos énfasis dan testimonio de la santidad de la iglesia y de su ministerio redentor, no toman en cuenta que la iglesia también es social. La comunión de la iglesia no es . . . reconocida suficientemente.²

El corto paso hacia la barbarie

Durante dos mil años, la disciplina correctiva de la iglesia, en el mejor de los casos, ha sido un bien parcial. Se ha entendido de una manera inadecuada, y también se ha aplicado de una manera imperfecta. Y algunas veces las consecuencias han sido asombrosas. ¿Pueden atribuirse esos abusos sólo a las presiones sociales y psicológicas del tiempo? Creemos que no. Como ya se dijo, no es cierto que las personas del tiempo primitivo fueran menos civilizadas que nosotros. Porque nosotros mismos sólo somos bárbaros avanzados en el sentido tecnológico. Aun hoy es fácil, muy fácil, llegar a ser crueles con los seres humanos que son nuestros semejantes, aun con el pretexto de ayudarlos. La conversión cristiana no garantiza

que uno nunca perjudicará a los demás.

En el conocido experimento de Stanley Milgram, unos sujetos, a quienes no se les advirtió que se iba hacer un experimento con ellos, estuvieron dispuestos a infligir lo que ellos pensaban que eran horribles torturas eléctricas a unos estudiantes.³ Los sujetos podían observar a los estudiantes a través de una superficie lisa que por un lado era espejo y por el otro lado era transparente. Con anticipación se había instruido a los estudiantes para que simularan angustia cada vez que sus indicadores mostraran que estaban recibiendo un “choque eléctrico”, aunque jamás les llegó electricidad a ellos. El experimento era una farsa. Pero antes del comienzo del experimento se les había dado a los sujetos explicaciones sobre la manera en que los estudiantes aprenderían rápidamente, siempre que se les aplicara “choques” suficientemente fuertes tan pronto cometieran un error. A los pocos minutos, algunos de los sujetos pensaban que estaban aplicando hasta 450 voltios, sin darse cuenta, durante la emoción del experimento, de la crueldad que podían estar infligiendo.

¿Eran sádicos? No eran más sádicos que el resto de nosotros. Tales experimentos indican cuán rápidamente cualquiera de nosotros pudiera perjudicar a nuestros vecinos o aun a nuestros familiares, hasta con la intención de ayudarlos. Y el horror que nos produce náuseas cuando leemos acerca de torturas y crueldad rápidamente puede erosionarse cuando se producen ciertas condiciones. Nuestro estómago puede prontamente habituarse al dolor de otras personas, mientras estemos convencidos de que estamos haciendo lo mejor.

La Inquisición, como el Holocausto, pudieran perpetrarse por la mayoría de nosotros, si se presentan las condiciones apropiadas. León Jaworski (fiscal principal de los Estados Unidos de América en los juicios contra los nazis por crímenes de guerra y en los juicios de Watergate) describe detalladamente el brutal asesinato de ocho soldados de la fuerza aérea de los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial.⁴ Habiendo sido derribados y tomados cautivos, los hombres iban en un tren hacia el campo de prisioneros de guerra cuando el tren se detuvo en Russelsheim, un pueblecito en el estado de Hesse. De allí en adelante estaban reparando la vía férrea.

Se reunió una multitud que observaba a los norteamericanos. Comenzaron los murmullos hostiles. Luego, mientras los murmullos se convertían en gritos, y éstos iban creciendo, los hombres fueron arrastrados desde el tren para apedrearlos y darles puntapiés y garrotazos. Dos ciudadanas acudieron a un pastor protestante y a un sacerdote católico para implorarles que intervinieran. Ninguno atendió.

En un breve tiempo, dos o tres cadáveres irreconocibles y ensangrentados yacían en la tierra junto al tren, mientras el resto yacía en diferentes partes en las calles del pueblo. A los muertos no los dejaron tranquilos, sino que continuaron dándoles garrotazos hasta que quedaron a la vista los intestinos y órganos internos. Lo que asombró a Jaworski fue que quienes perpetraron el delito eran personas normales y amables.

Después de hacer toda clase de concesiones, porque los tiempos eran anormales, Jaworski llega a la conclusión:

Al pensar en Joseph Hartgen, las dos hermanas y la otra “buena gente” de Russelsheim, comprendí que ninguno de nosotros sabe lo que somos capaces de hacer hasta que llegamos a tal punto. Así como no podemos comprender a que altura podemos llegar si nos colocamos en las manos de Dios, tampoco podemos imaginar las profundidades a que podemos irnos sin El.⁵

Trágicamente, muchos pensamos que estamos actuando en nombre de Dios cuando los factores psicológicos que están influyendo en nosotros son precisamente los que afectaron a los pobladores de Russelsheim.

Tales atrocidades no son atrocidades alemanas, sino humanas, y no hay raza en la tierra, incluso algunos grupos cristianos, que no las hayan perpetrado en alguna oportunidad. Los judíos pueden atribuir las a los cristianos, y los protestantes a los católicos; pero el largo recuerdo de la historia nos dice algo diferente. Tampoco la piedad o la espiritualidad nos hacen inmunes a tales atrocidades. San Bernardo de Clairvaux formó parte de un movimiento para erradicar la adoración sencilla centrada en la Biblia, en la Francia del siglo doce.⁶

Existe una amplia ignorancia entre los protestantes con res-

pecto a las horrendas ejecuciones de grupos tales como los anabaptistas durante la Reforma. Zwinglio, uno de los principales reformadores suizos, tenía la fuerte convicción de que la iglesia tenía la responsabilidad de guiar a las autoridades civiles. Las persecuciones instigadas por Zwinglio y sus seguidores hacen repugnante la lectura de la historia de la iglesia correspondiente al siglo dieciséis. Broadbent escribe:

Era maravilloso el esparcimiento de las iglesias en Austria y los estados circundantes; los relatos con respecto al gran número de personas condenadas a muerte son terribles; sin embargo, nunca faltaron hombres dispuestos a tomar la obra peligrosa de evangelistas y ancianos. En algunos de ellos está escrito: "... iban con gozo hasta la muerte. Mientras que algunos eran ahogados y sentenciados a muerte, los otros que estaban esperando su turno, cantaban y esperaban con gozo la muerte que les correspondía cuando el ejecutor los tomaba de la mano. Permanecían firmes en la verdad que conocían, y fortificados en la fe que tenían de Dios." Tal firmeza constantemente despertaba asombro, y la gente se preguntaba cuál sería la fuente de tal fortaleza. Muchas personas fueron ganadas para la fe, pero los líderes religiosos, tanto de la iglesia Católica Romana como de la Iglesia Reformada, generalmente atribuyeron tal firmeza a Satanás.⁷

¿Por cuál pecado estaban siendo disciplinados? Por practicar el bautismo por inmersión. Zwinglio había persuadido a los magistrados de que eso era una amenaza para el orden civil. Lutero de igual manera invocó a la autoridad civil contra los anabaptistas por razones similares.

El pecado y la reconciliación

Si la naturaleza humana es constante, y somos capaces de abusar de la disciplina correctiva de la iglesia, ya sea que hayamos vivido hace mil años o ayer, ¿cómo podemos guardarnos contra el mal uso potencial en el futuro? Mediante un correcto entendimiento de las Sagradas Escrituras. Tuvo que haber habido alguna falla en la Reforma en cuanto a entender

la naturaleza misma del evangelio, por lo menos las implicaciones de la reconciliación. John Howard Yoder escribe lo siguiente en su trabajo "Atando y desatando" (el cual reproduciremos íntegramente en el Apéndice):

Cualquier comentario que se haga en un libro de texto sobre la disciplina de la iglesia enumera varias razones por las cuales la iglesia debe aplicarla:

- La pureza de la iglesia como una meta valiosa de su propio derecho (cursivas de los autores);
- La protección de la reputación de la iglesia ante el mundo externo;
- El testimonio ante las demandas de la justicia de Dios;
- Hacer conmovedoras las demandas para los miembros de la iglesia, sobre todo para los nuevos o jóvenes, pues se supone que probablemente son más tentados;
- Una salvaguarda contra la relativización y la pérdida de las normas morales del cristiano.

Aunque esas razones son reales como consecuencias, y lógicas en cuanto a motivar a la iglesia, es sorprendente que no constituyen parte del cuadro que se nos ofrece en el Nuevo Testamento. Todos esos razonamientos ponen a la iglesia en una postura en que ella mantiene su propia justicia, mientras que el Nuevo Testamento habla de un perdón compartido.⁸

Eso fue lo que pasó por alto la Reforma. Ni la pureza de la iglesia, ni la restauración de los pecadores son fines en sí mismos. Son etapas en el camino hacia la meta final de terminar nuestra separación de Dios y entre nosotros mismos. El hecho de colocar primero la reconciliación y permitir que ella gobierne sobre las otras metas de la disciplina correctiva nos protegerá de usarla cruelmente.

La enseñanza clásica sobre la disciplina de la iglesia comienza en Mateo 18:15, pasaje que estudiaremos en detalle en el capítulo ocho de este libro. Y Jesús enseña a los apóstoles la clase de relaciones personales que se espera de los miembros

de su reino. "Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano." Algunos manuscritos antiguos omiten las palabras "contra ti". En un sentido casi no importa si Jesús las empleó o no en esa ocasión. Jesús en realidad nos dio, y los apóstoles también nos dieron, claras instrucciones en cuanto a lo que se debía hacer cuando pecara un hermano, ya fuera que el pecado se cometiera de tal manera que nos causara una herida personal o no.

En otro contexto, Lucas cita las siguientes palabras de Jesús: "Mirad por vosotros mismos. Si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale" (17:3). Pablo nos dice en Gálatas 6:1, 2: "Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre. . . Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo."

Como ya lo hemos dicho muchísimas veces, el pecado siempre separa, pero el pecado que se comete "contra nosotros" nos separa doblemente. Podemos simular que toleramos los pecados que nos hieren personalmente. Si usted difunde una mentira con respecto a mí, o si "toma prestado" mi automóvil nuevo (usted me iba a pedir permiso, pero yo no estaba presente), y lo destruye en un accidente de tránsito, estalla el frágil globo de mi tolerancia.

¿Qué exigencias le impone el reino cuando su hermano peca contra usted? ¿Cuál se espera que sea su conducta? Usted debe acudir a él. Debe ir solo. Debe ir con cierta meta en la mente; la meta de restaurar la relación quebrantada. Es difícil obedecer a Dios, pero El establece normas difíciles para los miembros de su reino.

La última oración que se halla en Mateo 18:15 es de inestimable importancia. "Si te oyere . . ." La expresión que Jesús emplea significa prestar atención, e implica un cambio de corazón en el hermano de que se trata. "Si te oyere, has ganado a tu hermano." Usted ha logrado la meta principal de la confrontación. Ha arreglado una restauración resquebrajada. Ha desaparecido la desavenencia. Recuerde de nuevo por qué vino Jesucristo a la tierra. ¿Qué otra manera que no fuera la reconciliación podría haber tenido en mente el Maestro que vino a rescatar a los pecadores perdidos?

Como veremos posteriormente, no hay nada automático en el proceso de hablar con alguien que haya pecado. Hay muchas cosas implícitas y pudieran venir resultados diferentes. Por ahora el punto básico es suficiente. Vamos a buscar reconciliación, no a conquistar, no a reafirmar nuestros derechos. Cualquier intento de corregir tiene una meta específica: la de reconciliación.

Por supuesto, el pecador quiere tener la reconciliación, quererla suficientemente como para reconocer el pecado y arrepentirse. La mayoría de nosotros entiende muy claramente este principio cuando predicamos el evangelio a los no convertidos. No lo comprendemos cuando pensamos acerca de los hermanos que necesitan disciplina. Debido a que no lo comprendemos, ponemos la disciplina correctiva en práctica de una manera incorrecta, o de otro modo, por temer a las consecuencias, cerramos nuestra mente en cuanto a ponerlas en práctica.

Lo que hay entre usted y su hermano puede ser un asunto largo y prolongado. Tal vez él necesite consejo y dirección. Todo eso lo estudiaremos después. Por ahora tenemos que enfocar la meta que usted tiene en mente cuando va hablar con su hermano. Esa meta es la reconciliación, la restauración de la relación que se ha perdido.

Por el hecho de que no comprendemos el meollo del mensaje del evangelio, no entendemos los términos del mensaje cuando lo predicamos. Predicamos a los "perdidos", sin comprender que no nos referimos a los que "están pereciendo". Aunque es cierto que los no convertidos están pereciendo, Jesús enseñó un asunto diferente en sus parábolas con respecto a la oveja perdida, la moneda perdida y el hijo perdido (Lucas 15). Tenemos la tendencia de describir a una oveja que ha perdido su camino. Igualmente consideramos que el llamado hijo pródigo es un joven que lamentablemente perdió el camino de su vida. No comprendemos el significado de lo que Jesús está tratando de explicar. El estaba respondiendo a los escribas y a los fariseos que se habían quejado: "Este a los pecadores recibe, y con ellos come" (Lucas 15:2). Para responderles, Cristo dramatizó el asunto, y trató de hacer que entendieran qué es lo que Dios siente con respecto a los pecadores que El ha perdido.

Cuando usted pierde una cosa de valor, siente disgusto. Jesús les dijo a los escribas que Dios sentía con respecto a los pecadores algo muy parecido a lo que siente un pastor con respecto a una oveja perdida, a lo que siente una mujer con respecto al dinero que pierde, y a lo que siente un padre con respecto a un hijo perdido. La palabra *perdido* en esas parábolas significa *perdido por alguien*, alguien que agudamente sintió la pérdida. Cada una de esas historias tiene un clímax, un emocionado delirio por la restauración de lo que se había perdido o de quien se había perdido. Esas parábolas nos enseñan que las relaciones interrumpidas le causan a Dios dolor personal, y que la restauración le causa un gozo personal. “Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento” (Lucas 15:7).

Los regocijos y los peligros de la intimidad

La intimidad no es puro gozo. Es deseable tener buenos amigos, pero es peligroso. El deleite de estar cerca de alguien siempre está acompañado por el peligro de herir a esa persona o ser herido por ella. La intimidad y la potencialidad para el dolor van mano a mano. Usted no puede tener la una sin tener la otra. Así que, usando maneras sutiles, arreglamos nuestra vida de tal manera que le saquemos el mayor provecho a nuestra comunidad con el menor sufrimiento de nuestra parte, en una danza interminable de avances hacia una mayor cercanía y retiradas de ese propósito.

La tecnología de la vida urbana ha hecho más fácil el distanciamiento. Podemos compartir el mismo televisor y vivir separados por muchísimos años. Eso nos salva de tener que revelar urgentemente las heridas y los regocijos que hay en nuestro corazón. Podemos saludar al que cuida los autos o al que atiende en la estación de gasolina con la ilusión de que los conocemos íntimamente, cuando no los conocemos en lo absoluto.

Sin embargo, la sociedad occidental está plagada de un anhelo paradójico de intimidad, aunque ésta pueda ser peligrosa. Tal es el vacío que hay en nuestro corazón, sí, aunque seamos cristianos. Somos fácil presa de las fraternidades nudistas, de las sectas, de caprichos como el movimiento de la

potencialidad humana que se acerca a nosotros con la promesa de la tranquilidad del corazón y de los goces de la intimidad.

La comunidad cristiana debe restaurar lo que la sociedad humana ha perdido por causa del pecado. ¿Pero lo ha hecho? Entre los cristianos hay relaciones más cordiales y profundas. Pero esas relaciones no son comunes. ¿Quién se siente suficientemente seguro en una iglesia promedio para franquearse ante sus hermanos cristianos, para compartir las cosas dolorosas, vergonzosas y aun triviales de la vida diaria, para lo cual fue constituida la comunidad? ¿Cómo serán recibidas nuestras confidencias? ¿Con un cortés aburrimiento? ¿Con consternación? ¿Con chismes? En vez de hacer eso, nos escondemos tras nuestra máscara social, y disfrutamos de lo que podemos, pero nunca bajamos la guardia. Un sociólogo que estudie la iglesia promedio no vería diferencia esencial en la cualidad de las relaciones humanas entre ella y los miembros de un club social, digamos, por ejemplo, un grupo de servicio a la comunidad, o un club campestre.

¿Para qué sirve “la comunión de los santos”? La *koinonía* es la palabra griega que se traduce mediante la palabra *compañerismo* o también con la palabra *comunión*. Pero no tiene nada que ver con “tener compañerismo” mientras nos tomamos una taza de café, así como no hay incompatibilidad con el café y la *koinonía*. Más bien se centra en torno a tales ideas como compartir, tener cosas en común (como unos pescadores pueden poseer una barca). Pero en la *koinonía* hay un contenido específicamente cristiano. Hay cosas específicas que compartimos, todas las cuales son fruto de la reconciliación con Dios. Son cosas que tocan las profundidades de nuestra alma, de nuestros más profundos temores, de nuestras culpas más negras. El amor divino se ha encontrado con nosotros para cubrir nuestra vergüenza secreta, para abolir nuestra culpa y quitar nuestros temores en una relación continua de perdón y cuidado.

Pero el amor divino nos coloca bajo de una obligación. La purificación tiene que continuar. Tenemos que amar como hemos sido amados, aceptar como hemos sido aceptados, perdonar como hemos sido perdonados. La tarea no es fácil.

Ken Blue aconsejó una vez a dos hermanas, ambas miembros

de la misma iglesia, las cuales habían estado riñendo desde su niñez. Cuando las llamó a las dos, descubrió que tenían tantas ofensas que casi no sabían dónde comenzar. Con el tiempo, cada hermana comenzó a expresar sus quejas, mientras Ken la oía. Pero antes que pasara mucho tiempo, la reunión degeneró en un pugilato de gritos. Ken intervino para indicar que el objeto del ejercicio, según Jesús, era la reconciliación. Pero la reconciliación era lo que más lejos estaba de la mente de ambas hermanas.

Sin embargo, Ken comprendió que ambas hermanas amaban genuinamente a Cristo y estaban decididas a obedecerle. Por tanto, hizo un segundo enfoque. Se dirigió a cada una de las hermanas en privado y dijo a cada una que el hecho de rechazar la reconciliación con la otra sería una traición contra su Señor. Luego tuvieron una segunda reunión en la cual quedó sellada una profunda reconciliación. Aun más importante, la reconciliación ha permanecido. La ternura de cada una de las hermanas hacia Cristo obtuvo el triunfo.

Nosotros luchamos. Nuestra fe algunas veces disminuye inexplicablemente. Para vergüenza nuestra, caemos repetidamente en el pecado, y ojalá que sea para hallar un perdón renovado y liberación. Esas experiencias también se deben ofrecer y compartir con los que están en necesidad. Compartir "en la comunión de los santos", es pertenecer a una comunidad reconciliada y reconciliadora, que se mantenga unida con los vínculos del amor y la fidelidad.

5

La esposa santa y sin mancha

Cuando yo era muy joven pregunté:

- ¿Por qué las novias se visten de blanco?
- Porque el color blanco es símbolo de pureza.
- ¡Ah, ya lo entiendo!

Pero realmente no lo entendí. En realidad, pasó mucho tiempo antes que comprendiera lo que significaba la pureza de la novia. En ese tiempo me preguntaba por qué las novias seguían vistiéndose de blanco. También pensaba en las razones por las cuales en aquellos días los novios se vestían de gris.

Ken Blue y yo tenemos un sentimiento similar con respecto a la irrealdad a lo que se refiere a la doctrina de la pureza de la iglesia. Leemos acerca de ella en las Escrituras. Se esperaba que la iglesia estuviera vestida de blanco. Pablo nos dice:

Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la Palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha.

A la iglesia se le puede aplicar cualquier calificativo, menos pura. Sería mucho más pura si se reviviera la disciplina correctiva de la iglesia. La preeminencia de la reconciliación en la doctrina correctiva de ningún modo minimiza la necesidad de una iglesia purificada. La santidad no quedó relegada a una subasta que tiene precios bajos en aras de la reconciliación de la iglesia. Para Cristo, la pureza de la iglesia le costó su encarnación y su muerte.

Las palabras de Pablo son asombrosas. Dios trastorna las normas comunes. En ese caso no es la novia la que está vestida de blanco, sino el Esposo, y la pureza de El no puede ponerse en tela de juicio. El inmaculado Esposo escoge a una prostituta como esposa. Aun más, El hace con ella algo que ningún humano jamás ha sido capaz de hacer con una mujer caída. El la limpia, la purifica, la hace santa.

El aún está haciendo eso. La pureza y santidad de ella son ahora de mayor importancia para El. Es una novia santa con la cual se desposará. ¿Cree usted que la actual higiene moral dudosa de ella le complace a El?

“Ella no es realmente pura. El sólo *la ve* como pura. Ella es pura ante los ojos de El, por así decirlo.” Algo así enseñan algunos maestros bíblicos. Hay algo de verdad en lo que dicen. ¿Pero hemos de suponer que Jesús no ve la vileza de la iglesia? ¿A qué supone usted que se refieren las siete cartas que se encuentran al comienzo del libro de Apocalipsis? Cristo vio a algunas de esas iglesias con muchas cualidades, menos puras. Aun así está clara su actitud de preocupación compasiva por ellas.

— Sí, pero usted no puede esperar perfección en la iglesia — me dijo un hombre —. Siempre habrá pecado en ella, mientras esté en la tierra.

Posiblemente sea así. No nos oponemos a la declaración en sí, sino a las implicaciones en ella. “Siempre habrá pecado . . .” (Así que no nos disgustemos exageradamente por ese motivo.) El no dijo eso, y probablemente no tenía que decirlo; pero ¿qué otra implicación pudiera tener tal declaración? Nosotros no vamos a llegar a la pureza, así que ¿para qué esforzarnos? Obviamente no podemos dejar que las cosas se echen a perder por completo, pero seamos sensibles al respecto . . .

¿Sensibles con respecto al pecado?

¿Moderados con respecto a la santidad?

Regresemos al argumento del capítulo anterior. ¿Qué es lo que quiere Cristo? Una esposa que esté libre de pecado. ¿Por qué? Porque el pecado separa. La pureza es un requisito para la reconciliación, para la unión de la novia y el novio.

Pero dijimos claramente que el pecado separa horizontalmente y también verticalmente. El pecado produce desavenencia entre los miembros de la iglesia. La reconciliación es más que una serie de reconciliaciones entre los individuos y Dios. Tiene una dimensión social. Es una reconciliación entre el pueblo que fue hecho santo y Dios. La pureza existe donde existe la reconciliación entre los miembros del cuerpo. Donde no existe la reconciliación entre los miembros del cuerpo, la iglesia no es santa. La iglesia no es pura.

¿Por qué el pensamiento de una iglesia santa y piadosa nos preocupa muy poco? Mientras la iglesia de los siglos pasados enfocaba demasiado la pureza, hasta el punto de excluir las otras metas de la disciplina correctiva, nosotros lo hemos pasado por alto por completo. Como ya se ha dicho, hemos llegado a estar endurecidos al pecado. Para gran vergüenza nuestra, la santidad ha llegado a ser una palabra vacía. ¿Será porque tenemos otras metas para la iglesia, que están por encima de la santidad de ella? ¿Nuestra preocupación por los programas de construcción, por nuestra imagen pública en la comunidad, por nuestro programa innovador o por el crecimiento de la iglesia sofoca nuestra preocupación por la santidad del pueblo de Dios?

Estamos ciegos. Como iglesia ya no vemos a Dios. Solamente los de limpio corazón lo ven, y nuestro corazón ya no es puro. Incluso olvidamos que estamos en guerra. Las huestes de la maldad están haciendo todo lo que pueden para engañar a la esposa de Jesucristo. ¿De qué mejor manera pudieran expresar su odio hacia El? Si usted es sincero, admitirá que algunas veces es difícil concebir la ferocidad y la intensidad de las batallas que se libran en los lugares celestiales, la horrible e implacable voluntad del maligno por destruir y manchar cualquier cosa que lleve el nombre de Cristo. Así que nosotros jugamos a la iglesia mientras los fuegos del infierno rugen en

torno a nosotros. ¿Qué debemos estar haciendo? Debemos estar ejerciendo la disciplina correctiva de la iglesia. Es un asunto de vida o muerte para ella.

Cuando cae un gran temor

No es fácil entender como podemos ser amorosos, reconciliadores y reprobadores al mismo tiempo. Sin embargo, unos ejemplos de disciplina correctiva en los cuales entran una o dos reprobaciones devastadoras pueden ayudarnos a entender la importancia de la pureza de la iglesia.

La reprobación que Cristo le dio a Pedro fue horrenda: “¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en la de los hombres” (Mateo 16:23). Cualesquiera que hayan podido ser las implicaciones, esa reprobación nos alerta con respecto a la posibilidad de que las palabras y las acciones de los miembros de la iglesia pueden inadvertidamente representar la oposición de Satanás al Señor de la iglesia y a sus soberanos propósitos.

El asunto llega a ser más claro en la historia de Ananías y Safira (Hechos 4:32-5:11). Pedro ya ha dejado de ser uno que es reprendido y ha llegado a ser uno que reprende. El tema central de la historia se refiere a la mentira y al engaño. Los miembros de las iglesias jóvenes y crecientes de Jerusalén, que estallaban de amor y generosidad, vendían sus posesiones y ponían el producto de la venta a los pies de los apóstoles para que fuera usado en el bien común. No había obligación de hacer eso. Los gestos eran manifestaciones espontáneas que surgían por la compasión hacia los que se hallaban en necesidad. Los generosos donantes tampoco tenían que vender necesariamente todas sus posesiones. Bernabé sencillamente vendió una posesión que tenía y dio el producto de la venta a la iglesia. Ananías no estaba obligado a seguir ese ejemplo.

Pareciera que él y Safira querían meterse en el carruaje de la generosidad. Pero su deseo estaba teñido de orgullo y engaño. Conspiraron para vender una posesión y luego simulaban que estaban dando todo, pero retuvieron algo del producto de la venta. El elemento del engaño es el que exige la terrible acción disciplinaria que siguió. Consideremos el comentario que hizo Pedro: “¿Ananías, por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo?” (5:3).

Evidentemente el engaño era más significativo de lo que parecía a simple vista. Podemos opinar que sólo la iglesia estaba siendo engañada. Pero Dios vio el asunto de una manera diferente: “No has mentido a los hombres, sino a Dios” (5:4). Pedro le pregunta a Safira: “¿Por qué convinisteis en tentar al Espíritu del Señor?” (5:9). Mientras Pedro expresó sus palabras de reprobación, el Espíritu Santo las confirmó. Cada uno de esos engañadores, por turno, cayó muerto a los pies de él.

Ese incidente es conmovedor. Fue conmovedor para la iglesia de aquel tiempo. “Y vino gran temor sobre toda la iglesia, y sobre todos los que oyeron estas cosas” (5:11). Pero ese temor fue saludable e hizo crecer la libertad y el poder de la iglesia. Además, no fue un temor a Pedro, sino un temor al poder, al discernimiento y a la santidad de Dios.

Lo que estamos viendo no es normativo, sino disciplina extraordinaria de la iglesia. A Pedro se le había dado lo que los cristianos carismáticos llamarían palabra de conocimiento. El sólo habló lo que Dios le estaba indicando, y lo que Dios estaba haciendo. Una vez había sido instrumento pasivo de Satanás; ahora llega a ser instrumento disciplinario del Espíritu Santo: *acción disciplinaria del Espíritu Santo*.

Sería una presuntuosa necedad esperar que las personas caigan muertas cuando las reprendamos. Pero sería una necedad peor suponer que el Espíritu Santo no actuará de la misma manera en el siglo veinte. El aún hace eso en algunas partes del mundo.

Hay algo más importante: vemos la inmensa diferencia entre las normas de pureza de Dios y las nuestras. Para nosotros, el pecado de Ananías y Safira sería relativamente benigno. La norma de Dios permanece absoluta. La pureza de la iglesia es de inestimable importancia para El.

John Owen parece que estuvo en mejor contacto con las normas de Dios que nosotros. Las siguientes palabras son más ciertas hoy que cuando él las escribió por primera vez.

Pero ha llegado a ocurrir que se deja que los hombres sean tan notoria y abominablemente perversos que se conviertan en pestes de la tierra; y sin embargo se estima que pertenecen a la iglesia de Cristo; y no sólo eso, sino que se considera poco menos que un

sisma prohibirles la comunión en la iglesia con todos sus sagrados privilegios.¹

La impureza de la iglesia

Tal vez sea prudente no generalizar con respecto a la impureza de la iglesia, puesto que la mayor parte está parcialmente cubierta. Es imposible ocultar por completo el pecado.

Si usted ha estado alguna vez en una de las pequeñas reuniones en que los cristianos aprenden a confiar suficientemente los unos en los otros como para ser francos con respecto a la luchas que tienen con el pecado, probablemente ha quedado con una mezcla de reacciones. Tal vez sintió alivio (“¡Gracias a Dios que no soy el único!”). Y con ese alivio, sintió una afluencia de ánimo junto con un sentimiento de liberación y gratitud por el apoyo mutuo en la oración. Tal vez derramó algunas lágrimas de gozo.

Una segunda clase de resultado sería una reacción tardía. Después que ha terminado la reunión (el lloro, el consejo, los compromisos, la oración, las resoluciones y las alianzas contra el pecado) y usted está regresando al hogar, se le ocurre la pregunta: “Si dos miembros de un grupo como éste luchan con esa clase de pecado, ¿cuán extendido está entre los cristianos en general?” Yo mismo he tenido esa clase de reacción tardía en numerosas ocasiones.

El pecado saltará a la vista. Los que no son de la iglesia, y sobre todo los críticos cínicos de ella, conocen nuestros pecados. Debemos tener mucho más en cuenta a esos críticos. Están prejuiciados, ¿pero quién no lo está? Los miembros de la iglesia lo están. Nuestros críticos nos darán buenas claves en cuanto a dónde está el pecado en la iglesia, pecado al cual necesitamos aplicarle la disciplina. Así que oigamos lo que dicen nuestros críticos. Las citas que aparecen en cada uno de los siguientes temas representan cierto conjunto de declaraciones que nos dieron. Tal vez usted mismo las haya oído.

Moralidad sexual. “Ellos sólo son una pandilla de hipócritas.” (Esa observación puede servir como un tema general, o aun con un lema de todo lo que sigue.) “Ellos andan de lugar en lugar. Intercambian esposas, luego se hacen miembros de otra iglesia. Sus hijos hacen lo mismo que hacen los nuestros.

Eso no quiere decir que es demasiado terrible. Sólo que ellos tratan de fingir que son buenos. Imagino que ellos tienen que simular. De otro modo ya no son bien recibidos en la iglesia.”

¿Verdadero o falso? El mundo es admirablemente observador. Se necesita que haya pecadores para que descubran a los pecadores. Está claro que ese criterio es demasiado general. La inmoralidad sexual está extendida entre los cristianos, aunque está menos extendida de lo que al mundo le gustaría creer. ¿Pero quién está satisfecho con esa norma. No hay dudas de que el esposo de la iglesia no lo está.

Deshonestidad. En este caso el tema de la hipocresía es más candente. “La manera en que algunos de ellos ganan su dinero . . . yo no haría negocio con esa pandilla por ningún motivo. Simplemente no se puede confiar en ellos.” Repito que el juicio es demasiado general. Hay cristianos sinceros y hay comerciantes cristianos que son honrados. Pero eso es colateral al punto que estamos sosteniendo. Las prácticas de los cristianos deshonestos están muy difundidas, y en muchos casos parece que no constituyen impedimento para que la persona sea miembro de la iglesia.

Los cristianos mienten con frecuencia. Ken y yo tenemos que confesar que estamos en una constante lucha para ser honrados todo el día y todos los días. Para muchos, la deshonestidad es un hábito tal que no se dan cuenta de ella.

Pasé varios días conociendo la infraestructura de la *Fraternidad Cristiana Xenos* de Columbus, Ohio. La mayoría de sus adherentes son convertidos, pero algunos fueron miembros de otras iglesias. “No tenemos tantos problemas con la deshonestidad entre los que no tienen una tradición cristiana — nos dijeron los líderes —. Ellos saben que mienten, pero están mucho más dispuestos a reconocerlo. Sin embargo, los que vienen de algunas iglesias evangélicas dicen que se les ha inculcado un hábito de vivir en dos niveles: el nivel de *cristianos victoriosos* y el nivel de *cristianos carnales* al mismo tiempo. Su deshonestidad está profundamente arraigada, y es muy difícil que se enfrenten a ella.”

Nuestra experiencia tiende a confirmar eso.

La codicia de la iglesia. “Ellos no están interesados en nosotros, sólo en nuestro dinero.” Parece que el pronombre *ellos*

se refiere en este caso indiscriminadamente a las iglesias y a los programas de radio y televisión. Aunque esa acusación es general, difícil es negarla. ¿Cómo pueden ser purificados tales pecados en una iglesia? En ese caso parece que el mismo liderazgo está faltando. ¿Ante quién son responsables los empresarios cristianos de televisión? No ante el público, porque las personas del público son, en algunos casos, desafortunadamente, las víctimas de sus engaños. ¿Ante quién son responsables sus directivas (en caso de que las haya)? ¿Cómo se aplica aquí la idea de la disciplina correctiva en la iglesia?

Pero con nuestro papel de miembros ordinarios de la iglesia no debemos jactarnos de nuestra relativa respetabilidad. ¿Las iglesias a las cuales pertenecemos usan un manto de codicia? ¿Sus directivas tienen el propósito de desarrollar iglesias ricas? Si así es, ¿cómo debemos hacer frente a los miembros de la directiva?

El amor cristiano. “Se supone que ellos deben amarse los unos a los otros. ¿Por qué siempre están peleando? En cualquier iglesia a la que usted asista, descubrirá que una familia está en contra de otra. ¡Y se odian los unos a los otros! Algunos nunca se hablan. Hay una pandilla gobernante compuesta por los que han estado allí más tiempo. Si no se lleva bien con dicho grupo, usted no es nadie.”

¿Oye usted aquí el refunfuño de las almas amargadas? ¿Son esos individuos críticos pasivos que se sientan a calentar los bancos y a esperar que todo lo hagan para ellos? Aun si lo fueran, no podemos despreciar la crítica. Tal vez su actitud esté equivocada, aunque su opinión sea exacta. Ahora mismo no estamos discutiendo la actitud incorrecta de personas amargadas que fueron miembros de la iglesia. Sea o no amarga, su opinión puede ser correcta, y antes de embarcarnos en una empresa para sacar la mota de los ojos de esas personas, el Señor de la iglesia pudiera querer que saquemos algunas vigas de los nuestros.

Esos pecados que nos señalan nuestros críticos no son los únicos que necesitan la disciplina de la iglesia. Son sólo ejemplos que significan que el mundo nota la impureza de la iglesia. Y deshonramos a Dios cuando no nos enfrentamos a nuestros pecados.

Pureza y reconciliación

¿Cómo se relaciona la pureza de la iglesia con la reconciliación? ¿En qué sentido los miembros pecadores de la iglesia nos convierten en un cuerpo impuro? Ya hablamos de este asunto en principio, pero leamos una cita del apóstol Pablo:

No es buena vuestra jactancia. ¿No sabéis que un poco de levadura leuda toda la masa? Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, sin levadura como sois; porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros. Así que celebremos la fiesta, no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad.

1 Corintios 5:6-8

“Un poco de levadura leuda toda la masa.” ¿Qué significa eso? ¿Una manzana podrida hace que se pudran todas las manzanas? Notemos cómo Calvino interpreta ese versículo.

El segundo propósito [de la disciplina correctiva de la iglesia] es que lo bueno no se corrompa mediante la constante compañía de lo perverso, como comúnmente ocurre. Porque (tal es la tendencia que tenemos de desviarnos del camino) no hay nada más fácil que ser extraviado de nuestra vida moral por los malos ejemplos. El apóstol notó esa tendencia cuando ordenó a los corintios que expulsarán de su compañía al incestuoso. “Un poco de levadura — dice él — leuda toda la masa.”²

Calvino tiene razón cuando sugiere que lo que Pablo quiere decir es que un pecador hace que todos sean pecadores. También tiene razón cuando nos dice que las malas compañías corrompen la buena conducta. ¿Pero tiene razón cuando deduce esa verdad de lo que dijo Pablo? ¿O no ha comprendido el significado de lo que quiere decir Pablo? Creemos que no lo ha comprendido. Entonces, ¿cómo hace un pecador practicante que toda la iglesia sea pecadora?

Ese pasaje se cita de una epístola que Pablo escribió a una iglesia, según algunos criterios, muy espiritual; en realidad,

carismática: don de profecía, de lenguas, de todas las clases. Y Pablo no tuvo ninguna objeción con respecto a eso, siempre que los dones espirituales se usaran para beneficio de la iglesia como un todo (y no para la gloria de ningún individuo en particular) y que se ejercieran de una manera ordenada.

Si leemos de manera superficial 1 Corintios 5, pudiéramos llegar a la conclusión de que Pablo estaba preocupado con respecto a un caso de incesto entre un miembro de la iglesia y la esposa de su padre. Calvino tiene razón cuando describe que la promiscuidad no era lo único que preocupaba a Pablo. Lo que realmente lo preocupaba era la falta de disciplina correctiva de la iglesia para un asunto que constituía el rumor de toda la congregación. Evidentemente la iglesia pensaba que estaba haciendo muy bien. Pablo les dice que ellos son arrogantes. Parece que esa iglesia no era diferente de la iglesia de hoy, cuyos miembros se jactan de su actitud amorosa hacia las personas que pecan en algunas formas que están llegando a ser más elegantes. ¡Ellos no eran intolerables críticos de mente cerrada!

Volvamos a nuestra pregunta original. ¿Qué significa la declaración “un poco de levadura leuda toda la masa”? Pablo estaba preocupado con respecto a la indiferencia de los corintios hacia el pecado que tenían en medio de ellos. “Y vosotros estáis envanecidos. ¿No debierais más bien haberos lamentado?” (1 Corintios 5:2).

A partir del contexto, no hay manera de estar seguro de lo que Pablo quiso decir mediante esa observación con respecto a la levadura. ¿Por qué entonces no estamos de acuerdo con Calvino? Pensemos en un momento en las iglesias de la vida real. Cada vez que un escándalo llega a ser ampliamente conocido en una iglesia, automáticamente les ocurre algo a sus miembros. El hecho de saber algo con respecto a alguna cosa hace que se desarrolle una posición hacia lo que se sabe, que se tengan fantasías, sentimientos y actitudes. Consideremos algunas actitudes comunes en la vida real.

- Espera hasta que yo se lo diga a Jaime.
- Yo siempre dije que ese muchacho estaba haciendo algo malo.
- Me imagino que el pastor va a enojarse con respecto a eso.

— Supongo que el pastor va a dejar que esto se escape de las manos tal como lo hizo cuando . . .

— ¡Imagino que el pastor nos va a dar alguna otra charla con respecto a la “aceptación amorosa”!

— Me gustaría que la gente se dedicara a sus propias cosas.

— ¡Eso es! Me pregunto: ¿Quién descubrió eso? Es mejor que Pedro y yo nos detengamos y no nos veamos por algún tiempo. Seremos las próximas víctimas.

— Reunámonos y oremos por ellos.

— Oremos para que el Espíritu Santo dé a la iglesia un espíritu más caritativo hacia ellos.

— Oremos para que alguien comience a fijar una posición contra el pecado.

A menos que alguien de la iglesia decida ir para hablar con amor a las personas que se han metido en un escándalo, con el objeto de establecer la verdad, explicar la justicia y tratar de producir la reconciliación, *todo miembro de la iglesia que se entere de la situación está pecando en todo momento; en realidad, está participando en el pecado del “pecador identificado” de una manera u otra. La iglesia está pecando al evadir la disciplina correctiva.*

Repetimos que el pecado corroe el compañerismo en muchos sentidos. Por tanto, destruye la comunión, ese compañerismo que es verdadero en Cristo. Gran parte de lo que pasa con el nombre de compañerismo en Cristo es sólo una parodia de aquella gloriosa intimidad de los reconciliados y reconciliadores, los perdonados y los perdonadores. Y cuando un miembro quebranta la comunión por causa del pecado, y nos enteramos que eso ha ocurrido, abandonamos a nuestro hermano en su pecado y alejamiento.

Algunas de las actitudes que hemos mencionado deben representar aquello en lo cual Pablo se refiere con las palabras “la levadura de malicia y maldad” (1 Corintios 5:8). No es raro que una iglesia tenga una actitud completamente unida ante un miembro que ha pecado; y aunque comúnmente suponemos que los miembros de la iglesia de Corinto unánimemente se encogieron de hombros por causa del incidente del incestuoso, el contexto no implica necesariamente eso.

Creemos que en ese pasaje, la levadura simboliza el pecado

en general. Ellos estaban haciendo bien hasta que oyeron lo que estaba sucediendo. Pero tan pronto como lo supieron, comenzaron a ocurrir cambios en ellos: resentimientos, dudas, temores, justificaciones o culpas y así por el estilo. El más importante de todos esos cambios era el relacionado con los sentimientos hacia la persona que había cometido la falta. Y ellos no hicieron nada con respecto a esos sentimientos. sencillamente dejaron que las cosas se deslizaran.

En el contexto de la epístola de Pablo, el amor significaba hacer unas cuantas cosas, todas las cuales implicaban confrontar a la persona que había pecado. Y no hacerle frente al asunto (o posponerlo) es en todo sentido tan malo como condonarlo. Las dos cosas son pecados. Condonar el pecado representa una rebelión contra Dios y su Palabra. Evadir al pecador es abandonar al hermano en su pecado, lo cual es pecado contra Dios y contra el hermano.

Esas son las maneras en que un poco de levadura leuda toda la masa, o en que una manzana podrida hace que se pudran todas las manzanas que están en la caja. Como manzana que estamos en la caja llamada iglesia, no estamos individualmente metidos en bolsas plásticas, ni se tuvo la intención de que estuviéramos así.

En los capítulos 8 y 9 de este libro expondremos con detenimiento los pasajes de las epístolas a los corintios y de Mateo. También trataremos muchas preguntas prácticas que surgen. Nuestro propósito por el momento es el de demostrar que la disciplina correctiva de la iglesia tiene como objetivo promover la pureza de la iglesia, pero no de la manera que se supone comúnmente. La purificación está íntimamente relacionada con la meta de la reconciliación. Esa es la primera meta de la disciplina correctiva, así como el anhelo de reconciliación es el primer motivo. Ese anhelo gime por el alejamiento progresivo y pecaminoso que infesta a la comunidad. Una iglesia leudada está impura y apartada.

El misterio

Comenzamos este capítulo con los motivos que tuvo Cristo para dar su vida por la iglesia. El quiso una esposa pura y santa. Pablo dice: "Grande es este misterio" (Efesios 5:32). La iglesia está fétida. Toleramos la traición, el chisme, el hurto,

la inmoralidad sexual, la opresión, el orgullo. ¿Hay algún pecado en el mundo que no se halle y sea tolerado en la iglesia? Tal como lo dijo Calvino, somos "una conspiración de hombres perversos y abandonados".

¿Misterio? ¡Un misterio sumamente profundo! ¿Cómo pudo Cristo amar, morir y continuar intercediendo por tal esposa? Sin embargo, eso es lo que El hace. Y El anhela eso y le pide a ella que así sea. El la reprende y le envía cartas de severa advertencia. Y El la hará santa en la medida en que nosotros cumplamos la responsabilidad de ejercer la disciplina correctiva de la iglesia.

6

La restauración de los caídos

La restauración de los pecadores no es sólo la meta de la disciplina correctiva de la iglesia, sino también una meta bíblica. La restauración ocurre cuando los pecadores regresan al camino de la justicia. Se arrepienten. Es decir, reconocen su pecado y se vuelven hacia la conducta piadosa. Los rebeldes comprenden su necedad y error, y abandonan la insurrección. Los caídos comprenden que están en el lodo, se ponen de pie y se limpian.

La pureza de la iglesia se preocupa esencialmente porque haya justicia en el cuerpo de Cristo. Sin embargo, la restauración se preocupa esencialmente por la justicia del individuo. Para que se restablezca la comunión con algún hermano (reconciliación), la iglesia tiene que ser pura. Y para que la iglesia sea pura, hay que purificar a los individuos (restauración).

La restauración abre así la puerta para la reconciliación. El que había estado renuente vuelve a ser amigo. Los caídos llegan a ser camaradas o compañeros de armas de los luchadores. Los que una vez estuvieron heridos vuelven a asumir sus papeles como miembros integrales de una comunidad sana. Se logra la meta de su reconciliación junto con su restauración a una vida santa.

Así que ser restaurados significa más que haberse arrepentido y haber sido perdonados. El pecado daña, debilita la resistencia, endurece la conciencia, envilece los apetitos, brutaliza los instintos. El pecado forma hábitos y cambia el carácter. Los pecadores necesitan ser sanados y rehabilitados. No empleamos la palabra *restauración* para referirnos al hecho de ser restaurados a la comunión. Más bien se refiere al hecho de volver al camino de santidad en el cual la persona andaba antes de la caída. En el mejor de los casos, en la práctica, significa algo más de lo que sugiere la estrecha definición de la palabra; pero más bien significa llegar a ser mejor, más hábil y más fuerte. Para llegar a tal condición, el arrepentimiento tiene que ser la puerta.

Pregúntele a un líder cristiano si la disciplina correctiva de la iglesia es importante, y recibirá una reservada respuesta. Pregunte por qué rara vez se practica, e igualmente usted obtendrá una respuesta como la siguiente: “Bueno todo ese asunto de la disciplina de la iglesia es difícil . . .” Se deduce que la disciplina correctiva no funciona tal como se practica comúnmente.

Los esfuerzos desorientados para disciplinar crean resentimientos y divisiones. La persona disciplinada simplemente se va para otra iglesia, comienza otra iglesia, crea una división en la iglesia que la disciplina, y aun puede abandonar la iglesia por completo y continuar una abierta rebelión. En tales situaciones, los pastores pueden sentirse tentados a convertirse en una clase de pacificadores: los que aceptan la paz a cualquier precio. En ninguno de esos casos se produce el arrepentimiento ni la restauración.

La ausencia del arrepentimiento en la disciplina correctiva en la iglesia debe preocuparnos grandemente. Obviamente hay pecado en la iglesia que debe ser confesado y perdonado. Obviamente las Sagradas Escrituras nos llevan a creer que la disciplina correctiva obrará por lo menos parte del tiempo. Por ejemplo, cuando Jesús dice: “. . . si [el hermano que ha pecado] te oyere”, la expresión implica mucho más que oír físicamente. Implica prestar atención y arrepentirse.

La disciplina que se origina en el pueblo

Si nuestros esfuerzos para establecer la disciplina correctiva son bíblicos y, sin embargo, nunca producen arrepentimiento,

por lo menos en algunos ofensores, entonces tiene que ser que marchamos por un mal camino.

El error más común es suponer que los que detentan la autoridad administran mejor la disciplina. El temor a ellos traerá arrepentimiento, y el amor a ellos traerá buena conducta. Sin embargo, los padres y maestros de escuela están dolorosamente enterados de que los hábitos y los caracteres se forman poderosamente mediante la presión de los compañeros. Es la censura de la comunidad la que produce arrepentimiento, y los aplausos de la comunidad son los que estimulan la conducta ejemplar.

Roland Allen hace unos comentarios sobre la necesidad de la disciplina que se origina en el pueblo y la impotencia de las disposiciones autoritarias de la perspectiva del misionero.

Describe los problemas de la disciplina que viene de arriba en la comunidad anglicana de la China, al comienzo de este siglo:

Si se comete una seria ofensa, el sacerdote extranjero que tiene a su cargo el distrito, con la asistencia local o sin ella, averigua el caso e informa al obispo. El obispo da una audiencia sobre el caso o acepta el informe. Excomulga y dicta una sentencia que se publica en la iglesia. Pero en la iglesia que vive el ofensor tiene muy poca responsabilidad o no tiene ninguna, o el hombre no queda excomulgado por la mayoría. En consecuencia, la acción tiene muy poco efecto. El ofensor no se convence. Tampoco se convence la iglesia del ofensor. Un hombre puede darse el lujo de dar un obstinado frente contra las censuras de un extranjero, quien tal vez sólo sea un visitante ocasional y siempre es un extranjero. Pero ese hombre no puede tratar de esa manera la excomunión expuesta por su prójimo . . . Lo que él necesita es la censura pública de la mayoría de los compañeros de su iglesia para que se despierte su conciencia. Si la mayoría de los hermanos de su iglesia no lo evaden ni lo echan, muy poca utilidad tiene una sentencia formal de excomunión . . . Eso no hace bien; con mucha frecuencia sólo hace mal. Endurece al peca-

dor sin humillarlo ni instruirlo.¹

La disciplina inapropiada endurece a los pecadores. No sólo falla en cuanto a restaurar. Refuerza las malas actitudes y petrifica el carácter deformado. John Owen, uno de los principales teólogos puritanos, quien nunca podría ser acusado de minimizar la autoridad de los líderes de la iglesia, comenta lo siguiente.

No se puede negar que el interés, es decir, el poder de toda la iglesia, en la fraternidad de ella, debe considerarse aquí; porque en realidad cada vez que el apóstol trata sobre eso (la disciplina de la iglesia), en ninguna parte la recomienda como trabajo de los funcionarios de la iglesia . . . sino como trabajo de toda la iglesia y como hermanos que están en ella . . . Ellos están obligados por el interés espiritual, como tienen cuidado de sus propias almas, a concurrir en el rechazamiento del ofensor.²

La disciplina que es impuesta por la comunidad no es sólo bíblica sino que restaura a los pecadores.

La historia de Juan

¿La disciplina correctiva en la iglesia funciona en la práctica? Por supuesto que sí. Aunque hacemos las cosas porque son correctas (porque las enseña la Biblia) y no porque dan resultado, el hecho es que la disciplina de la iglesia, como Ken y yo la hemos descrito y practicado, funciona. Hace que los hermanos vuelvan a Dios (restauración), vuelvan a la comunión (reconciliación) y vuelvan a la libertad en Cristo. También fortalece la vitalidad de las comunidades cristianas cuando es evaluada y practicada. También puede venir como resultado el crecimiento cuantitativo de la iglesia. C. Pedro Wagner ha comentado que hay una positiva correlación entre la disciplina correctiva de la iglesia y su crecimiento especialmente en los países del tercer mundo. Aun en los países occidentales, la práctica de tal disciplina está asociada con las iglesias que crecen.

Algunas iglesias practican la disciplina correctiva de manera catastrófica. Por ejemplo algunas veces se emplea como arma

política y como medio para dar salida a las hostilidades personales o a la amargura. Sin embargo, cuando las iglesias siguen tanto la letra como las instrucciones del Espíritu de Cristo, ven los frutos que se han prometido.

Personalmente hice cuidadosos y detallados apuntes al grabar la historia de un joven de aspecto sano y varonil, no casado, empleado del gobierno, que apenas había pasado de los treinta años de edad. Lo llamaremos Juan.

En el tiempo de la entrevista, habían pasado varios meses después que Juan había sido restaurado a una vida piadosa. El había sido separado de su fraternidad cristiana porque abusaba de las drogas y continuamente practicaba la promiscuidad; y eso había fallado en cuanto a reafirmarlo; pero había funcionado el bondadoso asesoramiento a través de un período de tiempo. El pertenece a una iglesia que toma en serio la disciplina. La mayoría de los miembros de esa iglesia son convertidos que no proceden de tradición cristiana. Curiosamente, pero así sucede con frecuencia, el ministerio de enseñanza de Juan continuó siendo usado por Dios, aun cuando Juan persistía en el pecado.

El tenía un rostro franco y amistoso; me miró directamente cuando le pregunté cómo se sentía con respecto a todo ese asunto.

El me contestó:

— Doy gracias al Señor por este medio (de corrección) que Dios nos ha dado . . . Finalmente pude comprender lo que podía hacer y eso me condujo a temer todo lo que yo podía llegar a ser.

¿Qué pensaba él acerca de los ancianos de la iglesia?

— Nunca los amé hasta después que fui disciplinado. Yo tenía una especie de amor y de odio hacia ellos. Como usted ve, ellos también son mis amigos. Realmente yo pudiera acusarlos a ellos. Ellos me creían a medias. Yo había establecido un sistema complicado de defensa. Tenía sentimientos de gran tristeza, pero en mi corazón no había cambiado nada.

¿Al final cómo manejaron el caso de él?

— Me dijeron: “Usted nos ha manifestado por sus acciones que nuestras palabras no pueden ayudarlo.” Yo no podía negar que ellos habían hecho el esfuerzo por ayudarme. No había

manera de que yo pudiera decir eso. Eso hizo que la excomuniación realmente fuera eficaz. Yo sabía que ellos habían hecho todo lo posible. Sin embargo, no tenía que ser de esa manera. Yo hubiera podido arrepentirme mucho tiempo antes. Yo sabía eso.

¿Cómo se sintió él cuando se le dijo que tendría que salir?

— Pensé: ¡Dios mío! ¿Qué haré . . .? Entré en una actitud de derrota.

¿Y qué pensó cuando llegaron a visitarlo para volverlo a recibir en su compañerismo algunas semanas más tarde?

— Tuve que decirles: “No sé si realmente he cambiado.”

¿Pero había cambiado? Sus ojos se iluminaron:

— He aprendido mucho. ¡Eso fue increíble! Aprendí muchas cosas nuevas acerca de Dios . . .

En ese momento sus ojos se llenaron de lágrimas de gozo. ¿Entonces había desaparecido la tendencia que tenía hacia el pecado?

— No. Aun está en mí — dijo e hizo una pausa —. Si descubro que mis pensamientos comienzan a desviarse de nuevo, vuelvo a leer toda la historia que he escrito (un cuidadoso relato de lo que ocurrió en ese período, incluso de sus pensamientos y evaluaciones con respecto a lo que estaba sucediendo) para que mi pensamiento se enderece.

Me conmoví profundamente, como me ha sucedido en varias ocasiones, tanto por el gozo como por la indescriptible pureza de la atmósfera en la cual he estado personalmente hablando con cristianos que han pasado por tal experiencia. El había sido restaurado. Es decir, su corazón estaba tierno hacia Dios y hacia las cosas de Dios. Según los informes que me dieron otras personas, él tenía una nueva estabilidad de carácter y una conducta consecuente.

Echemos una mirada a los principios que se deducen de lo que le sucedió a Juan. En primer lugar, el corazón de Juan se había endurecido y su capacidad para engañarse a sí mismo y engañar a sus amigos finalmente se había afinado más, antes que fuera excomulgado. La deshonestidad, como hija del pecado, es infinitamente más destructiva y difícil de tratar que el pecado inicial, bien sea ese pecado avaricia, borrachera, promiscuidad o cualquier otro. En realidad, la batalla genuina

es a favor de la sinceridad y la apertura del corazón.

En segundo lugar, Juan tenía un corazón genuino para Dios, aunque continuaba jugando con el pecado. Uno podía argüir que él no podía haber sido sincero en el deseo que tenía de Dios durante ese tiempo. Si discutimos de esa manera, olvidamos que es Dios, que en su fidelidad, y por medio de su Espíritu Santo, implanta en los corazones los deseos hacia El de tal manera que nuestros deseos de El puedan permanecer. El problema está en que el anhelo nunca puede ser satisfecho mientras continuemos en el pecado.

Luego Juan tomó la iniciativa de buscar maneras de servir a Dios.

Aparentemente el Espíritu Santo empleó a Juan en su servicio aunque éste continuaba pecando. Aquí nos enfrentamos a uno de los misterios de los caminos de Dios: su derecho a dar dones espirituales y a usarlos cuando El quiera (Mateo 7:21-23). El puede usar a sus enemigos tan fácilmente como a sus amigos. Las piedras pudieron elevar a sus alabanzas. Por supuesto, el deseo que tenía Juan de tener comunión con Dios quedaba insatisfecho, aunque Dios aparentemente bendecía su ministerio. Porque lo importante no es que uno sea usado, sino tener comunión con el Señor de la gloria. Esa es la mayor recompensa de la vida.

Por último el amoroso ministerio de los líderes de la iglesia, que consistía en exhortar a Juan, contribuyó grandemente a la eficacia de la disciplina. No sólo hablé ampliamente con los líderes, sino que me senté y los observé mientras ellos llevaban a cabo los procedimientos disciplinarios. Aunque ellos no habían expresado verbalmente el principio de la reconciliación, estaba claro que su actitud la promocionaba y, por tanto, facilitaba la restauración. Da testimonio de eso el hecho de que ellos le hicieron un seguimiento a Juan aun cuando éste había sido excomulgado.

Restauración y conformidad

¿La restauración de Juan (su regreso a una conducta piadosa) se logró mediante una presión social? ¿Las Sagradas Escrituras y la convicción del Espíritu Santo deben ser las únicas fuentes del verdadero arrepentimiento? La conformidad se refiere a la conducta externa. No brota necesariamente de una actitud que

haya cambiado. En un sentido amplio, la conformidad es el enemigo de la iglesia. La conformidad (o conformismo, es decir, la tendencia a portarnos como la mayoría que nos rodea) puede ser señal de inmadurez y carnalidad. Dentro de los edificios de la iglesia y en las reuniones nocturnas que se celebran entre semana, los cristianos tenemos la tendencia de adoptar las peculiaridades características, la ropa, el lenguaje y los patrones de conducta que prevalecen en tales lugares y en tales momentos. Nuestra conformidad puede ser una imitación externa, sin que haya ningún cambio interno.

Pero la presión social para que nos conformemos no siempre tiene que ser mala, si el objetivo es que el hermano vuelva a la justicia de una manera amorosa. El corazón de Juan había sido transformado. La autoridad del compañerismo y de la presión social había desempeñado su parte en la restauración de él. Pero la presión fue el medio divinamente escogido por el cual el Espíritu pudo penetrar en el corazón de Juan. Su corazón no fue cambiado sólo por las fuerzas de las normas, sino por Dios, quien usó la fuerza como su instrumento.

Por supuesto, hay peligros. Un peligro que Roland Allen vio fue el de las disposiciones autoritarias, el cual es un peligro común entre algunos cristianos, tanto carismáticos como tradicionales, de los cuales hablamos en el capítulo tres de esta obra. Términos como *cubrir* y *paraguas* se emplean con frecuencia para enseñar una forma autoritaria que tiene la apariencia de santidad, pero que no es bíblica y que fomenta el infantilismo y no la libertad y el crecimiento entre los miembros de la iglesia.

¿Pero cualquier otra forma de disciplina eclesial previene ese peligro y a la vez conduce a la restauración y a la libertad? ¿Cómo puede cualquier forma de coacción, incluso la “coerción voluntaria” hacer eso? Las semillas de la respuesta están en todo lo que hemos dicho hasta aquí. Ampliaremos detalles en el siguiente capítulo.

7

La disciplina que libera

Libertad es aquello de que disfruta un hombre que camina, salta y alaba a Dios.

Libertad es aquello de que disfruta una mujer que tenía una enfermedad crónica que le obstruía el pulmón, y ahora puede respirar fácilmente.

Imagínese una mujer que está en la cama de un hospital. Tiene sobrepeso y acaba de fumarse a hurtadillas un cigarrillo. Ella aspira el aire mediante un inmenso esfuerzo, los músculos del cuello se le ponen tensos cada vez que trata de respirar. Tiene los labios morados. Los ojos los tiene fijos en la pared del cuarto a causa del temor. Si Jesucristo la tocara, o si alguna inyección milagrosa pudiera darle nuevos pulmones, usted pudiera ver (¿es su imaginación suficientemente vivaz?) que el temor da lugar a la sorpresa, y luego al deleite. La lucha por capturar el aire se terminaría. Sus labios se volverían rosados. Se bajaría de la cama y saldría corriendo por el corredor del hospital gritando: “¡Puedo respirar! ¡Puedo respirar!” Para ella eso sería libertad.

Libertad es lo que experimenta un ciego cuando ve la luz, una niña muda cuando es librada del mundo del silencio, un hombre que es víctima de la opresión política cuando descubre que puede expresar sus opiniones a cualquiera y en cualquier parte, y puede salir del frente de su casa sin vigilar para ver

si la policía secreta lo está siguiendo.

Por designio

Uno pudiera pensar que la disciplina correctiva de la iglesia traería una atmósfera de temor represivo en la iglesia. Pero la disciplina saludable debe tener el resultado opuesto. Ser libre significa, en primer lugar, no estar como estuvo una vez: atado, limitado, temeroso. En segundo lugar, significa tomar un salto enérgico que nos acerque a lo que Dios quiso que fuéramos todos los seres humanos.

La libertad no consiste en “hacer lo que uno quiere”. Esa idea es absurda. Pensamos que sabemos lo que queremos, pero no lo sabemos. Sólo entendemos los deseos y apetitos, los impulsos de las ilusiones. Un adicto a las drogas “quiere” una inyección de narcóticos. Su “deseo” es esclavitud. Un asesino “quiere” matar. Es víctima y victimario al mismo tiempo. Los adictos a las drogas y un asesino pueden ser responsables de sus acciones, pero paradójicamente están muy lejos de ser libres. Haga lo que a usted le guste y descubrirá que es un esclavo y una víctima de lo que usted odia.

No, la libertad consiste en hacer aquello para lo cual usted fue diseñado, hacerlo con poder y con gozo. Como criatura de Dios, formada por Dios, usted fue diseñado para servir, amar, disfrutar y glorificar a Dios eternamente. Al ser aquello para lo cual usted fue diseñado, hallará gozo y libertad.

Anhelamos la libertad. Cristianos y no cristianos la anhelamos grandemente. Pero algunos se rinden y patéticamente aceptan una vida deprimida de esclavitud. Sin embargo, el sueño persiste. Una de las razones de la generación del “yo” que surgió en la década que comenzó en 1970, y de la actual manía de descubrir la completa potencialidad humana, surge de los anhelos reprimidos de libertad. Los potencialistas humanos nos ofrecen una estima propia, una valoración de nosotros mismos, un desarrollo personal que es una variedad de los humanistas, de los que se centran en el hombre. Entendemos mal lo que ellos nos ofrecen como libertad.

Nuestro anhelo explica el increíble crecimiento y la influencia del movimiento relacionado con la potencialidad humana, un vago movimiento formado por teóricos que nos dicen que podemos obtener lo que pensamos que anhelamos. Sus ense-

ñanzas y tretas han sido derramadas en la catarata literaria de los libros cristianos pseudopsicológicos, de los cuales bebe en vano el sediento público cristiano.

Pero la libertad no se halla en la búsqueda de la satisfacción personal, de la estima propia o de la gratificación propia. Todas esas cosas finalmente nos atrapan. La libertad necesita un contexto de la misma manera que un futbolista necesita un campo deportivo. Los jugadores no logran la libertad corriendo con la pelota fuera de los límites del campo. Nuestra libertad surge dentro del contexto del universo creado por Dios.

El pecado esclaviza (Juan 8:34). Jesús libera (Juan 8:36). El nos libera porque El es la verdad, una verdad que brota a través de la oscuridad de nuestro intelecto cerrado para llevar luz más allá del intelecto a nuestro corazón (Juan 8:32). La libertad, como la reconciliación, está en el corazón del evangelio. Jesucristo murió para que nosotros seamos libres. Como cristianos “vivimos en otro tiempo en los deseos de la carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos” (Efesios 2:3). Dios nos había entregado a la impureza (Romanos 1:24), a las pasiones desordenadas (Romanos 1:26) y a “una mente depravada”, es decir, una mente controlada por los “deseos”, y no por la verdad (Romanos 1:28-32). El propósito de nuestra redención y justificación es de que ya no seamos esclavos (Gálatas 4:7, 8). Cuando el hijo nos libertó, quedamos “verdaderamente libres” (Juan 8:36).

Hasta ahora hemos estado hablando con respecto a la libertad sólo en un sentido personal, como si fuera un asunto individual. Pero ya vimos que los resultados del pecado se esparcieron, y abarcaron las relaciones entre los hombres y las mujeres como también entre cada uno de ellos y Dios. Si el pecado causó desavenencia en muchos sentidos, también causó esclavitud. El pecado esclaviza la sociedad de la misma manera en que esclaviza a los individuos.

La “libertad” de Caín para expresar su ira costó la vida de Abel. La opresión, la esclavitud y la explotación de los seres humanos por otros seres humanos se arraigaron en la sociedad primitiva y hoy prosperan como una selva que sofoca todas las libertades humanas. Incluso en Occidente, donde debemos estar sumamente agradecidos por la libertad de que disfruta-

mos, la libertad social es relativa. El presidente de los Estados Unidos de América, por ejemplo, es un prisionero del cargo que ejerce. El tal vez no dé un paso espontáneo, no planificado, ni siquiera alrededor de los terrenos de la Casa Blanca. El poder político y económico trae esclavitud a quienes lo tienen. El pecado destruyó la posibilidad de la verdadera libertad social.

La libertad social brota de la amorosa responsabilidad que tengan los miembros de la sociedad hacia los demás. Y eso a su vez surge porque ellos han descubierto que el Señor es un Dios de gracia que anhela perdonar a los pecadores. Cuanto más las personas reciben la gloria de un bondadoso Dios, tanto más están dispuestas a ser abiertas, a arrepentirse y a confiar en El. Cuanto más hacen eso, tanto más se aman las unas a las otras. Cuánto más se amen las personas y se atiendan las unas a las otras, tanto menos serán necesarias más leyes para que los gobiernen y tanto menor será la fuerza policial que se necesite para poner en vigor tales leyes.

Usted puede oler la libertad social. Recuerdo que una vez crucé la frontera de Yugoslavia de paso hacia Austria, pocos años después de la Segunda Guerra Mundial, en el asiento trasero de una motocicleta. Un amigo y yo habíamos tenido contacto con una iglesia necesitada y les estábamos proporcionando ropa (la bicicleta era grande y poderosa) y porciones bíblicas. Se nos había explicado todo lo relacionado con los aspectos de la iglesia normal tanto como con las actividades de la iglesia clandestina, y nos habíamos sometido a intensos interrogatorios que nos hacían las autoridades que querían descubrir el destino de la ropa y la literatura. (Fallaron).

Pasamos de noche la frontera hacia Austria. Después de algunos kilómetros, sentí un gran regocijo. Para ser más preciso, sentí el regocijo de la libertad, pero me preguntaba si estaba experimentando un alivio psicológico después de unos días de tensión. Sin embargo, noté una pequeña diferencia tan pronto como crucé la frontera. En los pueblecitos austriacos por los cuales pasamos, la gente estaba sentada alrededor de mesas iluminadas en restaurantes al aire libre.

— ¿Notas algo? — me preguntó mi amigo.

— ¿Libertad? — le respondí.

— Así que tú sentiste lo mismo. Me había preguntado si sólo yo tenía tal sentimiento.

Así que las pequeñas cosas evidenciaban la libertad en Austria. Así ocurre con las pequeñas cosas en la vida de la iglesia que evidencian una atmósfera de libertad. ¿Algunos temas son tabúes? ¿Miran con desprecio ciertas expresiones de preocupación, afecto o gozo? Eso indica una falta de libertad. Nuestras acciones o actitudes están restringidas, inhibidas.

Si lo que estamos diciendo es cierto, entonces las iglesias donde los cristianos aman y donde abunda la responsabilidad (esas dos cosas no abundan en todas las iglesias) deben ser iglesias en las cuales la libertad social está presente y se siente. “Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad” (2 Corintios 3:17). Eso es lo que nos dice el apóstol Pablo. Si, pues, preguntamos: “¿La disciplina de la iglesia produce una atmósfera de libertad en ella?”, pudiéramos comenzar preguntándonos si la disciplina de la iglesia es compatible con la presencia del Espíritu Santo.

Donde está el Espíritu

La libertad es una de las cuatro metas de la disciplina eclesíástica. Cristo pagó un alto precio por nuestra libertad, y nosotros la disfrutamos muy poco. ¿Cómo nos libra la disciplina de la iglesia, como individuos y como iglesias locales?

Las palabras que escribió Pablo en 2 Corintios 3:17 pueden ayudarnos a entender la manera en que el evangelio nos libra tanto de manera individual como de manera corporativa. Porque, por supuesto, el Espíritu Santo es el que nos libra al revelarnos el evangelio. Aunque muchos de los versículos que hemos citado con respecto a la libertad se refieren a la libertad individual, el pasaje que se halla en 2 Corintios 3:12-18 se refiere a la libertad tanto corporativa como individual.

La libertad abunda en la presencia del Espíritu. La verdad es el medio por el cual El imparte libertad. El Espíritu nos libera al quitar de nuestros ojos el velo que oculta la verdad. Nos libera como individuos: “Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará” (2 Corintios 3:16). Sin embargo, lo que Pablo destaca realmente es la libertad de los pueblos. Los israelitas como raza tenían corazones endurecidos a causa del velo que ocultaba de ellos la verdad. Como pueblo, somos libertados cuando el Espíritu nos revela el rostro de Dios y nos transforma a su imagen.

El evangelio, la verdad, nos libera. ¿Pero la disciplina de la iglesia es otro medio que el Espíritu puede usar? Firmemente creemos que sólo la disciplina eclesiástica, que es una extensión del evangelio y una parte de él, es en sí la verdadera disciplina. Por tanto, la libertad tiene que ser un objetivo de la disciplina de la iglesia. Cristo murió y resucitó para lograr la libertad. La disciplina eclesiástica debe tener como objetivo el adiestramiento de los miembros de la iglesia en la práctica del evangelio. Tiene que iluminar. Tiene que quitar el velo de los ojos. Tiene que reconciliar, restaurar, purificar. Tiene que capacitar a los miembros para que confíen de una manera más completa el uno en el otro. Y al hacer eso, la disciplina liberará. Una persona que había sido disciplinada nos dijo: “Nunca antes lo comprendí. Nunca comprendí cuán enfermo y engañoso era mi propio corazón, ni cuán bueno era Dios. Nunca comprendí que Dios me había quitado el corazón de piedra . . .”

Hay iglesias en las cuales la disciplina crea la libertad, aunque usted tal vez no haya encontrado una de ellas. Sus líderes han descubierto el secreto para ayudar a que sus miembros eviten el pecado, sin necesidad de encadenarlos. La liberación surge de una creciente iluminación espiritual, y de un crecimiento de la confianza mutua. Sin embargo, es triste decir que la mayoría de las formas de disciplina no suprimen el pecado ni aumentan la libertad. Ya dijimos que la disciplina mal aplicada conduce a las personas a una oscuridad más densa. Pero la disciplina correcta las conduce hacia la luz. Es un arma que Cristo dio a su iglesia, y hay mayores peligros cuando se descuida que cuando se restaura. Hay una buena razón para temerla, así como hay una buena razón para temer a los cuchillos de cortar carne, a la electricidad y al fuego. Pero nosotros aun continuamos cortando la carne asada, encendiendo la luz y disfrutando del calor. En manos mal intencionadas, el escalpelo de un cirujano puede matar. Pero su agudeza contiene una potencialidad para sanar.

Así ocurre con la disciplina eclesiástica. La potencialidad que tiene para la destrucción está equilibrada con la potencialidad que tiene no sólo para establecer la paz entre los hermanos, la restauración de los pecadores y la santificación

de las iglesias, sino también para la libertad espiritual.

La cucaracha brillante

Es fácil comprender que la disciplina y el adiestramiento pueden liberar a los individuos. El donaire libre y delicado de las bailarinas, la fluidez técnica de los instrumentistas, el salto de los grandes saltadores que desafía la gravedad, son ejemplos de los efectos de la disciplina y del adiestramiento. “Pero la libertad que uno puede oler” es algo que también necesitamos en las iglesias. Comenzamos a entenderla cuando vemos que una sociedad libre es aquella en que sus miembros se aman unos a otros, confían los unos en los otros, y se responsabilizan los unos por los otros. Pero también podemos enfocar el problema echando una mirada a la naturaleza y a las causas de lo opuesto a la libertad: el legalismo y la esclavitud.

Llegamos a ser legalistas cada vez que tratamos de mantener limpia la conciencia mediante el cumplimiento de un conjunto de reglas. Las reglas son importantes. Se hicieron para observarlas, pero no son los medios por los cuales mantenemos limpia la conciencia. La conciencia cristiana se limpia por la sangre de Cristo (Hebreos 9:14). El legalismo surge cuando, tal vez sin que comprendamos que lo estamos practicando, suponemos que una amplia conciencia surge del sacrificio de Cristo, *más la actuación del cristiano posterior a la conversión con referencia a guardar las reglas*. De esa manera, un velo de oscuridad ha caído sobre nuestro rostro y ha esclavizado nuestra mala conciencia. Así que el legalismo nunca es disciplina correctiva de la iglesia. Porque el legalismo nos separa del camino de Cristo y nos lleva a otro evangelio que dice que la cruz de Cristo no es suficiente. Sin embargo, la verdadera disciplina eclesiástica nos llama a seguir a Cristo solamente y a recibir su libertad.

Los legalistas pueden luchar constantemente contra el sentimiento de culpa, o pueden sentirse sumamente libres de tales sentimientos. Pero en ambos casos, sus sentimientos, ya sea de culpa o de libertad de la culpa, están relacionados con la observación de reglas. Las personas que están dominadas por un sentimiento de culpa luchan, pero no están enteradas de su fracaso. Los legalistas que están libres de los sentimientos de culpa son aquellos cristianos que, como los fariseos, tuercen

88 Restauración de los heridos

las reglas para que cuadren con su conducta real o que se concentran en las reglas que realmente guardan y se olvidan de los demás. En su caso, el Espíritu necesita enseñarles, tal vez mediante la disciplina correctiva de la iglesia, el engaño exagerado de sus corazones.

Está claro que el legalismo es un pecado contra el Dios de gracia y misericordia. Sin embargo, rara vez pensamos con respecto a Dios cuando comenzamos a comportarnos como legalistas. Por lo general pensamos con respecto a los seres humanos, nuestros vecinos, nuestros compañeros de trabajo, nuestra familia y nuestros hermanos en Cristo. Ellos determinan nuestra conducta mucho más de lo que nosotros nos imaginamos.

Paul Tournier escribe acerca de la máscara que usaban los actores griegos para indicar los papeles en sus antiguos dramas. El señala que en la "plataforma" de la vida también usamos máscaras, es decir, asumimos diferentes estilos de personalidad en distintas situaciones. Lo hacemos por hábito. Usamos una máscara cuando estamos criando a nuestros hijos, otra cuando hacemos preguntas a un conferenciante, y otra cuando somos presentados a personas extrañas. No tiene nada de malo en sí mismo. Es lógico que nos portemos de una manera cuando vamos acostar a nuestros hijos y de otra manera cuando damos algún testimonio en un tribunal de justicia.

Pero hay otras razones siniestras por las cuales usamos máscaras. Algunas veces no queremos que las personas nos vean el verdadero rostro. Tenemos vergüenza y culpas que ocultar. Si se nos quitaran algunas máscaras, quedaríamos expuestos y desnudos. La necesidad que tenemos de aceptación y aprobación hace que nos mantengamos aferrados enérgicamente a falsas fachadas. De esa manera somos esclavos de nuestras fachadas legalistas. Es posible que quienes mejor nos conocen nunca hayan visto nuestro rostro por completo. Sacamos antenas como las cucarachas, para examinar la atmósfera que nos rodea. Nuestras antenas recogen las vibraciones imaginarias de desaprobación (¿ha observado alguna vez una cucaracha?), y nos concentramos en el pulimento exterior. Las cucarachas realmente brillan cuando están a la luz. En ese sentido no se distinguen de algunos cristianos que sólo tienen una superficie resplandeciente.

Aunque normalmente no nos damos cuenta de que tenemos máscaras, no nos sentimos cómodos cuando nos acercamos a Dios con ellas puestas. Dios nos ve a través de las máscaras, y nosotros lo sabemos. Nuestra alma está desnuda en su presencia. Por tanto, huimos del íntimo contacto con El, casi sin saber por qué, y nos aferramos a nuestras vergüenzas y culpas, y apartamos de El nuestro rostro. Rechazamos la libertad de que pudiéramos disfrutar si permitiéramos que El quite nuestras pesadas máscaras.

Legalismo y congregaciones locales

Probablemente todos somos legalistas por naturaleza, pero ciertas clases de predicación y ciertos administradores y líderes pueden empeorar nuestra tendencia natural. Ya hemos notado que los líderes de algunas iglesias no entienden la diferencia entre la autoridad espiritual y la autoridad del mundo. De cuando en cuando, sobre todo si son jóvenes y carentes de experiencia, pudieran decir: "Usted tiene que someterse a mí, porque Dios me ha puesto sobre usted." Aunque esas palabras sean ciertas, son palabras que jamás deben salir de los labios de los verdaderos líderes, porque la autoridad de los verdaderos líderes brota del poder espiritual que tengan. Tales palabras demuestran que el líder es inadecuado para esa tarea. También pueden esclavizarnos a otro evangelio, en vez de acercarnos a la libertad de la cruz.

En cuanto a los predicadores que producen el legalismo, esos vienen en una variedad de formas. Algunos son ofensivos, otros sólo desorientan, mientras que otros tienen apariencia de ser altamente espirituales. Tales predicadores pueden deleitar a sus oyentes condenando los pecados y errores de los otros grupos, e induciendo así en ellos y en sus oyentes una forma de justicia propia. Otros pueden aumentar la carga del legalismo al dedicarse a predicar: ¡Qué horrible somos! Ellos señalan la falta general de dedicación de la congregación y admiten que ellos mismos son tibios. Pero en vez de ofrecer soluciones, sólo se lamentan del triste estado de las cosas y dan la impresión general de que debemos mejorarnos. Cuando acabamos de escuchar tales sermones, estamos deprimidos.

El legalismo nos separa a los unos de los otros. Crea un ambiente que inhibe el verdadero compañerismo. Inhibe nues-

tra libertad para compartir las debilidades personales y buscar ayuda; de esa manera nos hace sospechar que tenemos debilidades que ningún otro comparte ni entiende. Estamos rodeados de hombres y mujeres que profesan fe en Cristo; sin embargo, son víctimas de toda clase de vicio y pecado. Los pecados se practican principalmente en secreto. Estamos rodeados por un mundo en que esos mismos pecados aumentan diariamente. Los pecadores convertidos van a necesitar ayuda y liberación. ¿Pero la recibirán de nosotros? ¿La recibirán en la condición en que nos encontramos?

La libertad que necesitan tiene que venir de Cristo. Vendrá cuando los corazones (el de ellos y el de nosotros) estén profundamente convencidos del pecado. Vendrá cuando nosotros, y también ellos, descubramos la suficiencia de Cristo para romper las cadenas de la culpa, de tal manera que volvamos a descubrir el gozo sobreabundante y la asombrosa reducción del deseo de pecar. Vendrá cuando los pecadores hallen iglesias modelos en que los cristianos enseñen y practiquen relaciones francas, que permitan el entendimiento. Tenemos que llegar a ser hermanos y hermanas que podamos ser sinceros en amor.

Y cuando los cristianos fallen, como nos sucederá a todos de cuando en cuando, la libertad vendrá de esa clase de disciplina eclesiástica que, bajo la dirección del Espíritu de Dios, renueve nuestro horror al pecado y a la pecaminosidad, y a la vez nos despierte de nuevo a la asombrosa gracia de Dios.

8

El pasaje de Mateo

Hemos mencionado Mateo 18:15-22 muchas veces en este libro. Es tiempo de que nos concentremos en ese pasaje de una manera sistemática. En el capítulo siguiente nos dedicaremos a los pasajes de 1 y 2 Corintios.

No puede ser una coincidencia que el pasaje clásico que se refiere a la disciplina correctiva de la iglesia en el Nuevo Testamento venga después de la parábola que se refiere al hombre que dejó las noventa y nueve ovejas en el redil para ir a buscar la que se había perdido.

La historia prepara el escenario para lo que sigue y nos vuelve a recordar la importancia de la reconciliación. Porque ¿a qué se refiere la parábola? ¿Cuál es su tema principal? Es curioso que el título mismo que le hemos dado hace que pierda su principal significación. Hemos entendido mal el sentido en que Jesús empleó la palabra *perdido* o *perdida*.

Tal como se indicó antes, puede emplearse de dos maneras esa palabra. Comúnmente nos concentramos (como lo hacemos en las tres parábolas de Lucas, capítulo 15) en la situación de lo que se había perdido o el que se había perdido. Bien hacemos en comparar la oveja, la moneda y el hijo con los pecadores perdidos. Pero cuando decimos *perdido*, eso sólo puede ser en sentido de algo que alguien ha *perdido*. Por cada cosa que se pierde hay un *perdedor*. “Creo que se me perdió la cartera

— dice María mientras se le nota un semblante de palidez y perturbación. Es lógico que María se halle disgustada —. Tenía más de cien dólares y también estaba en ella mi licencia de conducir y todas mis tarjetas de crédito. Estoy segura de que la tenía en mi bolso cuando la tenía en mi casa . . .” Cuando aparece la cartera, su deleite y alivio es igual a la aflicción que sintió cuando la tuvo perdida. Abraza ardientemente a Jaime, quien la descubrió junto a unos papeles que ella había dejado sobre el escritorio.

La parábola debiera intitularse: “El pastor buscador”, porque su enfoque es la preocupación del pastor que ha sufrido la pérdida, y no la situación de la oveja. En Lucas 15:1, 2 se nota eso muy claramente. Las parábolas fueron pronunciadas por Jesús para explicar los sentimientos de Dios con respecto a los pecadores y a la reacción de El cuando ellos son reconciliados con El.

Así que desde el comienzo del pasaje clásico que se refiere a la disciplina, se nos recuerda que el hermano que ha pecado es un hermano cuyo compañerismo hemos perdido. Nuestro acercamiento a El es una búsqueda para restaurar el compañerismo. El pecado ha producido separación. Se necesita la reconciliación para vencer esa condición.

Juzgar o no juzgar

“Por tanto, si tu hermano peca contra ti . . .” (Mateo 18:15). Hermano, por supuesto, significa hermano o hermana en Cristo (aún así emplearemos la palabra hermano por conveniencia en este comentario, ya que es la palabra que aparece en el texto). También hemos hablado sobre la expresión *contra ti* y llegamos a la conclusión de que, aunque tal frase no aparece en algunos manuscritos primitivos, el hecho no tiene importancia. Otros pasajes nos exhortan a acudir al hermano bien sea que el pecado se haya cometido contra nosotros o no.

La siguiente es una pregunta espinosa. ¿Tenemos el derecho de decir que alguna otra persona ha pecado? ¿O siquiera de pensar tal cosa? ¿No se nos advierte que no debemos juzgar a los demás? “No juzguéis, para que no seáis juzgados”, nos mandó Jesús en Mateo 7:1. Si se supone que no debemos juzgar, pensamos para alivio nuestro que entonces no tenemos que hablarles a nuestros hermanos con respecto a sus pecados. Pero

Mateo 18:15 implica juicio. Uno no puede acercarse a un hermano para hablarle acerca del pecado sin haber hecho, por lo menos, un juicio preliminar de alguna clase.

El significado de la palabra *juicio* varía en diferentes contextos. “No juzguéis según las apariencias, sino juzgad con justo juicio”, les aconseja Jesús a los judíos (Juan 7:24). La misma palabra se emplea en Mateo 7:1. Pero lo que se nos dice en el primer caso es lo siguiente: “No critiquen a los demás. No los desprecien ni sientan que son mejores que ellos. No hagan el papel de magistrado.” En el segundo caso, lo que se nos dice es lo siguiente: “Disciernan. No lleguen a conclusiones apresuradas. Tengan el cuidado de juzgar justamente.”

Así que Jesús nos enseña dos cosas con respecto a juzgar a los demás. Primera, tenemos que tener mucho cuidado con respecto a nuestra actitud hacia otros y tenemos que evitar condenarlos. Por otra parte, se nos enseña que debemos ejercer discernimiento con respecto a los pecados que cometan nuestros hermanos, pero con el cuidado de no llegar a conclusiones apresuradas. Se nota claramente que la segunda advertencia es importante, si el pecado de que se trata es contra nosotros. Porque pudiéramos estar equivocados al pensar que se nos ha hecho un mal. Podemos haber entendido mal alguna observación, o habernos ofendido porque interpretamos mal una acción inocente. Esa es una de las razones por las cuales los pecados y las malas acciones que se cometen en privado deben conversarse en privado y no publicarse. También es una razón por la cual debemos cuidarnos para que no se nos meta un espíritu no perdonar.

Obviamente será necesario que juzguemos en el sentido de evaluar o sopesar las acciones de nuestros hermanos en Cristo de cuando en cuando. El hecho de no hacer eso es otra manera de actuar como si fuéramos partidarios de la ética de la situación, que contextualizamos los pecados de otras personas. El asesinato es asesinato. Las mentiras son mentiras. Algunas veces es nuestro deber hacer frente a esos pecados. Y si estamos ayudando a los cristianos recién convertidos para que crezcan, necesitamos evaluar su progreso espiritual o la falta de él, en las cosas más pequeñas. Pero antes de hacer eso, debemos tener el cuidado de llegar a conclusiones sanas y exactas.

La trampa sutil del chisme

“... ve y repréndele estando tú y él solos” (Mateo 18:15). ¿Ve y repréndelo? Eso es difícil. Se nos presentan de una vez mil excusas y explicaciones racionales. “Yo pudiera estar equivocado.” ¿Por qué no averigua y se tranquiliza? “Pudiera ofenderlo.” Lo que usted realmente quiere decir es que pudiera disgustarse con usted. Si usted realmente se preocupa por él, estará preparado para correr el riesgo de que se presente esa posibilidad. Pero trataremos sobre la manera de ir a hablar con el hermano en el capítulo 10 de este libro.

“Tal vez él necesite ir a consultar con un consejero o con un psiquiatra.” Tal vez. ¿Pero cómo lo sabrá usted, a menos que vaya y hable con él acerca de lo que lo está molestando? “No tengo experiencia en esas cosas.” ¿Inexperiencia para buscar reconciliación con un hermano? ¿No era la reconciliación lo que usted tenía en mente? De todos modos, ¿cómo logrará la experiencia si le falla a él en ese punto? Solamente logramos la experiencia mediante la práctica.

No, el mandamiento es claro. “El acercamiento a la reconciliación es personal”, afirma John Howard Yoder.¹ Nuestras excusas de que estamos juzgando son las débiles explicaciones del miedo que tenemos. Jesús nos manda que vayamos.

“¿Tal vez debo pedir consejo de alguien primero?” No. Por encima de todo, eso debe evitarse. Usted debe hablarle de la falta que ha cometido “estando tú y él solos”. La belleza de las instrucciones de Cristo está en que ellas evitan el chisme. Es mejor que en primera instancia nadie sepa nada sobre el asunto. La publicidad pudiera impedir la reconciliación. Supongamos que cuando usted al fin va, descubre que estaba equivocado. Para ese momento ya habrá cometido contra su hermano la injusticia de difundir impresiones incorrectas con respecto a él, una impresión equivocada que pudiera permanecer en el recuerdo confuso de la persona que usted buscó, aunque posteriormente usted trate de corregirlo. Usted puede sonreír y decir: “¡Ah, me alegro de estar equivocado!” Pero la calumnia se pega en el recuerdo más fácilmente que la corrección de la calumnia.

“¿Pero no debo orar con alguien con respecto a alguien? ¿No sería bueno que yo tuviera un respaldo en oración?” ¿Respaldo

en oración? ¿O sencillamente respaldo? La oración puede ser una forma de chisme. Puede constituirse en una manera “espiritual” de evadir la responsabilidad de tratar el asunto con absoluta confianza. Cualquier intento de no mantener el asunto entre usted y su hermano en Cristo solos ya es una sospecha. Sencillamente es demasiado fácil engañarnos con respecto a nuestros motivos.

No. En el momento el asunto debe permanecer sellado. Debe ser preocupación suya, de su hermano y de Dios solamente. No debe haber chisme “espiritual”, ni de otra clase. ¿Qué pudiera ocurrir si usted obedece a Cristo y va a buscar la reconciliación? ¿Qué podría hacer el hermano? Hay varias posibilidades. (1) El pudiera admitir el mal que ha hecho, pero insistir en que sólo es un asunto de él. (2) El pudiera admitir que ha hecho mal y pedirle a usted que lo ayude en su problema, abriendo así la puerta a la reconciliación. (3) El pudiera admitir que ha hecho mal y libremente arrepentirse, caso en el que se lograría la reconciliación. (4) El pudiera negar que ha actuado mal y darle completas explicaciones satisfactorias para demostrarle a usted que está equivocado, lo cual también produce la reconciliación. (5) El podría mentir de tal manera que usted reconozca que está mintiendo. (6) El podría negar la acusación y dejarlo a usted con dudas no resueltas en su mente. (7) El pudiera negarse a discutir el asunto por completo.

Consideraremos esas posibilidades en la tercera parte de este libro. Lo que ahora importa es que varias de las posibilidades enumeradas constituyen posteriores argumentos (si se necesitan argumentos para respaldar cualquier cosa de las que claramente mandó Cristo) para acudir personalmente, en privado, ante el hermano, sin discutir el asunto con nadie. Tan pronto como yo falle en eso, las consecuencias son horribles.

Pero supongamos que usted descubra que se confirman sus sospechas. El confiesa de que en realidad ha estado tomando en exceso, que su trabajo está en peligro y que su matrimonio comienza a funcionar mal. El se ha sentido desdichado durante el último año, pero dice que una semana antes asistió por primera vez a una reunión de Alcohólicos Anónimos. Tal vez, dice, hay alguna esperanza.

El expresa su miseria. Los horribles efectos de todo el asunto

de su relación con Dios, su perplejidad porque tal cosa le haya sucedido a él (que siempre ha sido una persona disciplinada y parecía tener control sobre su vida) y la soledad y el alejamiento que ha sentido hacia los hermanos en Cristo. Tan pronto como comienza a expresarse, usted difícilmente puede detenerlo. Él está atrapado por la culpa, pero está asombrado de que Dios lo ame y pueda aún perdonarlo. Está tan agradecido que no puede expresar ampliamente el tener una oportunidad para hablar con alguien (tiene esa esperanza) y no lo rechaza de inmediato. ¿Entonces qué hace usted a partir de ese momento?

Usted ha ganado a su hermano. El le está poniendo atención. Ya no existe aquello que lo separaba. La principal preocupación de Cristo ha sido satisfecha. ¿Pero qué es lo próximo que usted debe hacer (aparte de regocijarse y orar con él)? Bueno, tal vez nada. Mucho depende de las necesidades de su hermano en ese momento. Tal vez usted se pregunte: “¿Tengo la autoridad de declararlo limpio?” Nuestra respuesta en ese caso sería que sí. “¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?” pudiera preguntar usted (junto con los escribas y los fariseos). No hay dudas de que la prerrogativa es solamente de Él. Pero Él nos llama a declarar el perdón a otro hermano y asegurarnos mutuamente que lo tenemos. ¿O por causa del miedo al excesivo hincapié en el sacerdocio, posterior a la Reforma, hemos olvidado la doctrina del sacerdocio de todos los creyentes?

En cualquier caso, ¿qué alternativa tiene usted? Desde el punto de vista bíblico, está claro de que el próximo paso no consiste en confrontarlo con dos o tres testigos, y tampoco corresponde decirlo a toda la iglesia. Tal vez usted anhele tener algún apoyo autorizado. La responsabilidad es fuerte. Ese es problema suyo, no de su amigo. ¿A usted le gustaría llevarlo ante su pastor? ¿Pero desea él oír? ¿Su motivo sería dejar que la responsabilidad caiga sobre los hombros de otro sin importar las necesidades reales que su amigo pueda tener? ¿Qué ganaría él si usted consulta con otra persona? Si Cristo lo ha perdonado y él no tiene una inmediata necesidad de más apoyo, la más valiosa ayuda que usted pudiera darle sería su compañerismo personal y en oración mientras él logra levantarse.

A menos que los miembros de la iglesia puedan ministrarse

los unos a los otros de esa manera, estaremos confrontados con una situación imposible tan pronto como el Espíritu de Dios comience a obrar entre nosotros. Porque el pecado es tan común y tan serio en los círculos cristianos que los funcionarios de las iglesias estarían sobrecargados únicamente con su volumen, si sólo a ellos se los llama para que lo traten.

Los testigos

“Mas si no te oyere, toma aún contigo a uno o dos, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra” (Mateo 18:16). Esa sentencia tiene sus raíces en la ley de Moisés. Pero debemos tener el cuidado de mantener las metas claras en nuestra mente. Los testigos pudieran llegar a ser necesarios para proteger al acusado como también para confirmar al acusador. Pero la meta no es nunca la de condenar. No implicamos a otros en el asunto con el propósito de fustigar al oponente. No debemos llevar testigos hasta que hayamos hecho todo lo que podamos con el propósito de lograr la reconciliación. ¿Qué ventaja hay en presentar testigos?

Logramos más solemnidad. El asunto original no llega a ser más serio, pero tanto el hermano ofendido como el ofensor inevitablemente comienzan a tomar el asunto más en serio. También logramos más sabiduría. Puede haber una perspectiva en la cual no había pensado ninguno de los dos, porque los testigos pueden beneficiar tanto al ofensor como al ofendido. Ellos son testigos no sólo de la respuesta del acusado, sino también de las palabras del acusador. Si el asunto llega a ser público, las dos partes tienen testigos de lo que se dijo y de lo que no se dijo. Los testigos también pueden agregar objetividad, y llegar a ser participantes en una reconciliación en que las dos partes han faltado, o irradiar luz en asuntos que de otra manera permanecerían oscuros.

Supongamos por un momento que el ofensor de verdad haya ofendido y ahora se arrepiente, o incluso solicita ayuda. Tal vez sean necesarias algunas medidas prácticas (la naturaleza de las cuales discutiremos posteriormente), sobre las cuales pueda hablar el grupo con el ofensor y ponerlas en prácticas para su bienestar.

¿A quiénes debemos escoger como testigos? Algunas personas preferirían a los ancianos o a los diáconos de la iglesia,

aunque el Nuevo Testamento no especifica eso en ninguna parte. Ciertamente hay valor en escoger a personas mayores y más experimentadas. Por otra parte, una persona más joven, que esté a tono con las circunstancias que rodean el pecado de una persona más joven, también pudiera ser útil. Hasta cierto punto, la naturaleza del problema puede determinar a quién conviene utilizar. En un caso en que Ken fue consultado, sólo se necesitó una persona más.

Una señorita que estaba recién graduada de un instituto bíblico recibió de una solterona mayor de la iglesia el consejo de tratar de tener una aventura amorosa. La mujer mayor, que trabajaba con los niños de la iglesia, sostenía que hablaba por experiencia. En realidad, ella estaba en ese tiempo implicada, o por lo menos así lo dijo, con uno de los diáconos de la iglesia cuyo matrimonio estaba en dificultades. Ella estaba “ayudándolo” mediante la acción de proporcionarle la clase de solaz que el matrimonio no estaba proporcionándole.

La joven comprendió que el consejo de la mujer y la conducta propuestas no eran correctas, pero le había sido difícil contestarle de acuerdo con las Escrituras. La joven, nerviosa y vacilante, se acercó al diácono. El diácono la miró directamente y le dijo: “Es mejor que vayamos juntos y hablemos con ella acerca de eso. ¿No es verdad?”

Cuando la mujer mayor fue confrontada por los dos, admitió que, aunque su vida no había estado libre de aventuras amorosas (verdad de la que el diácono tenía conocimiento), en ese momento no tenía ninguna, y jamás había tenido ninguna aventura con él. Cuando él le preguntó acerca de las alegadas dificultades en el matrimonio de él, ella titubeó. Bueno . . . una vez cuando ella lo había llamado por teléfono, había oído que su esposa le gritaba.

Sin embargo, ella afirmó que no había nada malo en tener aventuras amorosas, y se aferró a su derecho de tenerlas. El diácono preguntó si la joven y él podían pasar algún tiempo con ella para repasar las Escrituras que se referían a tales asuntos. Ella preguntó: “¿Significa eso que no puedo seguir enseñando a los niños?” Se le respondió que la primera preocupación de ellos era que ella misma entendiera lo que era el pecado. Los tres establecieron tres fechas para reunirse y leer

Escrituras importantes relacionadas con ese tema y orar con respecto a su aplicación a la vida de ellos.

No sé cómo terminó el asunto, pero ese incidente ilustra unos cuantos puntos. El valor de la joven en acercarse al diácono dio resultado. No circuló un jugoso chisme en la iglesia con relación a la imaginaria aventura amorosa entre un diácono y una maestra de la escuela dominical. El enfoque directo del diácono también resultó útil en ese caso.

Hubo otros resultados adicionales. Ni la joven ni el diácono habían tenido buenas opiniones el uno del otro, lo cual se debía en gran parte a que sólo se conocían superficialmente. Surgió entre ellos un mutuo respeto. En el proceso disciplinario, no sólo la mujer mayor, sino también la joven, pudieron aprender pasajes bíblicos que se refieren a la sexualidad.

Vale la pena notar que el diácono consideró que era su deber dedicar tiempo a las dos mujeres para repasar con ellas las Escrituras, antes de llevar el asunto a la iglesia, cosa que tal vez nunca llegó a ser necesaria.

Un gentil y un recaudador de impuestos

“Si no lo oyere a ellos, dilo a la iglesia; y si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano” (Mateo 18:17). Si usted quiere matar el chisme, no hay mejor arma que una clara afirmación de la verdad en público. El chisme se alimenta del rumor y de verdades a medias. Tal vez parezca que estamos insistiendo extensamente en el chisme, pero no nos disculpamos por ello. El chisme es una señal de la ausencia de la disciplina apropiada en la iglesia. También es un gran mal, que de por sí merece la disciplina correctiva de la iglesia. No hay nada como el chisme para envenenar el compañerismo. Pero miremos con más detenimiento el versículo que acabamos de citar.

El grupo de testigos ha fracasado en su intento. La reconciliación no se ha producido. Es necesario hacer un último intento. El asunto debe llevarse ante toda la iglesia, para que el ofensor y la iglesia por igual se enfrenten con lo detestable del pecado y con el supremo valor que Dios le da a la santidad y a la reconciliación. Porque lo que importa no es el carácter de un pecado en particular, sino el principio del pecado, el deliberado endurecimiento de un corazón que se rebela, la

100 Restauración de los heridos

rebelión que exigió la encarnación del Hijo de Dios y el sacrificio del Hijo del Hombre.

¿Qué valor tiene ese procedimiento? ¿Hay peligros y abusos de los cuales debemos estar enterados? ¿Qué papel deben jugar los líderes de la iglesia en ese solemne procedimiento? En un capítulo anterior citamos unas palabras sabias de Roland Allen, quien en un ambiente misionero estableció una clara distinción entre toda la iglesia y los líderes de la iglesia. Sus observaciones merecen repetirse. Cuando un pastor y un misionero actúa por la iglesia, Allen dice:

. . . la iglesia en que vive el ofensor tiene muy poca responsabilidad o no tiene ninguna, y el hombre no queda excomulgado por la mayoría. En consecuencia, la acción tiene muy poco efecto. El ofensor no se convence. Tampoco se convence la iglesia del ofensor. Un hombre puede darse el lujo de presentar un obstinado frente contra las censuras de un (líder de la iglesia). El no puede tratar de esa manera la excomunión impuesta por su prójimo . . . Lo que él necesita es la censura pública de la mayoría de los compañeros de su iglesia.²

Confiamos en que ahora ya esté claro que tan solemnes medidas sólo son necesarias cuando *todos los demás intentos para producir el arrepentimiento, la restauración y la reconciliación se hayan explorado suficientemente y hayan fracasado*. Aquí es donde se cometen los abusos.

En algunas iglesias de Manitoba, Canadá, a las jóvenes parejas que han entrado en relaciones sexuales premaritales se les exige que se presenten ante la congregación y confiesen su pecado, para que la iglesia pueda proceder con su matrimonio o los vuelva a aceptar en su comunión. Sin embargo, por bien intencionado que parezca ese procedimiento, no tiene garantía bíblica y es contrario a todo el espíritu de la disciplina de la iglesia. Se debe deplorar y se debe eliminar. Supongamos que sólo quienes estén directamente relacionados con la mala conducta están enterados de lo que haya sucedido. Supongamos que se ha producido el verdadero arrepentimiento. En ese caso, ese procedimiento difunde una vergüenza y un desconcierto

innecesario, y contribuye al chisme farisaico.

Por lo general, la idea que respalda ese sistema es que la pareja le ha hecho mal a la iglesia por haber cometido tal pecado y, por tanto, tiene que disculparse. Pero esa idea no se encuentra en ninguna parte de las Sagradas Escrituras. Esa confesión sólo complace la idea que tiene la congregación con respecto a su propia justicia y, en consecuencia, no trae limpieza a la iglesia. Usted no puede fomentar la justicia propia y al mismo tiempo limpiar a la congregación del pecado. La purificación de la iglesia se necesita cuando los miembros de ella ya saben lo que ha ocurrido y han adoptado actitudes “amplias y amorosas”, farisaicas y críticas o de indiferencia; o han evadido la responsabilidad y se han dedicado a la crítica de los líderes y al chisme. El pecado se ha esparcido a medida que esas actitudes se han desarrollado. Los miembros mismos de la iglesia necesitan ser conducidos al arrepentimiento, si la iglesia ha de ser purificada. Pero si la iglesia no sabe nada acerca del asunto con anterioridad, la confesión pública sólo abre el camino a esas mismas actitudes pecaminosas.

Y aquí es ciertamente donde entra el liderazgo de la iglesia. Ellos no son esencialmente responsables ante el hermano ofensor, sino ante la congregación como un todo. No puede haber mayor prueba de dones pastorales como cuando los líderes dirigen los asuntos de tal manera que la iglesia se despierta ante la justicia, hacia el dolor piadoso y hacia el arrepentimiento, mientras que al mismo tiempo al pecador se le da más oportunidad para que se arrepienta. Expondremos eso posteriormente en el capítulo 10 de este libro.

¿Y si el pecador permanece empedernido? Es entonces cuando el verdadero estado de las cosas debe ser reconocido por todos. La separación espiritual está realmente presente. Ya ha separado al hermano del otro hermano, a la hermana de la otra hermana. Por tanto, lo que ya haya ocurrido tiene que ser reconocido tal como es. La tierra tiene que confirmar lo que en el cielo ya ha sido juzgado. El hermano tiene que ser para la iglesia como un “un gentil y publicano”.

Posteriormente, cuando examinemos el pasaje de la Epístola a los Corintios, tenemos que preguntar cómo se pone eso en práctica. Por ahora, tenemos que preguntarnos qué significa.

Los judíos religiosos odiaban y despreciaban a los gentiles y publicanos. Ellos huían de los gentiles porque temían contaminarse, y de los publicanos, es decir, de los recaudadores de impuestos, porque eran traidores que colaboraban con los romanos y llenaban sus propios bolsillos. ¿Estaba exigiendo Jesús similares actitudes hacia los ofensores que no se arrepienten? Sus palabras se toman a menudo con ese sentido. ¿Pero es eso lo que realmente significan?

La interrupción del contacto social tal vez necesite ser completa, pero el espíritu de los judíos hacia los recaudadores de impuesto es ajeno a todo lo que hemos venido describiendo. Cristo murió por los impíos. El corazón de Dios todavía se extiende hacia los rebeldes y pecadores, hacia los que están bajo disciplina, no menos que hacia los que nunca han experimentado la reconciliación. Y precisamente esa clase de gente era la que estaba respondiendo al mensaje de reconciliación que proclamaba Jesús. Entonces debemos tener el cuidado de que las palabras *gentil* y *publicano* no nos hagan adoptar esas actitudes críticas y de superioridad, contra las cuales Cristo nos dio clara advertencia. Más bien, debemos afligirnos por el desastre que hay en el cuerpo de Cristo. Tenemos que dejar la puerta del perdón ampliamente abierta para tratar de ganar, como lo hizo Jesús, a los que han sido cortados del compañerismo por causa de su pecado.

La autoridad de las llaves

Los poderes del reino están con nosotros. Se nos han encomendado y nosotros lo pasamos por alto en gran manera. En consecuencia la iglesia sufre de una debilitante anemia espiritual.

Al comentar sobre Mateo 18:15-20, Yoder escribe:

La posición que aquí se sugiere tal vez parece que reúne los peligros de varios espantajos eclesiásticos. Da más autoridad a la iglesia que Roma, confía más en el Espíritu Santo que en el pentecostalismo, tiene más respeto hacia el individuo que el humanismo, hace que las normas morales sean más obligatorias que el puritanismo, está más abierta a una situación determinada que la "nueva moralidad". Si se prac-

tica, cambiaría la vida de la iglesia de una manera más fundamental que lo que hasta ahora han sugerido las perennes discusiones populares sobre las cambiantes estructuras de la iglesia.³

Está claro, como sugieren algunos comentaristas, que cualquier clase de disciplina correctiva que practiquemos en la tierra, si funciona bajo la dirección del Espíritu Santo y en concordancia con las Escrituras, ya *habrá sido ratificada en el cielo*. Tal es el significado de los tiempos en el texto original de Mateo 18:18, según algunos eruditos. Y eso tiene sentido, pues, como ya se dijo, el paso final de la disciplina correctiva sólo reconoce una separación que ya está presente y se supone que en el cielo hay reconocimiento de ella.

"De cierto os digo que todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo" (Mateo 18:18). ¿Atar? ¿Desatar y atar? ¿Qué significan esas palabras? Jesús tiene en mente un significado específico. *Atar* significa retener la comunión, reconocer formalmente el estado de separación que se ha producido. *Desatar* significa perdonar, abrir ampliamente los brazos a alguien que está siendo reconciliado.

Atar también puede significar prohibir, declarar que ciertas acciones no se permiten. De igual manera, *desatar* significa permitir, declarar que ciertas acciones son aceptables. Esos fueron los significados técnicos de dichas palabras en el tiempo de Cristo, y así las entendían comúnmente los doctores de la ley. Las reglas sobre lo bueno y lo malo, que establecían los rabinos, estaban codificadas en las "tradiciones de los ancianos" (*halakan*). Así que Jesús les entrega a sus discípulos poderes que estaban reservados para las reconocidas autoridades religiosas.⁴

¿La iglesia tiene hoy tales poderes? ¿Las congregaciones locales deben registrar lo que constituye la conducta cristiana y lo que no? El hecho de hacer eso ha conducido a innecesarias críticas severas en algunos casos, a permitir el pecado en otros y aun a una condición legalista de la conducta, que se concentra en los actos externos y descuida la preocupación por los motivos. Por otra parte, el hecho de no hacer eso puede constituir una falta en cuanto a ofrecer la guía necesaria y la

ayuda. Hay ocasiones en que la iglesia debe dar un paso con relación a una forma de conducta, aunque tal conducta no esté condenada en las Escrituras.

Cuando el licor era la maldición de los pobres de Londres, el Ejército de Salvación insistió con mucha razón en la abstinencia para los que, habiendo sido ganados para Cristo, querían llegar a ser miembros. No tenía sentido exponer a los nuevos cristianos a una enérgica tentación. En tales circunstancias, los que antes habían sido borrachos se exponían a continuar en el alcoholismo, la penuria y los hogares destruidos. Y aún tenía menos sentido el establecimiento de una doble norma que permitiera a los cristianos maduros ingerir bebidas alcohólicas, mientras prohibía eso a los nuevos cristianos.

El peligro de “la tradición de los ancianos” no sólo está en la preocupación por lo externo, sino en el rígido sentido autoritario de la tradición, el cual fue desafiado por Jesús de una manera enérgica y persistente. Llegamos a la conclusión de que las congregaciones tal vez necesiten legislar con respecto a la conducta, pero tienen que ser sensibles al Espíritu Santo tanto con respecto a los principios bíblicos como con respecto a los cambios de clima social. Deben tener el cuidado de evitar el desarrollo de tradiciones seudocristianas, puesto que ya hay suficiente enfoque en lo externo. El asunto es delicado, pero no puede ni debe evadirse.

En la presencia de la autoridad suprema

“Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:19, 20). Bellas palabras. Una bella promesa. Sin embargo, con frecuencia olvidamos su contexto. Jesús todavía continúa explicando con respecto a atar y desatar, acerca del perdón y de la exclusión de la comunión. Está reforzando la idea de que a su pueblo se le da la terrible responsabilidad de separar de su comunión a cualquiera que voluntaria y persistentemente se niegue a arrepentirse, y también la autoridad de perdonar y de volver a recibir a los pecadores,

cuando ellos se aparten de sus pecados y reconozcan que han hecho lo malo.

De una manera doblemente clara, El está diciendo que los respalda el cielo. Incluso si sólo dos o tres de ellos participan en el procedimiento doloroso (o regocijado), el oído de Dios está abierto a ellos y los respaldará el cielo. ¿Por qué no está el Señor Jesús en medio de ellos? En tales momentos, rodean el trono a la diestra de la majestad en las alturas.

Es consolador olvidar el contexto de esos versículos, y puede ser legítimo hacerlo algunas veces. Pero las palabras tienen que ver primeramente con la disciplina correctiva de la iglesia. La solemnidad de este asunto va más allá de la reunión de una iglesia local. Implica los poderes del cielo, hecho que debe hacer que actuemos con solemnidad todos los que tenemos parte en un acto de esa clase, y que temblemos, y sin embargo actuemos decididamente, porque conocemos a Aquel cuya autoridad nos respalda y cuya presencia misma está con nosotros.

El ministerio de las cuatrocientos noventa veces

Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete.

Mateo 18:21, 22

Los literalistas, los numerólogos y los legalistas pueden hacer lo que quieran con los cálculos. (Algunas autoridades nos dicen que el número no es cuatrocientos noventa veces, sino setenta sietes.) El significado obvio de las palabras de Jesús es que, como ya hemos visto, no debe haber límite en cuanto al número de veces que perdonamos a los pecadores que se arrepientan.

Ese asunto también es práctico. Ciertos pecados, particularmente los pecados socialmente inaceptables, nos persiguen. Se han formado hábitos difíciles de quebrantar. Los cristianos que han sido alcohólicos caen de cuando en cuando. Los homosexuales que han sido restaurados tienden a volver a caer en la tentación y a pecar. La fiebre del juego, de la cual se ha demostrado que es fácil prescindir en momentos de gozo, alivio y perdón, vuelve a perseguir a los que han sido atrapados

por ella. Nos gustaría que no fuera así, pero así es. Cristo no nos da inmunidad contra la tentación, aunque no podemos excusarnos cuando volvemos a caer en el pecado.

Al fin y al cabo, ¿los más respetables entre nosotros no estamos sujetos a nuestras propias debilidades, a nuestra ira, a nuestra amargura y a la avaricia? ¿No es verdad que nosotros también hemos experimentado la liberación de los pecados y actitudes que vuelven a perseguirnos en momentos en que nuestra fe parece estar en un bajo nivel? ¿Debe sorprendernos entonces el que nuestros hermanos experimenten la misma dificultad? ¿O qué ellos puedan necesitar arrepentimiento y volver a ser recibidos una y otra vez?

Cuando otra persona peca, tenemos la tendencia de decir: "Si es borracho, siempre es borracho. Nunca dejará el robo. En realidad, no se arrepiente. Simplemente volverá a lo mismo." De allí la necesidad de setenta veces siete. Nosotros perdonamos. Continuamos perdonando. Nunca dejamos de perdonar. Por todos los medios, entrevistémonos con los pecadores que se arrepienten; pero tengamos cuidado de no llegar a ser cínicos, suspicaces, críticos. Porque nuestras actitudes serán como un bumerang en nuestras relaciones con Dios. Cuando no estamos dispuestos a perdonar, cuando no podemos percibir el verdadero arrepentimiento de los demás, por causa de que el pecado se ha repetido con mucha frecuencia, nos abrimos al acusador de los hermanos y comenzamos a perder nuestro propio aprecio al perdón que Dios nos ha otorgado. No sólo llegamos a ser cínicos, sino cínicos dominados por la culpa. Un antiguo autor puritano dijo una vez: "El que no perdona, destruye el puente del cual le viene el perdón de Dios."

La disciplina correctiva de la iglesia comienza con el reconocimiento de que el pecado produce separación. Se dedica a vencer tal alejamiento. Pero si falla en su objetivo, la iglesia, como el padre del hijo pródigo, nunca deja de anhelar y esperar el regreso del pródigo. Y cuando el pródigo regresa, su deleite no tiene límites.

9

Los pasajes que se hallan en las Epístolas a los Corintios

Un escándalo se ha producido en la iglesia de Corinto. Todos saben que un miembro de la iglesia duerme con la mujer de su padre. El está quebrantando los tabúes corintios, la ley judía y la costumbre romana. Sin embargo, la flagrante naturaleza de la ofensa molesta a Pablo menos que la actitud de la iglesia. "Y vosotros estáis envanecidos. ¿No debíerais más bien haberos lamentado, para que fuese quitado de en medio de vosotros el que cometió tal acción?" ¿Lamentar? Nosotros lamentamos en los funerales. No nos lamentamos por los escándalos. Nos gustan. Ciertamente nos encanta realizar sesiones de cotorreo santurrón con respecto a ellos. Decimos: "¡Qué horror! ¿A dónde van a llegar las cosas?" Y al mover negativamente la cabeza creemos que verdaderamente estamos deplorando el mal. Pero nos engañamos. El lamento por causa del pecado ya no es de rigor en los círculos cristianos. El lamento ha desaparecido. Lo que queda es el regocijo. Sin embargo, ambos tienen su lugar en la vida del pueblo de Dios.

¿Lamento por qué? ¿Por una iglesia impura! Debemos lamentar porque la iglesia ha pecado. Ha quebrantado su co-

muni6n con el justo Dios. Se ha vuelto letárgica y arrogante. Est tan egoista que no se preocupa por el pecado de los caídos, tan ciega que no ve su propia corrupci6n. Necesita aplicarse un bálsamo que le permita ver. Necesita arrepentimiento y verdadero consuelo. Jesús dijo: “Bienaventurados los que lloran porque ellos recibirán consolaci6n” (Mateo 5:4).

Pablo ha descubierto, tal vez por medio de una carta de Clo, que los cristianos corintios estn orgullosos de su amplitud mental (1 Corintios 5:6). Señalamos en el capítulo 5 de este libro que cosas como la arrogancia y la amplitud de la mente esparcen la “levadura de malicia y de maldad”. El escándalo ha llegado a ser público y cuando esto ocurre, se desarrolla cierto número de actitudes dañinas. Importa poco si los miembros de la iglesia se enorgullecen de su tolerancia, adoptan actitudes críticas y de juicio, o permanecen indiferentes. Cada una de esas actitudes es pecaminosa. Cada una puede complacer el orgullo, la falta de amor, el chisme y hasta el espíritu de divisi6n. Pero ciertamente no complace el Espíritu de la mentaci6n.

Para destrucci6n de la carne

Pablo no pierde tiempo en cuanto a decirles lo que deben hacer. El mismo ha pronunciado juicio:

Ciertamente yo, como ausente en cuerpo, pero presente en espíritu, ya como presente he juzgado al que tal cosa ha hecho. En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, . . . el tal sea entregado a Satanás para destrucci6n de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús.

1 Corintios 5:3-5

Le6n Morris dice: “El, que estaba ausente y podía haber presentado la distancia como una excusa para la inactividad, no pudo ser disuadido de tomar medidas fuertes.”¹ Pablo actúa como su líder espiritual. Su intervenci6n es decisiva; sin embargo, no sirve como un sustituto para la acci6n que ellos mismos tienen que tomar. Es la iglesia, no Pablo, la que tiene que entregar el ofensor a Satanás.

Y la iglesia tiene que hacerlo en *el nombre y con el poder del Señor Jesús*. Eso es lo que parece que sugieren estas com-

plejas palabras griegas. Algunas traducciones relacionan la expresi6n en *el nombre de* con la declaraci6n de juicio pronunciada por Pablo. Pero ciertamente las palabras con *el poder de* se refieren a la presencia de Jesús entre los corintios, en el momento de reunirse para actuar. Pablo estaría presente en espíritu (no en un sentido místico sino en sus pensamientos y oraciones), pero el Señor Jesús estaría presente con el poder (Mateo 18:20).

C6mo puede usted entregar a alguien a Satanás? Nngun destino podría ser más horroroso. Que terribles poderes los que se nos han encomendado!

Los miembros del cuerpo de Cristo disfrutaban de protecci6n dentro de ese cuerpo. La iglesia confiere protecci6n de la malicia de Satanás. No estamos inmunes a sus asaltos, pero tampoco estamos desnudos ni impotentes ante ellos, él puede atacar, pero nos ataca como miembros de un ejército oponente, el ejército del Cristo victorioso. Ser entregados a Satanás significa que ya no marchamos en fila. Más bien estamos aislados y expuestos de tal manera que perdemos esa protecci6n. Pero cuál es el prop6sito de esta exposici6n? Un miembro que es sometido a la disciplina queda expuesto a “destrucci6n de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús”.

Destrucci6n de la carne? Exactamente qué es lo que Pablo quiere decir con eso? Se le va a dar licencia a Satanás para que mate al pobre hombre? Algunos eruditos piensan de esa manera, aunque es difícil comprender c6mo esta clase de muerte puede salvar su espíritu. El significado de lo que dice Pablo parece ser muy diferente. El emplea el término *carne* para referirse a la carnalidad, a la naturaleza pecaminosa que nos plaga a todos. Si la actitud carnal del ofensor se corrige, no tendrá angustia para presentarse ante el tribunal de Cristo.

Es cierto que hay ejemplos de muerte disciplinaria y providencial en las Escrituras. Anans y Safira pagaron el precio de su pecado con sus propias vidas. Sin embargo, como vimos en el capítulo 5 de esta obra, su muerte estaba diseñada para despertar el temor hacia el Santo Dios en la iglesia naciente. Por otra parte, “algunas veces Dios les quita la vida a algunos de su pueblo para evitar que incurran en mayor culpa”, escribe John Owen.

Primeramente, cuando viene una gran tentación y prueba sobre el mundo, Dios sabe que ciertos creyentes no podrían resistirla, y por tanto, lo deshonrarían a El y se contaminarían. Leemos en Isaías 57:1: “. . . de delante de la aflicción es quitado el justo.” En segundo lugar, Dios les quita la vida en este mundo a los que persistan en ignorar la mente y la voluntad de Dios. Parece que esto fue lo que ocurrió en el caso de Josías (vea 2 Crónicas 35).²

Sin embargo, lo más probable es que Pablo esté pensando en que el ofensor de la iglesia de los corintios debe ser puesto en disciplina para que la obra de la gracia pueda producirse en él. El único problema que nos queda es explicar cómo el hecho de entregar un hombre a Satanás puede cumplir una obra de gracia. ¿Puede Satanás tratar la carnalidad de un hombre?

Sí, por supuesto que puede. Sus maliciosos dardos hieren. El cristiano, cuando se halla en medio del dolor, clama a Dios frecuentemente con temor y arrepentimiento. “Mas tu sacaste mi vida de la sepultura — exclamó Jonás — . . . desde el seno del Seol” (Jonás 2:6; 2:2). En el caso corintio, la medida funcionó. Así ha ocurrido en muchos casos. Aunque es cierto que los ofensores que son expulsados de la congregación local pueden llegar a sentirse amargados y a meterse aún más en el pecado, también es cierto que descubren el desencanto y las miserias del pecado. Estas a su vez pueden despertar un hambre por la verdadera consolación y por la comunión espiritual, especialmente si el ofensor abandonó una iglesia en la cual arde la verdadera comunión, por medio de un compañerismo cristiano amoroso y fiel. Lo frío nunca es tan frío cuando uno comienza a recordar el calor del hogar.

¿Una jerarquía de pecados?

El pecado que había en Corinto era flagrante, aquella clase de pecado que pudiera publicarse con el siguiente titular: “Miembro de la iglesia disfruta del incesto.” Pero como ya lo hemos visto, el pecado surgió del contexto de una iglesia en particular, y el estado de la iglesia es lo que molesta a Pablo más que el pecado del ofensor. Es como si el subtítulo perio-

dístico dijera: “Los líderes de la iglesia insisten: *El firme amor es lo que importa.*”

¿Cómo decide uno que es lo que exige que el ofensor “sea entregado a Satanás”? ¿Cuándo llega a ser un pecado suficientemente malo para aplicar una medida tan extrema? El asesinato, el incesto y el latrocinio se consideran pecados horribles; ¿pero dónde nos detendremos?

En el versículo 11, casi pudiera interpretarse que Pablo nos está dando una lista: “Más bien os escribí que no os juntéis con ninguno que, llamándose hermano, fuere fornicario, o avaro o idólatra, o maldiciente, o borracho, o ladrón; con el tal ni aun comáis.” Pero el propósito de Pablo no es dar una lista. Notemos la desigualdad de la lista y la ausencia de definiciones. ¿Hasta dónde tiene que ser mala la inmoralidad? Ciertamente hay muchos grados de pecado sexual, desde los pensamientos lujuriosos (los cuales Jesús comparó con el adulterio moral) hasta los crímenes sexuales. ¿Dónde dibuja uno la línea divisoria?

Volvemos a lo mismo. ¿Por qué cosas como la avaricia y el abuso verbal aparecen junto con la inmoralidad y la idolatría? Podemos entender por qué aparece el incesto. ¿Pero la avaricia? Es pecaminosa, ciertamente. ¿Pero exige que la persona sea entregada a Satanás? Si las listas hubieran sido dadas para que nos guiaran, los términos que aparecen en ellas tendrían cuidadosas definiciones y el enfoque de la disciplina de la iglesia cambiaría: en vez de buscar la reconciliación, habría que establecer el grado de culpa legal. Sería una autopista hacia el legalismo.

No, Pablo sólo está presentando ejemplos de los pecados de la vida diaria de las personas que no son cristianas ni pertenecen a la iglesia, para indicar lo absurdo de mezclar las manzanas con las naranjas. Los miembros de la iglesia y las personas no convertidas que no pertenecen a la iglesia no se pueden tratar de la misma manera, porque están en situaciones muy diferentes, y tienen experiencias ampliamente diferentes. Los no convertidos, que no pertenecen a la iglesia, no han experimentado la gracia del Dios perdonador ni la comunión con su pueblo.

Nada de lo que Pablo dice contradice los principios que

comentamos cuando estudiamos el pasaje de Mateo, donde la naturaleza del pecado ni siquiera se menciona. También es lamentable que al parecer muchas iglesias piensan que solamente los pecados sexuales exigen una disciplina de reconciliación. En Mateo y en las Epístolas a los Corintios, la verdadera ofensa no es el pecado mismo, sino el acomodo con el pecado.

Si examinamos el contexto del mensaje (1 Corintios 5: 9-13), vemos que la distinción que Pablo trata de establecer no es entre los pecados que exigen excomunión y los pecados que pueden ser tolerados. El distingue entre el tratamiento que debemos darles a los pecadores cristianos y el que debemos darles a los pecadores que no son cristianos. Todos los días andamos juntos con estafadores, adúlteros y personas que se meten en el ocultismo. Jesús fue mucho más allá, hasta buscar a tales personas para librarlas de las tinieblas. Aunque somos llamados, aunque nos separemos del pecado, debemos buscar a los perdidos.

El caso del ofensor cristiano es diferente. El tiene que sufrir ahora la experiencia de separación que ha preferido. Tiene que aprender, y *la iglesia tiene que aprender*, que el compañerismo cristiano significa mucho más que codearse con los santos. Significa compartir juntos la justicia de Cristo, experimentar la comunión en los goces espirituales y en las batallas del diario vivir.

Esas son verdades que algunas veces tenemos que aprender por medio del dolor. El ofensor aprende por medio de golpes y aislamiento. Aprende por el hecho que está expuesto a ser cortado de la iglesia. Los miembros de la iglesia aprenden al escudriñar su corazón, lo cual está implicado en todo ese proceso. Deben enfrentarse a las normas de Dios y se ven obligados a tomar posición a favor de El o contra El. Se enfrentan con la miseria y el resentimiento del ofensor que ha sido rechazado.

La lista es sólo el método que emplea Pablo para asegurarse de que los corintios no interpreten las observaciones de él con el sentido de que se debe evadir a todos los pecadores. En cuanto a los ofensores cristianos, tan pronto como llega el tiempo para que sean expulsados de la fraternidad de la iglesia, la acción tiene que ser completa (“con el tal ni aun comáis”, 1 Corintios 5:11).

¿Entonces dónde quedamos con respecto a los pecados que exigen disciplina? Como miembros de la iglesia comenzamos con un diccionario lleno de tendencias pecaminosas: pereza, glotonería, excesiva ingestión de bebidas alcohólicas, avaricia, incredulidad, falta de oración, falta de bondad, combinación de reservas y chismes, materialismo, vanidad, orgullo, descuido de nuestros cónyuges y familias, ilusiones incorrectas, una huestes de hábitos perjudiciales, espíritu crítico, mal humor, falta de franqueza cristiana, tendencias manipuladoras, engaños triviales, mentiras blancas, mentiras negras, rencor, habilidad para engañar, exagerados deseos sexuales, egoísmo, irresponsabilidad, fantasías; y pudiéramos continuar indefinidamente. Esas son las tendencias y “pequeños” pecados que, si no se les pone freno, nos conducen a serios problemas.

Debemos adiestrarnos los unos a los otros en la piedad mediante la acción correctiva en *el momento en que se hagan evidentes algunos o uno de esos pecados de tal manera que estorban el mutuo compañerismo*. Nos ayudamos los unos a los otros, según el espíritu que se nos indica en Mateo 18:15. Y si la ayuda que ofrecemos es terca y voluntariamente rechazada, el pecado de tal persona (tal como hemos tratado de describirlo claramente) llega al extremo de dar la espalda a Dios y a su pueblo. Trataremos algunas formas específicas de pecado en la tercera parte de este libro. Pero no las trataremos detalladamente porque son más pecaminosas que otras, sino por causa de las dificultades especiales y prácticas a las cuales conducen, que pueden crear problemas prácticos especiales. Aquí trataremos de estudiar los principios bíblicos en sí. Volvamos al abismo que hemos creado entre nosotros y los cristianos que voluntariamente pecan.

La horrible sentencia

No hemos empleado la palabra excomunión a causa de sus muchas implicaciones y relaciones; pero, en sentido literal, Pablo habla de la excomunión. En realidad, tanto los pasajes que se hallan en las Epístolas a los Corintios como el pasaje de Mateo van mucho más allá que la simple exclusión de la participación en las actividades de la iglesia. El aislamiento social se implica en las expresiones que se emplean en ambos pasajes. Aunque esto es dolorosamente extremo, la implica-

ción es inevitable: “tenle por gentil y publicano” (Mateo 18:17). “. . . que fuese quitado de en medio de vosotros el que cometi6 tal acción.” “. . . el tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne.” “. . . con el tal ni aun comáis.” “. . . Quitad, pues, a ese perverso de entre vosotros” (1 Corintios 5:2, 5, 11, 13). Esas frases describen medidas extremas, las cuales parece que expresan actitudes contra las cuales hemos dado advertencias en el capítulo anterior. Así puede percibir las el ofensor. Sin embargo, no son en sí mismas incompatibles con el amor. Los miembros de la iglesia tienen que continuar manifestando el amor de todas las maneras posibles (vimos un ejemplo de eso en la historia de Juan, y leeremos la historia de José en el capítulo 11 de este libro).

El dolor puede ser el más grande entre las familias. Las familias e iglesias cristianas reaccionan ante esos pasajes de diversas maneras. Una iglesia que conozco exige la separación marital. Otra familia que conozco incluye a los miembros excomulgados y a los no excomulgados. Cuando las familias se reúnen para comer usan dos mesas que están en línea; estas no se tocan, pero están cubiertas con el mismo mantel. En un lado de ese ingenioso arreglo se sientan los miembros excomulgados y al otro lado los miembros que están en comunión. De algún modo tenemos que abrirnos paso entre los miembros que rayan entre lo horrendo y lo absurdo.

El dolor, las lágrimas y el regocijo

Pablo no se gozó al escribirles a los corintios: “Porque por la mucha tribulación y angustia del corazón os escribí con muchas lágrimas, no para que fueseis contristados, sino para que supieseis cuán grande es el amor que os tengo” (2 Corintios 2:4). La disciplina de la iglesia no es asunto divertido. Cuanto más grande sea el amor, tanto más profundo será el dolor. Los que nunca han entrado en ella, nunca han experimentado el dolor. Tampoco lo han experimentado los que se meten en la disciplina correctiva de la iglesia como parte de una lucha interna por el poder. Están sublimemente inconscientes de la herida, el dolor, las dudas personales, las lágrimas, las esperanzas que surgen sólo para volverse a frustrar. Sin embargo, Pablo había llegado a cierta clase de seguridad en este respecto.

“. . . confiando en vosotros todos que mi gozo es el de todos vosotros” (2 Corintios 2:3).

Algunos establecen un contraste falaz entre el amoroso Jesús y el severo, duro y rígido Pablo. Pero el asunto de tener que juzgar es igualmente horrendo para Pablo. A nadie le gustaba menos el conflicto que a él. “Pero tú, ¿por qué juzgas a tu hermano? O tú también, ¿por qué menosprecias a tu hermano? Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo” (Romanos 14:10). Además escribe: “Así que, los que somos fuertes debemos soportar las flaquezas de los débiles y no agradarnos a nosotros mismos. Cada uno de vosotros agrade a su prójimo en lo que es bueno, para edificación. Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo” (Romanos 15:1-3). El hecho es que aun algunos siervos de Dios que tratan de ser “amorosos” como Jesús y hacen un esfuerzo especial para evadir el conflicto, hallan que cuando predicán y viven la verdad, inadvertidamente alborotan el avispero, porque la gente piensa que son tan “severos” como Pablo.

Consideremos también la manera en que Pablo les advirtió que no debían exagerar la disciplina.

Le basta a tal persona esta reprensión hecha por muchos; así que, al contrario, vosotros más bien debéis perdonarle y consolarle, para que no sea consumido de demasiada tristeza. Por lo cual os ruego que confirméis el amor para con él . . . y al que vosotros perdonáis, yo también.

2 Corintios 2: 6-10³

El podía confiar en el criterio de ellos en ese asunto, porque sabía lo que había ocurrido en sus corazones. Por tanto escribe:

Ahora me gozo, no porque hayáis sido contristados, sino porque fuisteis contristados para arrepentimiento; porque habéis sido contristados según Dios, para que ninguna pérdida padecieseis por nuestra parte . . . Porque he aquí, esto mismo de que hayáis sido contristados según Dios, ¿qué solicitud produjo en vosotros, qué defensa, qué indignación, qué temor, qué ardiente afecto, qué celo, y qué vindicación! En todo os habéis mostrado limpios en el asunto.

2 Corintios 7:9, 11

Debido a que ellos habían perdonado, Pablo percibió que ya tenían discernimiento. Si el asunto se dejaba demasiado tiempo, Satanás podría hacer más de lo necesario. Pudiera meterse la desesperación irreversible. No hay que permitir que Satanás logre una ventaja innecesaria (2 Corintios 2:11).

Tal vez usted recuerde el caso de Juan, que narramos en el capítulo 6 de esta obra. Le pregunté a él cómo había respondido cuando los ancianos acudieron a hablar con él y a invitarlo para que volviera al compañerismo.

— Tuve que decirles: “No sé si realmente he cambiado. No estoy seguro de que por dentro me siento diferente.”

— ¿Pero usted había cambiado? — le pregunté.

Los ojos de Juan brillaron.

— He aprendido mucho. Era increíble. Aprendí muchas cosas nuevas acerca de Dios . . .

Se llenaron de lágrimas sus ojos.

La disciplina extrema no siempre funciona. No la aplicamos porque funciona. La aplicamos porque Cristo nos enseña que la pongamos en práctica y tratamos de hacer eso de la manera que El nos enseñó y con el Espíritu y los objetivos que El nos dio. Pero, gracias a Dios, con frecuencia funciona. Nos costará amor y dolor. Pero cuando veamos los frutos, lloraremos de gozo y levantaremos nuestro corazón para adorar a Aquel que pasó por el dolor y la muerte para reconciliarnos con El.

Tercera parte

Consideraciones prácticas

10

Reconsideración de los tres pasos

El pecado sale a la luz de muchas maneras. Cada vez que ocurre siempre hay un primer paso que se debe dar para corregir las cosas.

— ¿Te parece bien si te pido un consejo? Es con respecto a Juana Hernández — le consulta Pedro a María Ester —. Me repugna decirte esto, pero . . .

El mandamiento de Cristo (recuerde Mateo 18:15) exige que vayamos al que ha pecado tan pronto como sepamos que ha pecado. Es el primer paso. Tenemos que ir solos. Vamos sin consultar con nadie. Al principio sólo el asunto queda entre los dos. En la práctica caemos muy mal con respecto a esto. Cuando Pedro le pide consejo a María Ester con respecto a Juana Hernández, tal vez ya haya pedido la misma ayuda a otras dos personas. Por lo menos cuatro personas saben lo relativo a la mala conducta de Juana. El proceso del chisme ya está marchando bien.

¿Qué debe hacer María Ester? Ella debe llevar a Pedro al primer paso.

— ¿Has ido a hablar con ella, Pedro? ¿No has ido? Entonces mi consejo es que vayas y hables ahora mismo.

En este capítulo, hasta cierto punto, repasaremos lo que di-

jimos en el capítulo 8 de este libro, pero en este caso la repetición hace muy poco daño. Necesitamos recalcar algunos puntos.

Primer paso

— Pastor, me pregunto si usted quiere hablar con . . .

Los pastores sabios aprenden la lección rápidamente.

— Lamento mucho lo que ella hizo, Bárbara. Sí, tienes razón, el hecho es ciertamente serio. ¿Pero has hablado con ella sobre esto? ¿No has hablado? ¿Pensaste que yo debía abordarla al respecto? No, mi estimada hermana. Eso puede ocurrir más tarde. Pero Jesús dijo claramente . . . Te llamaré con respecto a esto más tarde.

Mi madre tenía una buena técnica. Mientras la vecina de al lado le llenaba los oídos con las últimas iniquidades que había cometido la mujer que vivía en el otro lado de la vía, mi madre la tomaba bondadosamente por el brazo y le decía:

— Vamos, cariño. Vamos a hablarle a ella acerca de eso . . .

Nos referimos a las muchas variedades del chisme, tanto en el mundo como en las iglesias. No siempre es malicioso el chisme. Pero es multifacético. Puede venir como una petición santurróna de oración o como una confesión a medias con respecto a una relación que hubo con alguien, que me molesta. Las sutilezas son interminables. Sin que yo supiera, una vez un grupo pasó varias semanas orando con respecto a pecados de los cuales ellos pensaban que yo era culpable. Se había chismeadado de mí en oración, me habían juzgado en oración y me habían condenado en oración mucho tiempo antes de que alguien se acercara a mí. Hay muchas maneras de evadir el sencillo mandamiento de Jesús, sustituyéndolo por una forma de chisme preliminar. Pero con todas esas formas, evadimos nuestro deber cristiano.

En el capítulo 8 de este libro recomendamos que no se debe pedir consejos de otros antes de confrontar al ofensor. Tal vez debiéramos modificar nuestra posición. El consejo puede ser útil. Pero no es necesario dar nombres cuando usted pide consejo. En realidad, no debe haber claves ni indicios.

Chismeeamos por muchas razones: por malicia o porque nos sentimos poderosos; pero algunas veces porque tenemos temor a la confrontación. Le tenemos temor a la animosidad que

pudiéramos encontrar o al argumento imaginario que pudiéramos perder. Tememos quedar como tontos. Hemos repasado el asunto en nuestra cabeza una docena de veces y parece que no hay una manera de tratar el asunto que no sea dolorosa. Deseamos apoyo. Deseamos que alguien comprenda nuestra posición.

¿Comprende usted nuestra posición? ¿No es ese el meollo de la dificultad? Tan pronto como hemos comenzado a buscar la comprensión de alguien, ya hemos adoptado la perspectiva incorrecta. La meta principal ya no es la de restablecer la relación quebrantada. En realidad, tal vez nunca haya habido una relación que se quebrantó. Así que, antes de estar listos para dar el primer paso, tenemos que hacer alguna confesión. Tenemos que pedir algo de auxilio divino para quitar la viga que se nos ha alojado (con milagrosa carencia de dolor) en el ojo.

“Señor, necesito tu ayuda. Yo creía que amaba a Juan, pero tal vez no lo amo. Siento repugnancia cuando pienso en hablar con él sobre este asunto; me da ira cuando pienso en lo que hizo. No puedo mantener una conversación con él sobre este asunto. Me vienen fantasías con respecto a lo que voy a decir, y luego con lo que él va a decir. Y antes de comprender lo que ocurre, mis pensamientos se vuelven horribles. ¿Qué puedo hacer al respecto?” La respuesta pudiera ser la siguiente: “Tal vez puedas decirle lo que sientes, puedes amarlo más de lo que piensas. En todo caso, yo lo amo, y tengo suficiente amor para nosotros los tres. Yo iré contigo.”

Por su Espíritu, El estará presente. Hablarle a Juan implicará hablarle acerca de usted mismo y también acerca de él. Puede significar que usted tenga que admitir que ha estado disgustado con él y que aun está luchando internamente. Trate de recordar que usted tal vez no comprende las cosas claramente. Deje una puerta abierta.

— Juan, cuando tú dijiste que no importaba . . . pensé, y todavía pienso que quisiste decir que no te importaba lo que me ocurriera a mí. ¿Estaba equivocado?

El asunto puede ser mucho más serio, pero los principios son los mismos.

1. Tenga una actitud sincera delante de Dios con respecto a su lucha.

2. Admita ante su hermano que tiene una lucha, y pídale que le ayude.
3. Recuerde que usted pudiera no entender las cosas correctamente. Usted pudiera haber estado susceptible o paranoico y pudo haber deformado el cuadro.
4. No ande con rodeos, vaya al grano.
5. Asegúrese de que su reconciliación sea su primera meta (aunque no la única).

¿Excepciones de la regla?

Insistimos en que la regla que se refiere a que debemos ir primero al alegado ofensor nunca debe quebrantarse. Las dificultades surgen cuando está implicado al pecado sexual.

Primer caso. Nicolás (no es su nombre real) era uno de los varios líderes de una iglesia que funcionaba en una casa. Un día fue atraído a un juego sexual con una mujer en cuyo hogar entró. Durante una segunda visita, él se resistió a los intentos de ella por seducirlo, pero ella lo siguió hasta el automóvil donde se “comprometieron un poco”. Mientras él se marchaba en su auto, llegó el esposo de la mujer y tomó nota del número de la placa del vehículo del hombre. Mediante una artimaña, obtuvo el número telefónico de Nicolás y llamó a su esposa. Le dio instrucciones para que le dijera a Nicolás: “Manténgase alejado de mi esposa.”

La esposa de Nicolás le habló a su esposo con respecto a la llamada telefónica, pero él negó firmemente lo que había ocurrido. ¿Qué debía hacer ella? Ella había tratado el asunto con su esposo, pero estaba lejos de sentirse satisfecha con la respuesta. Así que llamó a los ancianos de la iglesia.

Los ancianos lo confrontaron en presencia de su esposa. Inicialmente él se aferró a su negación, pero posteriormente admitió lo que había ocurrido. Los ancianos pudieron discutir detalladamente con él la deshonestidad que implicaba ese hecho, la cuestión de la confianza dentro del matrimonio y las posibles consecuencias que habría habido si el incidente no hubiera salido a la luz. Mientras el grupo continuaba hablando, se hizo evidente que se necesitaba asesoramiento por parte de uno de los consejeros de la iglesia. El asunto no se discutió en público. La pareja convino en recibir asesoramiento, y a Nicolás se le suspendió como líder en la iglesia.

Segundo caso. Carlos, un cristiano adulto, líder natural y ganador de almas (pero que no tenía una posición oficial en la iglesia) recientemente había llevado a una mujer miembro de la iglesia, recién convertida, en un viaje de fin de semana. Durante el viaje trató de seducirla, pero no pudo. La mujer le dijo eso a otra joven de la iglesia y ambas hicieron el plan de enfrentarse a él. Sin embargo, primero decidieron consultar con los ancianos de la iglesia.

Los ancianos decidieron que uno de ellos debiera acercarse al hombre, tratar de convencerlo del daño que había hecho a una joven recién convertida y hacer que estuviera consciente del asombro y el sentimiento de dolor que experimentaban los ancianos. El anciano pensó que el asunto debiera presentarse a la iglesia como un todo, puesto que él veía a Carlos como una amenaza para el grupo. Se decidió que tal medida no era necesaria.

Al confrontarlo, Carlos admitió francamente su error y pidió disculpas completas. De igual manera expresó su arrepentimiento y presentó disculpas a la muchacha. Reconoció que él había estado funcionando con demasiada “autonomía”, y necesitaba ser más franco particularmente con los demás hombres de la fraternidad. Aceptó la recomendación de participar más en un grupo familiar.

¿Qué podemos aprender? En primer lugar, se había cometido una maldad y existía un estado de alejamiento. La muchacha tenía temor de tener con él un segundo encuentro en privado, que estaría cargado de peligros para ambos. Tal vez pudieran haberse encontrado en un lugar público, pero el que la muchacha confió en su amiga puede entenderse fácilmente.

En segundo lugar, tal vez se deba discutir si el anciano que trató el asunto con Carlos ha debido de llevar a la muchacha consigo.

Por último, aunque muchas personas compartirían las dudas del anciano, quien consideraba que Carlos era una amenaza para la iglesia, pensamos que la decisión de no publicar ese problema fue correcta. Sin embargo, la decisión implicaba discernimiento espiritual en cuanto a la realidad del arrepentimiento de Carlos. Opinamos que es posible tomar decisiones de esa índole sin correr riesgos y que durante mucho tiempo

las iglesias han estado motivadas en sus decisiones por el temor y la necesidad de proteger su reputación. Todavía más común es el hecho de que las iglesias rehúyen el problema, al no tomar ninguna decisión.

El corazón engañoso

Todos tenemos corazón engañoso. Todos somos en algún momento su víctima. Podemos decir que estamos actuando por amor, que nuestro motivo es la reconciliación. Realmente podemos creer eso, cuando en lo profundo de nuestro ser lo que realmente necesitamos es vindicarnos a nosotros mismos, castigar a alguna otra persona, aun vengarnos de supuestas ofensas.

Ken Blue y yo hemos visto tanto eso que no podríamos ser ingenuos con respecto a la facilidad con que cada problema se ha de resolver. Pero si sinceramente queremos la iluminación del Espíritu Santo, la tendremos. Lo que importa es que la queramos suficientemente para soportar su escudriñamiento, su determinación de quitar las vigas que están en nuestros ojos a fin de que veamos claramente para que podamos tratar las faltas de otras personas. En la disciplina correctiva de la iglesia el motivo es sumamente importante. Debemos ir como reconciliadores reconciliados, nuevamente purificados y reconciliados de nuevo.

Cuando se trata de motivos, me he engañado al acercarme a alguna persona (aunque el engaño más común que he tenido se relaciona con las razones que tengo para evitar una confrontación). También he experimentado el dolor de ser atacado en el nombre del amor, cuando mi acusador, hasta donde pude juzgar, estaba engañado.

Recientemente recibí una carta de un hombre que me acusaba de “pecar contra” él. Habíamos tenido (según lo que recuerdo) uno o dos encuentros dolorosos, los cuales según mi conocimiento, habían sido satisfactoriamente resueltos.

El único pecado que yo podía recordar era que no lo había visitado cuando yo había estado brevemente en su comunidad. La razón de mi descuido pudo haber sido cierto temor a tener más desagrado. Le escribí una carta para disculparme por mi falta de cortesía.

El me contestó mediante una carta certificada y con entrega

especial. Dentro del sobre había dos páginas de apretado manuscrito que se pudieran resumir como sigue:

1. La carta había sido escrita por amor para salvar mi alma de las llamadas del infierno. El corazón del hombre “se había vuelto hacia Dios” con dolor por mí.
2. La carta decía que yo simulaba no saber cuál era mi pecado real, a causa de que yo estaba engañado internamente. (Sin embargo, el “pecado” y los “pecados” no estaban especificados en la carta.)
3. El Espíritu Santo me había abandonado y yo estaba bajo el control de Satanás.
4. A menos que yo acudiera a visitarlo “en concordancia con Mateo 18:15”, y en obediencia a Mateo 5:22, 23, su carta sería “la última comunicación que me enviaría aquí en la tierra”.
5. La carta estaba firmada con la siguiente declaración: “En el amor de Jesucristo.”

Yo pudiera estar equivocado (fui a visitarlo), pero pienso que el hombre estaba engañado con respecto a su amor. Alguno de nosotros estaba engañado. La lección principal que aprendí es que necesitamos la sabiduría de otras personas. He aquí el valor de los testigos. Sugerí eso, pero mi amigo se opuso vigorosamente a tal idea.

Ese ejemplo es extremo. Puede ayudarnos a entender el Espíritu que inspiró la Inquisición, el mismo Espíritu que también hizo que Zwinglio estimulara a las autoridades civiles para que mataran a los anabaptistas. También puede ayudarnos a entender por qué a través de la historia, la disciplina de la iglesia algunas veces ha sido muy destructiva en vez de ser sanadora y restauradora.

Sin embargo, ¿es eso muy raro? ¿No estamos todos, aunque seamos cristianos, sujetos a semejantes pasiones? ¿No debiera esto servirnos como una advertencia con respecto a la facilidad con que pueden extraviarnos nuestra frustración y nuestro corazón engañoso? Porque debemos tener el cuidado de no llegar a la conclusión de que el autor de la carta era extraordinariamente malo. Creo que él amaba realmente a Cristo. Al fin y al cabo, como ya lo mencionamos, ¿no fue indulgente Bernardo de Clairveaux en similares iras y persecuciones?

Ese hermano probablemente no había percibido su propio corazón. Profesaba que no podía discernir lo malo en mí. Pero eso no es prudente. Las acciones son una cosa. La motivación interna es otra. Muchos psiquiatras y psicólogos dirían que él estaba proyectando actitudes que él mismo albergaba hacía la persona acusada, actitudes que habían logrado dominar su conciencia, y la habían cegado con respecto a los motivos reales.

¿Negación del pecado o conflicto de personalidad?

En el capítulo 8 de esta obra no estudiamos la manera de proceder cuando la confrontación no resulta satisfactoria, es decir, cuando la comunión no se restaura, cuando los asuntos, en vez de mejorar, realmente empeoran, o cuando parece que hay un remiendo superficial que no produce la verdadera reconciliación.

Por una parte, hay el peligro de seguir de manera legalista los pasos: uno, dos, tres. Uno, yo vine y tú no me prestaste atención; así que ahora voy a buscar mis testigos. Dos, vinimos y no nos prestaste atención; así que ahora procederé con el caso número tres. Por otra parte, hay un peligro igual por inclinarnos tanto hacia atrás por lograr la paz a cualquier precio, y olvidamos que la reconciliación tiene su costo. Al pecado, en caso de que lo haya, hay que hacerle frente. La reconciliación piadosa siempre se basa en la cancelación del pecado.

¿Pero nos interesa lo que se relaciona con el pecado? ¿O es asunto de sentimientos heridos y malos entendimientos? Con frecuencia, el asunto se aclara muy pronto, aun cuando el problema se refiere a personalidades incompatibles, y no a lo que normalmente llamamos pecado, aunque el enfoque sea un poco fuerte.

Hace algunos años en Bolivia, mi esposa descubrió que un misionero la irritaba. Un día le dijo:

— Luis, por alguna razón no te puedo aguantar.

— Bueno — le contestó Luis —, eso es extraño. Yo pienso lo mismo con respecto a ti.

Unos minutos después, cuando pasé por el lugar donde estaban ellos, los vi arrodillados confesando a Dios su mutuo resentimiento y desde aquel día en adelante llegaron a ser los

más cordiales amigos. Es lástima que las cosas no se puedan resolver siempre de la manera más sencilla.

Pudiéramos decir, por supuesto, que la solución en ese caso estuvo en la sinceridad que mostraron los dos. Pero la sinceridad es un arma de doble filo. Puede ser una daga que hiere muy fácilmente como un cuchillo corta las irritaciones enmarañadas. Una vez, mientras daba una charla a un grupo familiar sobre Mateo 18:15, una joven expresó públicamente la amargura que había sentido contra otros miembros del grupo durante varias semanas. La reconciliación no se produjo.

Sin duda alguna, el pecado está siempre presente en los choques de personalidad y en las irritaciones mutuas. Tan pronto como comenzamos a pensar en la disciplina correctiva de la iglesia, podemos comenzar a tomarnos en serio a nosotros mismos (y no al pecado en sí). Un método más sencillo pudiera ser mejor:

“Juanita, parece que nosotros no nos llevamos bien. Algunas veces pienso que tú tienes la culpa, pero entiendo que algunas veces yo también te pongo nerviosa. ¿Piensas que podemos solucionar eso? Tal vez tengamos que trabajar sobre el asunto, ¿pero pudiéramos comenzar a orar con respecto a eso?” Idealmente el encuentro debe ser cara a cara. Cartas, documentos, llamadas telefónicas, mantienen a la otra persona a distancia. Así evitamos ser completamente vulnerables.

Nos gustaría dar una forma mágica. Podemos decir lo que es obvio: que los dos necesitan estar abiertos al Espíritu Santo; pero con frecuencia no hay una solución sencilla, que no sea el reconocimiento de que, si alguien se pone nervioso, yo también tengo que tener un problema. Conocí a un misionero que solía hablar acerca de los “santos perfeccionadores” que hay entre nosotros. Tal vez su exégesis no haya sido sólida, pero él tenía algo en mente. El pensaba que ciertos cristianos irritantes eran enviados por Dios para estar cerca de nosotros con el fin de que actuaran como lija para que limaran nuestras aristas. Ellos habían sido puestos para la “perfección de los santos”.

Necesitamos sabiduría para distinguir entre la irritación que surge a causa de los rasgos de nuestra personalidad, de las diferencias culturales y sociales de nuestros hermanos (al fin

y al cabo, tal vez la viga que está en nuestros ojos en realidad irrita) y del pecado que hay en sus vidas. Las distinciones no siempre son claras.

El pecado irresoluto

Pero supongamos que usted está tratando con un hermano del cual sospecha que hurta, causa divisiones por medio de la mentira, no es bondadoso, practica el chisme malicioso y así por el estilo. Usted aprecia a la persona y se siente atribulado por ella. Tal vez la persona sea un individuo que usted mismo ha conducido a los pies de Cristo, lo cual haría el asunto más fácil en un sentido, y más difícil en otro. Usted presenta su punto de vista sobre el asunto, que por supuesto se vuelve irritante. Su amigo se enoja, se defiende, muestra resentimiento y hasta le dice a usted que se preocupe por sus propias cosas.

El enojo, el resentimiento y el espíritu defensivo son reacciones comunes (aunque carnales) a las cuales estamos sujetos todos. Son aquellas clases de reacciones ante las cuales Dios respondió constantemente con paciencia y resignación, tanto a través de la historia bíblica como en nuestra vida. Y lo que Dios nos ha dado, nosotros debemos darlo a nuestros hermanos.

Por lo tanto, nuestra primera respuesta debe ser tan paciente como sea posible. Tenemos que hacer todo lo que podamos para evitar meternos en una batalla verbal, hacer toda clase de concesión con respecto a resentimientos y espíritu defensivo. Lo peor que se puede decir es: “¡Ahora te estás airando con respecto a ello!” O decir: “No hay necesidad de que te resientas tanto. Yo vine con amor y ésta es la manera . . .” Y así sucesivamente.

Cuando surge el tema que se expresa con palabras: “Preocúpate de tus asuntos”, usted tiene que señalar de una manera bondadosa, pero firme, que ese es un asunto suyo. Si usted va a ser útil, necesitará saber la verdad. La necesidad de que usted sepa la verdad surge porque la persona a quien usted se dirige es un hermano en Cristo. Y los hermanos en Cristo deben sobrellevar los unos las cargas espirituales de los otros, como también ser responsables de su beneficio físico.

Si la persona lo acusa de no ser mejor que él, admita eso

sin reservas. Usted no se ha acercado a Jaime porque usted es mejor que él. Si las posiciones fueran contrarias, usted esperarí­a que Jaime hiciera por usted lo que usted está tratando de hacer a favor de él.

Así que, tóme­se su tiempo. Haga concesiones. Y sobre todo, ayude a Jaime para que hable lo más que pueda. Hágale, manifestándose genuinamente interesado y comprensivo de los sentimientos de él. Hay una posibilidad de que, tan pronto como pueda hablar, llegue a una mejor condición mental, y esté mejor capacitado para admitir sus faltas.

El arte de oír es decisivo. Resístase el anhelo de ganar las discusiones. Oiga con la intención de comprender. Hágale entender, mediante su silencio y la simpatía con las necesidades de él, que usted se acerca a él como un amigo, y no como un enemigo. Los silencios y los gemidos de comprensión comunican el amor mucho mejor que las piadosas protestas. Por lo general, cuando entiende lo genuino de su amor, se le quebrantar­á la resistencia y quedará en libertad de deshacerse del pecado. Su conciencia había estado trabajando todo el tiempo. El Espíritu Santo se había encargado de eso. Lo que necesitaba era un oyente comprensivo.

De ese modo, muy bien puede usted ganar a su hermano. Lo habrá ganado sin necesidad de los pasos segundo y tercero. En realidad, tal vez sea necesario alguna limpieza posterior en la forma de confesiones, solicitud de disculpa y restituciones a otras personas. Pero lo que queremos dar a entender es que no hay necesidad de proseguir al segundo paso, por el simple hecho que el primero resulte difícil. Usted debe estar preparado para entrevistarse con Jaime varias veces si es necesario.

Segundo paso

Pero Jesús previó claramente que el éxito no siempre acompañaría al primer paso. Por más que se tenga la mejor voluntad del mundo, las cosas marchan mal. Los corazones tercos se niegan a rendirse. Las negaciones, las mentiras y la rebelión pueden resistir el amoroso proceso de reconciliación. ¿No es eso típico de los tratos de Dios con su pueblo?

Así que llamamos a los testigos. ¿Quiénes son? En algunos casos, la selección sería realmente obvia. Tal vez se hayan mencionado nombres. “Fulano de tal es testigo de que dije

esto, o estuvo en tal lugar en tal noche.” Debe estar presente por lo menos una persona del mismo sexo de la persona acusada. Una mujer que sea acusada de pecado sexual no debe enfrentarse a un grupo de testigos varones. Otros testigos pudieran ser cristianos prudentes y piadosos cuya confiabilidad y sabiduría hayan sido probadas a través de los años de fidelidad. Los pastores (¡pobres sobrecargados pastores!) pudieran ser o no ser necesarios. Con frecuencia ellos pueden aprovechar el hecho de no tomar parte en las disputas. En cualquier caso, pueden desempeñar un papel más importante posteriormente.

Ahora bien, la meta que se tiene en el acercamiento al ofensor junto con los testigos será la misma que motivó el primer acercamiento. No hemos salido a atacar al pecador, sino a rescatarlo. La meta es la misericordia, no la condenación. Pero esa administración de misericordia se hará basada en la verdad y en la confesión del pecado, en caso de que haya habido pecado. (Recordemos que el acusador pudiera estar equivocado.) Pero si queda claramente determinado que hay pecado, hay que enfrentarlo.

La simplicidad y la claridad del lenguaje son recursos más bondadosos que los elaborados intentos de manifestación de bondad, en los cuales las personas se van por las ramas. Recuerde que es probable que el acusado se sienta atacado por el grupo. Las heridas limpias sanan más rápidamente que los repetidos rasguños desmañados. El amigo original pudiera comenzar diciendo algo como lo que sigue: “Jaime y yo tenemos un problema. Sospecho que él ha estado tomando dinero del platillo de las ofrendas para sí mismo. El dice que no ha hecho eso. Me gustaría aceptar su palabra porque hemos sido muy amigos. El problema está en que los dos tenemos acceso a los platillos de las ofrendas, y los totales no cuadran con los montos que aparecen escritos en la parte externa de los sobres. Tal vez ustedes, hermanos, puedan ayudarnos a resolver este asunto.”

Se espera que en ese momento alguno diga: “Bien, Jaime, oigamos el otro lado de la historia.” Y de ahí en adelante tiene que prevalecer la misma paciencia, el mismo deseo de comprender tanto a Jaime como a su acusador. Tal vez también se

necesite la reprensión y la severidad, pero la verdad también puede salir a la luz sin disputas.

En un sentido, los testigos son en parte jueces y en parte defensores. La verdad tiene que descubrirse, ¿pero cuál es la verdad? ¿Pudiera haber alguna otra razón de la discrepancia? ¿Pudieran darse algunos pasos prácticos para averiguar algunas otras hipótesis? Pero si todos los intentos para ayudar conducen inevitablemente a la conclusión de que Jaime ha estado robando, entonces lo que hay que hacer es buscar la manera de ayudar a Jaime para que llegue a una genuina sinceridad consigo mismo y con el grupo. Y si esto también falla, la única alternativa puede ser el tercer paso.

Tercer paso

Este consiste en llevar el asunto ante la iglesia local. Recordemos que este debe ser un proceso purificador para la iglesia y para el pecador. En realidad, y aquí empleamos esta palabra con sobriedad, “toda la condenación” pudiera desatarse en este punto. En capítulos anteriores hemos visto cómo se debe proceder con respecto a las malas actitudes dentro de la iglesia. ¿Debe el pecador estar presente? Su presencia no sólo sería útil, sino sería para el mejor interés de todos (incluso el pecador). En el capítulo que sigue, echaremos una mirada detallada a la historia de José. Los ancianos le pidieron que confesara sus pecados ante la congregación con la cual estaba vinculado. José pudo haberse negado, pero en vez de eso, decidió aceptar la idea. Se produjeron resultados dolorosos, pero finalmente beneficiosos. Si José no hubiera aceptado la sugerencia de los ancianos, ellos mismos hubieran tenido que declarar los pecados de él. Ellos y las personas que ayudaron en el asesoramiento de José hubieran tenido que aclarar todas las cosas. El resultado hubiera aclarado la atmósfera de una manera menos satisfactoria que la confesión franca de José.

Pero los pecadores pueden negarse, y la iglesia no tiene mandatos de obligarlos. El hecho de negarse a estar presente constituiría el rechazamiento del pecador a los esfuerzos de reconciliación de la iglesia. Al fin los líderes tal vez tengan que hacer una sencilla declaración, solicitar el testimonio de los que hayan participado en el caso, para que respondan preguntas y luego dejar que la iglesia decida. Pero la decisión de

la mayoría puede (como lo señala Roland Allen) producir la restauración del pecador.

Por causa del temor a los problemas, muchos líderes eclesiásticos toman muchísimas medidas con el propósito de evitar la acción de llevar al pecador que se resiste ante la congregación como un todo. Ellos omiten el tercer paso. Rudy, el nuevo pastor asistente de una comunidad eclesiástica de Nueva Jersey, hace poco presidió una ceremonia matrimonial para una pareja de edad mediana, Doris y Cheo (un diácono). Casi inmediatamente otra mujer, Tere, se acercó al pastor asistente y dijo que ella había tratado de disuadir a la pareja para que no se casara, porque el matrimonio de ellos significaba la legalización de una antigua relación bigama.

Al investigar esos hechos, Rudy descubrió que Cheo estaba recién divorciado y durante muchos años había trabajado en un pueblo que estaba a trescientos kilómetros de distancia; pasaba los fines de semana con su primera esposa, pero vivía durante la semana con la mujer con la cual después se casó. Cuando lo transfirieron al pueblo donde pasaba los fines de semana, muy pronto se divorció de la esposa con la cual estaba los fines de semana.

Rudy quiso a la vez absolver su complicidad en lo que él consideraba como pecado, y ayudar a Cheo y a Doris para que comprendieran lo que habían hecho y se arrepintieran. El no estaba claro con respecto al curso apropiado que debía seguir la pareja, pero pensaba que el asunto no podía quedar sin resolverse.

Se acercó a ellos junto con su informante, pero fue echado de la casa de la pareja y se le dijo que se preocupara de sus propios asuntos.

Luego se acercó a Arturo, el pastor principal, quien alarmado le dijo que ni él (el pastor principal) ni la iglesia se meterían en ese asunto por nada del mundo. En ese punto, ¿cuál era la responsabilidad de Rudy? ¿Debía dejar el asunto o hacer algo más? Si tenía el deber de hacer algo más, ¿cuál debía ser tal acción? Distintas personas dan diferentes soluciones por diversas razones. En nuestra opinión, Rudy no podía moralmente olvidar el asunto. Tan pronto como se acercó a Arturo, estaba enfrentando un problema doble. El pecado en la iglesia se

agravaba y era detestable a causa de la cobarde negligencia del pastor principal. Aunque Rudy hiciera mal con desafiar la autoridad de su jefe, tenía que llamarle la atención a Arturo con respecto a esa falta. Con mucha esperanza, Rudy le rogó, en vez de reprenderlo, y trató de buscar la reconciliación con el pastor principal sobre un asunto que ambos sentían profundamente, pero en el cual no estaban de acuerdo.

Si no se podía lograr la reconciliación, Rudy tenía el deber de traer a otras personas para tratar de convencer a Arturo con respecto a su error. La más obvia fuente de ayuda a tal iglesia sería la junta directiva. Sin embargo, algunos pastores principales más experimentados en los procedimientos de la iglesia, y menos idealistas que los más jóvenes, pueden superarlos en maniobras. Y muchas juntas directivas de iglesias están compuestas por personas que instintivamente toman partidos por otras razones que no son de hacer frente al pecado y producir una piadosa reconciliación. Si no se produce la reconciliación mediante ese paso, creemos que el pastor asistente debiera considerar seriamente la posibilidad de renunciar a su puesto en la iglesia, a causa de su posición de liderazgo.

Es imposible prescribir un curso ideal para cada situación. Las constituciones de las iglesias y los reglamentos no siempre conducen a la disciplina bíblica. Pero debe hacerse todo esfuerzo para seguir la acción correctiva hasta completarla.

Surgen otras cuestiones relacionadas con el tercer paso. ¿Qué es toda la iglesia? Cuando Jesús les dijo a los discípulos que les dijeran a la iglesia este asunto, ¿implicaba sus palabras que se presentara el asunto ante una congregación de cinco miembros?

Dos principios que deben tenerse en mente están relacionados con el chisme y la pureza de la iglesia. Debemos evitar el chisme y tenemos que promover la pureza de la iglesia. Esos dos factores están íntimamente relacionados. Donde ya están chismeando los miembros de la iglesia, una clara afirmación de la verdad puede hacer mucho para quitarle el sabor al chisme, particularmente una declaración que tenga tales palabras que puedan reprender al chisme farisaico. La impureza de la iglesia con frecuencia consiste en actitudes de crítica y espíritu de división que andan en chisme entre los miembros

de la iglesia. Pero donde los miembros de la iglesia no tienen conocimiento de un asunto disciplinario, y ni siquiera conocen a las personas que están implicadas en el caso, si se anuncia el problema, lo que hacemos es darle una oportunidad al chisme.

Las iglesias del primer siglo en su mayoría eran grupos que se reunían en las casas. El número de miembros era probablemente pequeño, si lo comparamos con las normas modernas. Las personas casi siempre se conocían bien. Así que la iglesia a la cual se refirió Jesús era una pequeña unidad donde todos probablemente se conocían de todos modos. En tal ambiente, un asunto disciplinario que es resistido por parte del ofensor, en realidad es conocido por la comunidad. Por tanto, parece mejor entender que cuando Cristo dijo “la iglesia”, se refería a un subgrupo particular con el cual se relaciona más el ofensor, si existe tal grupo. Eso evitaría exponer al ofensor a una necesaria humillación.

Otro problema se refiere a la responsabilidad del cristiano hacia el amigo que peca y pertenece a otra iglesia. ¿Tiene uno derecho de disciplinar a un hermano que no pertenece a su iglesia, que pertenece por así decirlo, a otra jurisdicción? Sin embargo, la jurisdicción no siempre es importante. Una vez encontré a dos hombres que luchaban contra las llamas en su camión en una carretera solitaria equidistante de dos municipalidades. Cuando llamé por teléfono a la policía de ambas, me dijeron que ese lugar no “pertenece a su jurisdicción”. La posición de los dos hombres que trataban de impedir la explosión no les parecía importante.

La enseñanza de la parábola del buen samaritano es que debemos ser prójimos de cualquiera que podamos, hacer el bien donde sea posible, sanar a cualquiera que encontremos herido, hacer volver a los pecadores del error de su camino, y sobre todo ser conciliadores o pacificadores. Sin embargo, si la persona que queremos ayudar no quiere la ayuda, es claro que las cuestiones de jurisdicción llegan a ser más importantes.

El segundo paso y el tercero se relacionan con su iglesia. La ayuda de esa clase debe buscarse en ese ambiente. Y si la iglesia se niega a responder, entonces a nuestro juicio, el asunto de proseguir con los otros pasos disciplinarios debe ponerse a un lado.

Pastores y consejeros

Otro problema se relaciona con el carácter secreto del asunto. La reserva es la “norma”, no sólo para las personas que se identifican como consejeros cristianos, sino para todo cristiano. Pero llega el punto que la reserva derrota los objetivos del consejero y, además, estorba el mayor bien de la disciplina de la iglesia. Cuando los consejeros tienen en mente los mejores intereses de su cliente, y dejan de pensar en su “relación con” el cliente (la cual a menudo se reduce a la necesidad neurótica y pecaminosa del consejero de que el cliente continúe satisfecho con él), comprenderán que esto es así. Los consejeros piadosos y experimentados aclaran esos asuntos en el momento apropiado de su trabajo de consejería. En sus primeras discusiones con sus clientes, deben explicar que hay cierta clase de información que no se debe mantener confidencialmente, como ocurre en el caso de que el bien de la comunidad está por encima de la vida privada del individuo. De otra manera el secreto llega a ser complicidad con el pecado. Eso no representa el pensamiento cristiano sino el humanista.

Lo único que falta, como ya lo mencionamos en los capítulos 8 y 9 de este libro, es la terrible sentencia que ha de pronunciarse. Lo único que recordamos de manera urgente es que se mantenga en contacto redentor con el pecador.

Pero se pudiera hacer la pregunta: ¿Cuál ha sido el papel del pastor, de los ancianos, de los diáconos en todo esto? Al comienzo de este capítulo indicamos que en el primer paso, el papel del pastor era de tipo educativo. Su deber era el de enseñar a una mujer que expresó chismes por teléfono, que ella tenía una responsabilidad que cumplir, que tendría que preocuparse de cumplirla. Obviamente, cuando el asunto llega a la iglesia como un todo, el liderazgo sabrá lo que está ocurriendo, aunque no haya tomado parte en el segundo paso.

Aquí es importante el papel de los maestros, guías y moderadores. Por lo regular, tales reuniones no son delicadas ni agradables. Ni debemos tener la meta de que tengan esas características. Pueden ser silenciosas pero cargadas de hostilidades. Por lo general, como ya lo hemos indicado, las actitudes entre los miembros han comenzado a formarse, y si la indiscreción ha impedido que se formen antes de la reunión, cier-

tamente se formarán en el transcurso de ella. Los miembros que tengan fuertes sentimientos deben ser exhortados a que expresen sus opiniones y hagan preguntas, pero que lo hagan de manera constructiva y no con amargura. El papel del líder espiritual será igual al de Pablo en 1 Corintios, el de enseñar e instruir a la congregación con respecto a sus actitudes, sus deberes y en los asuntos fundamentales de lo que está ocurriendo.

¿Y a dónde va a parar la confianza? El tiempo para la reserva con respecto al asunto ha terminado. El hecho ha llegado a ser que el pecador ha rechazado la misericordia del pueblo de Dios. En cualquier caso, como ya lo dijimos claramente, no hay nada que mate con más eficacia al chisme que una discusión completa y franca de todos los hechos.

¿Es infalible la iglesia?

¿Pero qué ocurre si el ofensor es completamente inocente? ¿Qué pasa si una terrible farsa de la justicia es lo que se ha llevado a cabo? Eso ha ocurrido, y es lo que va a ocurrir en el futuro. No hay modo de garantizar que no ocurrirá; y cuanto menos experimentada esté la iglesia en esas cosas, tanto mayor es la posibilidad de que haya un fracaso de la justicia.

Suena frío decir que, sin correr tales riesgos, la disciplina correctiva no puede ocurrir. Hay la esperanza de que el acusado pueda esperar más ayuda y justicia que los que son juzgados en los tribunales civiles, y en los juzgados para el enjuiciamiento criminal, donde se carece comúnmente de la dirección del Espíritu. ¿Sin embargo, sería correcto eliminar los tribunales civiles y de enjuiciamiento criminal porque cometen errores? Está claro que no. Menos aún debemos retener el incalculable valor de la disciplina correctiva de la iglesia por temor a que cometamos un error. Lo único que podemos hacer es encomendarnos a Dios, cuya preocupación por el ofensor es mayor que la nuestra.

Es muy probable que esa experiencia no sea de aprendizaje para todos los que tengan que pagar un costo en dolor personal; pero el resultado final será más valioso, pues producirá una iglesia verdaderamente disciplinada. Eso hace que surja el asunto de la responsabilidad del liderazgo de la iglesia, que

estudiaremos de manera más completa en el capítulo 16 de este libro.

Otra iglesia

Los sucesos pueden forzar las cosas. Actualmente hay algo que ocurre con frecuencia. La persona que está en disciplina se siente descontenta y procura hacerse miembro de una congregación que congenie más con ella, cuyo pastor esté dispuesto a oír con simpatía y manifieste creciente indignación por lo que ha ocurrido. No hay nada más lisonjero para un pastor que ser consultado por una persona que se siente herida por haber sufrido en otra iglesia.

Algunas personas sostienen que esos cambios de iglesia hacen que la disciplina eclesial no tenga sentido. No pueden hacerla ineficaz. Aun si la hicieran, todavía sería nuestro deber obedecer a Jesucristo. Debemos hacer lo que el Señor de la iglesia nos manda. En cualquier caso, si definimos la disciplina de la iglesia como adiestramiento, veremos que tal adiestramiento incluso beneficia a los que lo aceptan y le sacan provecho.

¿Entonces qué debe suceder cuando una persona excomulgada cambia de iglesia o de una organización eclesiástica? El liderazgo de las dos iglesias debe hacer algún intento de reunirse, preferiblemente con el ofensor. Tal reunión puede resultar fructífera o infructífera. El mismo deseo amoroso de ayudar al ofensor, con una preocupación de reconciliación entre iglesias (y no sólo un intento de justificar la acción de la primera iglesia) son requisitos previos para llegar a una solución.

Asistí recientemente a una reunión en que los ancianos trataron de resolver un problema que los implicaba a ellos y a otra iglesia. Dos miembros de la iglesia de esos ancianos, Tomás y Yanet, mientras cumplían sus citas de enamorados, dormían juntos. Cuando el asunto salió a la luz, los ancianos trataron de buscar a la pareja para confrontarla y asesorarla. Pero Tomás se fue airado para otra parte del país. Allí asistió a una iglesia cuyo pastor, Guillermo, conocía a los ancianos de la anterior iglesia a la cual asistía. Tomás le contó a Guillermo su historia, recibió asesoramiento de él y fue aceptado en el compañerismo fraternal.

Yanet, por otra parte, aparentemente aceptó el consejo que le dieron los ancianos. Estuvo de acuerdo en romper la relación. Continuaron llegándole cartas de Tomás. Algunas de esas, que se hallaron después, contenían sugerencias lascivas para ella y hostilidad expresa y desprecio hacia el liderazgo de la iglesia de ella. Finalmente Yanet continuó el contacto con Tomás clandestinamente por correo y teléfono. Se unió a él y recibió asesoramiento junto con él por parte de Guillermo. Pronto se casaron.

Tan pronto como se casaron, regresaron a su ciudad de origen y solicitaron inscripción como miembros de su primera iglesia. Se les hizo el reclamo con respecto a las tácticas deshonestas, también como a las cartas de Tomás que habían expresado desprecio hacia el liderazgo. También había mentido calumniosamente (según las declaraciones de sus cartas) a Guillermo, quien (según las mismas cartas), había aceptado las declaraciones y el punto de vista de él. Los ancianos sólo le pidieron que corrigiera sus declaraciones calumniosas hechas ante la otra iglesia, y puesto que ellos tenían poca razón para confiar en él, les permitiera ver la carta que enviara. La carta, que los ancianos me permitieron ver, era una curiosa mezcla de lisonja para Guillermo y de reconocimiento del criterio justo para los ancianos de su iglesia original. En cuanto a corregir las declaraciones calumniosas, Tomás sólo decía: "Eso puede haberse manifestado [por] causa de evidencia difamación . . .", y . . . "si esta difamación es cierta, . . . quiero pedir disculpas." Felizmente el asunto terminó bien. Tomás comprendió su debilidad y se arrepintió. En el momento de escribir este libro, Tomás ha sido restaurado a la comunión de la iglesia.

Sin embargo, durante todo ese tiempo, no había habido discusión ni correspondencia con la iglesia de Guillermo, aunque él tenía buena amistad con los ancianos de la primera iglesia. Guillermo consideró que el asesoramiento y el matrimonio no era asunto que les correspondía a ellos. John Owen sostuvo que era deber de la iglesia receptora, en el caso de una "supuesta mala administración de justicia, . . . averiguar el asunto y conocer lo referente a él." El hecho de no hacer esto endu-ecería a los creyentes en su pecado y así "frustraría la orde-

nanza de Cristo", colocaría a la iglesia que no investiga "entre los enemigos de Cristo".¹

Si él tiene razón (nosotros creemos que la tiene), hay muchas iglesias que están frustrando hoy "la ordenanza de Cristo".

Sin duda alguna la discusión estaría prejuiciada por diferentes normas morales. ¿Pero qué mejor manera habría de pensar acerca de tales diferencias que mediante una discusión para buscar la unidad en un asunto práctico? Si la primera iglesia había actuado equivocadamente, hubieran estado expuestos a un diferente punto de vista.

Debe hacerse todo esfuerzo para realizar una reunión de alguna clase. Si es posible, la reunión debe hacerse cara a cara, donde preferiblemente estén presentes los dos grupos de ancianos, los dos grupos de testigos y la persona que fue disciplinada. Si la persona que va ser o ha sido disciplinada está dispuesta a estar presente en tal reunión, la segunda iglesia puede tener una pausa para pensár. Debe quedar claro que esa situación tiene igual posibilidad de lo desagradable como de una gloriosa sanidad. Pero los sentimientos siempre comienzan a modificarse cuando nos miramos los unos a los otros cara a cara. La imaginación da paso a la realidad.

Desafortunadamente, Ken Blue y yo tenemos experiencia sobre ese tipo de encuentro. Sin embargo, instamos a que se hagan intentos para que se produzca. Lo peor que pudiera suceder sería que dos iglesias que no se entienden bien permanezcan en esa condición. ¿Pero Dios está muerto? El óptimo resultado bien pudiera ser la purificación de las dos iglesias, un nuevo compañerismo y la liberación de los pecadores.

La historia de José

La historia de José fue escrita espontáneamente. Tal vez yo haya sido la primera persona que la leyó. El me dio permiso para usarla en cualquier forma que yo quisiera. La he condensado, he clarificado una o dos oraciones, y he cambiado nombres y otra información para proteger las identidades. Por lo demás, aquí está tal como José la escribió.

Mi salida del abismo

Mi peregrinación con Dios se remonta al tiempo en que yo era niño. Mi madre y mi padre no tuvieron una relación estable. Me acuerdo que vi a mi padre cuando golpeaba la cabeza de mi madre contra las puertas del ropero. Tenía unos dos años de edad en ese tiempo y esa clase de cosas habían de seguir más o menos durante unos diez años. Y la situación se volvía cada vez más brutal.

Mi primer encuentro con la idea de Dios y de Cristo lo tuve en una escuela misionera de verano donde enseñaban unas hermanas benedictinas y unos padres oblatos en una iglesia católica de una ciudad pequeña de California. A medida que comencé a identificarme más con mi madre, con sus dolores, con su manera de vida (dedicada a la familia y a Cristo), la iglesia también llegó a ser importante para mí. Llegué a ser monaguillo y a los seis años de edad me había aprendido de memoria la misa. La idea de ser uno de los hijos de Dios llegó

a llamarme mucho la atención, puesto que no me sentía seguro con mi vida familiar.

Recuerdo que me sentí muy bien cuando fui bautizado en agua a los cinco años de edad. Recuerdo que me miré al espejo para ver si se había producido algún cambio físico. También comenzó un problema que había de perseguirme por muchos años.

Una de mis hermanas me sedujo. Recuerdo que me sentí muy culpable. Continué con eso durante unos seis años hasta que tuve once o doce años de edad. Aunque dejé eso, sin revelar a nadie mi trauma. Aprendí a apagar y a encender mi conciencia a voluntad. Tuve que hacer eso para poder detener el sentimiento de culpa.

A la edad de diez años, también le robaba algún dinero de la cartera a mi mamá. Cuando se me preguntaba con respecto al dinero, yo mentía. Eso lo hice vez tras vez, y cada vez era más fácil. Recuerdo que me sentí sumamente culpable y que tuve temor de confesar eso al sacerdote. Así aprendí a mentir y a engañar a temprana edad.

Mi madre murió el 2 de enero de 1973. Durante su última enfermedad, yo estaba llegando a lo máximo de mi rebelión contra ella. Había comenzado a escaparme de la escuela para holgazanear con mis amigos y, por supuesto, mentía con respecto a eso. Por el hecho de que la vi sufriendo mucho por mi causa, mientras ella trataba de mantener a la familia unida, me sentía frustrado al mentirle. Así que yo me disgustaba y me manifestaba resentido cuando ella me confrontaba. Cuando ella murió, me sentí abrumado por la culpa. Así que decidí “tomar unas vacaciones” de Dios, para pecar y vivir libre de cuidados como nunca había tenido la oportunidad de vivir cuando mi madre estaba viva. Puesto que ella era mi motivación para que yo hiciera el bien, no veía razón para continuar haciéndolo.

Desarrollé una ciencia para manipular a las muchachas. Casi todas ellas estaban dispuestas a acostarse conmigo. Recuerdo que pude reforzarme a mí mismo para no prestar atención a mi conciencia, no preocuparme, aparecer tranquilo. Me metí en toda clase de droga y en la subcultura de la droga al estilo callejero. Me hice amigo de los que habían sido mis archie-

nemigos toda la vida, y pronto llegué a ser líder. Recuerdo que cuando iba a dormir cada vez le tenía más miedo a Dios, pero todavía no me preocupaba. En aquel tiempo, yo no podía echarle la culpa de mis pecados a mi niñez ni a los malos modelos, porque diariamente yo estaba tomando decisiones conscientes de hacer lo que sabía que era malo.

Durante año y medio después de la graduación, trabajé para mi padre y tuve mucho éxito como comerciante, pero me cansé de las largas horas; mi único estímulo eran las drogas y las relaciones sexuales. Luego comencé de nuevo a recordar a Dios. Comencé a asistir a la iglesia con regularidad con la carga de pecado sobre mis hombros. Le pregunté a un sacerdote amigo cómo podía yo llegar a ser sacerdote. Le dije que quería hacer la prueba. Antes que me diera cuenta de lo que estaba haciendo, ya estaba en un seminario. Me desilusioné. Allí esperaba encontrar un monasterio, pero hallé un seminario de vida disoluta, lleno de pecadores, que no experimentaban la realidad de Dios de ningún modo.

Con la ayuda del sacerdote José López Bongarrá, opté por permanecer y seguir hasta el fin. Pero los antiguos pecados se apoderaron de mí. Después de la graduación opté por irme del seminario; sólo había aprendido la excelencia académica y el pecado secreto en la iglesia católica. Comprendí que no había progresado espiritualmente, porque todavía era esclavo de mis pasiones lujuriosas.

Durante el primer año de estudios, conocí a una muchacha (la llamaré Jacinta) que me llevó a un grupo de discipulado cristiano. Nuestra relación no funcionó, puesto que ninguno de nosotros pudo mantenerla a nivel cristiano. Eso me indicó cuán inmaduro era yo. Pero eso era solamente lo superficial.

Así que durante unos siete meses me sometí al asesoramiento cristiano y traté de participar en el grupo cristiano. Luego conocí a otra muchacha, y decidí tener amores con ella. Muy pronto llegamos a las actividades sexuales. Fue allí donde Dios comenzó a decirme que El ya no iba a tolerar más el engaño y la inmoralidad en mi vida. ¿Por qué? Porque ahora yo conocía la gracia, sabía andar en el Espíritu y conocía los requisitos previos del liderazgo espiritual.

Durante siete meses yo había hecho que la gente pensara

que yo era espiritual. Aunque algunos pensaban que yo estaba simulando, la mayoría estaba dispuesta a concederme el beneficio de la duda. Luego un día mi más querido amigo me dijo que se me iba a pedir que fuera el líder de un grupo de discipulado. Eso era un gran honor para mí, pero yo sabía que Dios no me quería aceptar con falsas pretensiones. Así que hice algo a lo cual estaba sumamente desacostumbrado, es decir, revelé completamente toda mi maldad ante algunos de los líderes.

Comprendía que había llegado a ser tan bueno para pecar y engañar a la gente que difícilmente alguien podía detectar mi rebelión. Así que yo tendría que aumentar más y más mi rebelión contra Dios o aceptar las consecuencias y hallar algo de integridad. Mi más íntimo amigo se sintió profundamente herido. El había hecho todo lo posible para hacer de mí un discípulo.

Se me dijo que yo no podría llegar a ser líder de grupo, ni enseñar en público, y no podría tener relaciones amorosas con ninguna muchacha hasta que me hubiera arrepentido verdaderamente e indicara algo de progreso. Pero se me trató con gracia y se me dijo que la iglesia en su totalidad no tenía que saber lo que había sucedido. Yo también podría ayudar a cualquiera cuando tuviera la oportunidad.

Retrocedí un poco, pero la mayor parte de mi dolor fue egocéntrico y breve. Uno de los ancianos me dijo que le preocupaba el hecho de que yo no estuviera más afanado con respecto a todo lo que había hecho. Yo no estaba afanado, así que eso no me molestó. Sin embargo, de alguna manera comprendí y sentí que mi corazón aún estaba endurecido.

Así que durante los siguientes seis meses serví en la obra del Señor lo mejor que pude. Llegué a dar buen resultado, pues estaba a tono con las necesidades de nuestra joven iglesia y estaba ofreciéndole lo que necesitaba. Con seis jóvenes que conseguí, comencé un grupo de estudio bíblico. Estos tipos llegaron a ser muy amigos míos. Pero no les permití que se acercaran demasiado. Posteriormente les conté mis tendencias pecaminosas y les pedí que me ayudaran, pero realmente nunca les permití que me dieran esa ayuda.

Luego se hizo evidente que la mayoría de los miembros de

la iglesia estaban tan recién convertidos al Señor que necesitaban algo de doctrina básica. Así que comencé una clase con el propósito de satisfacer tantas de las necesidades de ellos como fuera posible. Iba marchado muy bien. Pronto me hice muy amigo de dos muchachas. Comencé a trabajar estrechamente con ellas. Los ancianos me advirtieron con respecto a mis tendencias pecaminosas. Pero esta vez utilicé todo tipo de frenos que estuvieran a mi disposición y que fueran necesarios para evitar la caída. Ese fue un gran error. A medida que el tiempo pasaba, llegué a ser cada vez menos responsable ante los demás y a estar cada vez más interesado en las dos jóvenes. Luego mi obra con los muchachos comenzó a sufrir. Yo sabía lo que estaba marchando mal, pero no quise hacerle frente. Necesitaba dejar de trabajar conjuntamente con las jóvenes.

Hubo advertencias de algunos ancianos. Me decían que tuviera cuidado, y que me mantuviera alejado especialmente de Damelis, pero esta vez había llegado a estar infatuado con ella. Cuanto más me decían que tuviera cuidado, tanto más tiempo pasaba con ella. Otras personas también nos advirtieron, y yo les decía que las cosas estaban bajo control, cuando en realidad ya estábamos practicando las relaciones sexuales.

Yo sabía que si persistía, sería severamente disciplinado; pero de algún modo eso no me parecía real. Así que Damelis y yo discutimos el asunto y decidimos reducir el tiempo que pasábamos juntos. En ese tiempo, uno de los ancianos me dijo que hiciera eso. Yo le dije que todo lo teníamos planificado y que íbamos a comenzar a vernos solamente los domingos comenzando el domingo 7 de agosto. Le dije eso el lunes anterior, así que Damelis y yo nos encontramos todas las noches durante la semana siguiente.

Finalmente llegó el domingo, y mientras salíamos de la cafetería, decidimos, “inesperadamente” (tercamente, debiera decir) conseguir una habitación en un motel. Ni una vez me preocupé con respecto a lo que eso afectaría mi conducta y la de ella, cómo serían afectados todos los otros hermanos, y mucho menos qué pensaría Dios al respecto. Parecía que estuviera bajo un hechizo. Estaba convencido de que podía mentir al respecto y con el tiempo sobreponerme. Damelis pensaba lo mismo.

Llegó la noche del lunes, cuando yo tenía reunión con mis dos consejeros cristianos. Ellos sabían que algo había sucedido, porque se me veía en la cara. Uno de ellos sabía que yo había besado a Damelis y me preguntó si quería hablar acerca de eso. Me preguntó si eso era todo. Me negué a contestar. La reunión se terminó y ellos se fueron directamente a la casa de Damelis. Yo sabía que allá era donde irían. Yo no sabía lo que Damelis haría, aunque ella había dicho que no lo diría. Así que, en vez de permitir que ella pasara por todo eso, los llamé y les pedí que regresaran.

Ellos volvieron y yo se los dije todo. Hubo un silencio sepulcral. Uno de ellos le había dicho a la iglesia la noche anterior que yo tenía compasión genuina, y que lo amaba a él. Ellos salieron desalentados y heridos, a tono con la miseria que estaba a punto de experimentar nuestro grupo familiar. Yo estaba dominado por el pánico. Sólo pude pensar en mí mismo y en los pecados que había cometido. Así que fui a buscar a Damelis. Me encontré con ella esa noche y el día siguiente me reuní con ella para almorzar. En nuestra confusión discutimos opciones extravagantes y absurdas. El martes por la noche (cuando yo cumplía veinticinco años de edad) asistí a mi última reunión para líderes de grupos hasta que Dios considerara conveniente que yo regresara a la iglesia. Cada vez me sentía más y más deprimido. El horror de lo que había hecho se presentaba claro ante mí, y Satanás estaba inexorable como mi acusador. Estaba yo en el abismo más profundo y negro que jamás había experimentado.

“Dios mío — pensé —. Soy sumamente perverso, y tengo enfermo el corazón. ¡Sencillamente, mira lo que he hecho!” Sin embargo, yo estaba entumecido, no sentía nada, ni siquiera remordimiento. Pero a medida que oía la Palabra de Dios y la sentía cuando la predicaban, ella comenzó a penetrar en mi duro corazón como una espada. Luego vino otro hermano, que es muy especial para mí, a quien Dios envió para que me ayudara en mi condición. El me miró con los ojos de Cristo, lleno de compasión y dolor. Y me dijo:

— Volviste a pecar; ¿no es verdad?

Luego puso un brazo alrededor de mí y dijo:

— No importa lo que hayas hecho. Sólo quiero que sepas que Dios aún te ama y yo también.

Eso me produjo un llanto incontrolable. El continuó dándome la más poderosa exhortación que jamás había oído en mi vida. Con las palabras de Cristo, él dijo:

— Así que ya tenías los dedos de los pies sobre el abismo y estabas mirando hacia abajo preguntándote cuán profundo sería. Finalmente Dios dijo: “Voy a dejar que José averigüe; así que ahora estás en lo profundo del abismo, el cual es horrible y negro. Aprende la lección. Y apréndela bien. Pero sólo recuerda que Dios no te dejará allí, porque El te ama y estás perdonado. El sólo quiere que averigües aquello con lo cual has estado jugando. El te atrapó con tus defensas bajas. ¡Permíteme exhortarte, hermano! ¡Jamás te vuelvas a quitar la armadura! ¡Vuelve a ponértela! ¡No te rindas! ¡No huyas!”

Y así continuó exhortándome, exponiéndome de una manera viva y poderosa el capítulo 6 de Efesios. Siempre lo amaré y lo estimaré, especialmente por esa exhortación.

El día más triste de mi vida fue el jueves 11 de agosto. Los ancianos se reunieron conmigo. Me dijeron que se sentían abrumados por causa de mí y creían que yo me sentía arrepentido de mis pecados. Pero eso no era todo. El asunto había llegado al punto en que ellos creían que no podían ayudarme, pues yo había demostrado una indisposición para oírlos y prestar atención a las palabras que me habían dado de advertencia. Ya que eso era así, ¿cómo podrían ayudarme más? Además, ellos tenían un temor con respecto a lo que podría suceder a las otras hermanas del grupo, porque ellos como pastores eran responsables por el rebaño.

Ellos me indicaron que la Biblia nos enseña a echar del grupo a las personas que tienen esa clase de indisposición. Así que, hasta que el Señor les indicara otra cosa, ellos me pidieron que saliera de la congregación, que me fuera al mundo para la destrucción de mi carne. Pero antes que saliera, me pidieron que me colocara al frente de la clase que yo enseñaba para que confesara mis pecados y oyera los reproches de ellos. Convine en hacer eso. Yo no les había dejado otra opción. Realmente me conmovió cuando uno de ellos, al final de la reunión, me abrazó y gentilmente me dijo: “¡Restablécete!”

Posteriormente vino una mayor humillación. Uno de los ancianos dio una breve explicación con respecto a la disciplina

de la iglesia y explicó mi pecado a la clase. Yo estaba frente a ellos y les conté mi pecado y el problema que lo acompañaba. Mientras los miraba directamente, vi el horror, la compasión, el odio y la perplejidad. Después que concluí, para mucha sorpresa mía, la mayoría de ellos se pusieron de pie y me manifestaron el aprecio por lo mucho que los había ayudado y me dijeron que me iban a extrañar mucho. Otros me expresaron que ellos iban a sentirse personalmente desgarrados, que yo estaba entristeciendo mucho al Espíritu Santo y que yo había herido a la iglesia.

Nunca olvidaré esa noche. Esas eran personas que confiaban en mí, me respetaban y me buscaban para que les indicara la dirección de Dios. Y yo les había dicho que, durante algunos meses de pasión dolorosa, los había traicionado, tanto a Danelis como a ellos, y como castigo yo estaba dispuesto a perder todo lo que había construido. Salí totalmente humillado. Pasé las primeras noches drogado con marihuana, junto a unos nuevos compañeros de habitación. Yo me lamentaba de mí mismo y me sentía totalmente sin valor. Entonces, ¿por qué no actuar de esa manera?

Cuando comencé a orar, recordé que los ancianos me habían dicho que buscara realmente la verdad, que orara y que leyera la Palabra y libros espirituales, que pasara, que me mantuviera alejado de situaciones de tentación, de las mujeres y de las drogas. Yo sabía que nunca había dejado de fumar marihuana, pues lo hacía con bastante frecuencia, pero no se lo decía a nadie.

Así que me preguntaba a mí mismo: “Bueno, José, ¿qué es lo que realmente quieres para tu vida? ¿Quieres continuar mintiendo y llevando una vida de entrega al pecado, o te vas a poner serio . . . ?” Yo sabía que allí era donde había comenzado el asunto. Después de mi primera confesión con respecto a mis prácticas sexuales y con las drogas, fui a la casa de Terry y me volví a drogar y me dediqué a ver un partido de fútbol. Eso hizo que yo volviera a comenzar vez tras vez en mis caminos engañosos, pues les decía a los ancianos que yo había hecho eso dos veces, pero había dejado ese vicio, cuando en realidad había continuado.

En ese tiempo comencé a leer el Evangelio según San Marcos.

Allí encontré dos versículos convincentes e inspiradores. Uno se halla en Marcos 2:17: “Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos sino a pecadores.”

¡Me sentí como un pecador completo e impotente! Las palabras de Cristo me tocaron. Pensé que si Cristo podía sanar a los enfermos que sanó, según lo que dice el Evangelio según San Marcos, ciertamente El podría ayudarme. ¡Y podríamos comenzar si El hacía que yo dejara de fumar marihuana!

El otro versículo que se destacó fue Marcos 3:35: “Porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.” Decidí que realmente yo quería hacer la voluntad de Dios y no volver a fumar marihuana. Me había costado demasiado. Había estado fumándola durante los diez años anteriores y, como resultado, mi conciencia se estaba cauterizando. Constantemente le había abierto la puerta a Satanás, había admitido sus mentiras y acusaciones. Gracias a Dios que he podido negarme a hacer eso desde entonces.

Luego comencé a escudriñar, a suplicar, a rogarle a Dios que me diera la fuerza para obedecerle y hacer su voluntad. Pasé muchos momentos rogando con lágrimas para que me librara de la tentación de entregarme a la desesperación y dejarme dominar por el pánico. Yo necesitaba conocer a Dios realmente. También pasaba por los períodos en que me sentía totalmente alejado de Dios y de todo lo que era importante para mí. Era un ciego que estaba tratando de palpar en la oscuridad, que era lanzado alrededor por un sentimiento y otro. Yo clamaba: “Señor mío, sé que no me olvidarás. Sé que estás allí. ¿Pero dónde estás tú?” Sin embargo, mientras rogaba y lloraba, el Señor acudía bondadosa y tiernamente a consolarme hasta que me quedaba dormido.

El Señor volvió a enviarme a aquel amigo que me había exhortado tan poderosamente, para que me dijera que él estaba leyendo un libro, *Tres pasos adelante dos para atrás*, de Charles Swindoll. Desesperado, lo compré y lo leí. Habló precisamente a mis necesidades; me enseñó lo que significa esperar en Dios, acerca de la futilidad de esforzarme por mi cuenta, y acerca del hecho de que la vida es una tarea, y no un viaje. Probablemente ese libro constituyó uno de los puntos

críticos en el cambio de mi perspectiva para llegar a concentrarme en Dios. ¡Gracias, Señor, por Charles Swindoll y su maravilloso libro! Leí otro libro que me habló profundamente sobre el engaño y la enfermedad de mi corazón. Yo pensé que había llegado antes a lo más profundo del abismo, pero ahora comenzaba a ver que mi vida estaba acribillada por el engaño y mi corazón dominado por una enfermedad pecaminosa. El proceso era largo. La primera gran lección que había aprendido era que Dios me había mostrado una extraordinaria gracia al perdonarme gratuitamente y hacerme su hijo.

La segunda lección consistió en entender que, aunque yo seguía siendo hijo de Adán, ahora compartía la vida del Hijo de Dios. Un nuevo corazón y un nuevo espíritu habían nacido dentro de mí cuando había llegado a ser creyente en Cristo, y se me había sacado el corazón de piedra. ¡El Espíritu de Dios estaba dentro de mí! La respuesta a Jeremías 17:9, 10 era Ezequiel 36:25-27.

No puedo explicar con palabras cómo esas verdades se me hicieron reales. Esa segunda verdad me penetró como a las nueve de la mañana el dieciocho de septiembre. Me encontraba de pie en la fila de desempleados leyendo el libro *La vida cristiana normal* de Watchman Nee. La verdad me penetró como un rayo. Me sentí regocijado. No podía dejar de sonreír. Pensé que el corazón se me iba a salir del pecho. El hombre que estaba detrás de mí tuvo que haber pensado que yo me había vuelto loco. Tan pronto como salí de la oficina donde atendían a los desempleados, casi corrí hacia el auto, entré en él y di gritos de gozo. Fui para la oficina de la iglesia, traté de que la secretaria no descubriera mis sentimientos; pero ella pudo ver que algo me había ocurrido, y me preguntó qué me había pasado. Así que le conté. Posteriormente compartí mi gozo con uno de los ancianos.

No podía ser una coincidencia que el significado de esos versículos y de muchas otras porciones bíblicas se me aclarara durante las siguientes horas, porque el sábado veinte de septiembre me reuní de nuevo con los ancianos. Ya me había reunido con ellos una semana antes. Ellos se convencieron de que yo estaba realmente arrepentido y no vieron razón válida para mantenerme durante más tiempo separado del compa-

ñerismo cristiano. Así que me dieron la bienvenida de nuevo y establecieron algunas condiciones disciplinarias para mí:

1. Yo debía ser completamente responsable de mi conducta ante todos los ancianos de la iglesia.
2. Los ancianos se reservaban el derecho de confrontarme o preguntarme sobre cualquier aspecto de mi vida sobre el cual pensarán que pudieran preguntarme.
3. Lejos de quedar libre para tener citas con mujeres, yo no debía pasar ningún tiempo exclusivamente con ninguna hermana.
4. Yo no debía enseñar públicamente.
5. Yo debía asistir al grupo familiar que me asignaran los ancianos.
6. Si yo no cumplía esas restricciones, ni actuaba en conformidad con lo que ellos me habían dicho, se reservaban el derecho de excluirme de la comunión otra vez.
7. Las anteriores medidas debían permanecer en vigor hasta que los ancianos fueran guiados por el Señor a suspenderlas.
8. Yo debía considerarme como un miembro que tenía una posición diferente a los demás, porque todavía no se me otorgaba la misma libertad y confianza que se tenía con los demás miembros.

Esas condiciones me parecen humillantes, pero eso es bueno porque yo necesito humillación. Y aunque parecen rígidas, tengo que estar de acuerdo en que en realidad son justas. También debo decir que no es sólo una medida de control para mí, sino que son medidas de protección para el cuerpo de Cristo; eso es de lo más comprensible. Admito que es difícil aceptarlas y continuar así durante algún tiempo, pero eso es bueno porque me obliga a confiar totalmente en Dios, a buscarlo a El para que me dé fortaleza, apoyo emocional, valor y respeto. Quiero que haya integridad moral en mi vida. Quiero ser flagelado y modelado.

Señor Jesús, gracias por traerme hasta este punto. Señor, quiero amarte y poner en práctica lo que me has indicado; ayúdame, por favor, Señor, a hacer esto. Aun te necesito y siempre te necesitaré, como siempre te he necesitado.

La historia de José en retrospectiva

La historia de José hace que surjan preguntas y que se hagan comentarios en los siguientes aspectos: (1) Ilustra algo que universalmente subestimamos: el poder del pecado en la vida de los creyentes en Cristo. (2) También ilustra el papel de los cristianos comunes y corrientes en el amplio proceso de adiestramiento en la disciplina de la iglesia como también el tiempo señalado por el Espíritu Santo para cada cosa y el uso que El hace de la literatura cristiana falible. (3) Hace que surjan preguntas con respecto al papel y a la responsabilidad de los líderes, y la seriedad de las medidas adoptadas en el caso de José. Permítaseme considerar cada uno de estos aspectos.

En primer lugar, el pecado es como cuando uno tiene un cáncer, pero se niega a recibir atención médica. Tenemos temor. Sabemos, pero no queremos saber. Así que escondemos el conocimiento que tenemos. Esperamos que el cáncer desaparezca, y de esa manera nos condenamos a vivir en un mundo de fantasía y ansiedad mientras el cáncer avanza inexorablemente.

José había sido disciplinado, es decir, su vida cristiana había sido sometida a enseñanza personal, oración y supervisión a cargo de un hermano en Cristo. José había comprendido el principio de la gracia divina y del perdón del pecado. El estaba regenerado. Sin embargo, había cosas profundas en su corazón que la gracia no había tocado. El había aprendido a engañarse a sí mismo y a engañar a los demás (¿no hemos aprendido todos eso?), desde sus primeros años. Incluso después de su conversión, aprendió a ser “franco” y a pedir ayuda; sin embargo, sin permitir que nadie se acercara lo suficiente como para darle la ayuda que necesitaba. Había cosas en su corazón de las cuales no quería admitir que estaban allí. El sabía, y sin embargo no quería saber. Además, era suficientemente perspicaz y estaba suficientemente capacitado para ayudar a otros, pero no era suficientemente sincero consigo mismo.

A centenas de millares de obreros cristianos les sucede lo mismo. Pertenece a la iglesia de los que se engañan a sí mismos. Jeremías tiene razón: Nuestro corazón es engañoso más que todas las cosas. Corrupto, desesperadamente corrupto. Es imposible entenderlo (Jeremías 17:9). Sin embargo,

Dios percibe sus profundidades y las trata en esta vida o en la próxima. Feliz la persona que es librada en esta vida de la vergüenza de la próxima.

El don de ayudas

En segundo lugar, la historia de José ilustra el hecho de que los miembros comunes y corrientes de la iglesia juegan un poderoso papel en la disciplina correctiva de ella para bien o para mal. Cuando Pablo enumeró las ayudas entre los diferentes dones espirituales (1 Corintios 12:28), tal vez quiso decir mucho más de lo que generalmente suponemos. El amigo que exhortó a José y le dio libros jugó un significativo papel en su restauración.

Fueron diversas las reacciones de los amigos cristianos ante su confesión. La mayor parte de ellas fueron compasivas. Algunas fueron amargas. Sin embargo, si la confesión (en este caso a los que estaban inmediatamente relacionados con su ministerio) fue correcta (creemos que lo fue), tenemos que dejar las consecuencias en las manos de Dios. La verdad no siempre se recibe con gusto. Hay algunos que preferirían creer que no hay problemas. Eso es como volver a negar que tenemos cáncer. Lo que no sabemos no puede herirnos, por lo menos por el momento.

Por último, hay diversas preguntas sobre el liderazgo que surgen de la historia de José. En primer lugar, notamos por el comentario de José que los líderes pensaron que habían hecho todo lo que podían antes de proceder al paso final. José estuvo de acuerdo con ellos. ¿Cuál es el tiempo para que exclamemos: “suficiente es suficiente”? No hay dos respuestas fáciles. Los líderes espirituales más jóvenes tienden a ser menos pacientes y por lo general se equivocan porque se precipitan demasiado, pero los líderes mayores pueden vacilar demasiado. Todos somos víctimas de nuestro temperamento. La experiencia, la oración, el ayuno y la dirección del Espíritu son ayudas de gran importancia para ejercer un juicio de esa clase.

En segundo lugar, surge la pregunta en cuanto a la doble responsabilidad del liderazgo. Los líderes se hicieron responsables de José. Se hicieron responsables por el rebaño. José era un lobo y el rebaño necesitaba protección. Para balancear esas dos responsabilidades se necesita la misma clase de discer-

nimiento al que nos referimos antes. Algunos líderes le temen tanto a los pecados sexuales que se van por la borda en cuanto a proteger el rebaño. En realidad, con mucha frecuencia lo que realmente están haciendo de manera inconsciente es proteger su propia reputación (la de los líderes). Es claro que los líderes de la iglesia de José estaban enterados de la necesidad de equilibrio y perspectiva.

El tercer comentario se relaciona con el hecho de que los líderes le hicieron un seguimiento a José, continuaron reuniéndose con él. ¿Por qué entonces (aquí entra el cuarto asunto para la discusión) sus restricciones fueron tan severas, cuando José fue recibido de nuevo en la comunión? Tal vez tendremos que saber algo más para estar en condiciones de juzgar. Debemos notar que las restricciones estaban limitadas en cuanto a tiempo. José no iba a permanecer como un ciudadano de segunda clase para siempre. José mismo las consideró adecuadas y como una protección para él, aunque no las disfrutaba. En todo caso, la severidad de ellos no tenía que implicar *frialdad o falta de amor*.

Ahora José se encuentra felizmente casado. El enseña la Palabra de Dios en un grupo de discipulado cristiano asociado con la iglesia de la cual recibió la disciplina. Como todos nosotros, él aún está sujeto a tentaciones. Pero a diferencia de muchos de nosotros, ha aprendido integridad de espíritu y una conducta mucho más profunda que es observada por los demonios, por los hombres y por los ángeles. Me fue difícil no llorar de gozo cuando oré por él.

12

El regreso del hijo pródigo

El doctor Roberto Tyler es un físico investigador de Illinois, que corrientemente trabaja en proyectos arqueológicos. El es un hombre cordial, sensible y simpático, cuyo rostro se ilumina con la verdad compasiva. Aunque ha pasado por aguas profundas, se ha levantado de ellas limpio e íntegro.

Llegó a ser cristiano más o menos a la edad de treinta años. Antes de su conversión, el practicaba la homosexualidad, tomaba más de lo conveniente y se drogaba con LSD. En un folleto que escribió posteriormente, describe una alucinación con LSD a la cual se sometió con fines experimentales. Afirma su convicción de que las drogas lo hicieron vulnerable a la malicia demoniaca.

Cuando se convirtió, sintió que era genuinamente un nuevo hombre en Cristo y se produjeron cambios inmediatos en su estilo de vida de tal manera que llegó a vivir como cristiano. Pero durante largo tiempo no comprendía hasta qué punto toda su vida necesitaba una reconstrucción radical desde abajo hacia arriba. Al reflexionar ahora, comprende que los cristianos necesitan más ayuda cuando se convierten. Su iglesia no le ofreció ayuda para "las apremiantes necesidades internas" que experimentó en ese tiempo. "Yo estaba más dispuesto a recibir

ayuda y purificación, . . . pero gradualmente me desesperé al persistir problemas tales como los deseos de los ojos y la codicia. Los nuevos convertidos necesitan llegar a purificarse con la ayuda de algunos ancianos o líderes de confianza para que su nueva vida comience sobre el fundamento más fuerte que sea posible.”¹

Su búsqueda de sanidad interna fue uno de los motivos por los cuales él se hizo miembro de un grupo local de oración. El tenía la esperanza de que ese sería un foro en el cual “yo podría compartir mis sentimientos de insuficiencia, la baja estima de mí mismo a causa de mi pasado”. Pero ese grupo de oración carecía de la profundidad necesaria para darle la ayuda que necesitaba. “Aunque yo había gastado una fortuna en psicoanálisis antes de ser cristiano — escribe —, sólo raras veces encontré el papel del sacerdote del Nuevo Testamento como un intercesor o siervo sanador de Dios a mi favor. Creo que el asesoramiento psicológico a fondo debe ser parte del ministerio de la iglesia, no una función separada que se deja para que la practique la sociedad secular.”

Mientras hablaba con Roberto, no sentí ninguna amargura cuando se refirió a sus anteriores experiencias cristianas. No demostró cinismo al repasar su lanzamiento prematuro a la exposición pública y al ritmo frenético del servicio cristiano. Después de su conversión, predicó ampliamente, dirigió una comunidad cristiana y era invitado a hablar en conferencias y retiros. Jugó un papel de reconciliación en los disturbios estudiantiles y en el movimiento hippie. Y practicó el celibato.

El celibato no era fácil y las falsas acusaciones hicieron que sus luchas fueran más difíciles. En la comunidad que presidía, él recibía hombres, algunos de los cuales estaban luchando con tentaciones homosexuales. Deliberada y francamente (aunque tal vez imprudentemente) les demostraba afecto a todos y fue falsamente acusado de haber caído en las prácticas homosexuales.

Un padre y un hijo

En ese tiempo, él había llegado a participar en una iglesia creciente que tenía un poderoso ministerio en la zona de Chicago y en el mundo. Pero las acusaciones habían creado una suspicacia que se negaba a apartarse de él. Leonardo Simpson,

uno de los más prominentes líderes de la iglesia, se sentía atribulado. Leonardo y la junta pastoral se reunían con Roberto de cuando en cuando para orar con él y asesorarlo.

Aunque no había una gran disparidad en las edades, Leonardo y Roberto tenían una relación de padre a hijo. De todos modos, Roberto percibió de esa manera tal relación. El confiaba en Leonardo como un padre y lo admiraba. Sin embargo, al mismo tiempo, le tenía un temor por considerarlo como una persona poderosa y autoritaria. Es comprensible, por tanto, que cuando Leonardo se acercó a Roberto para hablarle acerca de las sospechas y se mostró incierto con respecto a la firme negación de Roberto a las prácticas homosexuales, éste se sintió internamente herido y airado. Creció su temor hacia Leonardo y disminuyó la confianza en sí mismo.

El temor de Roberto lo condujo a la amargura. Sin estar enterado de la agonía que Leonardo padecía en oración por ese asunto, Roberto solamente lo consideraba como un padre que lo rechazaba. Comenzó a pensar que era muy poca la razón que tenía para continuar negándose a dar abierta expresión a sus deseos homosexuales. “No sé cómo hacer frente a esto”, pensó. Comenzó a consumir más bebidas alcohólicas. En ese tiempo (mientras vivía en una cultura permisiva), llegó a explicarse más fácilmente, y de manera racional, la tentación homosexual. Durante varios años él había luchado contra las fantasías lujuriosas. En ese tiempo cayó en abierto pecado sexual con un hombre más joven que llegó del sur de California. Los padres del joven telefonearon a Leonardo. Este confrontó a Roberto. Roberto libremente admitió que había pecado. Pero lamentablemente la llamada telefónica reforzó la sospecha de Leonardo en el sentido de que Roberto durante algún tiempo había estado en prácticas homosexuales.

Leonardo y el resto de los ancianos de la iglesia no vieron otra alternativa en ese momento que anunciar a la iglesia el fracaso de Roberto. La junta pastoral ya había pasado tiempo en oración con él y lo había asesorado. Tal como ellos veían las cosas, la presencia continua de Roberto en la iglesia representaba un peligro moral para los hombres más jóvenes. Como advertencia final, Leonardo le envió a Roberto una carta. Este consideró que era una carta airada que le exigía que se

arrepintiera de todo pecado, y Roberto entendió que eso se refería a todos los pecados de homosexualidad de los cuales había sido falsamente acusado, incluso los pecados que él ya había confesado hacía mucho tiempo. La carta dejó a Roberto amargado y airado. Se sintió mal entendido, humillado, rechazado. No había manera de probar que él no había estado practicando la promiscuidad todo el tiempo. Se le pidió que renunciara de inmediato a su ministerio juvenil. Así lo hizo, pero también se fue de la iglesia, disgustado y desilusionado.

Luego vino un período oscuro, y durante los siguientes cinco años Roberto se relacionó poco con los cristianos evangélicos. Públicamente castigó a la iglesia y a sus anteriores colegas. Se mudó a una comunidad cercana donde adoptó a dos varoncitos cuya madre se había suicidado, con los cuales tuvo una relación sana y no constituyeron tentación homosexual para él. Pero la falta de perdón y la amargura tenían su vida congelada. Desde el punto de vista humano parecía que había poca esperanza para cualquier restauración espiritual. En los meses que siguieron se volvió un alcohólico; pero milagrosamente dejó por completo de consumir bebidas embriagantes, aunque aún se encontraba lejos de Dios y de la iglesia.

Pero llegó un día en que Roberto tuvo una visión de Dios en la gloria de su santidad. Con pavorosa claridad, él vio su propio pecado y engaño. El impacto de la visión fue abrumador para él y temporalmente perdió la razón y fue hospitalizado en un estado maniaco-depresivo, en el cual permaneció durante cuatro días. Después le vino un mes de profunda depresión, durante el cual comprendió que estaba en las manos de Satanás y que podría morir.

El se arrepintió. Se deshizo de la literatura pornográfica que había acumulado. Salió del hospital por decisión propia y continuó tratando de arreglar todas las cosas en su vida. Como no estaba seguro de si seguiría viviendo, hizo un testamento. Se unió a una pequeña iglesia para volver a experimentar la comunión con los cristianos, y durante dos años aquella pequeña congregación de negros y asiáticos le administró sanidad.

En ese tiempo comprendió que el asunto de su relación con su antigua iglesia tenía que resolverse. Todavía no tenía clara

en su mente la justicia de la acción que había tomado la junta pastoral. Pero sí entendía claramente que su amargura contra Leonardo tenía que ponerse a un lado.

Tal vez él no había cometido todos los pecados de los cuales pensó que había sido acusado, pero había habido otros pecados, entre ellos orgullo y resentimiento.

Después de mucha oración, Roberto le escribió una carta de sentido general a Leonardo, y le solicitó que la leyera a toda la iglesia. En su carta, pidió perdón a los miembros de la iglesia por haber traicionado la confianza que ellos tenían en el liderazgo de él. Expresó el deseo de reunirse con ellos. El sabía que no podía deshacer lo que había hecho, pero deseaba hacer todo lo que pudiera para mejorar las relaciones. Ofreció hablar y orar con cualquiera de ellos que tuviera quejas contra él.

Leonardo le telefoneó de inmediato, y se restauró la comunión que había sido perjudicada. Roberto pudo comprender que ellos se preocupaban mucho por él, y cuán profundamente habían lamentado Leonardo y los demás ancianos lo que le había ocurrido. La junta pastoral preparó una cena. Aunque no sirvieron una res asada, sirvieron ternera asada y le regalaron una chaqueta deportiva y un anillo de oro, símbolo del regreso del hijo pródigo. Roberto se quedó aturdido y avergonzado por la cordialidad con que había sido recibido. Cuando volvió a reunirse con todos los miembros de la iglesia, descubrió que no existía el espíritu crítico que él había temido. Se preguntaba si algo de ello no había sido en realidad imaginación de él. En todo caso, su confesión pública lo había liberado de cualquier temor y falta de entendimiento o rechazo.

Lecciones que podemos aprender

Podemos aprender muchas lecciones de la historia de Roberto. Ya mencionamos algunos de sus pensamientos con respecto a la primera parte de su vida cristiana. En una carta que Roberto escribió más tarde a Leonardo y a los ancianos de la iglesia, enumeró algunas maneras de evitar que ocurran desastres como el de él.

1. *El comienzo deficiente.* Hay solidez en la convicción de Roberto en el sentido de que su vida cristiana tuvo un mal comienzo. Su pasado no había sido sanado por completo. Con

demasiada precipitación fue él expuesto a las tensiones de la notoriedad cristiana.

El adiestramiento en sanidad tiene que incluir la sanidad de las heridas que ha dejado el pecado y el sentido de inferioridad e indignidad que corroen la fe cristiana. Se necesita fuerza para hacer frente a las debilidades que controlan lo que ha pasado. Con demasiada frecuencia ministramos para esas debilidades con frases gastadas y versículos que sacamos de su contexto bíblico. La conversión cristiana no borra automáticamente los efectos de una vida de promiscuidad e indulgencia en el consumo de bebidas alcohólicas. Los cristianos tal vez tengan diferentes opiniones en cuanto a la manera de producir sanidad y fortalecimiento. Pero todos tenemos que estar de acuerdo en que se necesita más tiempo y contratiempo como también una profunda sensibilidad y un gran discernimiento con respecto a las necesidades del individuo.

Roberto sugiere, y estamos de acuerdo, que las iglesias proporcionen, dentro de la comunidad cristiana, una psicoterapia que equivalga a la que se ofrece en el mundo secular. Algunas iglesias la ofrecen. Pero es lamentable que el modelo de asesoramiento, como también su técnica y filosofía, algunas veces siguen siendo mundanales, aunque tal vez se agreguen algunos discernimientos bíblicos. El asesoramiento cristiano se ha profesionalizado, y ha dividido al público cristiano en los consejeros profesionales y el laicado psicológico. La distinción debiera ser por el grado y el don, no sólo por la educación académica profesional, por más valiosa que sea tal educación.

En el Oeste de los Estados Unidos de América ha comenzado un regreso hacia Dios por parte de los que no se han convertido de los pecados socialmente inaceptables. Es posible que centenares de miles, o tal vez millones de jóvenes de ambos sexos, procedentes de todas clases de tradiciones, traumatizados por el abuso y por toda forma de pecado, pronto comiencen a ser sanos e íntegros. ¿Contamos con sabios ayudadores que los restauren, que les den un sano comienzo en la vida cristiana?

2. *La dinámica de las relaciones eclesiológicas.* Los psicoanalistas estarían interesados en las "manifestaciones de transferencia" de Roberto Tyler hacia Leonardo Simpson. La transferencia se refiere a la manera en que inconscientemente

percibimos mal a una persona, a causa de los conflictos de nuestra niñez que no fueron resueltos. Las experiencias pasadas han colocado escamas en nuestros ojos, las cuales hacen que percibamos a los demás de una manera deformada. La transferencia afectó indudablemente la manera en que Roberto percibía a Leonardo. Las condiciones de su fracaso estaban dadas aun antes que él lo conociera. En realidad, el hecho de que Roberto percibía a Leonardo como un padre a quien le tenía temor y del cual, sin embargo, anhelaba la aprobación, pudo haber tenido poca relación con las actitudes y la conducta reales de Leonardo hacia él.

No obstante, no era perjudicial que Roberto percibiera a Leonardo como un padre. Pero es importante en tales casos que las dos partes consideren lo que está ocurriendo y lleguen a ser más sensibles a cualquiera de las necesidades neuróticas que estén escondidas. La dimensión padre-hijo en esta relación aumentó el dolor y la dificultad de Roberto. La misma clase de complicaciones surge frecuentemente en los círculos eclesiológicos, y pudiéramos evitar dolor y aflicción si fuéramos más hábiles en percibir las deformaciones a que pueden dar origen cuando no estamos conscientemente enterados de ellas.

3. *El regreso del pródigo.* La carne de ternera asada, la calurosa bienvenida y el regalo de la chaqueta deportiva y el anillo de oro destacan el contraste con el temor, la sospecha y la timidez con que la mayoría de las iglesias responden a los pecadores que se arrepienten. Esa recepción asombró a Roberto y ayudó grandemente a la identidad de sí mismo que había sido horriblemente perjudicada. Cuando oí por primera vez acerca de ese incidente, me regocijé mucho.

Lo importante no es que los que dirigen la disciplina correctiva nunca cometan un error, sino que compartan el dolor que Dios siente por los que vagan lejos de El.

4. *La intervención divina.* Jesús dijo claramente en Mateo 18 que el cielo respalda la disciplina correctiva de la iglesia. Las dos historias que hemos presentado ilustran eso. En el caso de Roberto, la visión que él tuvo de la santidad de Dios demostró ser el punto decisivo. Sin la disciplina, tal vez nunca se hubiera presentado.

Los procedimientos de Dios son misteriosos. ¿Estaba Roberto

equivocado cuando pensó que su depresión era de naturaleza satánica? Creemos que tanto la manifestación maniática como el episodio depresivo que él describe fueron manifestaciones de los poderes de las tinieblas. No podemos saber por qué se permitió. Sabemos, por los casos de Nabucodonosor, Job y el rey Saúl, que las aflicciones satánicas pueden ocurrir con el permiso divino. También está claro, según se desprende de los pasajes que se hallan en las Epístolas a los Corintios, que la persona que es expulsada de la comunión cristiana queda expuesta para el bien de su alma a la malicia de Satanás.

No hay duda de que los efectos fueron completamente buenos para Roberto. Despojados de todas las ilusiones, aun de la esperanza de la vida, se arrepintió, hizo un testamento y sistemáticamente fue enderezando las cosas torcidas de su vida. Dio la vuelta y comenzó a andar por una senda diferente. Hacemos mal cuando negamos a los miembros de la iglesia que estén en necesidad el beneficio de la extrema disciplina de ella.

5. *Confesión abierta.* Las personas de espíritu mezquino pudieran decir que Roberto no hizo nada para escribir una carta a la asamblea general de la iglesia, y lo acusarían de sólo decirles algo que ya sabían. Sin embargo, no es nada ligero el hecho de admitir el error que uno ha cometido. Además, las maldades que Roberto confesó iban más allá de los errores de que había sido acusado. El había llegado a ser sensible a cosas como el hecho de haber traicionado la confianza, haber perjudicado el crecimiento espiritual de otros, la amargura, la falta de perdón y el hecho de haberse engañado a sí mismo. La confesión manifestó un profundo arrepentimiento.

También hizo algo que ninguna otra cosa pudiera haber hecho. Roberto Tyler ya no se preocupó más en cuanto a quién supiera acerca de su pasado homosexual. Ya no necesitaba avergonzarse o esconder ese pecado. El podía mirar directamente a sus hermanos en Cristo, aun a los que no lo entendieran. El había llegado a estar libre de la esclavizadora necesidad de recibir la aprobación. La confesión pública de su pecado, por parte de un líder, puede tener inmenso valor, no sólo para la iglesia como un todo, sino para el líder mismo.

Habíamos dicho que la disciplina de la iglesia libera. Por

supuesto, sería más cierto decir que Dios libera y que Dios le había indicado a Roberto el camino de la libertad, un camino que él valerosamente decidió tomar. (En realidad, su valor y libertad hicieron posible la publicación de este material, para beneficio de algunos, que al verlo experimentarán un cambio de actitud.) Sin embargo, si el equipo pastoral no hubiera actuado como actuó, la libertad tal vez nunca se hubiera producido.

Roberto Tyler es un hombre que está en paz consigo mismo. Hablar con él es experimentar el ardor del gozo divino. El constituye una prueba viva y milagrosa de la fidelidad de Dios para con él personalmente y para con aquellos que le ministran con sacrificio en sanidad y en disciplina.

El arrepentimiento

¿Qué fue lo que convenció a los ancianos de la iglesia de José de que éste estaba listo para ser restaurado a la comunión? ¿Cómo supo la junta pastoral que Roberto Tyler también estaba listo? ¿Qué lugar ocupa la confesión en la disciplina correctiva de la iglesia? ¿Cuán grave tiene que ser el pecado para que la iglesia excomulgue a los pecadores? ¿Cómo hace uno cuando se descubre que el pastor de la iglesia o el líder principal de la organización cristiana está viviendo una doble personalidad? ¿Cómo trata uno a los cristianos que tienen cierta debilidad hacia un pecado en particular (digamos, la borrachera, las drogas o un espíritu excesivamente crítico contra los demás hermanos) y que se arrepiente y vuelve a caer repetidamente en el pecado?

En los capítulos que siguen proponemos tratar esos y otros asuntos prácticos. Dedicaremos este capítulo a dos preguntas: ¿Cómo podemos discernir el verdadero arrepentimiento? y ¿qué papel juega el perdón en la disciplina correctiva de la iglesia?

Las preguntas correctas

¿Qué grado de pecado exige la excomunión? En el primer capítulo de este libro vimos el ejemplo de una joven a quien se le separó del compañerismo de la iglesia por causa del color de su automóvil. Los bautistas británicos del siglo diecisiete

también podían excomulgar a los miembros que faltaban a los cultos, jugaban a las cartas o mantenían “compañeros inmostos”. Pero lo hacían sólo después de repetidas admoniciones, y cuando se había perdido toda esperanza de recuperación.¹

En las otras dos ilustraciones del capítulo uno, se pasaron por alto la supuesta malversación de fondos misioneros y la supuesta aventura amorosa. ¿Depende la excomunión de las normas morales y de los prejuicios de las distintas iglesias? Aunque no debiera depender, por lo general ocurre así en la práctica. Pero la pregunta original (relacionada con el grado del pecado que requiere excomunión) la hacen más comúnmente las personas que no tienen experiencia con respecto a la disciplina correctiva de la iglesia, y no aquellas que la tienen.

Tal vez sea una pregunta equivocada. Tal vez estemos demasiado obsesionados con el hacha y muy poco preocupados por la cabeza que ha de rodar cuando el hacha caiga sobre el cuello. Si nos aferramos a nuestra definición original de la disciplina eclesiástica (adiestramiento en santidad de la iglesia, por la iglesia), comienza a esclarecerse el enfoque del problema. No podemos ignorar por completo la gravedad de algún pecado en particular; sin embargo, comenzamos a enfocarlo con una perspectiva diferente, más parecida a lo que hicieron los bautistas del siglo diecisiete, cuya disciplina iba dirigida *contra la resistencia que la persona ofrecía a la reprensión, y no contra la gravedad del pecado en particular.*

¿Reconoce el pecador que ha pecado? ¿El corazón está preparado para arrepentirse? ¿Hay disposición para el cambio? ¿Hay aborrecimiento del pecado? Sólo el pecado del cual la persona no se arrepiente exige medidas extremas, porque de lo contrario constituye un continuo peligro moral para el rebaño. Así que la pregunta que debemos examinar en este capítulo es la siguiente: ¿Cuál es el verdadero arrepentimiento, y cómo podemos reconocerlo?

La naturaleza del arrepentimiento

La palabra griega *metanoia*, que fue la que más comúnmente se tradujo con nuestra palabra “arrepentimiento” en el Nuevo Testamento, también se puede traducir mediante nuestra pa-

labra “conversión”. Implica dar media vuelta, un cambio radical de rumbo. Tal como Donald Guthrie lo indica, Jesús predicó un arrepentimiento más radical que los maestros judíos de su tiempo.²

Para los judíos, el arrepentimiento significaba un cambio de cara a la ley, un cambio de conducta: de la desobediencia a la ley a la obediencia a ella. Jesús exigió cambios. Pero debieran ser cambios que surgieran de corazones cambiados, de convicciones cambiadas, de valores cambiados; cambios que produjeran un rumbo totalmente nuevo en la vida.

El arrepentimiento siempre será una respuesta humana a algo que Dios hace. Roberto Tyler no sólo respondió al anuncio público de su pecado, sino a la visión que tuvo de la santidad de Dios; una visión seguida por un concepto totalmente cambiado de sí mismo, de su vida, de sus circunstancias. En ese momento, él puso en movimiento cambios radicales. En el caso de José, quien había estado arruinado y desesperado, lo que el Espíritu Santo le dio fue una comprensión viviente (por medio de un libro que leyó) de su relación con Cristo. Tal fue su gozo que no pudo abstenerse de manifestarlo.

Los casos de los dos hombres son diferentes. Sus necesidades fueron diferentes. El arrepentimiento en el caso de Roberto estuvo relacionado con la depresión y la desesperación. En el caso de José finalmente se hizo posible mediante el gozo. *Pero los dos hombres respondieron a algo que Dios estaba haciendo.* Se transformó el concepto que tenían de ellos mismos y de sus vidas. La conducta que se manifestó inmediatamente después fue el resultado de los cambios internos.

Si no estamos conscientes de la iniciativa de Dios, o si no la esperamos, tal vez nunca veamos la gloria de tener vidas transformadas. Nuestras expectativas serán bajas. Podemos perder la gloria del arrepentimiento de un pecador por el hecho de que miramos al pecador a través de los lentes entenebrecidos de nuestra incredulidad. Y eso sería lamentable. Porque somos llamados a perdonar a los que se arrepienten. El arrepentimiento y el perdón están vinculados en la disciplina correctiva de la iglesia (Lucas 17:3, 4), así como están vinculados en la proclamación del evangelio (Lucas 24:46, 47). El hecho de no percibir el arrepentimiento cuando está presente estorbará el progreso de la iglesia.

El arrepentimiento no gana el perdón. Cristo pagó el precio de nuestro perdón mediante la muerte en la cruz. Pero habiendo pagado el rescate, El nos dio la autoridad de perdonar generosamente los pecados, así que ahora tenemos la autoridad de perdonar a los demás. Somos llamados a pronunciar el perdón a todos los que se arrepienten verdaderamente, a los que responden a la Palabra de Dios y al Espíritu de Dios.

La historia y el arrepentimiento

La incredulidad muy bien pudiera haber influido en la práctica de la disciplina eclesiástica. El arreglo que se hacía con respecto a los lamentadores, los oyentes, los que se arrodillaban y los que estaban de pie junto con los demás, que describe Gregorio, el Obrador de Maravillas (a quien mencionamos en el capítulo 1 de este libro), y las sentencias de quince años de disciplina para el pecado de adulterio, pudieran haber surgido por el hecho de que los que enseñaban la disciplina correctiva tenían en cuenta el pecado y no a Dios. Un sistema rígido no deja la oportunidad para Dios. Tan pronto como usted sentencia a un adúltero a quince años de disciplina, ya ha declarado su convicción de que el problema no será solucionado y que el verdadero arrepentimiento no habrá ocurrido antes que hayan pasado quince años. Si Dios ha de obrar, tenemos que esperar que lo haga, y tenemos que permitirle que lo haga.

¿Pudiera haber sido la incredulidad uno de los principales factores en el cambio de énfasis del arrepentimiento a la penitencia con el paso de los siglos? La penitencia es la expiación del pecado por nuestra parte, la acción de agregar nuestras oraciones, nuestras buenas obras, nuestra sumisión al rito prescrito de castigo, dar limosnas, o hacer un peregrinaje. Eso se agrega a lo que Cristo ya hizo.

A partir de la Edad Media en adelante, la iglesia de Occidente exigió penitencia a sus miembros que pecaban, para poderlos perdonar.

Aun desde los tiempos primitivos hubo confusión en ese asunto. Tertuliano, un escritor cristiano primitivo, tenía claridad con respecto al significado de la palabra *metanoia*.³ Sin embargo, en uno de sus libros escribió:

¡Cuán absurdo es dejar la penitencia sin cumplir,

y sin embargo esperar el perdón de pecados! ¡Qué es eso sino dejar de pagar el precio y, sin embargo, extender la mano para recibir el beneficio! El Señor ha ordenado que se garantice el perdón por este precio: *El quiere que la remisión de la penitencia sea comprada por el pago que establece la penitencia.*⁴

La idea del arrepentimiento había desaparecido del entendimiento de Tertuliano en este punto, y la penitencia había tomado su lugar. Había pasado por alto la obra que hace el Espíritu para promover el arrepentimiento y el cambio de corazón. En un nivel más profundo, se había abaratado el sacrificio de Cristo. Ya no era suficiente perdonar los pecados. La opinión de Tertuliano no se difundió al principio. Pero durante la Edad Media logró firme terreno y finalmente reemplazó lo que Gustavo Aulen llama el concepto clásico de la expiación. No fue sino hasta la Reforma cuando volvió a surgir el antiguo concepto clásico (con su más clara comprensión del arrepentimiento y la desaparición de la penitencia).⁵

Pero nuestra primera preocupación no se refiere a los orígenes históricos, sino a las razones por las cuales se deformó la disciplina eclesiástica. Si la incredulidad socavó la visión que tenía la iglesia con respecto al poder del Espíritu para traer a los pecadores al arrepentimiento y transformar sus vidas, luego la incredulidad aún puede hacerlo. No podremos percibir el verdadero arrepentimiento a menos que creamos que puede ocurrir. Y si no lo podemos percibir ni creer en él, podemos caer en los mismos errores en que fueron atrapados nuestros antepasados con respecto a la disciplina.

La necesidad de discernir el arrepentimiento

Está claro entonces que tenemos que estar preparados para que Dios obre. En realidad, si tenemos que cometer errores, sería mejor tomar el falso arrepentimiento por el verdadero arrepentimiento, que echar fuera a un pecador arrepentido. Pero el discernimiento comienza con la observación. Si queremos discernir el arrepentimiento, tenemos que dedicar tiempo para hablar con los que han pecado. Tenemos que entrevistarnos con los pecadores que están sometidos a la disciplina. Roberto Tyler no quería mantenerse en contacto con

el equipo pastoral, así que durante siete años no tuvieron manera de saber si él se había arrepentido o no. Tan pronto como llegaron sus cartas, y hubo conversaciones telefónicas y cara a cara, Leonardo y sus colegas no tuvieron dudas con respecto a que había ocurrido la obra de Dios.

Los ancianos que se mantuvieron en contacto con José también estaban seguros, por lo menos suficientemente seguros, de que debían restaurar a José con restricciones temporales a sus actividades. Entonces, puesto que tenemos que esperar que Dios obre, y cuando sea posible tenemos que exponernos a los pecadores que se arrepienten, ¿por cuáles criterios podemos determinar lo genuino de su arrepentimiento?

Es obvio que tiene que haber un cambio. En el caso de Roberto, su actitud desafiante y su amargura habían terminado. Por supuesto, por su propia voluntad había escrito y había reconocido sus faltas. Aun más, estaba claro que esta era la actitud de un hombre que había cambiado de opinión con respecto a sí mismo y que había crecido en su sentido de responsabilidad. Ni José ni Roberto estaban tratando de regatear. José sencillamente dio testimonio de que había hallado un nuevo gozo. Roberto expresó profunda preocupación con respecto a la herida que él pudiera haber causado, y estaba intentando hacer cualquier cosa que pudiera para hacer la restitución. También dio pasos prácticos para evitar la tentación.

La mayoría de las personas que tienen que enfrentarse a los disciplinados que se arrepienten no tienen el discernimiento de la noche a la mañana. El discernimiento es hijo de la experiencia y, aunque es triste decirlo, pocas personas tienen mucha experiencia en hablar con pecadores que se arrepienten, aunque muchos de nosotros pasamos mucho tiempo aconsejando a cristianos que tienen problemas. Los médicos y las enfermeras con frecuencia retroceden ante la hediondez, ante lo desagradable de las heridas purulentas. Pero el disgusto personal tiene que ponerse a un lado por compasión hacia la persona que sufre. Lo mismo ocurre con el pecado. La experiencia sólo puede lograrse al enfrentarse a él constantemente. Sin embargo, Dios promete discernimiento. Aunque la experiencia afina nuestro discernimiento, el Espíritu Santo puede

impartirlo, si estamos dispuestos a recibirlo. El se preocupa más por los pecadores que se arrepienten que nosotros mismos.

Además, los carismáticos hablan acerca de la “palabra de sabiduría”. Cualquiera que sea el término que empleemos, se ve claramente en el Nuevo Testamento que también es posible la percepción sobrenatural del corazón de un pecador. Pedro no tuvo ningún medio para saber que Ananías estaba intentando estafar a la iglesia y engañar a Dios, cuando colocó sólo una parte del precio de la venta de su propiedad a los pies de los apóstoles. Sin embargo, la reacción de Pedro fue rápida y devastadora (Hechos 5:1-11).

Tenemos que leer el pasaje. Pedro no sólo sufrió de un vago sentimiento en el sentido de que algo andaba mal con la ofrenda de Ananías. El tuvo un *conocimiento preciso* de su pecado (engañó al simular que estaba dándolo todo cuando no estaba obligado a dar nada). Y él anunció el pecado de una manera lúcida y sin vacilación. Sólo una persona que esté sintonizada con la voz del Espíritu Santo puede tener un conocimiento tan preciso. Siempre tenemos que estar dispuestos a recibir tal palabra de Dios y ser lo suficientemente humildes y sinceros para no pretender que tenemos tal entendimiento sobrenatural, cuando no lo tenemos.

¿Cuántas veces?

En el próximo capítulo estudiaremos los pecados que continúan burlándose de los cristianos, por más que se hayan arrepentido de ellos, bien de manera simulada o con sinceridad.

Pero antes de hacer eso, tenemos que dedicarnos al asunto del perdón. Debemos perdonar *de lo profundo de nuestro corazón* a los que se arrepienten. Al hacerlo, debemos administrarles el perdón de Cristo.

Pero ¿qué relación tiene nuestro perdón con el perdón de los disciplinados que se arrepienten? ¿No debemos sólo pasar el perdón de Dios, administrarlo en el nombre del cielo? Tal vez así parezca, pero ni la Biblia ni la vida real apoya un punto de vista tan simplista.

Los jueces y magistrados en los tribunales pueden esforzarse para ser imparciales, pero no pueden evitar por completo que sus sentimientos sean influidos por su juicio. Tampoco pueden

172 Restauración de los heridos

hacer eso los cristianos que han tenido que enfrentarse a los pecadores que se arrepienten. Si lo comprendemos o no, nuestro discernimiento está sujeto a nuestras actitudes personales. Si tenemos disposiciones perdonadoras y misericordiosas, decidimos nuestras cosas de una manera diferente a los que no las tienen. Tenemos que pensar en las personas que han pecado, sin sentimentalismo; sin embargo, con un constante deseo de perdonar.

El perdón ha de ser *personal*, es decir, tiene que presentar una actitud comprensiva y amorosa de nuestra parte que se niegue a albergar resentimientos o a recordar el pasado. También tiene que ser un perdón *autoritario*. El cielo estará de acuerdo con él (Mateo 18:15-22).

Hay dos cosas que nos ocurren cuando no tenemos espíritu perdonador. Dejamos de ser un canal de perdón, y dejamos de experimentar una liberación del perdón de Dios hacia nosotros personalmente. Tal es la lección que encontramos en Mateo 6:14, 15 y 18:23-35. El segundo pasaje, por supuesto, viene después del clásico pasaje que se refiere a la disciplina. En él, Jesús narra la historia del siervo que no quiso perdonar, cuya enorme deuda le había sido perdonada por el rey. Pero más tarde el rey se enfureció cuando supo que el siervo a quien había perdonado estaba persiguiendo a uno de sus consiervos por una miserable suma de dinero. En medio de su ira echó en la cárcel a su siervo no perdonador.

Se espera que tengamos actitudes misericordiosas y perdonadoras hacia los pecadores que se arrepienten, no porque ellos lo merecen, sino porque *Dios ha sido misericordioso y perdonador para con nosotros*. Nosotros mismos no merecemos el perdón. Además, el perdón es algo que sólo podemos mantener cuando lo damos. Nuestra capacidad para percibirnos a nosotros mismos como personas perdonadas se reduce a nada cuando nos negamos a perdonar. Nos sentimos cargados de culpa y con un corazón endurecido. Una desdichada joven soltera que pertenecía a una iglesia había convertido a un anciano de la iglesia en blanco de su continuo resentimiento. Elena pensaba que el anciano Miguel la había abandonado en la hora de su más profunda necesidad, porque no la había apoyado. Varias veces Miguel se había reunido con ella y le

había pedido disculpas, y le había dicho que deploraba lo que había sucedido. Sin embargo, ella se aferraba a no perdonarlo.

Ken Blue se reunió con los dos. Elena declaró de nuevo sus resentimientos. Después de clarificar las cosas y discutir Miguel volvió a pedirle perdón por todo aquello de que ella lo había acusado. La muchacha se negó a aceptar el arrepentimiento de él y no quería perdonarlo porque ella creía que él no estaba siendo sincero. Habían llegado a un callejón sin salida, como había ocurrido varias veces. Cuando se hizo claro que Elena no aceptaría el arrepentimiento del anciano de la iglesia, Ken explicó que ella debía perdonar completamente al anciano; de lo contrario, tendría que abandonar la iglesia. Ella se escandalizó y comenzó a llorar. Sin embargo, al ver que no tenía otra opción, finalmente lo perdonó.

Pero con el paso del tiempo la relación entre los dos mejoró muy poco. Subsiguientemente Ken se convenció de que él mismo había sucumbido ante la impaciencia y había manejado mal el asunto. El perdón tiene que salir de un corazón perdonador. Ken se preguntaba si él mismo había estado impaciente en vez de tener un corazón perdonador. En cuanto a Elena, es probable que hasta el día de hoy esté encerrada en un pozo congelado de falta de perdón. Ella necesita experimentar el calor del perdón de Dios para ella, el cual derrite el pecado.

En el ejercicio de la disciplina correctiva de la iglesia, como en todas nuestras relaciones personales, acabamos por ser canales del perdón liberador, o pozos aterrorizados y congelados. Si decimos que no podemos perdonar, o que aunque perdonamos no podemos olvidar, lo que realmente estamos diciendo es que nunca hemos experimentado en realidad la plenitud del perdón de Dios hacia nosotros. No ha liberado aquellas profundidades internas de nuestro ser. Y en este caso no tenemos nada que ofrecer a los pecadores perdonados, excepto el sentimiento de condenación interna que aún está al acecho en lo profundo de nosotros.

El perdón tiene que ser siempre una regocijada celebración. Es eso lo que hace vibrar la cuerda ardiente en nosotros, cuando leemos la historia del hijo pródigo, es decir, la historia de la bienvenida que la iglesia le dio a Roberto Tyler, cuando

regresó. La respuesta de ellos fue la respuesta del cielo. Hay más gozo en la presencia de los ángeles de Dios por un solo pecador que se arrepiente que por una multitud de personas justas que no necesitan arrepentimiento (Lucas 15).

Pero pudiéramos preguntar cuán realista es perdonar a una persona que dice que se ha arrepentido, sólo para volver a pecar vez tras vez. ¿Cuán realista fue la respuesta de Cristo a Pedro cuando éste le preguntó cuántas veces debía perdonar a su hermano que lo ofendiera? En el capítulo que sigue nos dedicaremos a estudiar cuidadosamente las clases de pecado que continúan acechando a los pecadores.

14

Los pecados que no desaparecen

Algunas personas piensan que la iglesia es un ejército, otras, que es un hospital. En favor del concepto de que es un hospital está el hecho de que los ejércitos terrenales sólo aceptan especímenes perfectos. Los hospitales militares son fundamentales para los heridos, o para los que se las arreglan para entrar a hurtadillas, escondiendo sus imperfecciones.

Por otra parte, la iglesia acepta especímenes imperfectos: pecadores. Los especímenes perfectos no necesitan a Cristo. Se concede que la iglesia acepta a los pecadores redimidos, santificados. Pero son pecadores en los cuales permanecen las heridas derivadas como consecuencia de la caída, y en algunos casos, el horrendo daño de sus ambientes pasados y hábitos pecaminosos. Así que, seamos un hospital o un ejército, estamos en el proceso de curar al enfermo y al herido por causa del pecado.

En este capítulo enfocaremos los pecados que molestan durante largo tiempo, a los cuales algunas personas llaman *pecados habituales*, pecados específicos que surgen de debilidades específicas. El nombre que se aplica a esa clase de pecados se toma de Hebreos 12:1, versión Reina-Valera, revisión de 1960: "... el pecado que nos asedia ..." Cualquiera

que haya sido el significado que el autor quiso comunicarnos mediante esa frase, se ha convertido en el símbolo de lo que pudiéramos llamar *pecados de propensión*, como el consumo de bebidas alcohólicas, la propensión al mal genio, el perpetuo mal humor, el espíritu crítico, el chisme habitual y el vicio de la pornografía. Todos tenemos debilidades específicas y fallas específicas, pero algunas son más problemáticas que otras.

No necesitamos leer la historia de José para convencernos. Cualquiera que sea nuestra posición teológica con respecto a la santificación, nos vemos obligados a admitir, por la observación de la escena en que se mueve la iglesia, que los pecados que nos asedian todavía están con nosotros. Parece que muchos de nosotros nunca superamos nuestras debilidades. Como ya lo hemos indicado, los pecados que nos asedian se dividen en pecados socialmente aceptables (como el orgullo y el chisme) y los pecados socialmente inaceptables (como el consumo de bebidas alcohólicas y el narcotismo).

Pero la realidad común de ambos es que continúan ocurriendo. Es decir, María continúa teniendo rabietas, y Guillermo continúa embriagándose de cuando en cuando, y Susana se encuentra en su quinta aventura amorosa, aunque parecía que en cada una de ellas se había arrepentido, había proclamado su victoria, había sido "resantificada" (si tal cosa es posible) o como queramos expresarla. La repetición es lo que nos derriba. Comenzamos a evadir a esas personas. Se nos forman actitudes de rechazo hacia ellas, y las colocamos en una clase separada del resto de nosotros, los que por lo menos nos las podemos arreglar para mantener las apariencias.

Las iglesias cristianas son perturbadas por cristianos desdichados que no obtienen la victoria sobre pecados específicos. Hemos sugerido remedios, pero en su mayoría, sólo ha producido muy poco impacto permanente. Dentro de nuestras filas siguen los que se enojan, los amargados, los que no son veraces, los alcohólicos, los propensos a las drogas, los propensos a la pornografía, los promiscuos, los avaros, los chismosos y así sucesivamente.

En el caso de los pecados socialmente inaceptables que nos asedian, los pecadores preservan sus secretos todo el tiempo que pueden. Con frecuencia los ayudamos y apoyamos porque

los demás también preferimos no saber. No queremos ser molestados por la vergüenza y la confusión general. No queremos estar cargados con las interminables luchas de los pecadores. Pero ellos y sus secretos están con nosotros.

¿Por qué existe esa situación? ¿Cuál es la razón de esa clase de esquizofrenia eclesiástica en la cual creemos (o simulamos creer) que todo marcha bien, aparte de algunas personas que da vergüenza mencionar, cuando todo el tiempo nuestras filas están infiltradas por los derrotados y los imponentes, que se aferran desesperadamente a los pecados que los asedian? Esos son nuestros hermanos que están heridos. Ellos son los parias que la iglesia tiene a puerta cerrada.

Hay muchas razones que explican esa esquizofrenia, pero hay cuatro que sobresalen: La ingenuidad cristiana, la mundanalidad cristiana, el egoísmo cristiano y las iglesias que no son iglesias, iglesias que han dejado de funcionar y de ser lo que dicen que son. Tendremos que dedicar algún tiempo a tratar esas razones antes de discutir los pecados en sí.

La ingenuidad cristiana y la mundanalidad cristiana

Somos ingenuos con respecto al pecado que mora en nosotros. Estamos tan impresionados con la potencialidad de la vida cristiana victoriosa (potencialidad que no puede exagerarse) que subestimamos el poder del pecado y la malicia de las hordas satánicas bajo cuya sombra vivimos. Incluso hemos olvidado cosas sencillas como el poder de los hábitos que duran mucho tiempo. Estamos tan conscientes de la victoria que hemos dejado de temerle al pecado. Nuestras creencias doctrinales no pueden cuadrar con los luchadores derrotados que hay en nuestro medio. Pensamos que no debían estar allí, por tanto nos negamos a mirarlos.

Pero no sólo somos ingenuos con respecto al pecado; estamos ciegos en cuanto a él. Como iglesia, hemos llegado a estar en esas condiciones porque somos mundanos. Hubo un tiempo en que pensábamos que la mundanalidad consistía en fumar, tomar bebidas alcohólicas, bailar, usar joyas, cosméticos e ir al cine; y aún en esas cosas nos estamos volviendo "mundanos". Sin embargo, esas cosas no constituyen la mundanalidad. En el peor de los casos son sólo síntomas de mundanalidad. Tal vez sean síntomas de la carnalidad subyacente, o

tal vez no, pero no son la enfermedad en sí. La mundanalidad es algo más profundo que la pintura en los labios o las pantallas de plata.

La mundanalidad, desde el punto de vista bíblico, está descrita por el apóstol Juan, quien nos dice: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, al amor del Padre no está en él” (1 Juan 2:15). ¿A cuál mundo se refiere Juan? Está claro que se refiere a la era, al tiempo en el cual vivimos, con sus valores y sus metas. ¿Entonces cuáles son “las cosas del mundo” que debemos evitar? “Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo” (1 Juan 2:16). ¿El apóstol Juan está simplificando de una manera exagerada las cosas? ¿Puede nuestra era resumirse de una manera tan sucinta? ¡Por supuesto que sí! La mundanalidad no es una lista de lo que puede hacerse y lo que no puede hacerse. Su esencia está en tres deseos: el deseo de la carne, el deseo de los ojos, y el orgullo. Es una actitud de corazón. La mundanalidad consiste en que uno permita que el amor del corazón al Padre le sea robado y sea sustituido por los deseos del mundo.

Está el deseo de la carne, palabra mediante la cual Juan pudiera haberse referido a los apetitos corporales legítimos (alimento, sueño, necesidades sexuales y así por el estilo). Esos deseos llegan a ser concupiscencia cuando los elevamos al nivel de semidioses ante los cuales nos inclinamos y para los cuales vivimos. En ese caso, tales deseos son apetitos legítimos de los cuales nos hemos vuelto esclavos. De otro modo, Juan pudo haber empleado la palabra “carne” con el sentido que Pablo le da a ese término; se refiere a los deseos carnales, la adoración no sólo a los apetitos corporales normales, sino a los apetitos pecaminosos también.

El deseo de los ojos es la adoración de las cosas bellas, el deseo y la voluntad de poseerlas. No hay nada malo en la belleza. No hay nada malo en querer algo bello. La pregunta es la siguiente: ¿Cuánto la queremos? ¿Queremos más la belleza que la voluntad del Padre? ¿Qué precio estamos preparados a pagar para conseguir lo que queremos?

En cuanto a la vanagloria de la vida, el orgullo contra el cual

todos luchamos, no necesita explicación. Sólo necesita convicción y arrepentimiento.

¿Puede la mundanalidad reducirse a tres simples principios? Parece que Juan piensa así. Adoptemos otra expresión para la palabra deseos: *la búsqueda del placer*. La búsqueda del placer corporal, la búsqueda de las posesiones que nos dan placer y una exagerada búsqueda de la estima propia y del respeto de los demás que nos produce placer. Buscar esas cosas es lo que se conoce con el nombre de hedonismo. Lo que estamos diciendo es que las iglesias cristianas han perdido la sensibilidad en cuanto al pecado por causa del hedonismo. Seamos claros con respecto a ese asunto. No hay nada malo en el placer. Lo único que el diablo puede hacer es enseñarnos a abusar de él.

Sin embargo, se nos ha lavado el cerebro para que creamos que ciertas cosas nos son necesarias. Somos bombardeados por los valores que controlan al mundo que nos rodea. Esos valores nos lavan el cerebro mediante un exceso de verbosidad procedente de los medios de comunicación de masas, de las películas y de los sistemas educativos. Se supone que los valores están presentes en casi toda conversación en que entremos, en toda discusión que alcancemos a oír. Lentamente, sin ningún argumento, el puro volumen y peso de las opiniones del mundo destruyen un concepto más celestial.

“Tómese un descanso. Usted lo merece”, dice la propaganda comercial. “Merezco cada centavo que me corresponde”, dice la estrella cinematográfica con respecto a sus ingresos extravagantes. Hemos oído acerca de una carta de los derechos humanos que habla con respecto a nuestro derecho a cinco libertades, y como cristianos indiscutiblemente aceptamos nuestro derecho a muchas más. La atmósfera que respiramos es una atmósfera que supone tales derechos. Con el surgimiento del movimiento de la potencialidad humana, se ha agregado el derecho a la total satisfacción como seres humanos.

Suponemos que tenemos derechos a la satisfacción sexual, a satisfacer nuestras muchas “necesidades” emocionales. ¿Jesús se satisfizo sexualmente? ¿Pablo se satisfizo sexualmente? ¿Necesitaron ellos satisfacer sus metas? ¿Lo necesitamos nosotros?

Tan pronto como llamamos a alguna cosa un derecho, co-

menzamos a suponer que es más que el alimento y las bebidas y las posesiones. Hay cosas más importantes en la vida que el disfrute del sexo y la estima personal aquí y ahora. Porque estamos en guerra contra principados y potestades y, de cuando en cuando, la guerra nos exige sacrificio, dolor, sufrimiento o cansancio exagerado.

En nuestra mundanalidad, hemos perdido el sentido de la perspectiva y hemos adoptado la perspectiva de la era en que vivimos. Así que al ambicioso le ofrecemos distinción mundanal, al galanteador le ofrecemos satisfacción sexual y al alcohólico, libertad para que disfrute en un vaso del vino. Lo hacemos sin mala intención, pero hacemos algunas cosas necias, y lo hacemos porque el mundo poco a poco nos ha lavado el cerebro, ha carcomido nuestras normas y deformado nuestra perspectiva.

Decimos que somos ricos y no necesitamos nada. No sabemos que somos miserables, ciegos y desnudos. Y en nuestra ceguera, no vemos el pecado que nos rodea o que está dentro de nuestras filas tal como es. La ceguera nos protege. Sin embargo, estamos llamados a arrepentirnos, a comprar oro eterno, a vestirnos con vestiduras blancas y a comprar unguento que cure nuestra ceguera.

El egoísmo cristiano

Otra razón por la cual la iglesia es ineficiente en su trato con el pecado que nos asedia es el hecho de que estamos confundidos con respecto a los papeles que nos corresponden en la iglesia y con respecto a nuestras prioridades. Se necesita tiempo para ayudar a alguien que sea víctima de un pecado que lo asedia. Y el tiempo es dinero, aun para los cristianos. El sentimiento común entre los cristianos es que el seguimiento espiritual es una de las responsabilidades del pastor, o que si el pastor no tiene tiempo se debe contratar a un profesional cristiano para que asesore y ayude a los pecadores. De esa manera, los demás podemos quedar libres para ocuparnos de las cosas de la vida.

Ken Blue y yo no ponemos en tela de juicio el valor del asesoramiento cristiano, siempre que sea competente y verdaderamente cristiano. Tenemos la fortuna de que Dios en su soberanía nos ha dado revelación tanto específica como gene-

ral. Nos ha dado discernimientos científicos como parte de la revelación natural, y tenemos que ser buenos mayordomos del conocimiento que tenemos. Pero no debemos cargar a los asesores cristianos con los problemas que nosotros como iglesia debemos tratar, como parte de la disciplina eclesiástica (tanto en el sentido amplio como en el sentido correctivo del término).

Los pecadores que luchan necesitan aceptación, comprensión, estímulo y admonición *de parte del cuerpo de Cristo*. La razón por la cual somos tan impotentes ante los problemas de ellos no está en que carecemos de preparación, sino en que no estamos dispuestos a dedicar tiempo y en que tenemos temor. No estamos dispuestos a hacernos vulnerables en el grupo con el cual compartimos y oramos. Y nuestra indisposición se debe en parte al hecho de que hay una miríada de actividades y comités en la iglesia que, aunque son valiosos, consumen todo nuestro tiempo.

Muchos pertenecemos a iglesias que son más clubes cristianos que iglesias reales. Como clubes, son administradas por un personal profesionalmente capacitado y asalariado. Los voluntarios de la asamblea general forman comités y dirigen actividades regulares. No nos hemos detenido a preguntarnos cuáles son nuestras diversas necesidades y metas. Estamos demasiado ocupados tratando de mantener en marcha lo que tenemos, tan suavemente como sea posible. Las iglesias tipo club no tienen nada que ofrecer a la gente que está asediada por el pecado.

Recientemente me fue referido lo que algunas personas llamarían "un viejo corrompido". Pero él era un educador cristiano que había estudiado en el seminario. La policía lo había detenido porque lo encontró acariciando sexualmente a niñas pequeñas. La policía y el pastor de la iglesia a la cual pertenecía ese hombre pensaron que el asunto debía ser manejado por un psiquiatra, preferiblemente cristiano. Pero rápidamente se me hizo evidente que lo que ese hombre realmente necesitaba era ser entendido con aceptación, arrepentirse de sus pecados y que se le impusieran límites firmes pero bondadosos por parte de los amigos más íntimos de él.

El no comprendía su debilidad. Pensaba que él tal vez podría

tener un ministerio en la escuela dominical, tal vez con la clase de niños pequeños. También carecía de una real comprensión de lo destructivas que eran sus acciones en la vida de los niños. Prolongadas sesiones de asesoramiento o sico-terapias (con el hombre y su esposa) pudieran o no pudieran producir el discernimiento que él tan urgentemente necesitaba. Pero el discernimiento también hubiera podido ser producido por una comunidad que lo entendiera, aceptara el hecho de que él tenía una debilidad y se enfrentara con él tanto con respecto a la seriedad de esa debilidad como con respecto a la relación que existe entre la debilidad y el pecado.

Como parte de la disciplina correctiva de la iglesia, ha debido aclarársele que por ninguna circunstancia él debía tener contacto con niñas, puesto que eso representaba una tentación para él. Los cristianos tenemos que huir de la tentación. El también necesitaba un hermano cristiano que pudiera orar con él de manera regular, posiblemente una pareja cristiana que pudiera hacer eso con él y su esposa. Su conducta debía ser observada, pero con entendimiento y aceptación amorosa. Finalmente él pudiera haber necesitado la fuerza completa de la disciplina para ayudarlo a entender el error de su pecado y la gracia de un Dios amoroso.

Comenzamos este capítulo diciendo que se necesita tiempo para ayudar a alguien que tenga debilidades de esa clase. También se necesita aplicar la tolerancia, no al pecado sino al pecador. Sin embargo, nos echamos hacia atrás desconcertados, avergonzados. En nuestra cabeza surgen palabras como raro, extraño. El es cierta clase de curiosidad desagradable, de la clase que más bien evitaría. Al fin y al cabo, ¿qué se le dice al "viejo corrompido"? Nos horrorizamos. Nos disgustamos. ¿Se supone que uno debe amar a tal criatura?

Sí. Nuestros pecados pueden ser diferentes, pero para Dios no son menos reprobables. Como él, nosotros no somos sino pecadores redimidos. No merecemos ni un átomo más de la gracia de Dios que él. El es nuestro hermano. Tal vez sea un hermano patético, pero es un ser humano hambriento, que necesita un ambiente de amor, sinceridad y firmeza. Las iglesias deben proporcionar ese ambiente, pero no lo proporcionan.

El peligro de los pecados que nos asedian

Todos los pecados son perjudiciales, pero los pecados habituales son dañinos de dos distintas maneras. Hay lo que pudiéramos denominar *daños primarios* y *daños secundarios*. El daño primario es causado a los mismos que pecan y a cualquiera otra persona que sea afectada por el pecado. El daño secundario es causado al propio ser interno del pecador y a su capacidad para relacionarse con Dios.

Un borracho consuetudinario daña su cuerpo, arruina su oportunidad de tener una vida familiar feliz y con frecuencia arruina su carrera. En el proceso, le crea estragos a otros, sobre todo a los que están cerca de él, a su familia y a sus amigos. Si se trata de una mujer alcohólica, puede dañar la criatura que no ha nacido. Algunos borrachos golpean a sus esposas y crean odio y temor en sus hijos. Otros matan a personas en accidentes de tránsito y producen aflicción y dolor a otras familias. Todos esos son ejemplos del daño primario.

En el caso del cristiano que estaba cobrando dos veces a sus clientes (vea la página 32), el daño primario lo producía a las personas a quienes robaba. En el caso de las personas que tienen espíritus críticos, ellas perjudican la vida de aquellos a quienes innecesariamente castigan e interrumpen la unidad del cuerpo en sentido general. Puede haber obvios daños primarios en el caso de un hombre propenso a la pornografía, si la esposa descubre la literatura que él tiene. En ese caso, ella puede sentirse herida y humillada. Pero con frecuencia, ella estará consciente de que la relación con su esposo no es la misma.

El daño secundario es causado al ser interno del pecador, a su relación con Dios. ¿Cómo enfrenta usted eso, si continúa haciendo cosas que usted sabe que son incorrectas? Tiene que vivir consigo mismo. La conciencia se hace insoportable, así que usted la amordaza. Comienza a mentirse, a inventar excusas y, en el caso de los pecados socialmente inaceptables, aprende a mentir también a los demás. Reina la corrupción interna. Más que amordazada, su conciencia llega a estar cauterizada y profundamente herida.

Los alcohólicos beben bebidas alcohólicas a escondidas, mienten con respecto al alcohol que consumen, esconden sus

botellas y hacen un buen trabajo para mantener todo escondido. Los que golpean a sus esposas presentan una sonrisa normal. Los entusiastas de la pornografía esconden sus revistas en gavetas y debajo de los colchones. Pero el hecho de practicar una doble vida destruye el alma. Su falta de sinceridad interior les paraliza el sentido espiritual. El hecho no es sólo que usted aprende a mentir, sino que aprende a mentirse y a tener una relación imaginaria con Dios. El daño primario se sufre en el tiempo. El daño espiritual es eterno, es decir, un daño que puede colocarlo a usted en la categoría de los que serán salvos "aunque así como por fuego".

El problema real de la disciplina eclesiástica tiene que ver menos con el problema del daño primario y más con la corrupción interna que fluye inevitablemente del pecado habitual. Para la mayoría de nosotros es difícil ser sinceros con nosotros mismos todo el tiempo, pero para las personas que están en las garras del pecado habitual, el daño más profundo es la tendencia latente a siempre engañarse a sí mismas. El engañarnos a nosotros mismos en sentido espiritual puede ser el aspecto más difícil que hay que resolver con la disciplina correctiva de la iglesia.

La iglesia y el que abusa de las bebidas alcohólicas

En un libro de estas dimensiones es imposible entrar en una detallada discusión sobre las muchas clases de pecados habituales en que los cristianos pueden estar atrapados. Ya hemos mencionado la mentira, el chisme, la propensión a la pornografía, el abuso de las bebidas alcohólicas y de las drogas, la pereza, la promiscuidad sexual, el abuso sexual infantil, la homosexualidad y el maltrato a los niños y a la esposa. Podríamos agregar mucho a esa lista. El hecho de que esas actividades no sólo son pecaminosas sino que parecen imposibles de erradicar hace que surja la pregunta en cuanto a cuán responsables son los pecadores. ¿Los consideramos como pecadores que necesitan la disciplina correctiva de la iglesia, como personas que necesitan cura o como personas que adolecen de esas dos cosas a la vez? ¿Los demonios se meten en esas cosas? ¿Hay lugar para el asesoramiento profesional, y si lo hay, cuál es ese asesoramiento?

Para responder a esas preguntas, tomemos un ejemplo de

un pecado que nos asedia, el cual refleja rasgos característicos de la mayoría, si no de todos los pecados de la lista. Veamos el caso de los que abusan de las bebidas alcohólicas. Cuando hablamos de los que abusan de las bebidas alcohólicas, no sólo nos referimos a las personas que van a parar a la cuneta, sino simplemente a todos los que toman más de la cuenta.

¿Deben los cristianos abstenerse totalmente de cualquier clase de bebidas alcohólicas? Pensamos que debe haber libertad de conciencia en este aspecto. No se condena el ingerir bebidas alcohólicas en ninguna parte de las Sagradas Escrituras, pero sí se condena la borrachera. Además, el libro de Proverbios nos da severas advertencias con respecto a que el alcohol ha demostrado ser traicionero. De igual manera hemos observado que el alcohol en la actualidad es más una maldición que una bendición para la sociedad. En vista de los crecientes problemas con las bebidas alcohólicas en nuestra sociedad, las iglesias deben reflexionar seriamente en cuanto a instruir y advertir a sus miembros con respecto al peligro del uso de bebidas alcohólicas y con respecto a la responsabilidad cristiana de evitar hacer que otros tropiecen.

Pero tienen que dar razones claras con respecto a cualquier medida que adopten y decir claramente a los jóvenes y a los nuevos convertidos cuáles son esas razones. La mayoría de las iglesias que condenan las bebidas alcohólicas no dan ninguna explicación al respecto. Sólo indican que tomar bebidas alcohólicas es un pecado, o dan razones no válidas o inciertas que justifican la abstención.

¿Qué diremos acerca de los que toman demasiado? Su situación tiene las siguientes características:

1. Se nos ha enseñado a pensar que el alcoholismo es algo que debe ser tratado por los expertos. (Lo mismo sucede con respecto a la homosexualidad, a las explosiones cósmicas, a las mentiras habituales y a otros pecados.)
2. Tenemos la tendencia de formar actitudes de rechazo hacia los que abusan de las bebidas alcohólicas. Cuanto más empeoran, tanto más los evadimos como lo hacemos en el caso de otros pecadores.
3. Los que abusan de las bebidas alcohólicas aprenden a engañarse a sí mismos y a engañar a los demás. Se niegan

a creer que tienen un problema. Practican vidas dobles.

4. Sus conciencias se corrompen.
5. Parecen incapaces de comprender el daño que hacen a los demás, y si lo comprenden parecen incapaces de aceptar la responsabilidad que les corresponde.
6. Están atrapados por su vicio y permanecerán así mientras se nieguen a sí mismos esa realidad.

Hay una amplia controversia entre los expertos y los que algún día serán expertos con respecto a si el consumo de bebidas embriagantes es una enfermedad, con respecto a lo que la causa y con respecto al tratamiento. El hecho de que hay un amplio desacuerdo entre los expertos es una indicación de que aún no se ha hallado una solución ideal. Sin embargo, creemos que si las iglesias funcionaran como deben funcionar, y si la disciplina de la iglesia fuera lo que debe ser, entonces muchos casos de personas que abusan a hurtadillas de las bebidas alcohólicas pudieran recibir más ayuda por medio de la iglesia que por medio de otras instituciones.

¿Es el alcoholismo un pecado o una enfermedad? El problema cuando nos referimos a una conducta como enfermedad es que consideramos que la palabra *enfermo* es incompatible con la *maldad*. Nos compadecemos de los enfermos, pero a las personas que hacen maldad las hacemos responsables de sus acciones.

Talcott Parsons fue un sociólogo que estudió la enfermedad como un fenómeno social. El popularizó los términos *el papel de enfermo* y *el modelo médico*. Consideró la enfermedad como un drama: Los parientes, los amigos y los médicos juegan un papel en torno al actor principal que es el que hace el papel de enfermo. Parsons no estaba diciendo que la enfermedad no existía. Como todos nosotros, él creía en el cáncer. Lo que le interesaba a él era el cambio de conducta, el cambio de actitud y responsabilidad que ocurría en torno a la persona enferma. Si el papá no es perezoso, sino que está muriendo de cáncer, de repente dejamos de echarle la culpa. Nos abrumba la culpa. Lo colocamos en la cama, lo alimentamos y le manifestamos una profunda preocupación. Los amigos le llevan flores o le envían tarjetas. Llamamos al médico y esperamos su diagnóstico (y la cuenta) con temor y temblor.

Muchas personas no han comprendido lo que decía Parsons. El hecho de que estábamos equivocados al culpar al papá de pereza no significa necesariamente que él ya no es responsable de nada en su vida. No significa que él ahora no puede hacer lo malo. Sin embargo, la palabra *enfermedad*, cuando se aplica a cosas como el alcoholismo, la mentira, el chisme o la irritabilidad en general, automáticamente produce esa clase de cambios en nuestro pensamiento.

Un cambio de actitud puede ser necesario, pero tal vez pudiera ser un poco menos extremado. Las personas que son asediadas por el pecado se encuentran en dificultades reales y necesitan ayuda. Pero la *vulnerabilidad* al pecado no las excusa. Aun si la vulnerabilidad a la propensión al alcoholismo es heredada,¹ los adictos tienen que aceptar la responsabilidad que tienen por sus vidas.

El hecho de que los enviciados con el alcohol pudieran haber nacido con vulnerabilidad a las bebidas alcohólicas también significa que no son diferentes del resto de nosotros. Todos nacemos con específicas vulnerabilidades, debilidades a formas específicas de pecado. Los alcohólicos potenciales tienen una debilidad hacia un pecado que difiere de nuestra debilidad sólo en lo destructivo que es para el bienestar de ellos mismos y de otras personas. Viven con una bomba de tiempo dentro de ellos, una bomba de tiempo que comienza a hacer sonar el *tic tac* en el momento en que comienzan a ingerir la bebida alcohólica.

Si las iglesias tienen un mensaje que merezca escucharse, ha de ser un mensaje dirigido a los pecadores que son esclavos del pecado y se arrepienten. Sin embargo, no podemos ser tan simplistas con respecto al evangelio. Tiene un poder incomparable para liberar, pero tiene que comprenderse y aplicarse correctamente.

Lecciones que aprendemos de los Alcohólicos Anónimos

Los Alcohólicos Anónimos (por lo regular se identifican con las siglas AA) afirman que tienen una cura mejor que cualquiera otra organización o grupo. Esa afirmación es probablemente justa. La experiencia de sus miembros es impresionante. Sin embargo, los Alcohólicos Anónimos consideran el alcoholismo como una enfermedad, no como un pecado. Tenemos

que preguntarnos qué podemos aprender de ellos y por qué, teniendo ellos una filosofía defectuosa, pueden hacer tanto, cuando la mayoría de las iglesias, que tienen tanto, hacen tan poco. Consideremos cinco puntos.

En primer lugar, los Alcohólicos Anónimos alivian la culpa. Se le dice al alcohólico que el alcoholismo es una enfermedad. Recordemos a Talcott Parsons y el papel del enfermo. Cuando la palabra enfermo penetra en la mente del alcohólico, se produce un cambio en su perspectiva. Uno no puede hacer nada con respecto a una enfermedad. Uno necesita ayuda. El problema exige un diferente estilo de vida y una nueva filosofía. El alcohol lo está matando a uno, y no puede ni siquiera volverlo a tocar. Pero uno no tiene la culpa de ser alcohólico. Así se alivia la culpa y nace la esperanza.

El evangelio expresa ese asunto de una manera más exacta y en términos más poderosos, si se predica en forma apropiada. "El quebranta el poder del pecado que ha sido cancelado . . ." ¿Lo quebranta? Debiéramos saber eso. ¿Pero lo sabemos? ¿En cuántas iglesias se cancela la culpa, se manifiesta el arrepentimiento y se quebrantan las cadenas del pecado cada semana? Las iglesias tienen una respuesta para el culpable alcohólico. Sin embargo, los alcohólicos no muestran interés. En su gran mayoría evaden las iglesias porque no están preparadas para ayudarlos. Así que, los pecadores que están plagados por los pecados que los asedian, claman por el alivio de un Dios que perdona y acepta. Ser liberados de la culpa es el primer paso de ellos para quedar libres del pecado mismo. Dios tiene libertad en abundancia para ofrecerles; libertad de la culpa.

En segundo lugar, los Alcohólicos Anónimos obligan a los que toman bebidas embriagantes en exceso a que se enfrenten a su impotencia. Repetimos que la iglesia es tan insuficiente para eso como para aliviar la culpa. Los alcohólicos tienen que admitir que tienen la vida fuera de control y que no pueden dominarla. Sólo hay esperanza cuando el individuo que tiene un pecado que lo asedia reconoce profundamente eso. Tal vez sea necesaria la disciplina correctiva de la iglesia para lograrlo. El poder de Dios no se manifiesta mientras los pecadores se aferran a confiar en sus propios recursos. La verdadera esperanza sólo puede levantarse del polvo de la desesperación.

Cuando los pecadores nos dicen que están desesperados, debemos tener compasión. Pero tenemos que preguntarles si están diciendo la verdad. ¿Reconocen realmente que su condición es desesperada, o están teniendo compasión de sí mismos? José, el joven de quien hablamos en el capítulo once de este libro, tuvo que descubrir cuán terrible era el abismo en que estaba atrapado antes que pudiera entender el poder de Cristo.

En tercer lugar, los Alcohólicos Anónimos obligan a los que están envenenados a las bebidas alcohólicas a que se enfrenten con su falta de sinceridad. Sus miembros tienen gran experiencia en desenmascarar los engaños internos de los tomadores. Tienen experiencia y (como lo veremos pronto) conocen sus propios corazones. Aunque al pecado no se le llama pecado, animan a sus miembros a que le hagan frente al pecado haciendo "un valiente inventario moral". Repasan su pasado y admiten las maldades que han cometido contra otras personas. Se hacen un buen examen personal, son estimulados a que pidan disculpas a otras personas y arreglen sus problemas. Subsiguientemente, pueden repasar la lista de tales maldades junto con su patrocinador, quien es un experimentado miembro de los Alcohólicos Anónimos.

¿Los miembros de las iglesias escudriñan sus corazones? Los *Alcohólicos Anónimos* se confiesan sus faltas unos a los otros, a veces en oración, aunque por lo general sin ella. Los cristianos oran, pero no confiesan sus faltas los unos a los otros. ¿Qué ocurriría en las iglesias si nos dividiéramos en parejas una vez al mes (o aunque sea una vez cada año) para hacer un valiente inventario moral?

En cuarto lugar, los Alcohólicos Anónimos proporcionan un plan detallado de doce pasos en el camino hacia la libertad. Cada paso está claramente descrito. Además, a cada persona se le asigna un guía o mentor, a manera de patrocinador. Algunas iglesias están comenzando a tomar en serio el detallado adiestramiento para los nuevos discípulos; pero se puede hacer más, mucho más.

Por último, los Alcohólicos Anónimos proporcionan una comunidad de apoyo, preocupada y no crítica, donde muchos alcohólicos se sienten cómodos y tranquilos. Eso no significa

que sus compañeros no se enfrentan con ellos. En los Alcohólicos Anónimos se atacan con toda la fuerza. Pero sus miembros tienden a estar menos conscientes de su superioridad moral que los cristianos. La actitud de ellos más se puede expresar con las palabras: "Ni yo tampoco te condeno."

Por supuesto, hay inconvenientes en los Alcohólicos Anónimos. La mayoría de los cristianos critican la teología defectuosa de ese movimiento, que surgió de las mismas raíces espirituales de las cuales surgió el *Rearme Moral*. Pero mientras las iglesias permanezcan impotentes para ayudar a los alcohólicos, sus críticas, aunque sean exactas, serán huecas. Es una triste denuncia para las iglesias locales el hecho de que tengamos que recomendar que envíen a las personas que tienen problemas con las bebidas alcohólicas a la institución local de Alcohólicos Anónimos. Al fin y al cabo, ¿no han imitado los alcohólicos lo que legítimamente les pertenece a los cristianos, mientras nosotros hemos abandonado nuestro derecho de primogenitura en esas cosas?

Comenzamos este capítulo afirmando que no hacemos frente a los pecados que nos asedian por el hecho de que somos ingenuos, mundanos, egoístas y porque ya no funcionamos como verdaderas iglesias.

Perderíamos rápidamente nuestra ingenuidad si evadimos nuestra responsabilidad con los pecadores, ya sean alcohólicos, o propensos a la pornografía o chismosos perpetuos. La mundanalidad y el egoísmo exigen arrepentimiento. Y funcionaremos como verdaderas iglesias cuando volvamos a poner en práctica la disciplina eclesiástica.

Consejeros especiales

Los consejeros especiales (decimos especiales porque de la misma manera en que todos somos sacerdotes, también todos tenemos que ser consejeros) pueden ser útiles en dos o tres aspectos. Pueden tener una comprensión más firme de los principios bíblicos o pueden tener capacidades para facilitar la comunicación entre los miembros de la familia donde esto (como en el caso del abuso del alcohol) claramente se necesite. Pueden tener un conocimiento especial de alguna forma particular de pecado que asedia. Sin embargo, los consejeros profesionales tienen que tener cuidado de no aislar a los que

consultan con ellos del compañerismo de la iglesia, y de no hacer que los clientes miren al consejero como un sustituto del compañerismo regular de los cristianos.

Repito que, aunque puede ser cierto que la mayoría de los pecados que atrapan a la persona no son enfermedades en el sentido normal de la palabra, a veces pudieran surgir de enfermedades. Trato este asunto con considerable detalle en mi obra *The Masks of Melancholy* [Las máscaras de la mancolía]², donde explico que la bioquímica cerebral perturbada, además de la forma particular de perturbación emocional a que da origen, puede también estar asociada con aberraciones sexuales y promiscuidad, obsesiones blasfemas, exceso de bebidas alcohólicas, estallidos de ira criminal y muchos otros pensamientos y acciones pecaminosos. Tan pronto como se normaliza la fisiología cerebral, desaparecerán por completo esas tendencias, o llegarán a ser infinitamente más fáciles de controlar. Las enfermedades son mucho más comunes de lo que sospechamos.

Está claro que debe adiestrarse a los consejeros especiales en cuanto al reconocimiento inicial de tales enfermedades (ese adiestramiento con frecuencia es inadecuado en muchos cursos de asesoramiento cristiano), para que los que sufren puedan ser tratados por un médico. Los consejeros, como los cristianos en general, tienen que tener alguna comprensión de los fenómenos ocultos, y ser capaces de percibir y tratar lo demoníaco.

Si la iglesia es un hospital, funciona con horrible insuficiencia. Nuestros miembros enfermos de pecado se esconden de nosotros con vergüenza. Saben que no podemos ayudarlos a menos que cambiemos radicalmente. Sin embargo, pudiéramos ayudarlos, si nos dedicáramos a los asuntos del Maestro, en vez de jugar a la iglesia. Que nadie suponga que es fácil el serio asunto de tratar con el pecado de esa clase. Es difícil y costoso. Y son muchos y difíciles los cambios que tienen que producirse entre nosotros, tanto en el sentido espiritual como estructural. Continuaremos estudiándolos en los capítulos que siguen.

15

La confesión del pecado

“Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados” (Santiago 5:16).

En algún momento, la disciplina eclesial (especialmente en sus aspectos amplios de adiestramiento) tiene que preocuparse por la confesión de pecado. ¿Hubiera podido Santiago imaginar los salvajes excesos de las controversias acaloradas a que nos conducirían sus bondadosas palabras? Pocos de nosotros nos sentimos satisfechos con la idea de la confesión. ¿Confesar? ¿Cuánto? ¿A quién? ¿En qué circunstancias?

La confesión en secreto

Los católicos romanos piensan con frecuencia que la confesión es algo a lo cual uno va, por lo menos una vez al año, digamos, en Navidad o en Semana Santa. Los protestantes preferimos no pensar en absoluto con respecto a la confesión. Por otra parte, el *Rearme Moral* la percibe como cierta clase de sauna ética de grupo, de la cual uno sale purificado y vigorizado, después de haberse purificado de la inmundicia por el sudor. La mayoría preferimos la discreción cuando se trata de revelar secretos. ¿No hay algo insano cuando uno enfoca el pecado personal, sobre todo en público? “Todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre . . .” (Filipenses 4:8).

¡Nada de escándalo! Si se nos concede el privilegio de ir ante el trono mismo de Dios, y en secreto, ¿no es eso suficiente? “No — insiste firmemente Santiago —, confesaos vuestras ofensas unos a otros.”

La confesión tiene raros aspectos. Por ejemplo, algunas veces es más fácil confesar un pecado a Dios que al prójimo. Aunque sería agradable explicar la diferencia diciendo que Dios es bondadoso y comprensivo mientras que nuestro prójimo no lo es, la sinceridad nos obliga a admitir que la explicación falla porque no llega a la raíz del problema.

Otro curioso aspecto de la confesión es que el hecho de confesar el pecado a un amigo puede darme la clase de alivio que no me puede dar si lo confieso a Dios. Mi amigo y mi prójimo son “reales”. Mi confesión a ellos representa para mí una transacción real. ¿Podiera ocurrir que mi confesión a Dios ha dejado de ser real?

Dios es real. Su realidad no está en discusión. Más bien, hemos aprendido a aislarnos a nosotros mismos de su calor, al dejarlo a El psicológicamente fuera del muro dentro del cual nos encerramos. El ha dejado de ser una persona real para nosotros, por lo menos en lo que se refiere al pecado.

Hay dos maneras en que eso puede ocurrir. Algunas personas tienen tan afligida la conciencia, están tan sintonizadas con las terribles denuncias de Satanás el acusador, que no pueden creer que Dios las oye o las perdona. Tales personas están aisladas del calor de su gracia. Arrastran sus cansados pies por una capa de hielo fangoso que es su culpa, porque se han encerrado a sí mismas y se han apartado de los calientes vientos de la gracia.

Algunos hemos entendido mal la doctrina de la gracia. Hemos supuesto que, puesto que Cristo murió por nosotros, ya Dios no se aparta con repugnancia de nuestras acciones pecaminosas. Dios perdona. El ama. Somos sus hijos. La muerte de su Hijo hace expiación por nosotros. ¿Entonces por qué Dios debe sentir repugnancia de nuestras acciones pecaminosas? *Se nos ha olvidado que el Calvario no estableció ninguna diferencia en la actitud de Dios hacia el pecado.* El no puede soportar el pecado. Aquello que le costó la muerte de su santo Hijo es y seguirá siendo de absoluta abominación para El.

Sutilmente nos hemos distanciado de ese aspecto de su naturaleza. Lo tratamos a El con un desprecio inconsciente. Nos molestaría ofender o afligir a un amigo. Pero la aflicción y la ofensa que le causamos a Dios ya no nos afecta. No las sentimos. Decimos que lo reverenciamos y creemos lo que decimos, pero ni siquiera lo respetamos. Experimentaríamos más alivio en arreglar nuestros problemas con un airado recolector de basura que con un airado Dios. Nuestro entendimiento de la gracia de Dios se ha devaluado hasta llegar a lo que Bonhoeffer califica despectivamente de “gracia barata”.

Aquí, pues, está la norma: Si usted se avergüenza profundamente al confesar a un amigo íntimo lo que fácilmente le confiesa a Dios, entonces su confesión a Dios es algo irreal. La vergüenza da validez a la transacción. La confesión no es sólo una descripción verbal de pensamientos y acciones. A las personas que verdaderamente confiesan a Dios, ya no les importa si otros saben sus secretos. El alivio que los inunda es tal que lava su vergüenza como también su culpa.

La práctica de confesar nuestras faltas a otro ser humano puede, en realidad, hacer más real la transacción con Dios. La confesión, entre otras cosas, tiene el propósito de sanar. La exhortación de Santiago termina con las siguientes palabras: “Orad unos por otros, para que seáis sanados.” La enfermedad física y emocional puede originarse en pecados no resueltos. La confesión tiene el propósito de incluir un encuentro real con la persona real. Tiene el propósito de producir sanidad. Si el encuentro con un ser humano puede ayudar a que el encuentro divino llegue a ser más real para nosotros, entonces es mejor que tomemos una seria consideración la práctica de la confesión.

Hay, por supuesto, problemas. La historia nos ofrece muchos modelos de confesión, y tendremos que preguntar cuáles son los más bíblicos. ¿Cuán pública, por ejemplo, debe ser la confesión de nuestros pecados privados? Orígenes estuvo de acuerdo con los primeros padres en el sentido de que la confesión debe hacerse en público. Los pecados privados podían ser confesados primero en privado, pero tan pronto como eran confesados en privado, debían ser confesados en público.

Pocos de nosotros estaríamos de acuerdo con Orígenes y con

los primitivos padres (aunque hay grupos eclesiásticos que sí están de acuerdo con ellos). Si Orígenes quería estimular la confesión, incluso la confesión privada, comenzaba de una manera extraña. La mayoría de las personas pensaría dos veces en cuanto a confesar sus pecados a Orígenes, si sabían de antemano que vendría de inmediato un procedimiento oneroso.

Al paso de los siglos se volvió crítico ese asunto. Con el transcurso del tiempo, creció la convicción de que los pecados que uno confiesa (especialmente al sacerdote) no deben ser publicados, sino mantenidos en absoluto secreto.

La gente comenzó a hablar del sello de la confesión. El que se confesaba sellaba los labios del sacerdote. Y hasta el día de hoy, en varios países, aunque los psiquiatras pueden ser acusados por desacato a los tribunales al no contestar preguntas perjudiciales con respecto a sus pacientes, los sacerdotes disfrutan de inmunidad legal.

Si continuamos tratando el asunto de la confesión en un plano práctico, de una vez podemos ver que es más probable que el pecador revele su pecado a alguien con quien permanezca su secreto absolutamente seguro. Si usted quiere sacar el adulterio de su conciencia, entonces acuda a un sacerdote en el cual tenga confianza. Pero en un plano espiritual, tenemos que preguntarnos qué es la confesión. Si (como expresamos en párrafos anteriores) uno de los objetos de confesar nuestros pecados a otra persona es que pueda ocurrir una transacción más real, una transacción entre personas, ¿el secreto no perjudica ese propósito? Mientras la confesión privada a Dios permanezca en secreto, hay peligro de que se vuelva irreal, porque “psicológicamente distanciamos” a Dios, y hacemos de la confesión un procedimiento falso e insignificante. ¿No está el mismo peligro presente en toda confesión secreta? Una de mis pacientes, que es católica romana, recientemente entró en una gloriosa comprensión de la obra de Cristo. Ella me habló acerca de una visita que acababa de hacer a su sacerdote confesor.

— ¿Vamos al confesionario, o hablamos cara a cara aquí afuera? — preguntó.

Ella se quedó asombrada. Mirarlo directamente y confesarle

sus pecados parecía mucho más amenazante que hablarle desde el lado del confesionario.

La confesión secreta a un sacerdote era parte de un acto de arrepentimiento mediante del cual se garantizaba la absolución al pecador que se arrepentía. El sacerdote (esa fue una de las razones por las cuales los reformadores reaccionaron tan fuertemente contra ese sistema) tomaba el lugar de Dios. La confesión secreta al sacerdote era, en realidad, confesión secreta a Dios. Así que, mientras los católicos no arrepentidos pueden pasar por un rito insignificante al confesar sus pecados al sacerdote, los protestantes pueden hacer lo mismo ante el trono de Dios.

Confesión infructuosa

Un propósito de la confesión que ya tocamos es el de que podamos ser sanados de las consecuencias patológicas que produce el pecado no resuelto, ya sean físicas, emocionales, sociales o espirituales. Por tanto, un criterio por el cual podemos determinar la forma de confesión consistiría en saber si esa forma contribuye a la sanidad. ¿Es restauradora? Y si consideramos que la confesión es parte del adiestramiento de la iglesia en santidad, preguntaremos: “¿Esa forma de confesión fortalece la reconciliación, purifica y edifica a la iglesia, y promueve la libertad espiritual?”

La confesión puede ser una forma de exhibicionismo, tanto en secreto como en público. Recientemente recibí una carta con una fotografía de un joven a quien nunca había conocido. La carta comenzaba haciéndome un llamamiento para que lo ayudara dándole consejo sobre pecados que no se había atrevido a confesar a su asesor. En la carta, él describía detalles explícitos de sus pecados y sentimientos sexuales. Mientras leía, llegué a sentirme dolorosamente consciente de que él se estaba complaciendo en una forma sutil de exhibicionismo seductor. Su confesión privada no beneficiaba a ninguno de los dos. A la vez era narcisismo, exhibicionismo y constituía una invitación para que yo me interesara en la satisfacción sexual.

Otro tipo de confesión infructuosa se oye algunas veces en las reuniones de los Alcohólicos Anónimos. Algunos miembros se levantan en las reuniones sólo para complacerse en

cierta clase de competencia, y el miembro que gana es el que puede decir la más horrenda historia de pecados y fracasos pasados. Tales confesiones se hacen con el propósito de atraer la admiración. No tienen vergüenza. No restauran a nadie. No edifican a nadie, ni siquiera a la persona que hace la confesión.

Sin embargo, la confesión puede sanar. Tal vez la confesión sea terapéuticamente más eficaz cuando a la persona que la hace ya no le importa que los demás sepan acerca de su pecado; tan grande es la carga de ocultamiento. Tanto Ken Blue como yo hemos estado presentes en reuniones eclesíásticas donde, a medida que el Espíritu trató a los presentes, veintenas de personas espontánea y públicamente proclamaron con quebrantamiento confesiones de pecado, sin importar quién los estuviera oyendo. Eran tantos los que lloraban con quebrantamiento que nadie hubiera podido observarlos con los ojos secos. Y a medida que los cristianos se movían a ministrar la Palabra de Dios y a orar, la tenebrosidad que había en los rostros llenos de dolor dio lugar a una apacible brillantez.

Un asunto que se presentó en tiempo de la Reforma fue el que se relaciona con cuánto debe confesarse. La doctrina católica había insistido, desde Inocencio III, que todo pecado, por más pequeño que fuera, tenía que ser confesado por lo menos una vez al año, si había de ser perdonado. Tal norma no podía presentar problemas a las personas que tuvieran sus conciencias tranquilas, pero para los meticulosos y escrupulosos, ese sistema era una pesadilla. Tanto las tradiciones luteranas como las reformadas lo rechazaron firmemente. La confesión no era una moneda con la cual se podía comprar el perdón.

Tal como McNeill lo señala, “la meticulosa enumeración de pecados detallados puede establecer una obsesión y mostrar que es un estorbo para la liberación”.¹ Así en 1520, en su libro *Confitendi Ratio*, Martín Lutero rechazó la demanda de Inocencio III de una confesión total, indicando que eso era imposible. (¿Puede usted recordar todos los pecados que ha cometido durante los últimos siete días? ¿Los pecados no sólo de comisión, sino también los de omisión? ¿Los de obra, palabra y pensamiento? ¿Los de sutil motivación?) Si todos tuviéramos la más perfecta memoria del mundo, y el más exacto

conocimiento de la ética, si tal demanda fuera de Dios, pasaríamos gran parte de nuestro tiempo cometiendo pecados y el resto de él tratando de pensar cuáles de ellos necesitarían ser confesados. Lo malo del sistema está en el poder que tiene para paralizar a los hombres y acabarlos con un sentido desesperado de culpa.

Igualmente la rechazó Calvino. “Se deduce que . . . los que la usan [la confesión] según su necesidad [no deben] estar forzados por ninguna norma, ni ser inducidos por ningún truco a recontar todos sus pecados. Pero permítaseles hacer eso mientras ellos lo consideren conveniente, para que puedan recibir el fruto perfecto de la consolación.”²

Cuándo es buena la confesión

Calvino rechazó la idea de que la confesión debe ser una norma forzada. ¿Pero qué principio debe guiarnos mientras adiestramos a nuestros hermanos en santidad? Ningún simple principio puede aisladamente servir como criterio. Debemos combinar juiciosamente algunos de los siguientes:

La confesión es buena cuando abre el camino para la liberación y la sanidad del pecador. La enseñanza de Santiago afirma la relación que hay entre la sanidad y la confesión. Muchos autores están de acuerdo con respecto a la relación que hay entre la resolución de la esclavitud pecaminosa (algunas veces por medio de la confesión) y la salud física y emocional.

La confesión es buena cuando nos sobresalta y nos lleva a una conciencia más profunda de la pecaminosidad. La mujer católica romana que mencioné antes con sobresalto llegó a estar consciente de eso cuando el sacerdote le sugirió que hiciera su confesión fuera del confesionario.

La confesión es buena cuando beneficia a la persona o a las personas que oyen la confesión. Algunas veces una confesión pública puede servir para animar y alentar a toda la congregación, especialmente cuando la confesión se centra en el bondadoso perdón de Dios y en la liberación. Lo que de otra manera sería una invitación a participar en el pecado, de esta manera puede llegar a ser un mensaje de liberación y perdón. “¿Que él [o ella] también tuvo el problema! Me alegra mucho que no fui yo solo. Es obvio que Dios liberó . . .” La confesión

es mala cuando es egocéntrica, cuando se hace para llamar la atención o tiene el propósito de impresionar.

La confesión es buena cuando un líder cristiano ha estado engañando o pecando contra los que están bajo su dirección. Una confesión pública nunca puede imponerse. Sin embargo, en ciertas circunstancias, la confesión pública puede ser sana tanto para el dirigente como para los dirigidos. Puede preparar el camino para que el que hace la confesión posteriormente reasuma el liderazgo, puesto que le concede al líder que ha pecado la libertad para no tener que esconder nada. Pero eso sólo puede ocurrir cuando la confesión fluye de un corazón profundamente arrepentido.

Está claro que no hay razón para que la confesión no se haga a un público mayor en vez de hacerla a las personas que han sido inmediatamente afectadas por el pecado. Aun así pudiera desalentar a los que han sido traicionados. Pero puede tener el beneficio tanto de ayudarlos a comprender que los líderes están expuestos a gran presión y tentación, como de moverlos a una devoción y oración más profunda (si es genuino el arrepentimiento del líder), al ver que el líder se ha quebrantado delante del santo Dios y está contemplando la ruina del pecado. Sin embargo, como dijimos en un capítulo anterior, los pecados sexuales de los miembros de la iglesia que de ningún modo abarcan a un público mayor, no deben ser confesados en público.

La acción de confesar nuestros pecados a otros puede estar llena de ricos beneficios y cargada de serios peligros. Para usar una manera común de hablar, es un asunto de alto riesgo y de gran recompensa. Aquellos cuyos motivos en la confesión son puros, y que confiesan en circunstancias apropiadas, pueden cosechar para sí mismos y dar a otros una cosecha de bendiciones. Los que confiesan con descuido y en secreto sólo pueden cosechar dureza de corazón. Los que hacen una mala confesión también perjudican sus propias almas, y además, pueden herir y hacer que tropiecen todos los que los oyen.

16

Cuando los líderes cometen errores

El diario *Globe and Mail* de Toronto, citó las siguientes palabras de James J. McDonell, ex auditor general de Canadá: “La responsabilidad es el precio que se paga por el don del poder.” ¿La responsabilidad es el precio del poder? McDonell estaba pensando en el poder secular político. ¿Se aplican esas palabras a los líderes cristianos?

El poder político florece entre las iglesias y organizaciones cristianas. Algunas veces se usa con bondad y otras veces alardeando con crueldad. Sin embargo, la iglesia no debe politizarse como se politiza el mundo, sino encarnar los principios del reino de Dios. Aunque todos los líderes cristianos concuerdan en que son responsables ante Dios, hay menos unanimidad con respecto a si deben ser responsables ante las personas que dirigen. Ciertamente hay pocas personas que pudieran ser más perjudiciales y mortales que los líderes cristianos que le dan lugar a Satanás, sobre todo cuando se sienten “atacados”.

También hay los que piensan en la responsabilidad primordialmente en términos económicos. Como están enterados de la creciente indignación pública con respecto a la manera irresponsable en que algunas iglesias y organizaciones cristia-

nas han abusado del dinero, exigen medidas de control económico. ¡Qué desgracia sería — protestan ellos —, si el gobierno tuviera que inventar leyes para limitar el pecado cristiano corporativo.

En este capítulo, como en el capítulo 3 de este libro, nuestro principio se refiere a los líderes cristianos porque, siendo humanos como son, pueden cometer errores y pecar. Pedro y Bernabé trataron irresponsablemente las verdades del evangelio y fueron demasiado cobardes para resistir a los falsos maestros. Ellos transigieron. Pablo tuvo que reprenderlos públicamente (Gálatas 2:11-14). Los líderes tienen necesidades espirituales. Experimentan la soledad y la depresión. Se exponen a presiones y tentaciones que muchos de nosotros no compartimos. Pueden ser tentados por el dinero, por la lujuria, por la arrogancia y el engaño. Como todos nosotros, los líderes no sólo necesitan la fidelidad del Espíritu Santo, sino también la fidelidad del Espíritu por medio del cuerpo de Cristo.

No tenemos que considerarlos como consideramos a las figuras públicas, como blancos de los dardos venenosos de nuestra crítica. Son nuestros hermanos en Cristo. Tenemos que construir muros de oración alrededor de ellos. Pero tenemos que hacer algo más. Ellos necesitan las abiertas expresiones de nuestra preocupación. En la medida que nos demos a ellos, comenzaremos a ver que hay dos lados en la moneda de la responsabilidad: la responsabilidad de los líderes ante Dios con respecto a nuestro bienestar espiritual y nuestra responsabilidad ante Dios de ser fieles a los líderes que necesitan nuestra fidelidad.

El rey David fue un hombre que estuvo expuesto a los peligros del liderazgo. Habiendo llegado a un período de descuido y letargo, dejó la responsabilidad militar, en tiempo de guerra, bajo la custodia de Joab, el comandante en jefe de las fuerzas armadas de Israel. Luego, al ser tentado por la belleza de una mujer, David cometió adulterio. En un intento para esconder su pecado, engañó y trató de corromper y de manipular al esposo de la mujer. Cayó en sus viles maniobras y lo planeó todo para que ese hombre fuera asesinando, con lo cual hizo a Joab cómplice de su delito.

De manera que, como un soberano ungido por Dios, David

necesitaba disciplina. ¿Cómo debía iniciarse el proceso disciplinario? ¿Estaría diseñado para humillar a David? ¿Estaría diseñado para exponerlo? ¿Tendría el propósito de protegerlo de las consecuencias políticas de esa acción? ¿O debía ser principalmente para restaurar la relación entre Dios y David, una relación que superaba la relación histórica de David?

¿Cómo disciplinó Dios a David? “Jehová envió a Natán a David” (2 Samuel 12:1).

Armado con la sabiduría de Dios, Natán atrapó a David fuera de base. Despertó la ira del rey al narrarle la historia de una injusticia que se había cometido contra un pobre pastor. Cuando David, enojado, invocó a Dios como testigo de la justicia que se aplicaría al que había perpetrado el delito, Natán exclamó: “Tú eres aquel hombre” (2 Samuel 12:7). Las palabras de Natán no fueron exactamente una repreensión, sino más bien una narración de verdad profética. La verdad puede expresarse clara, abierta y osadamente; sin embargo, con humildad. Una acusación no tiene que representar un ataque. El candor y el orgullo no tienen el mismo origen. Y aunque es verdad que Dios con frecuencia da palabras más conmovedoras de verdad a los profetas que al resto de nosotros, todos podemos hablar la verdad con osadía y sencillez amorosa.

Las palabras osadas hicieron su efecto. Dios dio testimonio de ellas al quitarle a David el hijo que había sido concebido mediante su adulterio y también al alterar todo el curso de su vida. La meta principal de Dios era la de volver a David a su gracia reconciliadora. Como resultado de la disciplina, David comprendió precisamente eso. El exclamó: “No me echés de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu. Vuélveme el gozo de tu salvación” (Salmo 51:11, 12).

Algunos líderes, cuando se enfrentan con la amenaza de la disciplina, exclaman las mismas palabras con el mismo fervor. Sin embargo, su preocupación está adulterada por el temor a ser descubiertos y la necesidad de aferrarse al poder. David no lo hizo así. El sabía que no podía regatear con Dios. Oró como un hombre quebrantado cuya primera prioridad era la comunión con Dios. “Porque no quieres sacrificio . . . Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios” (Salmo

51:16, 17). El no estaba preocupado por su soberanía, sino por el reino sobre el cual él era soberano. “Haz bien con tu benevolencia a Sion; edifica los muros de Jerusalén” (Salmo 51:18).

La meta de Dios era la reconciliación. ¿Cómo lo consiguió? Entre los medios que Dios empleó estaba un hombre, un profeta. Pudiéramos estar tentados a decir: “Como profeta, Natán tenía autoridad divina, una autoridad superior a la de un rey terrenal. Yo no soy profeta. Así que Dios no me llamará a mí para que hable con un líder con respecto a su pecado.” Pero si usted se coloca por un momento en el lugar de Natán, comprenderá cuánto valor necesitó él.

Los profetas de Dios no han sido más inmunes a la ira de los reyes que cualquiera otra persona. Jesús dice claramente que muchos de los mensajeros de Dios murieron a manos de los antepasados de los que edificaban las tumbas de los profetas (Lucas 11:47, 48). Por tanto, tenemos que tener el cuidado de no preguntar si somos profetas, sino preguntar si tenemos el valor que tuvo Natán para correr los riesgos que corrió.

Aquello fue una misión peligrosa. Un asesino que está acorralado, sobre todo uno que tiene la suprema autoridad política, es peligroso. David fue víctima de las mismas consecuencias psicológicas del pecado que todos experimentamos. Necesitaba justificarse, esconderse de su conciencia, cerrar la puerta a la voz del Espíritu Santo. La sola acusación no era suficiente. Natán necesitó la sabiduría de Dios y también osadía. En los sucesos que siguieron Dios confirmó que se las había dado. Y El confirmará nuestras palabras con poder cuando verdaderamente comuniquemos a cualquiera su mensaje, según su método, por medio de su Espíritu.

Veamos un asunto más, antes de dejar a David. Algunos cristianos sostienen que no debemos acercarnos a los líderes cristianos como Natán se acercó a David. Emplean las siguientes palabras para apoyar sus puntos de vista: “No toquéis . . . a mis ungidos” (1 Crónicas 16:22; Salmo 105:15). Es interesante que esas palabras fueron pronunciadas por el mismo David.

En dos ocasiones de su vida, David pudo haber matado a su perseguidor y predecesor Saúl. Su toque pudiera haber sido

el toque de la muerte. Sin embargo, seguro como estaba de la promesa que Dios le había hecho de que el reino algún día sería suyo, y reconociendo que Saúl había sido ungido por Dios, se negó a apoderarse mediante la violencia de lo que Dios le había dado a otro hombre, que en ese tiempo era el rey ungido. Dávid esperaría el tiempo de Dios.

Esa situación difícilmente es análoga con la acción de acercarnos a los líderes cristianos para hablarles con respecto a su pecado. No estamos tratando de deponer al líder cristiano. Ni estamos tratando de reemplazarlo, tomando para nosotros su poder. Usar esas palabras para advertirnos que no debemos ministrar a nuestros líderes es crear un temor exagerado y no bíblico hacia ellos. Eso también crea dos clases de ciudadanos en el reino de Dios, en el cual no debe existir división.

En la congregación local

En los tiempos del Nuevo Testamento, los líderes más significativos de las iglesias locales eran los ancianos, hombres que demostraban responsabilidad y ciertas cualidades espirituales. Comúnmente se tomaban de entre los hombres mayores casados de la congregación (aunque no de manera exclusiva). Se esperaba que los ancianos pudieran enseñar y ejercer el cuidado pastoral. Los principios que gobernaban la responsabilidad de los cristianos del primer siglo hacia los ancianos pueden tomarse y aplicarlos a la relación entre los líderes y los dirigidos en el pueblo cristianos a nivel universal. Los ancianos merecían el respeto (1 Timoteo 5:1, 19). Los cristianos debían prestar atención a las enseñanzas de ellos y seguirlos. Debían reconocer la obra que los líderes realizaban, respaldarlos en oración, y cuando fuera apropiado, sostenerlos económicamente.

Sin embargo, aquellos ancianos podían cometer errores como todos los líderes. Y como todas las personas dirigidas, los cristianos del primer siglo algunas veces albergaban sentimientos de crítica hacia los ancianos. Se les advirtió que no reprendieran a los ancianos, pero al mismo tiempo tenían la libertad de hablar abiertamente con ellos con respecto a sus faltas, siempre que lo hicieran de una manera apropiada (1 Timoteo 5:1).

Está claro que Pablo no estaba prohibiendo la confrontación

entre los dirigentes y los dirigidos, sino dando instrucciones con respecto a la actitud de los que tuvieran que enfrentarse. En particular, él contrasta la reprensión con la súplica. Usted le suplica a alguien a quien ama, le suplica a alguien con quien quiere restaurar una importante relación.

Supongamos que el anciano había cometido, o se pensaba que había cometido, una sería ofensa. (Los líderes no sólo son más vulnerables a la tentación, sino que también están más expuestos a las acusaciones, tanto verdaderas como falsas.) El anciano podía entonces ser acusado (como David había sido acusado por Natán). Pero la acusación debía hacerse en presencia de testigos (1 Timoteo 5:19). De esa manera, el anciano sería protegido de acusaciones irresponsables y del subsiguiente chisme inexacto.

Si es importante que todos los cristianos tengan el privilegio de hacer frente al pecado en presencia de un pequeño grupo de creyentes, antes que el asunto sea discutido por toda la congregación, entonces es aún más importante que se considere el pecado (o el supuesto pecado) de los líderes.

El chisme perjudica a los líderes más que al resto de los creyentes, porque tiene alas cuando se trata de una persona que está a la vista del público. Cuanto más conocido y más ampliamente respetado sea el líder, tanto más punzantes serán los rumores con respecto a tal líder y tanto mayor la tentación de difundir los chismes. Cuanto más decisivo sea el papel del líder en la batalla contra los poderes de las tinieblas, tanto más estratégica llega a ser su caída. Si el líder no sucumbe ante la tentación, tal vez su caída puede producirse por causa del chisme.

Cuando los líderes se niegan a reconocer

Así que las Sagradas Escrituras no sólo hacen responsables de sus acciones a los líderes de la iglesia, sino que también llaman a los miembros de la iglesia para que les ministren con amor y con respeto. No obstante, algunos líderes pueden hacer resistencia a las acusaciones que se les hagan. Aun cuando los hechos sean indiscutibles, algunas veces los líderes se aferran tanto a su poder como a su justicia propia. ¿Qué debe hacerse?

Las organizaciones eclesásticas antiguas, llamadas denominaciones, y las iglesias tienen establecidos procedimientos

disciplinarios precisos. Algunos de estos exigen una acción por parte de alguien como un obispo o un cuerpo autorizado. Sin embargo, como hemos visto, un enfoque jerárquico de la disciplina puede ser contraproducente. Carece del poder correctivo de la disciplina que aplica toda la comunidad. Por lo general, tal acción no produce un escudriñamiento del corazón ni purificación en la comunidad cristiana como un todo. La comunidad queda con su chisme, sus hostilidades y divisiones completamente intactas. Aun así, la disciplina jerárquica es mejor que nada. Si la disciplina se aplica de una manera amorosa y redentora por parte de los compañeros o superiores que manifiestan el deseo de ayudar, entonces tal disciplina puede restaurar.

Sin embargo, abundan las iglesias y organizaciones en las que los pastores, directores y presidentes no son responsables ante nadie, sino ante una junta directiva que es inactiva y está intimidada. En algunos casos ni siquiera hay una junta directiva. Aun cuando exista, por lo general la junta directiva comprende que, sin el dinamismo y el carisma del líder que está cometiendo errores, la obra fracasará o posiblemente será sustituida por una organización rival encabezada por su ex líder que quede bajo disciplina. Con frecuencia, tal líder se ha llevado las dos terceras partes de los miembros de la iglesia o de la organización. Es comprensible (pero hay culpabilidad) que la directiva se mueva lentamente.

El cacique de la iglesia

Raras veces los organigramas indican dónde está el poder real. En las iglesias y organizaciones cristianas, el pastor o el director puede ser más bien un adorno que un poder. El poder real vibra en otra parte. Algunas veces lo tiene una persona testaruda, de edad mayor, ante la cual nadie se atreve a atravesarse. Cuanto más tiempo tal persona retenga el poder, tanto más difícil será sustituirlo y tanto menos alguien va a hacerle frente.

Cuando esa persona llegó por primera vez, fue bien recibida. Al fin había llegado alguien a la iglesia que expresaba ideas definidas y podía hacer que las cosas marcharan. Poco a poco un "cacique" se atrincheró en el poder. Con el tiempo, surgieron conflictos, pero sólo servían para establecer el poder o

la supremacía de esa persona. Algunas familias agraviadas pudieran irse de la iglesia. Tal vez no entren nuevas personas. Una nube de resentimiento y muerte se asentaría sobre la iglesia o tal vez se iría el pastor. Vendrían otros pastores sólo a pasar por sucesivas etapas de entusiasmo, perplejidad y decepción antes de irse para otra parte. No fueron lo suficientemente fuertes para enfrentarse al jefe de la iglesia, y los miembros de la iglesia no se unen con el pastor, a menos que él se muestre suficientemente perspicaz para ver el problema y suficientemente fuerte para hacerle frente.

Daniel, un amigo nuestro que pastorea una iglesia en el sur de California, llegó a estar interesado y con el tiempo llegó a estar convencido de lo que nosotros estábamos enseñando con respecto a la disciplina correctiva de la iglesia. Comenzó a usar ese tema en su predicación y a practicarlo en su cuidado pastoral. Los resultados a veces fueron divertidos, a veces saludables y ocasionalmente desalentadores.

La primera persona que amonestó a Daniel fue una anciana que le había pedido que la visitara “para tener una seria conversación”. Ella se quejó de que él había respondido con cordialidad a las invitaciones de ella para que la visitara “en algún momento”; pero que esa visita nunca se había materializado. Daniel comprendió que él había sido irresponsable cuando, sin pensarlo, había aceptado una invitación abierta que había significado mucho para ella, pero poco para él. Reconoció que él había cometido un error, se disculpó y se volvió más cuidadoso con respecto a las respuestas que daba a las invitaciones. Uno de los ancianos de la iglesia, Walter, también se acercó a Daniel y lo acusó del pecado de entremeterse con el llamamiento de otra iglesia, con lo cual quebrantaba la fe en la congregación. Daniel se sorprendió. El entendía que ese llamamiento a la congregación era sólo de naturaleza temporal y para resolver un problema. No había habido un convenio escrito ni verbal que implicara ninguna otra cosa. Cuando Walter se negó a aceptar la protesta de Daniel, éste sugirió que Walter escogiera otros dos o tres testigos, para que pudieran discutir el asunto de una manera más completa y hallar alguna manera de reconciliarse. ¿Vieron los otros el asunto de la misma manera que los veía el anciano? Pero Walter no hizo

nada. Se enfrió la relación entre los dos.

Posteriormente Walter hizo una segunda acusación, esta vez ante la congregación. Acusó a Daniel de estar motivado en sentido político (en vez de estar motivado en sentido pastoral) en el trabajo de la iglesia. La acusación hería a Daniel personalmente. Aun más importante, Daniel vio que las acusaciones públicas de un líder contra otro podían producir la división del cuerpo.

Después se acercó a Walter en privado, y le pidió que probara lo que había sido una vaga pero perjudicial acusación. ¿Por qué era él acusado de tener motivaciones políticas? ¿Por qué Daniel no estaba motivado en el sentido pastoral? Walter reafirmó sus acusaciones, pero se negó a desarrollarlas con cuidado o explicar las bases que tenía para hacerlas. Daniel también le preguntó a Walter por qué no había acudido a él en privado con la acusación como lo había hecho la vez anterior.

— Porque de todos modos, usted no me hubiera oído — fue la respuesta.

Daniel dijo que aún estaba dispuesto a continuar oyéndolo, pero que el hecho de hacer una seria acusación primero en público, sin haber tratado el asunto en privado, era una acción pecaminosa. Invitó a Walter para que se arrepintiera de la manera en que había hecho la crítica, aunque el contenido fuera exacto.

— De ningún modo — fue la respuesta del anciano.

Daniel no pudo permitir que el asunto se quedara así. Ante él estaba un hombre amargado y confuso. Daniel tendría que llevar dos o tres testigos o ayudadores para que se produjera la reconciliación. El temía a la posible intransigencia de Walter y a sus consecuencias. Pero no podía permitir que esas posibilidades impidieran un intento de buscar la reconciliación entre los dos.

El siguiente domingo por la mañana se reunieron con otros dos ancianos, Geraldo y Roberto, quienes habían sido amigos del anciano acusador durante largo tiempo. Después de una prolongada y abierta discusión, Geraldo y Roberto entendieron claramente que la salud de la iglesia dependía de la capacidad que tuvieran ellos para resolver ese problema. Respaldaron a Daniel e invitaron a Walter a que reconociera su falta y aceptara el perdón, pero él seguía obstinado.

— Entonces no tenemos otra opción que llevar el asunto a la congregación — observó Daniel.

Roberto sugirió que hicieran oración. Hubo un silencio pesado. Luego Roberto oró.

De nuevo se le pidió a Walter que se arrepintiera y recibiera el perdón. Durante varios segundos volvió a guardar silencio. Al fin estuvo de acuerdo y dijo que sí pediría perdón.

En ese asunto tenemos la tentación de analizar lo que estaba ocurriendo en los niveles psicológico y sociológico, discutir las dinámicas de grupo, las posibles manifestaciones de transferencia y de transferencia opuesta. También sería valioso hacer eso, pero por el momento notemos que los tres hombres acudieron de inmediato en apoyo de su hermano. Pronunciaron el perdón de él y volvieron a orar con gratitud y alabanza. Aun más importante, posteriormente Walter demostró un pensamiento más flexible y desde entonces fue más fácil trabajar con él.

El profesor Samuel Southard, jefe del departamento de asesoramiento pastoral en el Seminario Teológico Fuller, en su libro *Pastoral Authority and Personal Relationships* [La autoridad pastoral y las relaciones pastorales],¹ describe el caso del señor Riggs, un diácono intransigente, ambicioso de poder que había en una congregación local. Varios pastores desazonados habían salido de la iglesia uno tras otro. Entre tanto el número de miembros de la iglesia había decrecido continuamente.

Al fin el pastor Long había tenido el valor de enfrentarse a los Riggs en su hogar un domingo por la tarde. Sin embargo, se encontró con tanto torrente de abuso que se sintió solitario en un desierto. Incapaz de predicar esa noche, Long lloró mientras informaba a la pequeña congregación lo que había sucedido. Se formó un comité para que hablara con Riggs.

Riggs recibió al comité de una manera cortés y solemne. Seriamente le habló al comité con respecto a la necesidad de que todos ellos escudriñaran sus corazones delante de Dios. El comité se sintió reprendido y se fue. Pero un pensamiento fortuito lo hizo regresar. Cada uno de ellos había reconocido su indignidad personal. ¿Pero Riggs y su esposa la habían reconocido?

Antes de regresar al auto, los hombres decidieron dar a los Riggs una oportunidad para compartir con ellos la necesidad general de escudriñar el corazón. Fue bueno que hicieran eso. La ráfaga de furia que encontraron les indicó dónde estaba el mal. Cuando el comité dio el informe a la iglesia, ella por unanimidad decidió suspender a los Riggs su condición de miembros hasta que dieran señales de arrepentimiento. A la semana el diácono vendió su casa y se mudó a otro pueblo. Southard comenta:

1. Algunas personas, como el señor Long, mantuvieron su terreno contra el señor Riggs y la señora durante quince años. Sin ellos la iglesia se hubiera disuelto.
2. Cuando esas personas buscaron ayuda de los pastores anteriores, se les dijo que se rindieran, que se mantuvieran quietos, que dejaran el asunto o pensarán en sentido positivo con respecto a los Riggs.
3. El pastor Long estaba preparado porque había acudido antes a un seminario de adiestramiento en un hospital para enfermos mentales. Había aprendido a hablar abierta y deliberadamente con personas hostiles y sospechosas. Sin embargo, aun ese adiestramiento no constituía una protección completa contra el ataque de los Riggs. El comprensivo compañerismo de la congregación fue esencial para la restauración de su confianza y ministerio.
4. Hacía veinte años, el médico general de la comunidad le había dicho a un maestro de la escuela dominical que la señora de Riggs estaba crónicamente perturbada en el sentido emocional. Sin embargo, casi durante todo ese tiempo la iglesia de Midlane y sus pastores toleraron la más grosera clase de patología espiritual en una posición de liderazgo.
5. Si el pastor y la iglesia hubieran actuado antes con sabiduría, ¿Se hubiera podido redimir a esa pareja?²

Esa última pregunta es decisiva. Las personas que abusan del poder van cambiando progresivamente en la medida en que hacen eso. Al abusar del poder, se entregan al mal, a la falta de veracidad, a la ceguera que se imponen ellos mismos

y a la dureza, sin permitirse ver lo que está ocurriendo ni permitir que ninguna otra persona lo vea. Cuanto más tiempo continúa ese proceso, tanto más difícil llega a ser el arrepentimiento. Hay que descubrir a los caciques de la iglesia y rescatarlos pronto, porque de lo contrario jamás serán rescatados. Esos han causado inconcebibles daños en la iglesia a través de la historia.

Es importante que todos los líderes cristianos sean responsables, no sólo ante Dios, sino ante las personas que dirigen. Ese principio beneficia, y el hecho de descuidarlo puede ser perjudicial tanto para los que dirigen como para los dirigidos.

17

Un planteamiento de cambio

Mi esposa y yo vivimos una vez en una casa de adobe en una ladera desde la cual se divisaba una colonia de leprosos en Bolivia. El clima y la topografía no eran diferentes de algunas partes de Nuevo México, con sus matorrales secos y semidesérticos. En frente de la casa había un montón de rocas sueltas sobre las cuales la joven que nos ayudaba en la casa tiraba el agua después de haber lavado los platos. Un día ella tiró, junto con el agua en que había lavado los platos, una pila de semillas de sandía.

Muy pronto los bejucos comenzaron a cubrir las rocas y con el tiempo crecieron unas sandías grandes y maduraron. No se había hecho ningún esfuerzo para cultivarlas. El agua sucia de los platos no se distingue por sus propiedades fertilizantes. Algo que había en el ambiente había favorecido el crecimiento de las sandías, y dos personas que no sabían nada de agricultura se hallaban satisfechas de una cosecha que ni siquiera habían plantado. La disciplina de la iglesia necesita un ambiente favorable si ha de producir un crecimiento vigoroso y saludable. Necesita un clima que influya de la manera en que las colinas bolivianas influyeron en las semillas de sandía. La disciplina de la iglesia necesita un contexto.

En este capítulo trataremos dos aspectos de ese ambiente: El aspecto humano y el estructural. El aspecto humano se relaciona con la actitud de los cristianos hacia sus hermanos que han pecado y en particular con las expectativas de los primeros y su disposición para dar de sí mismos. El aspecto estructural se relaciona con los arreglos logísticos en que pueden expresarse tales actitudes.

Nuestras expectativas

Una meta reconciliadora es el producto de un corazón cordial que da de sí mismo. Un cambio necesario en nuestras actitudes, entonces, se relaciona con nuestra disposición a dar de nosotros mismos en el servicio a los demás. Pero la cordialidad debe estar coordinada con conocimiento técnico acerca del mal. La ingenuidad cordial es inútil. Sin embargo, surge una dificultad bíblica. En 1 Corintios 14:20 Pablo declara: “Sed niños en la malicia, pero maduros en el modo de pensar.” ¿Nos está diciendo que no estamos bien informados con respecto al pecado humano?

Realmente no. Pablo está reprendiendo a los corintios principalmente por portarse como tontos ante los incrédulos por la manera indiscreta como usaban en público el don de lenguas. Su oración comienza diciendo: “Hermanos, no seáis niños en el modo de pensar . . .” Una traducción más libre sería: “No sean tontos.”

Dios no nos llama a que seamos niños en nuestro conocimiento de la naturaleza humana. Somos demasiado ingenuos con respecto a nuestra naturaleza pecaminosa tanto dentro como fuera de la iglesia. Tenemos la tendencia de no ver el pecado que ocurre frente a nosotros y, cuando lo vemos, reaccionamos con conmoción y desaliento. No esperamos hallar pecado porque no conocemos nuestro corazón. Eso constituye una desgracia personal y también una desgracia para la iglesia, puesto que podemos apreciar la santidad de Dios sólo hasta el grado en que entendamos la depravación de nuestro corazón. Y viceversa. Las dos esencias las percibimos por contraste.

Hay un sentido en que todo progreso espiritual se produce en dos aspectos al mismo tiempo. Es un progreso hacia el descubrimiento de la condenación de nuestra propia corrupción, unido con tal conocimiento de Dios que nuestra ver-

güenza y horror se cambian para siempre en asombro, gloria y gozo. No podemos comprender el amor de Dios a menos que comprendamos que no somos dignos de ser amados. Pero si hacemos las dos cosas, el resultado será una actitud distinta hacia el pecado de los demás. Tal vez nos aflijamos, pero ya no nos conmoveremos. Ya no nos sentiremos avergonzados ni superiores. Tal vez nuestra pecaminosidad tome una forma diferente de la de otras personas, pero comprenderemos que es horrenda hasta en sus mínimos detalles.

Nuestra disposición de dar de nosotros mismos

Un segundo cambio de actitud se relaciona con nuestra disposición para dar de nosotros mismos a los demás. Y esto a su vez está relacionado con lo genuino de la entrega de nuestro tiempo y energía a Dios. Sin embargo, parece que Cristo enfatiza más el asunto de dar dinero. ¿Por qué? ¿Hay alguna relación entre los dos, es decir, entre la disposición a dar de nosotros mismos (de nuestro tiempo y de nuestra energía emocional) y nuestra disposición a dar dinero? En realidad, sí la hay. La verdadera generosidad en uno de esos aspectos comúnmente coincide con la generosidad en el otro. Las comunidades cristianas en las cuales hay una generosa entrega por parte de sus miembros son las que por lo general se caracterizan por la generosidad económica. Las dos cosas están relacionadas con nuestra entrega a Dios. Aunque muchos pensamos que ya nos hemos entregado a Dios, tal vez lo hayamos hecho con muchas reservas inconscientes.

Consideremos la manera en que las iglesias de Macedonia dieron para llevar a los hermanos de Jerusalén. Pablo describe eso en su Primera Epístola a los Corintios.

Asimismo, hermanos, os hacemos saber la gracia de Dios que se ha dado a las iglesias de Macedonia; que en grande prueba de tribulación, la abundancia de su gozo y su profunda pobreza abundaron en riqueza de su generosidad. Pues. . . han dado conforme a sus fuerzas, y aun más allá de sus fuerzas, pidiéndonos con muchos ruegos que les concediésemos el privilegio de participar en este servicio para los santos. Y no como lo esperábamos, sino que a sí mismos

se dieron primeramente al Señor, y luego a nosotros por la voluntad de Dios.

2 Corintios 8:1-5

Ahí lo tenemos. La generosidad económica, la entrega de uno mismo a Dios y la entrega de uno mismo a los demás; todas mencionadas en el mismo pasaje. Lo importante no es el orden en que aparecen las tres entregas. Idealmente deben seguir el orden que Pablo nos ofrece. Tal vez no lo sigan en la vida real. Pero las tres entregas van juntas.

Hay cuatro palabras que se destacan en ese pasaje. Dos se refieren a las circunstancias de los macedonios: *aflicción* y *pobreza*. Las otras dos se refieren a la manera en que ellos dieron: con *gozo* y con *liberalidad*. Además, cada una de esas palabras tiene un calificativo. La aflicción que ellos soportaban (cuya naturaleza no está clara), era una “gran prueba”. Su pobreza era “profunda”. Por otra parte, tenían el gozo en “abundancia” y “abundaron en riqueza de su generosidad”. Si nos olvidamos de nosotros mismos por un momento y nos concentramos en el espectáculo de esos cristianos afligidos y pobres que imploraban “con muchos ruegos que les concediésemos el privilegio de participar en este servicio para los santos”, y daban “aun más allá de sus fuerzas”, se nos conmovió el corazón.

Es claro que Pablo se manifestó renuente a aceptar su generosidad. ¿Por qué otra razón hubiera habido necesidad de que ellos le rogaran eso? (¿Puede usted imaginar a las personas que se dedican a levantar fondos en nuestro tiempo protestando porque el pueblo está dando demasiado?) Pablo hubiera aceptado una ofrenda más pequeña, puesto que él mismo les había pedido que dieran. El terrible costo de la generosidad de ellos fue lo que lo condujo a protestar, y eso los obligó a implorarle que recibiera todo lo que ellos habían ofrendado. Parece que ellos querían compartir en todo sufrimiento que tuvieran sus hermanos en Jerusalén.

Las presiones culturales y los traumas de la niñez pueden ayudarnos a explicar parte de la dificultad que tenemos para dar, pero no pueden excusarnos. ¿Cómo podemos aprender a ser generosos? En primer lugar, reconociendo cualquier falta de generosidad que podemos tener y pidiéndole a Dios que

nos cambie. Debemos estudiar con oración y aun aprender de memoria la última mitad del capítulo seis del Evangelio según San Mateo. Si hacemos esas dos cosas, descubriremos que Dios comenzará a enfrentarnos con opciones que nos exigen que decidamos entre dar con sacrificio y jugar a la seguridad. Al principio tal vez demos, pero no con alegría. Sin embargo, sería mejor dar aun así, como un ejercicio de fe. Y cuanto más aprendamos los principios que se hallan en el capítulo seis del Evangelio según San Mateo (que se refieren a no estar afanosos con respecto a nuestras necesidades físicas), tanto más viviremos en lo más emotivo de la fe, tanto más experimentaremos la fidelidad de Dios y tanto más experimentaremos el gozo a dar

¿Pero qué diremos en cuanto a darnos a nosotros mismos? Eso también está relacionado con la dádiva económica. Realmente no podemos darnos nosotros mismos a los demás sin primero darnos a Dios. Y no podemos darnos a Dios sin confiar en El con respecto a nuestras necesidades diarias. Darnos a El significa que le obedezcamos, y la obediencia es imposible sin confianza. Así que el hecho de darnos a nosotros mismos, como una dádiva económica, está íntimamente relacionado con nuestra confianza en Dios. El resultado es un ambiente que nutre a los demás que pertenecen al cuerpo, y crea un contexto para la saludable disciplina eclesiástica.

Estructura y disciplina

Pero la creación de un ambiente que conduzca a la disciplina correctiva exige cambios de logística. La entrega de nosotros mismos requiere un medio de expresión. Tiene que haber un estrecho contacto social entre las personas. Los cristianos necesitan reunirse en pequeños grupos, necesitan en realidad *pertenecer a pequeños grupos* y estar dedicados a los demás miembros del grupo. Tales grupos corresponden en general a las familias en organización social normal.

Los seres humanos representamos el drama de nuestra vida en dos escenarios. Representamos en el teatro íntimo de la familia y en el escenario más amplio de la vida civil. La mayoría de nosotros sólo tenemos papeles menores en el gran escenario. En el hogar somos estrellas, pero sólo somos actores secundarios cuando estamos en la sociedad más amplia. Sin

embargo, ambos papeles son importantes para nuestro crecimiento y salud emocional. Cada uno contribuye con disciplinas especiales de interacción humana. Un escenario nos proporciona las tensiones y reafirmaciones de la intimidad; el otro, la identificación con algo grande y poderoso. Pero también definen nuestras identidades, y nos sirven como espejos en los que percibimos oscuramente quiénes y qué somos.

Aceptamos la importancia de la familia sin discusión, pero raras veces nos detenemos a pensar en la importancia de nuestro papel en la sociedad. Sin embargo, sin los dos papeles, dejamos de ser completamente humanos. El hecho mismo de que somos miembros de una sociedad más amplia produce sobre nosotros un impacto. ¿Por qué otra razón leemos los periódicos con tanta avidez?

Soy a la vez una criatura aislada y no social; sin embargo, las mareas de mi ser, quiera o no quiera, se levantan con la influencia de la sociedad. No me gusta el fútbol. Sin embargo, me deleito de manera absurda e ilógica cuando los Bomberos Azules de Winnipeg ganan la copa canadiense gris. Me quedo perplejo y un poco humillado cuando descubro que no soy inmune al entusiasmo popular. Soy un actor entre la multitud en el drama cívico de mi ciudad.

De igual manera, en nuestra vida cristiana, necesitamos la intimidad de un pequeño grupo como también la comunidad más grande de la iglesia si hemos de desarrollar el carácter cristiano. Pero en contraste con nuestra vida cotidiana, como cristianos, tenemos la tendencia de poner más atención a los grupos más grandes que a los grupos más pequeños que funcionan dentro de ellos. Consideramos que los grandes son esenciales, pero miramos a los pequeños con suspicacia.

No obstante, durante los últimos treinta años, un poderoso movimiento de grupos de discipulado cristiano, que aún crece, ha revitalizado a las iglesias de una amplia variedad de tradiciones. Los grupos pequeños han agregado vida a la enseñanza, a la adoración, a la oración y a la evangelización, y han transformado el compañerismo de una abstracción a una experiencia viviente. La proliferación de tales grupos refleja una hambre más profunda de intimidad que los grupos más grandes no pueden satisfacer.

Algo de esa hambre surge del hecho mismo de que la vida de la iglesia con frecuencia sólo tiene un lado, pero se agrava por los problemas sociales creados por la urbanización, la industrialización y la tecnología. La intimidad y aun el núcleo familiar están desapareciendo, a medida que el divorcio y la separación cobran sus víctimas, y mientras tanto los televisores absorben las energías y los efectos que alguna vez reservábamos para las personas reales.

Durante mucho tiempo las iglesias han estado obsesionadas con la grandeza y el crecimiento, y muy poco conscientes de los peligros que hacen perder la personalidad. Los grupos grandes no pueden jamás ser el plantío de una disciplina saludable para la iglesia. Si ha de ser completa, tiene que comenzar en la intimidad, en la preocupación y en la fidelidad que se halla en las fraternidades pequeñas.

Hay muchos libros que dan instrucciones prácticas para formar y administrar grupos pequeños. Preferimos los grupos en que están mezcladas las edades, los sexos, las tradiciones educativas y sociales, integrados en un compañerismo eclesial más grande y que se basan en la ubicación geográfica de los que los integran. Pero eso no llega a existir fácilmente. Requiere reflexión, oración y, sobre todo, una absoluta convicción con respecto al lugar que les corresponde y a su valor. ¿Qué otra cosa podemos decir para inspirar tal compromiso? En primer lugar, ningún despertamiento espiritual produce un impacto duradero en una sociedad que no tenga esos grupos. Whitefield probablemente superaba en la predicación a Wesley, y pudo haber ganado más convertidos en sus reuniones públicas. Pero Wesley influyó en el curso de la vida británica de una manera más poderosa y durante un período más prolongado. La diferencia no estaba en el número de convertidos, sino en la manera en que Wesley organizaba a sus convertidos en *clases* y *sociedades*.

Las clases, que eran subunidades de la sociedad, consistían en una docena más o menos de personas que se reunía semanalmente con su líder para compartir sus adelantos y reveses espirituales, y para reconciliar querellas y desacuerdos. La mayoría de las conversiones, como también el crecimiento de los discípulos, se producía en las clases.

En segundo lugar, los grupos pequeños que se reúnen en hogares o en los predios de la iglesia pueden ofrecer lo que pudiera ser la única respuesta realista a las necesidades pastorales de la congregación. Ningún pastor, por más dotado que sea, puede atender con eficiencia a más de treinta familias. Si piensa que puede, su ilusión surge del hecho de que ignora los pecados y problemas reales de las familias.

Richard Baxter, en su obra *Reformed Pastor* [El pastor reformado], nos dejó un valioso tratado sobre la devoción pastoral; pero su valor está precisamente allí, en su llamado a la devoción, y no en su viabilidad. Baxter apartó muchas horas todas las semanas para entrevistar a familias que estaban encomendadas a su cuidado. Sin embargo, a cada familia sólo podía darle una hora o dos por año. El ardor y dedicación de Baxter debe conmovernos y despertar en nosotros el celo, pero su modelo es inadecuado.

En tercer lugar, y aquí está lo esencial del asunto, el crecimiento cristiano hay que aprenderlo, si se me permite volver a la ilustración del capítulo 1 de este libro, en la piscina. No podemos aprender a amar a las personas, a menos que estemos suficientemente cerca tanto para consolarlas como para que nos causen inconvenientes. El amor tiene su precio. No podemos sanar a los heridos a menos que estemos dispuestos a limpiar el pus y soportar la hediondez. El crecimiento en el amor cristiano exige la disciplina de la interacción con las personas cristianas que no son amables.

En cuarto lugar, los grupos pueden llegar a ser un fértil suelo en el cual se desarrollen y florezcan nuevos líderes. Mientras la participación exclusiva en actividades más grandes tiende a infantilizarnos y a intimidarnos, los grupos más pequeños encomiendan a sus miembros responsabilidades y les dan confianza, mientras aprenden las destrezas del liderazgo, porque esos toleran más los errores.

Por último, los grupos pequeños ofrecen el ambiente fundamental tanto para el adiestramiento en santidad como en la disciplina correctiva. Los miembros del grupo pequeño tienen más oportunidad para conocerse los unos a los otros. Las idiosincrasias personales y los hábitos irritantes no necesitan más tiempo para salir a la luz que las cualidades positivas. Si la

comunión ha de permanecer cordial y llena de vida, hay que hacer frente a los rasgos negativos y resolverlos.

Las pequeñas fraternidades no garantizan esos resultados. Los grupos pequeños pueden ser totalmente ineficaces. Sólo ofrecen el ambiente logístico en que pueden ocurrir ciertos resultados. Sin el ambiente, los resultados no fluirán. Podemos resolver problemas logísticos, organizar seminarios y crear grupos pequeños. Sin embargo, si queremos que se produzca aquello de lo que hemos venido hablando, entonces Dios tendrá que producirlo. Pero antes necesitará por lo menos una persona de la iglesia que espere en El por medio de la oración. Y si ha de haber cambios amplios y genuinos, se producirán con el cambio de los valores, las metas y la orientación de la mayoría de los miembros de la iglesia.

No es necesario decir que el esperar en Dios y la cuidadosa planificación van juntos. Roberto Culp describe la manera en que se produjo la Reforma en una iglesia en que hacía mucho tiempo se había experimentado la amargura y la disensión. El proceso de reflexionar en lo que es la iglesia tomó un largo tiempo, y llevó mucha discusión por parte de toda la iglesia. El escribe:

Comenzamos con un retiro de fin de semana para los hombres, con el propósito de estudiar detenidamente varios libros que se refieren a la iglesia y al liderazgo espiritual. Luego, en enero de 1980, realizamos un retiro para toda la iglesia. Realmente fue una serie de acontecimientos para toda la congregación. Suspendimos el calendario de actividades para el mes y sólo dejamos el culto de adoración el domingo por la mañana. En vez de ellos tuvimos discusiones y sesiones para dar testimonio dos veces por semana, y otras dos veces por semana las mismas personas se reunían en pequeños grupos para trabajar con relación a nuestro propósito, estrategia y estructura.

El trabajo fue intenso, pero al fin del mes se había establecido una declaración de propósito y algunos métodos adicionales para llevarlo a la práctica. Afir-mamos y pulimos esas cosas durante otros tres meses

hasta que en mayo formalmente decidimos suspender los reglamentos durante seis meses y poner en práctica nuestros conceptos. La votación fue unánime.

El propósito de la iglesia, según la declaración, era: "Ser una fraternidad amorosa de creyentes consagrados, que adoren conjuntamente, traten de reconciliar a las personas con Cristo, las conduzcan hacia la madurez en El y las hagan participantes en el ministerio de los unos para con los otros y para el mundo." A eso añadimos una lista de nuestras cuatro estrategias principales: celebrar juntos, demostrar comunión, dar testimonio y hacer discípulos.

Eso significaba que debíamos reorganizar nuestra iglesia según el propósito. Las organizaciones y las actividades ya no se justificaban sólo por causa de la tradición. La pregunta era la siguiente: ¿Son ellas consecuentes con nuestra misión? ¿Nos ayudan a alcanzar las metas?

Cuando se asentó el polvo, ya no teníamos una sociedad de caballeros, ni una sociedad de damas, ni una junta de educación cristiana, ni un consejo administrativo. Sus funciones fueron absorbidas en otros organismos o se descubrió que eran innecesarias. Y hubo muy poca oposición. La mayoría de los líderes querían un cambio. Algunos de ellos tenían pensamientos secundarios cuando descubrieron que ya no estaban en posiciones de liderazgo. Cuando tres coros de adultos se fundieron en uno, algunos se sintieron excluidos y así me lo dijeron. Pero no estaban amargados; sólo estaban luchando para encontrar nuevos puestos de servicio. Y con el tiempo los hallaron.¹

Notemos que con los nuevos propósitos, las antiguas funciones llegaron a ser inaplicables. Notemos también que algunas personas que tenían tareas satisfactorias se hallaron temporalmente sin posiciones de liderazgo. Los cambios significativos no se pueden producir sin tensión. Las antiguas instituciones no siempre sucumben graciosamente ante la ani-

quilación, y a las personas no les gusta abandonar las funciones en las cuales hay satisfacción.

La mayoría de las iglesias están tan apiñadas como si estuvieran en un pequeño depósito lleno de innecesarias directivas, comités, organizaciones y funcionarios. Sin embargo, el cambio significa cambio. Las antiguas tradiciones sufren vigorosos dolores de muerte. Y cuando está implicada la carnalidad humana, puede brotar la amargura. A menos que se produzcan cambios, a menos que el ambiente de la iglesia conduzca a que una saludable disciplina pueda crearse, pudiera presentarse alguna crisis grave.

La batalla para lograr el cambio

Ken y yo aprendimos, antes de tomar la decisión en cuanto a escribir un libro referente a la disciplina eclesial, que el gran problema sería la manera de pasar de A a B, es decir, la manera en que las iglesias pudieran llegar a ser la clase de iglesias en que la disciplina pudiera ocurrir para provecho. Tiene que quedar claro, a partir de lo que he escrito en este capítulo, que para muchas iglesias, pasar de A a B no será una tarea insignificante. Los cambios de actitud y organización no ocurren con facilidad.

Cualquier cosa que valga la pena tiene su costo. En la primera parte de este libro, afirmamos que pasar por alto la disciplina de la iglesia es algo más costoso que restituirla. Pero eso no niega la realidad del conflicto que implicaría el hecho de revivirla. Y tal como se les aconseja a los reyes que van a la guerra o a las personas que edifican torres, a nosotros también se nos aconseja que calculemos los costos, antes de comenzar. Por tanto, estudie bien la situación de su iglesia y no minimice ni por un momento la dificultad de cambiar actitudes y estructuras establecidas durante largo tiempo. El hecho de no hacer eso desde el principio es invitar al desánimo. Y tal vez al desastre posteriormente.

No lo van a querer hacer los oponentes, los críticos y los que miran los toros desde la cerca. ¿Cómo pudiera ser de otra manera? Aunque la psicología y la sociología puedan darnos explicaciones interesantes con respecto a las reacciones de ellos, siempre hay una razón más siniestra. Los poderes del infierno se oponen a la disciplina de la iglesia y se entregarán

totalmente a la lucha. Explotarán nuestras dudas y temores para sus propios fines siniestros, y usarán a los cristianos débiles y carnales como sus víctimas y agentes. Cualquiera que trate de restablecer la disciplina de la iglesia automáticamente despierta la violenta hostilidad del infierno.

Los miembros de la iglesia somos aquellos de quienes se dice que Dios "... nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo" (Colosenses 1:13). La disciplina de la iglesia se necesita porque Satanás no renuncia voluntariamente a los que en otros tiempos eran sus cautivos. El busca renovar su control. Se niega a reconocer que ha sido derrotado por el poder de Cristo, o por las afirmaciones de Cristo y de sus seguidores. Orgullosamente reafirma su propio dominio, renueva y aviva los patrones pecaminosos del pasado. Sólo cuando un campeón se atreve a colocarse donde está Cristo y enfrentar los reclamos fraudulentos de Satanás, puede producirse el cambio.

¿De qué otra manera se puede explicar la presente situación? ¿Está Cristo entronizado? ¿No se manifestó El para destruir las obras del diablo? (1 Juan 3:8) Sin embargo, si El está entronizado y es el vencedor, yo no puedo sugerir una explicación de la situación actual. Hacen falta campeones que sean celosos de la autoridad del reino de Jesucristo y que estén preparados para luchar y echar a los buitres del infierno que están picoteando la carne viva de los redimidos de Cristo.

Pero tales campeones necesitarán ver la batalla tal como es. Tendrán que percibir a los que miran los toros desde la cerca y a los que se oponen a la disciplina como incautos engañados por el infierno. Los incautos y los vacilantes pueden ser culpables, pero necesitan más compasión que condenación. Si despiertan la hostilidad en nosotros, no estamos reaccionando como verdaderos campeones del reino, ni viendo la realidad tal como se ve en las Escrituras. A menos que podamos ver más allá de la dinámica humana de la situación, el conflicto espiritual en los lugares espirituales, no pelearemos con un espíritu recto ni con un vigor redimido.

Sin embargo, ¡patéticamente cuán miopes somos! No vemos la gran mano de Dios, ni las siniestras maquinaciones del diablo. Nuestro concepto de la realidad difiere un poco del con-

cepto que tiene el mundo que nos rodea. Nos llamamos teístas, creyentes en un universo creado por Dios. Repetimos fórmulas relacionadas con el pecado humano y el dominio satánico, pero nos apresuramos a agregar que Dios aún tiene el gobierno de todo. Cristo, decimos, ganó la victoria.

No obstante, parece que Cristo estuviera impotente ante la actual proliferación de apatía y pecado en su iglesia, por el hecho de que nos negamos a ver. El diablo (invisible y pasado por alto, por cortesía) anda en compañía de su detestable obra, sosteniendo los actuales sistemas de la iglesia con sus anticuadas estructuras organizativas que complacen las vanidades y los egos. Este es un pensamiento que causa perplejidad: la espada de Cristo está envainada, mientras que el diablo está asechándonos, sin que nosotros le pongamos cuidado.

Es tiempo de que nos levantemos. Cristo se manifestó en realidad. El destruyó las obras del diablo. Ya no tenemos que aguantar los esquemas de Satanás. Como seguidores de Cristo, tenemos autoridad para blandir su espada conquistadora, para unirnos a El con el fin de completar su plan de conquista para la destrucción de Satanás.

Nuestro libro es un desafío a ceñir la armadura y sacar espadas. Es un ruego a que dejemos de jugar a la iglesia, para que pongamos a un lado las ambiciones personales y la búsqueda de la comodidad personal, y corramos riesgos. Sería mejor pelear y perder, que permitir que continúe la presente situación.

Pero no hay razón para que perdamos. Estamos invitados a correr, con la espada en la mano, en pos de un Conquistador.

Apéndice

El significado de atar y desatar

John Howard Yoder

*Mejor es reprensión manifiesta que amor oculto. Fieles son las
heridas del que ama . . . (Proverbios 27:5, 6).*

Un esquema de estudio es intencionalmente un esqueleto que se llena de manera irregular. No se escribe para leerlo de una manera fácil y amena, ni tampoco como un trabajo completo que tenga equilibrio. El lector cuidadoso, que lo evalúe como un ensayo, hallará que la presentación es fragmentaria. El lector que esté alerta desde el punto de vista teológico se resentirá porque verá que hay ausencia de esfuerzo para relacionar el tema con toda la gama de escuelas de pensamiento de la actualidad. Se evitan las cuestiones discutibles. Los textos se toman literalmente de una manera que pudiera parecer ingenuidad. Las preocupaciones sobre la manera de hacer las cosas se mezclan con el significado de la expiación sin respetar ningún tipo de clasificación. No se ha invertido ninguna energía para explicar por qué esa simplificación difiere del fundamentalismo en método o motivo.

La posición que aquí se sugiere tal vez parezca que reúne los peligros de varios espantajos eclesiásticos. Da más autoridad a la iglesia de Roma, confía más en el Espíritu Santo que el pentecostalismo, tiene más respeto al individuo que el humanismo, hace que las normas morales sean más obligatorias que el puritanismo, está más abierta a una situación determinada que la "nueva moralidad". Si se practica, cambiaría la vida de las iglesias de una manera más fundamental que lo que hasta ahora han sugerido las perennes discusiones sobre el cambio de las estructuras de la iglesia.

Así, el sendero hacia el redescubrimiento de la fe cristiana pudiera

conducir directamente a algunas posiciones que los cristianos modernos “moderados” han estado tratando de evadir. La preocupación que aquí se expresa no cuadra con ninguno de los puntos del “mapa” de las posiciones tradicionales de las denominaciones eclesiásticas, lo cual sencillamente pudiera indicar que algo anda mal en el mapa. La posición que aquí se toma parecerá extraña a cristianos de muchas escuelas de pensamiento; sin embargo, se hace eco de una convicción que ha estado históricamente presente en muchas tradiciones cristianas.

Al dejar a un lado otros aspectos del problema de la renovación de la iglesia, y al presentar este tema en particular de una manera sencilla, generalmente accesible y aparentemente dogmática, no estoy sosteniendo que la simplificación exagerada es por lo general la manera para resolver los problemas. La forma ingenua es un método para comenzar una discusión y no para una discusión teológica.

I. El texto clave: Mateo 18:15-20

15 Si tu* hermano peca contra ti,
vé y repréndele estando tú y él solos;
si te* oyere,
has ganado a tu* hermano.

16 Mas si no te* oyere,
toma aún contigo* a uno o dos,
para que en boca de dos o tres testigos
conste toda palabra (Deuteronomio 19:15).

17 Si no los oyere a ellos,
dilo a la iglesia;
y si no oyere a la iglesia,
tenle* por gentil y publicano.

18 De cierto os* digo
que todo lo que atéis* en la tierra, será atado en el cielo;
y todo lo que desatéis* en la tierra, será desatado en el cielo.

19 Otra vez digo,
que si dos de vosotros* se pusieren de acuerdo en la tierra
acerca de cualquiera cosa que pidieren,
les será hecho por mi Padre que está en los cielos.

20 Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre,
allí estoy yo en medio de ellos.

* En los versículos 15-17, las palabras *ti* y *tu* y los verbos que aparecen en imperativo están todos en singular.

* En los versículos 18 y 19, el pronombre *os* y *vosotros* y los verbos que tienen relación con ellos, están en plural.

Preguntas para la discusión relacionadas con Mateo 18:15-20

Anote primero sus impresiones sobre el pasaje que estamos considerando, antes de proseguir el estudio.

- ¿Cuál es el propósito de tratar al hermano de esa manera?
- ¿Esa manera de tratar al hermano es responsabilidad de todo cristiano? ¿De la persona contra la cual el hermano pecó? ¿De los funcionarios de la iglesia?
- ¿Qué piensa usted que significan los verbos *atar* y *desatar* que aparecen en el versículo 18?
- ¿Puede usted pensar en otros pasajes del Nuevo Testamento que traten ese tema, o es una idea aislada?
- ¿La práctica que Jesús describe aquí ha formado parte de su experiencia como cristiano?

II. El doble significado de *atar* y *desatar*

En la amplia autorización sumaria que Jesús da a la iglesia, emplea los verbos *atar* y *desatar* de una manera que supone que su significado es claro para sus oyentes. Siglos después, cuando ni el uso secular ni el religioso han retenido esos dos de términos, tenemos que resucitar su significado. Tal vez el hecho mismo de que los términos ya no tienen el sentido acostumbrado en el lenguaje corriente puede permitir que los usemos a nivel “técnico”, para la práctica que Jesús ordenó.

A. *Dos aspectos del significado.* Está claro que cada uno de estos verbos tienen doble significado:

(1) Perdón: “Atar” es retener la comunión; “desatar” es perdonar. Esta opinión está apoyada por los pasajes paralelos que se encuentran en Lucas 17:3 (el cual a su vez se basa en Levítico 19:17; note los otros elementos que aparecen en Lucas 17:14, el cual también es paralelo de Mateo 18:14 y 18:21, 22) y en Juan 20:25. También está apoyado por otras porciones de Mateo 18 (10-14, que se refiere a las cien ovejas; 21, 22, que se refiere a la expresión “setenta veces siete”; 23-35, que trata del siervo que no tuvo misericordia).

(2) Discernimiento moral: “Atar” es ordenar, prohibir o hacer obligatorio; “desatar” es dejar libre, permitir. Reconocemos la raíz *ligare*, “atar” en las palabras *obligar*, *ligamento*, y *liga*.

“Prohibir” y “permitir” era el preciso significado técnico que los términos *atar* y *desatar* tenían realmente en aquel tiempo (es decir, su significado equivalente en arameo) en el lenguaje de los rabinos del tiempo de Jesucristo. La enseñanza moral y la toma de decisiones en el judaísmo tomó la forma de normas que elaboraban los rabinos sobre los problemas que les presentaban; lo de atar y desatar depen-

día de la manera en que ellos comprendían que la ley mosaica debía aplicarse a cada caso (ver más adelante XIII/A).

Con esas decisiones se acumuló un fondo de precedentes y principios, llamado el *halakah*, que era la tradición moral y que continuó de generación en generación y fue útil para relacionar la ley con los problemas corrientes. Al tomar esos términos del uso rabínico, Jesús asigna a sus discípulos una autoridad para atar y desatar, que antes sólo la tenían los maestros de Israel.

Esa dimensión del significado es la que se destaca en el pasaje paralelo de Mateo 16:19, y es además confirmado cuando examinamos más de cerca Mateo 18:15-20. Los versículos 15-17 describen el trato directo con el hermano, y se expresan en singular; pero en los siguientes versículos cambia al plural. Esto sugiere que la autorización de los versículos 18-20 puede tener una importancia más amplia para la iglesia que la que se expresa con el contexto disciplinario inmediato.

B. *La relación del perdón con el discernimiento.* A primera vista, esas dos actividades parece que no están íntimamente relacionadas; sin embargo, si se hace un análisis más detenido, se nos hace clara su íntima relación:

(1) La actividad de perdonar presupone discernimiento previo. Las palabras de Jesús asombran al lector moderno por la simplicidad con que comienza: "... si tu hermano peca ..." en nuestro tiempo de tolerancia y confusión, no estamos acostumbrados a pensar en que el "pecado" es fácilmente identificable. Jesús supone que las normas morales mediante las cuales el pecado debe identificarse son conocibles y conocidas. Además supone que el ofensor y los que lo reprenden comparten una norma moral.

(2) El perdón promueve el discernimiento. Si las normas a las cuales apelan los que han de reprender a alguien son inapropiadas, la mejor manera de descubrir eso es mediante el procedimiento de conversación de persona a persona con el intento de reconciliar.

Así que las normas del grupo pueden ser desafiadas, probadas y confirmadas, o cambiadas, si en el curso de su aplicación se descubre que es necesario el cambio. El resultado de ese proceso, bien termine con un cambio o sean reconfirmadas las normas, es el de registrar una nueva decisión como parte de la tradición común de la comunidad, y así acumular más discernimientos morales por medio de los cuales uno pueda guiarse en lo futuro.

(3) El discernimiento necesita el perdón. En todo problema serio hay una dimensión de ofensa personal o separación. Ese es el caso aun cuando el asunto que se trate sea muy "impersonal" o "técnico" u "objetivo". Por tanto, en toda decisión correcta debe haber un

elemento de reconciliación. La idea de que las preguntas que se contestan con las palabras "verdadero" y "falso" se pudieran estudiar mejor de alguna manera "objetiva" o "desinteresada" es en sí una comprensión irreal del carácter personal de todo proceso en que se toman decisiones.

(4) La preocupación por el perdón establece los límites de nuestra responsabilidad en las decisiones de los unos para con los otros. Si realmente soy cristiano lo que hago es asunto que compete a mis hermanos. Nos debemos los unos a los otros el consejo y algunas veces, la corrección y el perdón. Sin embargo, no es posible ni deseable que mi hermano esté preocupado por todo lo que yo hago. ¿Dónde entonces termina la búsqueda de un entendimiento común, y dónde comienza la variación individual y la responsabilidad personal?

La respuesta más común es que los pecados grandes son asuntos que le corresponden a la iglesia y los pequeños no. No obstante, todo esfuerzo para trazar una línea conduce al legalismo, a la preocupación por las obras y no por el que las hace, por la culpa y no por la restauración.

La correlación de las dos preocupaciones: la del perdón y la del discernimiento, nos ofrece otra respuesta, aunque no una respuesta abstracta para esta pregunta. La diferencia de convicción y de conducta son inaceptables cuando ofenden. La "línea" no se traza teóricamente, sino en función de la personalidad y preocupación entre las personas. Si la diferencia destruye el compañerismo, por esa razón es un tema de preocupación con respecto a la reconciliación. Cualquier variación que no se trate, tomando como base la opinión de que no es importante, llega a ser crecientemente importante con el paso del tiempo. Si no se atiende, aumenta igualmente el siguiente conflicto.

Por otra parte, los cristianos han estado acostumbrados a tratarse los unos a los otros con amor, y han estado descubriendo que pueden reconciliarse cada vez que tratan los asuntos con amor; también descubren que su "umbral de tolerancia" se levanta; es decir, un espíritu de mutua confianza en el cual son menos las diferencias que ofenden.

Así, tanto la necesidad de tratar algunas diferencias como la posibilidad de dejar otros asuntos a la libertad individual, se arraigan en el mismo proceso del enfoque de reconciliación con el hermano.

El "perdón" y el "discernimiento" no indican dos significados alternos de las mismas palabras, de los cuales uno siempre tendría que escoger cuál significado se aplica. El perdón y el discernimiento no son dos polos de una tensión, sino dos caras de una misma mo-

neda. Cada uno presupone e incluye al otro. En las siguientes páginas trataremos primordialmente acerca de la cara de la moneda que se llama “perdón”, pero nunca como si ésa excluyera el otro aspecto del discernimiento moral.

Preguntas para la discusión sobre el significado de los verbos atar y desatar.

- ¿Puede usted reconciliarse profundamente con su hermano, y a la vez no estar de acuerdo con sus decisiones morales?
- ¿Puede usted tolerar más desacuerdos con alguna persona a quien ha perdonado, o quien lo ha perdonado a usted?
- ¿Puede usted ponerse de acuerdo en asuntos morales con alguien a quien no ha perdonado? ¿Critica usted más a alguien a quien no ha perdonado?
- Antes de proseguir la lectura, anote sus primeras reacciones al leer que Jesús autoriza a sus discípulos: a) a perdonar pecados; y b) a tomar decisiones morales obligatorias.
- ¿Qué lugar ha ocupado el perdón hasta ahora en el concepto de lo que es la iglesia en su experiencia eclesial?

III. La fuente de autoridad para atar y desatar

A. La autoridad que fue dada a la iglesia es paralela con la autoridad de Cristo mismo (Juan 20:19-23). A través del ministerio de Cristo, especialmente tal como se registra en el cuarto evangelio, Jesús escandalizó a las autoridades por medio de sus afirmaciones según las cuales El había sido enviado por el Padre de una manera única (5:18 y siguientes; 6:30 y siguientes; 7:28 y siguientes; 8:36 y siguientes; 10:25 y siguientes). “Como me envió el Padre, así también yo os envío.”

Si era posible ser aun más ofensivo contra la reverencia oficial, eso ocurrió cuando Jesús se arrogó el derecho de perdonar pecados (Marcos 12:32; Lucas 7:48 y siguientes); sin embargo, esto es lo que se les encarga a los discípulos para que lo hagan. El coloca sobre ellos, y por tanto, sobre nosotros, el mismo poder que reclamó para sí.

B. El escándalo del mandamiento divino. No comprendemos plenamente la grandeza de esa comisión si no somos los primeros, como fueron los contemporáneos de Jesús, en sentirnos asombrados por ella. No sólo se conmovieron los contemporáneos de Jesús (Marcos 1:7; dijeron que eso era blasfemia); los protestantes también se asombraron. Al reaccionar contra los abusos de la práctica de la penitencia por parte de la iglesia Católica Romana (vea más adelante la sección IX/E), durante siglos, los protestantes han estado arguyendo que “sólo Dios puede perdonar”, y que el creyente no recibe la confirmación

del perdón de otro hombre, sino en el secreto de su propio corazón.

El calor y el vigor de ese debate entre los protestantes y los católicos nos indican la dificultad que tenemos para concebir y creer que Dios realmente puede autorizar a seres humanos ordinarios para que lo comprometan a El; es decir, para que prohíban y perdonen en el nombre de El, con la seguridad de que tales acciones quedan firmes “en el cielo”. ¿Cómo puede ocurrir y qué puede significar el hecho de que tales poderes sean colocados en manos de hombres ordinarios como Pedro? La preocupación envidiosa de los líderes religiosos y de toda religión, con respecto a la trascendencia de Dios, a su intangibilidad y a su distancia de nosotros, tal vez haya podido ajustarse o se puede hacer una excepción en lo que se refiere a afirmaciones arrogantes como ésta, si se hacen a favor de alguno de los hombres más excepcionales, un sumo sacerdote o un gran rabino, un profeta o un rey. Pero el escándalo real de la manera en que Dios decidió obrar entre los humanos — lo que llamamos la encarnación — es el hecho de que un trabajador ordinario de Nazaret fue el que comisionó a un conjunto de personas ordinarias — que habían sido pescadores y cobradores de impuestos — para perdonar pecados.

C. La iglesia recibe el poder del Espíritu Santo. El texto que se halla en Juan 20 eslabona el impartimiento del Espíritu Santo directamente con la comisión para perdonar pecados. Según Juan 14:16, las funciones del prometido Espíritu serían las de “convencer”, “guiar a toda la verdad”, y recordar a los creyentes las enseñanzas de Jesús que ellos no hubieran entendido antes.

En Hechos, capítulos uno y dos, la función del Espíritu es la de dar poder a los discípulos para que sean testigos; pero en el resto del relato de los Hechos, notablemente en las decisiones que se mencionan en los capítulos 13 y 15, pero también en los modestos detalles de los arreglos de viaje de Pablo, el Espíritu se manifiesta activo especialmente en la toma de decisiones. Si el espacio proporcional que se concede a los diversos temas indica alguna cosa, la obra básica del Espíritu Santo es guiar en el discernimiento, y los aspectos subordinados de esa obra son la profecía, el testimonio, la convicción interna y la concesión de poder para la obediencia.

En el protestantismo moderno se entiende con frecuencia que la promesa de la presencia de Cristo: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre”, significa que hay bases que indican la eficacia de la oración, o que la congregación reunida puede experimentar la presencia espiritual en medio de ellos. Sin embargo, en el contexto original de Mateo 18:19, 20 se aplica al consenso (el verbo original es *sunphonein*, término del cual viene nuestra palabra *sinfonía*) a

que se llega mediante un proceso de decisión autorizado divinamente. Los otros “dos o tres” son los testigos que requería la ley mosaica para que un procedimiento judicial fuera formalmente válido (Deuteronomio 17:6; 19:15; lo cual se aplica en Números 35:30; 2 Corintios 13:1; 1 Timoteo 5:19; Hebreos 10:28).

D. Este mandato hace que la iglesia sea iglesia. La palabra griega *ekklesia* (iglesia) sólo se halla dos veces en los evangelios y fue pronunciada por los labios de Jesús; la pronunció las dos veces en los pasajes que se refieren al procedimiento de atar y desatar. La palabra *ekklesia* en sí “como el antiguo término hebreo, y su equivalente arameo que probablemente fue el que empleó Jesús” no se refiere específicamente a un culto religioso ni a una organización en particular; más bien se refiere a la “asamblea”, la reunión de personas para deliberar o para hacer un anuncio en público.

No es un accidente el hecho de que en Mateo 16, la asignación del poder para atar y desatar por parte de Jesús es dado inmediatamente después de la primera confesión de Pedro con respecto a que Cristo era el Mesías. La confesión es la base de la autoridad; la autorización que se les da es el sello de esta confesión. La iglesia es el lugar en el cual, por el hecho de que Jesús es confesado como Cristo, los hombres y las mujeres reciben el poder para hablar los unos a los otros en el nombre de Dios.

Preguntas para la discusión relacionadas con la autorización que se le dio a la iglesia.

- ¿Hay muchas actividades diferentes, o sólo unas pocas, que Jesús ordenó específicamente que la iglesia realizara en nombre de El?
- Lea Juan 16 y la historia que se halla en Hechos, para que confirme las declaraciones que se hicieron en la sección C de este apéndice, con respecto a la obra del Espíritu Santo.
- ¿Qué enseñanza recuerda usted con respecto a quién puede perdonar el pecado?

IV. La manera de tratar con el hermano está determinado por un intento de reconciliación

A. *El enfoque reconciliador es personal.* Toda la porción que se halla en Mateo 18:15-18 está en singular: es un mandamiento que se da al individuo. Lo que el pasaje dice no es que tiene que haber sólo tres pasos (en vez de cuatro o cinco), sino los siguientes: (1) el primer encuentro es “estando tú y él solos”; y que (2) se debe hacer otro pequeño esfuerzo de mediación por parte de un grupo, en caso de que el primer intento haya fallado, antes que el asunto llegue a ser público.

El enfoque personal ante todo garantiza que el asunto permanezca confidencial. Esa es la prohibición bíblica del chisme y la difamación. Cualquiera sabe que hay algo malo cuando se difunden cuentos. Pero algunas veces uno puede pensar que eso es malo sólo porque revela los secretos, o sólo cuando los informes que uno difunde no son ciertos, o cuando la intención que hay al pasarlos es la de herir a alguna persona. Cada una de esas tres explicaciones de lo que es malo con respecto a los chismes deja una escapatoria. Cada una permitiría que continúen algunas clases de habladurías con respecto al prójimo.

Pero el mandamiento de Jesús es que lo que hay que hacer cuando se aparece un informe desfavorable es acudir a la persona misma. Luego todas las tentaciones que uno tenga de pasar esa información quedan bloqueadas, y por el interés del ofensor se exige que haya confidencia.

En segundo lugar, de esa manera se asegura que el proceso esté íntimamente atado a la situación local. Cualquiera de las dos partes puede presentar a discusión aspectos del cuadro que no se tomaría en cuenta en una declaración de normas generales.

Así hay una salvaguarda contra el peligro del puritanismo, que promulga generalidades éticas aparte del contexto donde tiene que aplicarse, y luego las aplica estricta y uniformemente en todo caso.

Al tratar personalmente con el ofensor, en vista de sus problemas no es posible identificar como virtudes o vicios, categorías totales de conducta sin tomar parte con él en la lucha y en las tensiones de aplicarlas a su situación. El es el que tiene que determinar cómo portarse cuando realmente se enfrente a la difícil opción. Tal vez ocurra que la persona acusada pueda demostrar que la acción que ha sido criticada como “pecado”, al fin y al cabo era correcta. O tal vez el que dé la amonestación pueda ayudar al acusado para que halle una mejor solución que hasta ese momento no haya visto.

Esa es una manera inherente de asegurar que las iglesias no continúen proclamando reglas que ya es imposible aplicarlas. Las normas tienen que ser probadas constantemente en cuanto a si es posible demostrar al hermano en qué forma ha pecado. Si nadie puede demostrarle como ha debido actuar de una manera diferente, entonces las normas son inadecuadas y el hermano ha sido acusado injustamente. El mismo proceso de conversación con él es, entonces, la manera de cambiar las normas. Si, por otra parte, las normas continúan siendo correctas, en la conversación con el hermano tentado, la iglesia estará obligada a dedicarse de un modo fructífero a la búsqueda de otras maneras para satisfacer sus necesidades y ayudarlo en las tentaciones que lo condujeron a la caída.

Sin embargo, al mismo tiempo que se tiene que evadir ese puritanismo, hay un peligro igual en dejar que la situación ofrezca sus propias normas. Lo que los escritores modernos llaman “ética circunstancial”, o “relevancia”, o “contextualización”, puede simplemente significar el hecho de permitir a cada individuo plena libertad para tomar sus propias decisiones. Este enfoque termina sacrificando todas las obligaciones morales y a toda comunidad, al adoptar por adelantado, de una manera general, una “regla contra todas las reglas”. El procedimiento de atar y desatar logra que la misma flexibilidad cuadre en cada contexto, sin ser ampliamente permisivo.

El acercamiento se hace “con el espíritu de mansedumbre” (Gálatas 6:1); es decir con el reconocimiento de que todos los miembros tienen la necesidad mutua los unos de los otros y del perdón. “Sobrellevad los unos las cargas de los otros” (Gálatas 6:2). Esa exhortación no se refiere a las necesidades económicas, como a menudo se piensa, sino a la necesidad de esa clase de apoyo moral mutuo.

B. Cada uno en la iglesia comparte la responsabilidad del acercamiento reconciliador.

(1) El mandamiento de Mateo 18 asigna la iniciativa a cualquiera que esté consciente de la ofensa. Las palabras “contra ti”, que aparecen en las traducciones más antiguas, no se hallan en los más confiables manuscritos antiguos; tal limitación no está presente en Lucas 17:3; Gálatas 6:1, 2; Santiago 5:19, 20.

Los que interpretan que esas instrucciones sólo se aplican a la persona contra la cual se ha pecado, cambian la atención de la necesidad de reconciliación que tiene el ofensor, al resentimiento que tiene la persona ofendida, a fin de que dé salida a sus sentimientos. Si este cambio se toma en serio, significa que para ciertos pecados en los cuales no hay alguna persona ofendida en particular, o la persona ofendida se encuentra ausente, nadie tendría que hacer nada. Tal interpretación limitante también conduciría a la persona más madura, o tolerante, o dispuesta a aceptar las cosas a absorber la ofensa y sufrir sin respuesta, afirmando que es suficientemente adulta o suficientemente magnánima como para no necesitar desahogarse. Sin embargo, según Gálatas 6, la persona espiritualmente madura es la que especialmente tiene la responsabilidad de actuar en la reconciliación.

(2) Las instrucciones de Mateo 5:23 y siguientes asignan la misma responsabilidad a la persona que ha ofendido, si llega a darse cuenta de la ofensa. Su obligación de ser reconciliada tiene prioridad con relación a cualesquiera otras obras de justicia, por más dignas que sean. Si su hermano ha hecho algo contra usted, no presente su sacrificio en el altar. De manera que es responsabilidad de cada

persona: del ofensor, del ofendido, de toda tercera persona que esté enterada dentro de la comunidad cristiana, cuando esté consciente de cualquier clase de ofensa, tomar la iniciativa hacia la restauración de la comunión.

(3) No hay indicación de que esa responsabilidad corresponda en algún sentido en particular al ministro. La acción de perdonar nunca se indica en el Nuevo Testamento como uno de los “dones” distribuidos dentro de la congregación, ni como una responsabilidad específica del pastor, anciano, obispo o diácono.

Ahora bien, hay buenas razones de sentido común para suponer que cualquiera que sea responsable del liderazgo en la vida de la iglesia también estará preocupado por el ejercicio adecuado de esta disciplina reconciliadora. Así los líderes de la iglesia bien pudieran estar incluidos entre los “dos o tres” de quienes se nos habla en Mateo 18:16; o entre los “sabios” de que se nos habla en 1 Corintios 6:5, que buscan mediar en el segundo esfuerzo o entre los “más espirituales” de Gálatas 6:1; sin embargo, esas son sólo consideraciones relativas al sentido común. Tal vez sea apropiado si sólo se aplican después del primer intento de reconciliación; porque informar a los líderes de la iglesia, antes del primer intento, va contra la letra y contra el intento que demanda la confianza inicial: “estando tú y él solos”.

El hecho de que el pastor, el maestro, el anciano, el predicador o el diácono sean moral o exclusivamente los que aplican la disciplina, hasta el punto en que otros no participen con el funcionario en la misma carga, socava tanto el proceso de reconciliación como los otros ministerios de liderazgo que le correspondan a tal funcionario.

C. Este proceso le corresponde a la iglesia. La responsabilidad de la iglesia no puede ser entregada al estado (como, según las convencidas opiniones teológicas de Ulrico Zwinglio y sus seguidores, ocurrió en la Reforma), ni a ninguna otra agencia que represente a la sociedad total.

Algo como esto está ocurriendo en nuestra sociedad. Aunque el puritanismo está fuera de moda en las iglesias, estamos acostumbrados a que la policía secreta y la junta de reclutamiento ejerza supervisión moral; esperamos que las escuelas y los supervisores sociales desarrollen el carácter de las personas con las cuales trabajan.¹

Tampoco puede el proceso de reconciliación de la iglesia ser sustituido adecuadamente por la sicoterapia secular.

Este estudio no hace ningún intento por investigar las complejas relaciones entre la iglesia y la institución mental, entre la culpa moral y la ansiedad sicótica, etc., claramente no puede ni debe haber nin-

gún muro fijo entre la salud mental y la iglesia; sin embargo, ninguna de las dos puede ser absorbida por la otra. No se puede aceptar ninguna definición de la relación que hay entre esos aspectos que saque completamente el asunto de culpa y la gracia de la congregación, o que excluya la confesión consciente y el perdón de las ofensas voluntarias conocidas, o que disuelva todas las medidas morales y las convierta en ajuste personal. No necesitamos evadir las psiquiatra y la psicología, sino la caricatura de esas profesiones como agencias seculares de perdón. Eso es lo que hay que evitar.

D. La reconciliación y la restauración constituyen el único motivo digno. Cualquier comentario que se haga en un libro de texto sobre la disciplina de la iglesia enumera varias razones por las cuales la iglesia debe aplicarla:

- La pureza de la iglesia como una meta valiosa de su propio derecho;
- La protección de la reputación de la iglesia ante el mundo externo;
- El testimonio ante las demandas de la justicia de Dios;
- Hacer conmovedoras las demandas para los miembros de iglesia, sobre todo para los nuevos o jóvenes, pues se supone que probablemente son más tentados;
- Una salvaguarda contra la relativización y la pérdida de las normas morales del cristiano.

Aunque esas razones son reales como consecuencias, y lógicas en cuanto a motivar a la iglesia, es sorprendente que no constituyan parte del cuadro que se nos ofrece en el Nuevo Testamento. Todos esos razonamientos ponen a la iglesia en una postura en que ella mantiene su propia justicia, mientras que el Nuevo Testamento habla de un perdón compartido.

Sin embargo, hay, más allá de la simple declaración de Jesús: "Has ganado a tu hermano", una manera más profunda de expresar la motivación. 1 Corintios 5:6 y siguientes hablan sobre el proceso de la disciplina mediante la imagen de la levadura: La iglesia es la masa, toda la cual será leudada mediante la presencia de algunas células dentro de ella. Pablo dice así que hay una clase de solidaridad moral que vincula a todos los miembros del cuerpo, de tal manera que si los individuos persisten en desobediencia dentro de la fraternidad, su culpa ya no es responsabilidad moral de esos individuos solamente, sino llega a ser una clase de culpa colectiva compartida por todo el cuerpo. Tengo que tratar el pecado de mi hermano, porque él y yo somos miembros el uno del otro; a menos que yo sea agente que participe en su restauración, él será agente que participe en mi culpabilidad.

Preguntas para la discusión sobre el enfoque de la reconciliación.

¿Sería posible mantener actitudes farisaicas o de crítica si se respetara el principio de ir directamente al ofensor?

- ¿La preocupación por la disciplina se atendería de una manera más eficaz si se le asignara a un funcionario de la iglesia en particular?
- ¿Hay ciertas clases de asuntos a los cuales no se aplicarían las instrucciones de Mateo 18? ¿Ciertos pecados que no serían fácilmente perdonados? ¿O ciertos otros que no exigen tal clase de atención?

V. La posición central de la función perdonadora en el Nuevo Testamento

A. La referencia a "atar y desatar" sólo aparece en los evangelios, en aquellos pasajes en que se informa que Jesús la empleó con respecto a la "iglesia". Por tanto, la iglesia se define de una manera más central como el lugar donde se practica la acción de "atar y desatar". Donde no ocurra esto, la iglesia no está plenamente presente.

B. Esta es la única relación en que se dice que la iglesia está autorizada para "comprometer a Dios". "... lo que atéis en la tierra será atado en el cielo." La imagen es la de un embajador plenipotenciario, o la de un poder notarial; la firma de un representante acreditado obliga a aquel que le dio la comisión.

C. La promesa se da en el contexto de esta actividad de la iglesia (Mateo 18:19, 20; Juan 14:26; 16:12 y siguientes, 20-23) en que se promete que Cristo (o el Espíritu) está presente donde sus seguidores se reúnen en su nombre. Se pudiera argüir que en el Nuevo Testamento se habla más frecuentemente del don del Espíritu con relación a discernir y perdonar que (como en Hechos 1:8) con relación a el testimonio.

D. Esta aplicación práctica del perdón (18:15-18) es el centro de la enseñanza de todo el capítulo 18 que se refiere al perdón.

E. La única condición que aparece en el Padrenuestro (Mateo 6:12), y el único comentario que hace Jesús sobre la oración (Mateo 6:15) limitan el perdón de Dios sólo a quienes perdonan a los demás (también se dice eso en Mateo 18:35; Marcos 11:25; Efesios 4:32; Colosenses 3:13).

F. La reconciliación con el hermano de uno es un requisito previo para la adoración válida (Mateo 5:23 y siguientes).

G. La promesa de la presencia del Espíritu Santo está relacionada de manera especial e íntima con la acción de atar y desatar tal como ya la vimos (III/C; Mateo 18:19, 20).

H. Es una función de las personas "espirituales" de la iglesia; estas deben restaurar a los ofensores con espíritu de mansedumbre; esto es lo que se llama "sobrellevar los unos las cargas de los otros"

(Gálatas 6:1, 2). También se describe con las palabras: “cubrir multitud de pecados” (Santiago 5:19, 20).

Preguntas para la discusión sobre el Nuevo Testamento

- En los pasajes citados, ¿usted ve alguna localización de esta función como un “ministerio” de funcionarios específicos de la iglesia?
- ¿Ve usted en los elementos narrativos del Nuevo Testamento que se ejercía esta función?
- ¿Ve usted en las Epístolas del Nuevo Testamento que el escritor “amonesta” a sus lectores en ese sentido?
- ¿Cuando usted ora con el Padrenuestro, la frase “como nosotros perdonamos” le hace recordar si usted en realidad perdona a otros como solicita que otros lo perdonen?

VI. La posición central de la acción de atar y desatar en la vida de las iglesias libres en el protestantismo

A. Generalmente se piensa que el pequeño grupo de seguidores de Ulrico Zwinglio, que más tarde llegó a ser conocido como los anabaptistas, fue el que comenzó la búsqueda de la iglesia fiel en torno a los asuntos relacionados con iglesia del estado y el bautismo de niños. Sin embargo, es justo y correcto decir que el punto en el cual dicho grupo de hermanos llegó a estar consciente de su identidad fue una preocupación en cuanto a tratar con los ofensores según el modelo de Mateo 18. El término *regla de Cristo*, con el cual se referían a las instrucciones de Mateo 18, ya era una frase fija en su vocabulario en 1524, antes que ellos llegaran a cualesquiera conclusiones finales con respecto a la forma de la iglesia, la práctica del bautismo de adultos y la independencia de la iglesia con respecto al estado.

Los primeros anabaptistas no dijeron que los niños no debían ser bautizados porque no tenían una experiencia de fe y de nuevo nacimiento, ni rechazaron el bautismo de niños sólo por el hecho de que no había ningún texto bíblico que lo ordenara. Ellos creían, más bien, que uno que solicita el bautismo se somete a la obligación mutua de dar y recibir consejo en la congregación; esto es lo que un niño no puede hacer.

En la primera afirmación clara que rechaza el bautismo de niños, dada en septiembre de 1524, antes de entrar a discutir si el agua tiene un efecto salvador o si los niños no bautizados se pierden, Conrado Grebel escribió: “. . . incluso el adulto no debe ser bautizado sin la regla de Cristo que se refiere a atar y desatar.” Así que el asunto no es la edad del que se va a bautizar, sino el compromiso que hace al entrar en la comunidad del pacto con el entendimiento de lo que ella exige de él.

Balthasar Hubmaier, el teólogo de los anabaptistas y el único líder de la primera generación que tuvo la oportunidad de escribir normas para el orden en la iglesia, de igual manera coloca el carácter del compromiso que se adquiere en el bautismo como el centro de su opinión con respecto a la Reforma. Esto se nota claramente en su catecismo:

Pregunta. ¿Cuál es la promesa bautismal?

Respuesta. Es un compromiso que uno hace pública y oralmente con Dios ante la iglesia, mediante el cual renuncia a Satanás, a sus pensamientos y obras. Promete también que de allí en adelante pondrá toda su fe, esperanza y confianza sólo en Dios, y llevará una vida según la divina Palabra en el poder de Jesucristo nuestro Señor, y en caso de que no haga eso, promete en ese acto a la iglesia que desea virtuosamente recibir la amonestación fraternal de los miembros de la iglesia y de ella, tal como se expresa aquí.

P. ¿Qué poder tienen los miembros de la iglesia unos sobre otros?

R. La autoridad de la admonición fraternal.

P. ¿Qué es la admonición fraternal?

R. El que ve que su hermano está pecando, ve a él con amor y lo amonesta fraternal y tranquilamente para que abandone tal pecado. Si él hace tal cosa, el que lo amonesta ha ganado su alma. Si no lo hace, entonces él toma dos o tres testigos consigo y lo amonesta delante de ellos una vez más. Si el amonestado sigue las instrucciones del que lo amonesta, el asunto queda concluido. Si no, el que lo amonesta lo dice a la iglesia. La iglesia lo llama y lo amonesta por tercera vez. Si el amonestado abandona en ese momento su pecado, éste ha salvado su alma.

P. ¿De dónde le viene a la iglesia esta autoridad?

R. Del mandamiento de Cristo, quien dijo a sus discípulos: “. . . todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis, será desatado en el cielo.”

P. ¿Pero qué derecho tiene un hermano de ejercer esta autoridad sobre el otro?

R. El derecho se le concede en la promesa bautismal, en la cual uno se somete a la iglesia y a todos sus miembros de acuerdo con la palabra de Cristo.²

Lejos de ser una exagerada expresión de individualismo, el bautismo de los creyentes, de este modo, es el fundamento de la más

amplia responsabilidad comunitaria de todos los miembros para la vida de todos los miembros.

B. El avivamiento wesleyano puede destacarse como un ejemplo de los numerosos movimientos de renovación que se han producido a partir del siglo XVI. Wesley y sus colegas tuvieron algunos puntos doctrinales que destacaron, y algunos dones personales únicos. Su ministerio se produjo en un tiempo de gran necesidad. Sin embargo, la fundamental experiencia local con los "metodistas" era una reunión cada semana, y la razón del éxito práctico del movimiento fue el encuentro regular de la "clase". Esta era un círculo de personas que se reunían regularmente, que estaban dedicados los unos a los otros y sobrellevaban los unos las cargas de los otros en todo sentido, con especial atención en la reprensión y en la restauración.

Eso también se ha verificado en los movimientos de despertamiento y renovación espiritual que se han producido en todos los tiempos; tales movimientos restauran la libertad en las relaciones perdonadoras del compañerismo, y una renovada formalidad ética, que no hace de una ley rigurosa sino de una mutua preocupación.

C. Se pueden observar ejemplos contemporáneos en los avivamientos de Keswick y del este de Africa. Por la naturaleza del caso, tales movimientos, sin ninguna autoridad eclesiástica fija, se abren a diversas peculiaridades organizativas, doctrinales y personales. Algunas de esas son recientes y otras tal vez sean cuestionables. Sin embargo, lo que mantiene vivos a estos movimientos es la renovada experiencia del don de la franqueza, la capacidad dada por la gracia para ser transparentes con el hermano con respecto a los propios pecados de uno y con respecto a los del hermano, y por ese medio concretar la seguridad del perdón.

Así, todo avivamiento y todo movimiento de renovación ha comenzado restableciendo entre los hermanos enemistados, mediante el arrepentimiento, una posibilidad de comunicación que había sido interrumpida a causa del orgullo y del deseo de poder de los que estaban dentro de las iglesias. Esta clase de renovación puede ocurrir en cualquier tiempo o lugar, y dentro de cualquier clase de grupo cristiano, pero para las iglesias libres, este asunto es estructural, pues define su carácter específico. La iglesia libre no es simplemente una asamblea de individuos que tienen una experiencia espiritual común del perdón personal recibido directamente de Dios; ni tampoco es cierta clase de comité de trabajo, un instrumento para lograr que se ejecuten ciertas clases de obra. La iglesia es también, como una realidad social que está en medio del mundo, aquel pueblo por medio de cuyas relaciones Dios hace visible el perdón.

Preguntas para la discusión sobre las historias de avivamientos.

- ¿Cuál ha sido el registro de las experiencias penetrantes de perdón y discernimiento dialogado en la historia de su propia comunidad?
- ¿En las biografías y novelas que usted ha leído?
- ¿Qué lugar ha ocupado la ausencia del diálogo reconciliador en aquellos casos en que el grupo ha dejado de "ser iglesia" que usted ha visto?

VII. El método de la congregación para tomar decisiones

El mandato de perdonar y decidir no prescribe formalmente de qué tamaño tienen que ser los grupos (los "dos o tres congregados", o "la iglesia") que deben discutir y decidir. ¿Las decisiones del grupo deben ser hechas por personas de autoridad, acreditadas por la edad, o por la ordenación para hablar en nombre de todos? ¿O por una mayoría numérica? Esta pregunta no sólo se aplica a la "disciplina", sino a otras clases de decisiones con respecto al "discernimiento".

Este estudio no busca profundizar en ese asunto formal.

A. Desde el área más estrecha del proceso perdonador, tenemos que pasar a la discusión más amplia de varios elementos relacionados con la toma de decisiones a nivel de la iglesia, que por lo general no se destacan en las discusiones sobre la organización de ella: (1) la permanente conciencia de que toda decisión abarca elementos de conflictos y resentimientos que hay que tratar en una atmósfera de permanente perdón; y (2) el movimiento obligado por la situación, de un asunto, que pasa de los dos a través de los pocos hasta llegar a la congregación.

B. Según las pocas descripciones de reuniones de congregación que tenemos en el Nuevo Testamento, especialmente en 1 Corintios 12:14, parece claro que todo miembro tiene el derecho, y tal vez el deber, de participar en el proceso. Eso no quiere decir que el tipo corintio de vida de la iglesia, efervescente hasta el borde del desorden, sea normativo en cualquier modelo formal.

C. Está claro que los dones específicos contribuyen al proceso de decisión dirigido por el Espíritu; es un movimiento ordenado, y no informe. Algunos "profetizan", otros "presiden" y "supervisan" y "administran".

D. El proceso de decisión, aunque a menudo está "iluminado" por alguna inspiración inmediata, no puede continuar válidamente en un vacío de conocimiento. Tiene que haber, si la decisión ha de ser fiel, una manera de informarla con pleno acceso al discernimiento bíblico y teológico de la herencia cristiana. Si la decisión ha de ser relevante, tiene que ser igualmente informada con respecto a todas las dimensiones factuales del problema real. No hay base para una

dicotomía entre la información “religiosa” y “secular”, como si cualquiera de las dos pudiera hacer que la decisión fuera superflua o como si la dirección del Espíritu pudiera llevarse bien con cualquiera de los dos. La dirección del Espíritu no es una alternativa para la información correcta.

Preguntas para la discusión sobre el proceso de decisión

¿Se sostiene algunas veces que “el conocimiento religioso debe arreglar algún problema de tal manera que no sea necesario tomar ninguna decisión”?

¿Ocurre lo mismo con el conocimiento “secular”? ¿Las “autoridades” o la “ley” arreglan problemas sin tomar decisiones?

¿Las prácticas corrientes de asignar tareas a los individuos en nuestras iglesias reflejan la enseñanza de Romanos, capítulo 12, Efesios, capítulo 4, 1 Corintios, capítulo 12?

VIII. Malos entendimientos con respecto al concepto de la disciplina

Aunque la comisión que se nos ha dado de atar y desatar, tiene una posición central tanto en el Nuevo Testamento como en cualquier concepto sobrio sobre la misión de la iglesia; sin embargo, ha sido ampliamente mal entendida, deformada y descuidada. ¿Cómo pudo haber sucedido esto? Esa pérdida tan universal de una función tan fundamental tiene que ser entendida y evaluada. De otro modo, bien pudiéramos caer en las mismas trampas y ser incapaces de recuperarnos o habiéndola comprendido, bien pudiéramos volverla a perder rápidamente. Por tanto, tendremos que dedicar una buena parte de nuestro estudio al enfrentamiento con otros puntos de vista.

En primer lugar estudiaremos los malos entendimientos relacionados con la palabra *disciplina*, palabra con la cual se designa con más frecuencia esta obra de hermandad.

A. *La atención puede moverse de la reconciliación del ofensor a su castigo.* Por causa de esa incompreensión, en vez de la restauración, uno trata de infligir en la persona culpable alguna aflicción que compense el sufrimiento que tal persona ha causado; por lo menos una humillación pública. Tal vez se piense que las personas ofendidas o el grupo ofendido tiene el derecho o la necesidad de aplicar algún tipo de venganza; o tal vez se piense que el “orden moral” de alguna manera lo demanda, o que la persona culpable necesita castigo.

B. *La atención puede cambiarse de la persona a la ofensa.* Las grandes ofensas exigen un gran castigo; las pequeñas exigen medidas menores. Estas normas se aplican por igual sin tomar en cuenta a la persona que ha cometido la ofensa. La preocupación por la “justicia”,

es decir, por la uniformidad en la aplicación, reemplaza lo imprevisible en el tratamiento de una sola ofensa a la vez.

C. *La preocupación puede moverse del ofensor a las normas.* Se piensa que la observancia estricta de las normas es necesaria para asegurarle al grupo que tal observancia es justa, o para enseñar a los demás miembros la seriedad de la ofensa, o para dar testimonio ante el mundo que nos rodea con respecto a la seriedad de la iglesia. En ese caso, el hermano es menos importante para la iglesia, que la identidad, y la reputación y las normas de ella, o aun menos importante que el poder de sus líderes, el cual está amenazado por la falta de conformidad del ofensor.

D. *La responsabilidad se mueve del hermano que ha cometido la falta a la iglesia que aplica la disciplina.* Al obispo o al diácono (en el protestantismo), al sacerdote (en el catolicismo) se le encomienda, en virtud de su oficio, la responsabilidad de hacer la reprimenda: (1) Esto despersonaliza el proceso, porque el que aplica la disciplina estará más alejado de la ofensa, y estará preocupado en demostrar su justicia al tratar a todos por igual. (2) Además, esto socava los otros ministerios que tal ministro debe estar ejerciendo en la iglesia. (3) Tal delegación de poder coloca a un lado la expresa instrucción de Mateo 18:15 en el sentido de que el primer acercamiento al culpable que cualquiera deba hacer sea “estando tú y él solos”. Es decir, que tal acercamiento debe excluir cualquier discusión con una tercera persona.

E. *Paralelamente con esos malos entendimientos, bien pudiera desarrollarse la idea de una distinción entre varias categorías de pecado.* Las ofensas públicas y escandalosas (los pecados sexuales, el robo y el asesinato) o los tabúes rituales (el consumo de bebidas alcohólicas y las danzas en el puritanismo pionero) se pueden tratar con una disciplina puritana despersonalizada. Pero los chismes, el orgullo y la avaricia no se pueden tratar de esa manera. Aumentan los pecados de los débiles y sensuales; no se nombran los de los orgullosos. Ahora bien, si el Nuevo Testamento autoriza cualquier distinción entre los niveles de severidad de diferentes clases de pecado — posición que es desafiante —, el asunto sería completamente diferente. Pudiéramos resumir esta constante tentación de deformar la experiencia de atar y desatar con la palabra *puritanismo*. Ese abuso es el que ha dado a los términos como *disciplina*, *admonición* y *repreñión* un sonido desagradable en nuestros oídos. El puritano se preocupa por imponer las normas legales a toda la sociedad, Jesús y la iglesia libre se preocupan por ver que el hermano creyente crezca libremente en la integridad con la cual vive el significado de un compromiso hecho libremente con Cristo.

Preguntas para la discusión sobre las incomprensiones de la palabra disciplina.

¿Puede usted ilustrar, por experiencia, cualquiera de las reformas que acabamos de enumerar?

¿Hay algunas comprensiones, enumeradas como “incomprensiones”, que usted piensa que son correctas? ¿Por qué?

Puede usted ver otras razones por las cuales, con el paso del tiempo, se ha perdido repetidamente la práctica de la disciplina fraternal?

¿Tiene razón el esquema que acabamos de dar al rechazar la idea del castigo? ¿La sociedad necesita castigar al ofensor? ¿El ofensor necesita sentir el castigo? ¿El orden moral lo exige?

IX. Incomprensiones con respecto al significado del amor

La expresión del perdón evangélico y el discernimiento puede perderse fácilmente en la reacción contra el puritanismo, el cual en el nombre del amor deja al individuo solo con sus luchas, su culpa, su incertidumbre y sus equivocadas certidumbres. Tan pronto como un enfoque puritano queda desacreditado por sus amigos, y socavado por la presión del grupo social más amplio (que en su exigencia de conformidad en otros puntos es, sin embargo, también una clase indirecta de puritanismo), la reacción no discernida y adolescente que se produce más fácilmente es la de dejar que cada individuo haga lo que quiera.

A. *Este hecho de no intervenir puede explicarse* (ya sea de manera sincera o cobarde) en términos de “amor” o “aceptación” o “respeto a las diferencias individuales” o “dejar a la persona libre para que resuelva el problema por sí mismo”. Hay un elemento de verdad en este sentimiento: Es comprensible hasta el punto en que se suponga que el puritanismo es la única alternativa. Pero el procedimiento ordenado por Jesús es también una expresión de “amor” y “aceptación”, y aun “dejar que la persona resuelva el problema por su propia cuenta”.

Durante la primera generación de reacción en contra de la herencia puritana tal vez las personas tengan suficiente rigor moral inherente en sus reflejos de tal manera que parezca que son capaces de arreglárselas con un gran grado de autonomía individual, y aun así no perder sus amarras. Sin embargo, tan pronto como la acumulación de certidumbres puritanas ya no esté allí para apoyarse en ella o reaccionar contra ella, vuelve a ser visible el hecho de que la libertad individual es una clase de conformidad con el mundo de lo más engañoso y vago.

B. *Existe la excusa de la modestia.* ¿Quién soy yo para decir que él

ha pecado si yo también soy pecador, porque no conozco su situación (el “pecado”, que al fin y al cabo es un asunto relativo) o porque cada uno tiene que encontrar su propio camino?

Podemos estar de acuerdo en que nadie conoce la situación de la persona tanto como él. Esa es la razón por la cual el que reprende tiene que observar la norma: “estando tú y él solos”, en vez de juzgarlo *a priori* por lo que se piensa que él ha hecho. Este enfoque salvaguarda así toda preocupación válida de lo que actualmente se anuncia como “ética de la situación”.

También es cierto que todos somos pecadores; pero Jesús no deja que el deber de perdonar dependa de lo intachable que sea uno; El dice precisamente que son quienes reciben el perdón los que deben perdonar.

C. *La excusa de la “madurez”.* Si yo soy emocionalmente fuerte, puedo perdonar y olvidar, sin molestar al hermano ni a la iglesia. Esta actitud, que puede ser la sincera expresión de un espíritu perdonador y de una sana elasticidad moral, se basa en una suposición equivocada (vea la sección IV/E/1) de que el proceso se realiza por el interés de la persona ofendida, y no por el interés del ofensor.

D. *El concepto del perdón incondicional en virtud de la comprensión teológica, o por medio de la liturgia:*

1. Las fórmulas que prescriben las frases para la confesión rutinaria de pecado y la seguridad del perdón constituyen parte de las liturgias normales en las comuniones anglicanas y luteranas.

2. Cualquiera que sepa, como todo cristiano debe saber, que Dios es perdonador, puede aplicar ese conocimiento, con una operación puramente mental, y de esa manera tener una seguridad de su propia reconciliación.

3. Cualquiera que esté acostumbrado a las diluidas fórmulas “laicas” de la psicología popular contemporánea, sabe que la “aceptación de uno mismo” es una posibilidad, una virtud y aun un deber para la persona de hoy. Así que, al saber que eso debe hacerse y, por tanto, tiene que ser posible, uno puede buscar conscientemente “perdonarse a sí mismo”.

E. *El argumento contra la iglesia católica romana de que el perdón no esta dentro de la autoridad de la iglesia.* Como en otros puntos, algunos protestantes han sido llevados por su oposición al catolicismo hasta el punto de llegar a ser antibíblicos. La práctica medieval de la penitencia católica envuelve algunos abusos definidos:

1. La limitación de la función del perdón a un sacerdote sacramentalmente autorizado.

2. El hecho de vincularlo a un conjunto prescrito de actos de penitencia.

3. El hecho de tratar de hacerla consecuente, legal, impersonal, imparcial hasta el punto de aplicarla de la misma manera a todos, sin favoritismo (que tiene la misma deformación que ha habido en el protestantismo puritano).

4. El hecho de dejar lugar para la idea de que el pecado no se arregla totalmente mediante el perdón, sino también en forma parcial mediante la reparación o penitencia.

5. El hecho de vincular la absolución o con el control de los medios de gracia por parte de la jerarquía de la iglesia.

En todos estos abusos no hay razón para rechazar la ofrenda de palabras de perdón de un creyente a otro.

F. *El individualismo visto en sus diversas formas:* Como una moderna filosofía humanista que hace que cada persona sea ley para sí misma; o como una reacción no puritana que niega que sea responsabilidad de la iglesia llegar a decisiones comunes con respecto a la realidad contemporánea; o como una glorificación espiritualista de la guía o iluminación recibida inmediatamente por el individuo.

G. *El argumento de que la iglesia debe predicar con respecto al pecado o a la pecaminosidad, pero no debe tratar los pecados específicos ni a los pecadores específicos.*

H. *Todas las anteriores deformaciones se relacionan con la aplicación de la preocupación reconciliadora a la ofensa moral; la otra posibilidad es la de poner en tela de juicio el principio de que la moralidad en sí sea una preocupación común. Muchas corrientes contemporáneas de pensamiento, dentro de la iglesia y fuera de ella, desafían la posibilidad de que se pueda lograr una posición común moral de los cristianos, o sea, deseable y obligatoria.*

Hay que hacer frente con sinceridad a ese argumento. Pero con el propósito que tenemos ahora, sólo debemos que reconocer que ese es un asunto muy diferente de los que hemos venido tratando hasta este momento. Los cristianos del tiempo del Nuevo Testamento y hasta los tiempos modernos están de acuerdo en que tal consenso moral es deseable. Para tratar con los que desafían ese concepto, el argumento debe tener una base diferente y un nivel distinto de este esquema.

X. Desviaciones y evasiones

A. *La desviación mecánica.* Puesto que, como lo hemos visto, las dimensiones del discernimiento y el perdón, o la toma de decisiones de reconciliación, están íntimamente ligadas, cualquier separación entre personas también tiene un diferente discernimiento: un conflicto con respecto a un hecho, o con respecto a los procedimientos apropiados, o con lineamientos equivocados. Las diferencias de

opinión o lineamientos son causas y efectos de la desarmonía personal.

Por tanto, no es sorprendente que se recurra con frecuencia a la desviación de la atención hacia lo mecánico. Cuando estamos divididos con respecto a principios o personas, e indispuestos a enfrentarnos a la tensión y a la amenaza de la reconciliación, más bien nos concentramos en los procedimientos. La posibilidad de una franqueza amorosa, con admonición y perdón que fluya libremente en ambos sentidos, es amenazante por causa de que carece de familiaridad. Vivimos en una era de gran conciencia psicológica y sociológica, que intensifica la conciencia de la amenaza. También vivimos en un tiempo de gran preocupación organizativa, la cual aumenta nuestra capacidad para encontrar maneras de evitar un encuentro abierto de las almas.

1. Hay una evasión cuando se deja a un lado el asunto sin resolverlo, con la esperanza de que se resolverá por sí mismo.

2. Hay evasión mediante la utilización de un poder superior, que vence al otro, no mediante la reconciliación, sino mediante la maniobra, mediante los métodos parlamentarios o administrativos.

3. Hay una evasión cuando se apela a la autoridad externa. Esa autoridad puede ser una persona experta en la teoría sociológica o en métodos de la administración, o en la teológica o la investigación empírica, a la cual acudimos para que nos ofrezca una respuesta, sin abrir las dimensiones personales.

El hecho de llamar a una persona extraña despersonaliza el asunto. Si el extraño toma nuestro lado, esta es una poderosa confirmación de que tenemos razón y que podemos pedir a todos que se sometan, cualesquiera que hayan sido los sentimientos personales. Si toma el otro lado, tenemos que inclinarnos hacia la autoridad con menos desprestigio que el que hubiéramos tenido si hubiéramos sometido al hermano.

B. *La desviación de la terapia.* También es posible entrar en una desviación cuando se lleva el asunto a un consejero cuya solución se piensa que es preferible porque la da un "médico" y no un hermano en Cristo:

1. De otro modo, uno no está relacionado personal o socialmente con él; tanto el "médico" como el "paciente" se tratan el uno al otro como papeles y no como personas.

2. La participación misma del "médico" en el problema lo califica como una "enfermedad" y no como una "culpa" de tal manera que uno se siente menos responsable.

3. Con toda seguridad el "médico" me acepta, porque esa es su responsabilidad.

4. El “médico” resuelve mi problema en virtud de la competencia técnica, y no por medio de la dedicación personal a mí.

5. El “médico” me sirve por un pago; tan pronto como le pago, ya no tiene más influencia sobre mí, y no necesito sentir que le debo dedicación o gratitud a la persona.

6. Puedo confiar en que el “médico” mantendrá mi problema como una confidencia.

Esa caracterización del terapeuta no tiene el propósito de hacer una evaluación; lo único que queremos decir aquí es que este recurso es diferente en clase y en función de lo que es la comunidad.

C. *Evasiones relacionadas con un concepto incompleto de la naturaleza humana.* En algún sentido, todas las incomprensiones que se presenten en el camino hacia un acto de atar y desatar de manera confiada y amorosa, son desviaciones de una comprensión básica de la naturaleza humana. Si pensamos de nosotros mismos que normalmente no tenemos necesidad de admonición, ni de restauración, ni de guía de parte de la hermandad, entonces pensamos que el procedimiento que se describe en Mateo 18 es excepcional para usarlo sólo en casos extremos.

1. Esperamos no tener que aplicarlo con frecuencia, y sólo después que hayan fallado otros medios de evasión o medios de presión indirecta.

2. Esperamos, como cristianos serios y bien intencionados, que nosotros mismos no necesitemos ese tratamiento.

3. Rehuimos ejercer este ministerio hacia otros, si nosotros mismos lo necesitamos.

4. Vacilamos en cuanto a convertir las peculiaridades de otro en un problema, mientras que estén dentro de los límites de lo tolerable.

5. Consideramos que la necesidad de esta admonición es una señal de debilidad digna de culpa. Tenemos la tendencia de despreciar a la persona que la necesita y, en vez de ello respetar a la persona irreprochable. Así vamos marchando otra vez en el camino hacia la deformación puritana.

6. No vemos relación directa entre este asunto y el evangelio, puesto que cuando hablamos de evangelio nos referimos a aquella clase general de bondad de Dios hacia la pecaminosidad en general, y no al perdón concreto para uno mismo y para su hermano. En vez de ello, tratamos de establecer un gran golfo entre el perdón divino y el humano.

7. Concentramos nuestra atención en la experiencia cristiana de la conversión y la regeneración, o en una segunda experiencia específica de santificación producida sólo por Dios. Esas insistencias en muchos casos pueden llegar a ser los énfasis especiales de la

organización eclesiástica, y pueden identificarse y hablarse de ellos de una manera más fácil. Incluso pueden ayudarnos a pensar que al seguir esta obra divina, el perdón diario pudiera ser menos necesario. D. *Inconvenientes para la fe.* Hasta este punto, nuestro análisis sobre la manera en que las iglesias pierden la realidad de su comunión perdonadora, ha supuesto la mejor de las intenciones, como si la mala información estuviera impidiendo que los cristianos hagan lo que de esta manera se lograría fácilmente. Ciertamente es posible que las incomprensiones y las enseñanzas erróneas puedan permanecer en el camino del conocimiento, y por tanto, en el camino que lleva a hacer lo recto. Sin embargo, la ignorancia o la mala información sólo complican el problema; no lo crean. La razón real por la cual nosotros no vamos a nuestro hermano está en la desobediencia; la desobediencia del individuo o de la comunidad. El individuo no ama suficientemente, o no cree suficientemente en el poder renovador del Espíritu Santo como para ir a hablar con el otro, cuando ese es su deber, y cuando tanto el mandamiento externo como la conciencia interna son claros indicadores a pesar de todas las incomprensiones.

XI. El precio del descuido de esta función en la iglesia

A. *No somos fieles.* Esta falta de no ser la iglesia real en que el Espíritu obra, se manifiesta en la informalidad e irrealidad de la vida de la congregación. Cada vez más, sentimos que estamos pasando por los movimientos de lo que fue significativo en otro tiempo, y que las reales profundidades de la preocupación y de la motivación no las tocamos en lo que hablamos cuando estamos reunidos.

En ausencia de una clara devoción a esta obra central del Espíritu por medio de la cual se define la iglesia, tenemos la tendencia de refugiarnos en otras buenas obras y en otras manifestaciones del Espíritu que aunque son buenas, constructivas y apropiadas en su respectivo lugar, sin embargo, no son igualmente indispensables.

En los segmentos más respetables del cristianismo estas obras secundarias se concentran en los aspectos de la edificación cristiana y de la acción social. En las porciones más entusiastas de la iglesia, hay una concentración en los aspectos extáticos externos de la obra del Espíritu. La concentración en las obras “respetables” o “entusiastas” del Espíritu (como también en la suposición casi universalmente aceptada de que estas dos son mutuamente exclusivas), no es sino una señal de la pérdida del centro viviente en que la hermandad que funciona mantendría en genuina unidad toda la gama de dones del Espíritu.

B. *No somos perdonados, ni somos guiados.* El amplio éxito de los

recursos seculares semicristianos que hay para el perdón y la guía en la sociedad (la psiquiatría, el asesoramiento de Peale, la astrología, las indicaciones de Ana Landers y de Abigail Van Buren), son testimonio de la pérdida que hay cuando se vive sin los recursos del compañerismo que son el perdón y el discernimiento. Aquí vemos las distancias desesperadas e irracionales hasta donde la gente va para buscar un sustituto.

C. *Pero la desgracia real no es que los individuos que están dentro del grupo social mayor, están sin guía y sin perdón; sino que como iglesia, hemos llegado a respetar como una señal de madurez la disposición a vivir sin dirección y con divisiones y conflictos no reconciliados. Rechazamos a los que sostienen que tiene que hacerse algo definido, o que no tiene que hacerse, por considerarlos inmaduros o impacientes.*

Consideramos que es una virtud "aceptar" situaciones intolerables en vez de considerar que es una virtud la obediencia con franqueza y perdón, que transformaría las situaciones. Especialmente hemos llegado a vivir "con" una situación en la cual, como una defensa contra los "defensores de la fe", cuyos métodos en el pasado fueron menos que redentores, nos sentimos satisfechos con tratar de hacer un trabajo decente día por día, sin tomar la responsabilidad de la dirección en que las iglesias y sus instituciones están envueltas. El sentimiento de que no saben hacia donde volver la cabeza ha penetrado entre los líderes de las organizaciones eclesiológicas.

D. *La iglesia que no perdona no es una iglesia misionera. Una gran masa de testimonio contradictorio brota del amplio desconocimiento de la ineficacia de las iglesias cristianas ante su tarea misionera. Para algunos, el correctivo debe ser una dedicación renovada a las formas del mensaje y ministerio que fueron eficaces en otras épocas, con la confianza que es adecuado, si se predica con convicción.*

Para otros, el mensaje tiene que ser "traducido" a otra lengua más relevante, a fin de "comunicarlo". Para otros es la "estructura" de la actividad de la iglesia la que tiene que cambiar a fin de que cuadre con el nuevo mundo urbano. Aun para otros, la misión en sí misma tiene que redefinirse de tal manera que se refiera a todas las sanas contribuciones que la iglesia hace a la sociedad, independientemente del propósito de ganar la lealtad de otros individuos. Estas discusiones son dignas por derecho propio; sin embargo, hay el gran peligro de que se conviertan en un sustituto, de manera que la iglesia no sea la fraternidad perdonadora que discierne, de la cual estamos hablando.

Ningún malabarismo de vocabulario, o de agencias, o de tiempos y lugares y formas de culto puede llenar el vacío cuando falta la

comuni3n. Sin embargo, cuando los cristianos interactúan con un amor reconciliador, tienen en su mano la herramienta para cambiar tanto las sociedades como las personalidades.

XII. Implicaciones más amplias

Este esquema se ha mantenido intencionalmente sencillo y orientado hacia lo práctico, puesto que se ha elaborado en el nivel de la simple obediencia a un claro deber del cual usualmente nos apartamos. Sin embargo, si esta tarea fuera probada y se relacionara con clases más amplias de meditaci3n teológica, o con otras maneras de entender y ayudar al hombre, la importancia de lo que hemos estado comentando sería mucho mayor.

A. *El humano es un ser social, no por error ni por compromiso, sino por naturaleza y por intenci3n divina.*

Después de siglos de estar tratando de comprender de la mejor manera a la persona como un espíritu en un cuerpo hostil, o como un individuo en un mundo hostil, tanto la teología como la psicología están viendo que lo que uno es no puede separarse de la red de relaciones sociales. Así la sanidad, ya sea de pecado o de la enfermedad, es inseparable de la sanidad de las relaciones humanas.

B. *La obra de Dios en toda la historia bíblica, desde Abraham hasta Pentecostés, y desde Adán hasta la Nueva Jerusalén, es la creaci3n de una comunidad del pacto en la cual las relaciones amorosas son la manifestaci3n de la obediencia del pueblo a la reconciliaci3n obrada por Dios a favor de ellos. La salvaci3n no es sencillamente pescar almas individuales para sacarlas de las masas hacia un destino privilegiado; la salvaci3n se puede definir como las amorosas relaciones humanas bajo la direcci3n de Dios.*

C. *El testimonio de la iglesia no sólo es un mensaje verbal de predicaci3n en público; en un día en que las palabras van perdiendo su significado, este pudiera ser el lenguaje menos importante, especialmente para el extraño. El testimonio de la iglesia siempre incluye la cualidad de las relaciones personales y algunas veces se centra en ellas, las cuales aun el extraño puede observar.*

D. *Podemos ser humillados, pero no seremos sorprendidos, al descubrir, que el deber cristiano también tiene buen sentido secular.*

Las técnicas actuales de administraci3n institucional e industrial, que sustituyen la autoridad jerárquica por procesos de decisi3n de grupo, y consideran que la franqueza es más eficaz que la tortuosidad, ahora se consideran como una buena práctica (es decir, eficaz).

E. *La disposici3n no sólo a perdonar, sino a hacer del perd3n el instrumento y la norma de toda la experiencia de la iglesia, es parte del tema más amplio del siervo sufriente, el cual se extiende desde*

Oseas e Isaías 42, 49, 52, 53 hasta el mismo Cristo y hasta la enseñanza con respecto a que sus discípulos deben llevar la cruz.

El perdón es una posibilidad humana generalmente accesible; es el fruto milagroso del hecho de que Dios soporta el costo de la rebelión del hombre. El perdón entre nosotros también cuesta una cruz. Uno sólo puede ir ante su hermano en la misma forma en que Dios vino a nosotros; sin tomar en cuenta nuestras transgresiones. El perdón no borra la ofensa con: “no piense en eso”; absorbe la ofensa con un amor sufrido.

F. *El proceso de atar y desatar en la hermandad local* proporciona el fundamento práctico y teológico para la posición central de la congregación local. No es correcto decir, como algunos bautistas y miembros de la Iglesia de Cristo que son extremistas, que a la reunión de los cristianos se le puede dar el nombre de “la iglesia”. La Biblia usa la palabra *iglesia* para referirse a todos los cristianos de una ciudad grande o aun de una provincia. El concepto de la autonomía de la congregación local ha sido, por tanto mal entendido cuando se sostuvo para negar las mutuas responsabilidades entre las congregaciones o entre los cristianos de diferentes congregaciones.

Entendemos más clara y correctamente la prioridad de la congregación cuando estudiamos qué es lo que ella debe hacer. Sólo en la reunión local cara a cara con hermanos que se conocen bien los unos a los otros, puede producirse este proceso del cual Jesús dice que lo que se ha decidido queda decidido en el cielo. Si el resultado es la separación de la comunión, o la restauración, el proceso no puede llevarse a cabo en un tiempo limitado, ni por medio de formalidades judiciales; el proceso demanda conversación de un carácter serio, paciente, sostenido y amoroso. Cuando las personas viven en la misma ciudad, se reúnen con frecuencia y se conocen bien, puede cumplirse de una manera completa y amorosa la enseñanza de “sobrellevar los unos las cargas de los otros”.

La iglesia se define por este proceso, no por la organización legal, ni por un criterio puramente espiritual o doctrinal. La iglesia está donde dos o tres o más personas se congregan en el nombre de Jesús y alrededor de esta clase de necesidad. El sínodo, o el supervisor que está fuera de la congregación, tal vez sea muy útil y puede participar del carácter de la “iglesia”, pero no hay manera por medio de la cual tales personas o mecanismos puedan reemplazar el proceso de conversación fraternal, amable y obligatoria.

G. *Si entendemos de una manera suficientemente profunda* la manera en que la promesa del Espíritu Santo está vinculada con la reunión de la iglesia para atar y desatar (Mateo 18:19, 20), eso nos puede ofrecer también un entendimiento más sano sobre el uso y la

autoridad de la Biblia. Uno de los temas más permanentes de controversia infructuosa a través de los siglos ha sido la discusión sobre si las palabras de las Sagradas Escrituras, cuando se toman sólo como palabras, aisladas del contexto, como las leen ciertas personas en cierto tiempo y lugar, tienen el significado claro y la absoluta autoridad de la revelación.

Hablar de la Biblia, aparte de las personas que la leen y aparte de las preguntas específicas que necesitan contestar los que la leen, es hacer violencia al mismo propósito por el cual fueron creadas las Sagradas Escrituras. No hay tal cosa como una palabra aislada de la Biblia que comunican sentido en sí misma. Sólo tiene sentido cuando la lee una persona, y luego sólo cuando ese lector y la sociedad en que él vive pueden entender el asunto al cual se refiere.

Así que la más completa estructura en la cual se puede afirmar la autoridad de la Biblia es el contexto que permite que sea leída y aplicada por un pueblo que cree, el cual la usa como guía para responder a asuntos concretos de su testimonio y obediencia. Nuestra atención no debe concentrarse en las ideas teóricas que un teólogo (aislado de la iglesia) pueda sacar del texto bíblico, para relacionarlas entre sí en un sistema de pensamiento. Como dice el apóstol Pablo, la Biblia es “útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia”.

Por tanto, no nos preocupemos, como los filósofos aficionados, en buscar la verdad “por sí”, como si fuera más cierta por el hecho de estar más distante de la vida real. La Biblia es el libro de la congregación, la fuente de entendimiento y de discernimiento cuando, con la ayuda del Espíritu mismo bajo cuya guía la iglesia apostólica produjo esos textos, la congregación busca ser intérprete del propósito divino en su propio tiempo y lugar.

XIII. Detalles textuales

A. Las palabras “atar” y “desatar”:

El clásico resumen erudito del empleo de esas palabras en el judaísmo rabínico está en el comentario (alemán) de Strack y Billerbeck (Munich 1923, págs. 738 y siguientes, que se refieren a Mateo 16:18 y siguientes.)

En el *Theological Dictionary of the New Testament* [Diccionario Teológico del Nuevo Testamento], (R. Kittel, ed; Grand Rapids, vol. 11, pág. 20), el profesor Büchsel, autor de una artículo muy breve sobre el tema de “atar y desatar”, está de acuerdo en que el significado del proceso de decisión en la tradición *halakah* era la norma que se usaba; sin embargo niega que Jesús pudo haberse referido a esto. No obstante, la negación no está motivada por consideraciones del

léxico, sino por la propia teología de Büchsel.

Es más útil un artículo que se refiere a las "llaves", escrito por J. Jeremías (*Theological Dictionary*, III, págs. 749 y siguientes). El dice que los escribas reclamaban esa misma autoridad (Mateo 25:13).

B. *El tiempo gramatical de Mateo 18:18:*

El futuro perfecto que se emplea en ese versículo se traduciría literalmente: "Lo que ustedes atan en la tierra habrá sido atado en el cielo; lo que ustedes desatan en la tierra habrá sido desatado en el cielo."

Algunos intérpretes han tratado de restringir considerablemente el alcance del mandamiento de Jesús al usar el futuro perfecto con el sentido restrictivo, para que signifique: "Ustedes deben atar en la tierra solamente lo que ha sido atado en el cielo." Su motivación práctica, pastoral y teológica es clara: un temor de que los humanos que ejercen funciones hablen indebidamente en el nombre de Dios.

Sería difícil saber, mediante el contexto, "lo que ha sido atado en el cielo"; pero para los evangélicos del siglo veinte que sostienen este punto (con motivaciones como las que se citan en las secciones VIII-X, especialmente IX/E), probablemente signifique: "Lo que está en la Biblia."

Esta variante sólo ha sido aplicada en una versión moderna del Nuevo Testamento, realizada por Charles B. Williams y publicada por Moody Press (Chicago 1952). Fue sostenida más ampliamente por J. R. Mantey, "The Mistranslation of the Perfect Tense", *Journal of Biblical Literature*, vol. 58 (1939), pág. 243 y siguientes, y fue refutada convincentemente por Henry J. Cadbury: "The Meaning of John 20:23, Matthew 16:19 and Matthew 18:18" (ibíd; págs. 251 y siguientes).

John H. Yoder es profesor de teología de la Universidad de Notre Dame, autor de *The Politics of Jesus [La política de Jesús]*, (Eerdmans, Grand Rapids, 1972) y de otras obras en el campo de la historia de la iglesia y de la ética cristiana.

Notas bibliográficas

Capítulo 1: ¿Qué es la disciplina de la iglesia?

¹ John Stott, *Confess Your Sins: The Way of Reconciliation* (Confiesa tus pecados: El camino de la reconciliación) (Waco, Texas: Word, 1974) pág. 49.

² John T. McNeill, *A History of the Cure of Souls* (Historia de la cura de almas) (Nueva York: Harper and Row, 1977), pág. 96.

³ *Ibíd.*, pág. 97.

⁴ John Owen, *The True Nature of a Gospel Church and its Government* (La verdadera naturaleza de una iglesia evangélica y de su gobierno), vol. 16, *The Works of John Owen* (Las obras de John Owen) (1989; edición reimpresa, Londres: Banner of Truth).

⁵ Ken Blue, *Interpersonal Church Discipline* (Disciplina entre las personas de la iglesia) (M. C. S. tesis, Regent College, 1979).

Capítulo 2: Barreras que se oponen a la disciplina de la iglesia

¹ Thom Hopler, *A World of Difference* (Un mundo de diferencia) (Downers Grove, Illinois, InterVarsity Press 1981), pág. 26.

- ² Stott, *Confess Your Sins* (Confiesa tus pecados), págs. 48, 49.
³ Daniel E. Wray, *Biblical Church Discipline* (Disciplina eclesiástica bíblica) (Edinburgh: Banner of Truth, 1978), pág. 1.
⁴ *Marian and the Elders*, Time, 26 de marzo 1984, pág. 70.
⁵ *The War Within: An Anatomy of Lust* (La guerra interna: anatomía de la lujuria), Leadership (Liderazgo, otoño de 1982, págs. 30-48).

Capítulo 3: Jesús y el poder

- ¹ James Kallas, *The significance of the synoptic miracles* (Greenwich Connecticut: Seabury Press, 1961).
² Watchman Nee, *The Body of Christ: A reality* (El cuerpo de Cristo: una realidad) (Nueva York: Christian Fellowship Publishers, 1978), pág. 48, citado por Jerram Barrs en *Sheperds and sheep: A biblical view of leading and following* (Pastores y ovejas: un concepto bíblico sobre dirigentes y dirigidos) (Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press, 1983), pág. 50.
³ *Ibíd.*
⁴ *Ibíd.*, pág. 83.

Capítulo 4: El ministerio de la reconciliación

- ¹ Torrance, *Theology in reconciliation* (La teología en la reconciliación) (Londres: Geoffrey Chapman, 1975), pág. 7.
² Blue, *Interpersonal Church Discipline* (Disciplina entre las personas de la iglesia), pág. 33.
³ Stanley Milgram, *Some conditions of obedience and disobedience to authority* (Algunas condiciones de la obediencia y la desobediencia a la autoridad), *Human Relations* (Relaciones humanas) 18 (1965): 55-75.
⁴ Leon Jaworsky with Dick Schneider, *Crossroads* (Encrucijadas) (Elgin, Illinois: David C. Cook, 1981), págs. 96-100.
⁵ *Ibíd.*, pág. 100.
⁶ E. H. Broadbent, *The Pilgrim Church* (La iglesia peregrina) (Londres: Pickering & Inglis, 1931) pág. 86.
⁷ *Ibíd.*, pág. 173.
⁸ John Howard Yoder, *Binding and Loosing*, (Atar y desatar), No. 14, *Concern* (Preocupación) (Scottsdale, Pensilvania, 1967), págs. 13, 14.

Capítulo 5: La esposa santa y sin mancha

- ¹ Owen, *True Nature of a Gospel Church* (La verdadera naturaleza de una iglesia evangélica), pág. 11.
² Juan Calvino, *Instituciones de la religión cristiana*, editor, John T. McNeill, traductor, Ford Lewis Battles, 2 vols. (Philadelphia: Westminster Press, 1960), IV, xii, 5.

Capítulo 6: La restauración de los caídos

- ¹ Roland Allen, *Missionary Methods: St. Paul's or Ours* (Métodos misioneros: los de Pablo o los nuestros) (Londres: World Dominion Press, 1912), págs. 160, 161.
² Owen, *True Nature of Gospel Church* (La verdadera naturaleza de una iglesia evangélica).

Capítulo 8: El pasaje de Mateo

- ¹ Yoder, *Binding and Loosing* (Atar y desatar), pág. 10.
² Allen, *Missionary Methods* (Métodos misioneros), págs. 160, 161.
³ Yoder, *Binding and Loosing* (Atar y desatar), pág. 2.
⁴ *Ibíd.*, pág. 5.

Capítulo 9: Los pasajes que se hallan en las Epístolas a los Corintios

- ¹ León Morris, *The First Epistle of Paul to the Corinthians* (La Primera Espístola de Pablo a los Corintios) (Grand Rapids, Michigan: Eerdmans, 1958), pág. 87.
² John Owen, *Sin and Temptation* (El pecado y la tentación), editor, James M. Houston (Portland: Multnomah Press, 1983), pág. 72.
³ Algunos eruditos niegan que el ofensor al cual se hace referencia en 2 Corintios sea el mismo de 1 Corintios. El asunto no tiene ninguna implicación práctica en este estudio. En ambos casos, Pablo trata lo referente a una persona que ha sido excluida de la iglesia.

Capítulo 10: Reconsideración de los tres pasos

¹ Owen, *True Nature of a Gospel Church* (La verdadera naturaleza de una iglesia evangélica), pág. 168.

Capítulo 12: El regreso del hijo pródigo

¹ El material que se cita en este capítulo se basa en las propias palabras de Roberto Tyler. El me dio permiso para usarlas en este libro. Como en el resto del libro, los nombres se han cambiado, pero la esencia de la narración no se ha cambiado.

Capítulo 13: El arrepentimiento

¹ McNeill, *A History of the Cure of Souls* (Historia de la cura de almas), págs. 270, 271.

² Donald Guthrie, *New Testament Theology* (Teología del Nuevo Testamento) (Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press, 1981), págs. 514, 515.

³ Tertuliano, *Contra Marcio*, ii, 24.

⁴ Tertuliano, *De Poenitencia*, 6.

⁵ Gustavo Aulen, *Christus Victor* (El Cristo triunfante), traductor, A. G. Hebert (Nueva York: Macmillan, 1969), págs. 4-7.

Capítulo 14: Los pecados que no desaparecen

¹ D. W. Goodwin y otros, *Alcohol Problems in Adoptees Raised Apart from Biological Parents* (Problemas alcohólicos en los hijos adoptivos que se crían separados de los padres biológicos), *Archives of General Psychiatry* (Archivos de psiquiatría general) 28 (1973): 238; lo mismo en 31 (1974): 164-169.

² John White, *The Marks of Melancholy* (Las máscaras de la melancolía) (Downers Grove, Illinois: InterVarsity Press, 1982).

Capítulo 15: La confesión del pecado

¹ McNeill, *A History of the Cure of Souls* (Historia de la cura de almas), pág. 161.

² Calvino, *Instituciones*, III, iv, 12.

Capítulo 16: Cuando los líderes cometen errores

¹ Samuel Southerd, *Pastoral Authority in Personal Relation-*

ships (La autoridad pastoral en las relaciones personales) (Nashville: Abingdon, 1969) págs. 111-128.

² *Ibid.*

Capítulo 17: Un planteamiento de cambio

¹ Robert Culp, *In Search of a Better Way* (En busca de un mejor cambio), *Leadership* (Liderazgo), verano de 1983, págs. 42-46.

Apéndice: El significado de atar y desatar

¹ Con respecto a la manera en que la nación domina la autoridad moral de la iglesia, vea John Smylie, *The Christian Church and National Ethos* (La iglesia cristiana y el carácter nacional distintivo), *Christian Peace Mission pamphlet*, Washington, D. C., 1963.

² Cita de un borrador inicial de *Balthasar Hubmaier's Works* (Obras de Balthasar Hubmaier), en preparación para la publicación en *Classics of the Radical Reformation* (Clásicos de la Reforma radical). Hay otra traducción disponible en Denis Janz, editor, *The Reformation Catechisms* (Los catecismos de la Reforma). (Nueva York: Edwin Meelen Press, 1982), págs. 135 y siguientes.